YO NO SOY MADAME BOVARY

Diarios 1979-1984

Clotilde Tambroni (seudónimo)

«Las de m'ennuyer des pensées des autres j'ai voulu leur donner les miennes; mais je puis me flatter de leur avoir rendu tout l'ennui que j'avais reçu d'eux.» Monsieur D'Alembert

"Yo soy una de esas mujeres contra las que siempre me habían prevenido". Anónimo

Noviembre, 1979.

Están buscando a Torquemada bajo mis cejas y la paranoia ajena tiene el poder de convocarlo. El mito que me imponen me entristece y me aísla; sólo me salvan los iconoclastas y sus ataques, que no me obligan a decidir por ellos y me permiten una cierta *nonchalance*, trasunto de la serenidad.

Me conmueven los desasosegados, quienes no se sienten bien en su pellejo, quienes ocupan un lugar bajo el sol pensando que están de más, y sólo ellos me irritan.

El comienzo del verano y del invierno viene este año cortado con el mismo patrón, idéntica emotividad y la misma desazón frente a los otros. Necesito estar sola, soy demasiado vulnerable y la piedad podría jugarme una mala pasada

La solidaridad es un concepto teatral que deja al público *in albis*; parece que el autor rellenó la trama con su engolamiento y que la solidaridad es uno de esos recursos que merecen el bostezo del respetable y la sonrisa burlona de los críticos. Sin embargo es la única opción que respeto, el único sentimiento que me llega íntegro y me enriquece

La desmesura y el énfasis, que humana y caracterialmente rechazo, han sido una constante en mis escritos viejos. Bretón me reveló lo que había de exceso e impudor, y con él he descubierto el gusto por el matiz y la multiplicidad de sentidos en una frase. En mis primeros escritos limité mi capacidad irónica y tierna y potencié la claridad expositiva de Perogrullo, una efervescencia emocional poco fiel a mis propios devaneos, eludiendo esa otra faceta de mí que ponía punto final a una llantina haciéndome muecas en el espejo.

Pero a Bretón yo no he podido enseñarle la mesura en la vida real, y me resulta insoportable su desmelene emocional, me da vergüenza ajena.

Trabajo con un matrimonio viejo. Ella bendice a Dios por haberle permitido llegar a los ochenta y seis años juntos, se siente una privilegiada comparándose con otras personas que no han alcanzado su edad ni su dicha. El viejo está moribundo, pero el

ambiente de la casa es de una rara armonía; las hijas se turnan para asear a su padre, que ya no controla los esfínteres, y hablan de su buen humor, de su porte, "mi padre ha sido de los hombres más guapos de aquí", con una ternura tan fuerte que estoy por rogar a los dioses que sobreviva muchos años, aunque estoy convencida de que la eutanasia sería profundamente compasiva con él.

El yerno me ha reconocido después de diez años. Yo a él jamás lo había visto, pero es tan gris que podría ser uno de esos hombres con los que me cruzo todos los días sin identificarlos.

Me siento bien en mi pellejo, compagino mis actividades de chacha y estudiosa con mi soledad, y dispongo de una relativa tranquilidad de ánimo, pero cuando salgo a los circuitos habitados me agotan los seres vacíos de esperanza, con ese rigor en la masacre que les hace traicionar el presente, considerar una ruina su pasado y ver su futuro como continuidad de este sinsentido, siempre agarrados a la copa.

Mis tardes de ratón de biblioteca tienen el aliciente de poder estudiar con L. y J. Sola soy demasiado perezosa, pero con ellos surge la alegría cómplice del hallazgo compartido, el estímulo tribal y la sonrisa. No tengo fe en el saber abstracto, pero el camino para su conquista nos transforma. Sin embargo, la acumulación de datos se convierte normalmente en una de las maneras más económicas de conseguir status social, corazas y respetabilidad. Éste no es el caso, porque para mí todo se reduce a plantearme nuevas incógnitas y eso resulta poco rentable, lo sé.

Bretón: su desapego de la realidad concreta, su falta de rigor intelectual en pro de la erudición; mi falta de rigor moral, mi necesidad de no adquirirlo, mi regodeo ante la vida.

En las parejas en crisis, que conozco, los hombres involucionan hacia la neurastenia, mientras las mujeres adquieren una creciente serenidad, afirman su autonomía ontológica y se muestran humorísticas y risueñas enjuiciando sus relaciones de pareja.

Diciembre, 1979

Tomás, el niño politizado, dulce y barbilampiño, ha crecido. Ahora es un ser disperso

en sus manifestaciones y monotemático en sus intereses y lo que es peor: se afeita.

Sigo con las clases. J. tiene madera de investigador. Pasado el primer momento en que tantea y se apoya en lo establecido como verdad, puede llegar a ser una excavadora mental. L. tiene agilidad y apertura de criterio ante una nueva idea, es imaginativa y perspicaz, pero igual que a mí, le falta rigor.

Paseamos por la parte vieja dela ciudad: pabellón decimonónico, pasadizos y cuarto menguante. Complicidad de carbonarios ante el pasado no vivido e insolidaridad en nuestro presente, única terapia posible si queremos ser quienes somos.

La verborrea como recurso literario, como excusa para hablar de lo divino y de lo humano, me eriza. En "La consagración de la primavera" de Alejo Carpentier me encuentro de bruces con un escritor enfermo de incontinencia verbal. Me perderé todo lo que de bello pueda haber en la literatura siempre y cuando ésta sea un escusado a rebosar de festines narrativos, descriptivos, barroquizantes.

Enero, 1980

Vuelta a casa. Como siempre después de pasar unos días con Bretón, me encuentro molida psíquicamente y el saldo es esta desazón.

Fernando Sánchez Dragó, Premio Nacional de Ensayo. ¿Desde cuándo se premia a los amanuenses sin citar la obra que esquilmaron?

Mi repulsión ante la falta la higiene me impide mantener relaciones estables con gente a la que no encuentro ninguna otra pega. Me sorprendo obsesionada con un aliento fétido, un olor corporal rancio, pierdo el hilo de la conversación por unos dientes sucios.

Y Bretón, hoy martes, lleva reliquias de la paella del domingo entre los dientes.

Necesitaría llorar y en vez de eso, la risa surge irrefrenable; sólo en mi interior existe un estado de ánimo torturado, me permito el lujo de mi hipersensibilidad y me recreo en el maremagnum de mis emociones. Los otros son un dique de contención y a

ellos sólo les muestro mi placida sonrisa. Son una excepción mis veinteañeros, la piedad hacia el género humano se acentúa con ellos: me siento vieja, inútil con mi experiencia a cuestas y prescindible a la hora de transmitírsela.

Enero, 1980

Viene Genaro. No sé de donde saca fuerzas para vivir siempre en la cresta de la ola. Su fraternidad me da un empujón, su soledad me deja un regusto amargo en la boca. No sé si he actuado bien con él. A veces recuerdo nuestros momentos en común, tan únicos, chispeantes, amistosos y cómplices. No hay ruptura, pero en nuestros encuentros no se renueva la magia. Los caminos divergentes y los silencios intencionados hicieron mella en nuestra relación

Con Bretón es la tristeza, la falta de auténtica complicidad, la falta de calor humano. Comunicarme con él es imposible, e intentarlo resulta ridículo ante su falta de aprehensión y comprensión profundas; me esquiva con sus a priori, su falta de elasticidad mental. Hago un esfuerzo sobrehumano y ni yo sé hasta qué punto me agoto y me lacero. Antes tenía alguna esperanza, hoy es un desafío y pronto será un deber penoso, mientras el chantaje afectivo funcione.

Quiero a estos chiquillos cálidos e inesperados que me interpelan con su vida recién estrenada, pero tengo que ir con tanto cuidado, dosificarme, tener tanta diplomacia para no influir, no coartar y no pesar en su vida, que me agotan. Con ellos me encuentro sola en la cumbre, con demasiada benevolencia para que sea saludable para mis meninges. Los goces de la maternidad son demasiado abstractos para mí. Sólo la fraternidad me oxigena y me revitaliza.

Febrero, 1980

Mi irritación con Genaro cede y deja paso a la zozobra cuando me dice que tiene un montón de líos, y me doy de bruces con la ternura pensando en el zagal, dispuesta a revolverle el pelo y darle un abrazo en cuanto lo vea.

Carta de Bretón. Quisiera vivir esta oleada tierna, con mi lista de intencionados olvidos olvidada, y reconsiderar la posible instalación de una central cordial, deshacerme en abrazos y licuar la bilis. O mejor, dejarla hibernada para mejor ocasión. Tengo la loca pretensión de que podré dejar de ser Nadja, que me dejará dejar de serlo.

Madrid

El Batallón Vasco Español, de extrema derecha, reivindica la tortura y muerte de Yolanda, una chiquilla de diecinueve años, con unos hermosos ojos verdes, grandes y abiertos. Me gustaría poder indignarme y sólo lloro por esta criatura asesinada.

Ando medio tonta con los medicamentos y todavía anonadada con la vitalidad de Ángeles. Su marido pasa desapercibido con su seriedad de sindicalista de pro, algo asnal. Las chiquillas tienen el talante de su madre y su risa contagiosa. ¿Cómo no creer en las mujeres?

Ayer conferencia de prensa de *Interviú*. Insolidaridad de la izquierda y del resto de los medios de difusión, atemorizados por las amenazas de la extrema derecha y los incendios en los kioscos que venden la revista. Nadie parece pensar que puede ser su caso en el futuro y, desde *El País* hasta *El Alcázar,* la indiferencia pasa por todas las gamas posibles. Genaro, en pleno ojo del huracán, está cansado y animoso, ajeno a nada. Y yo tengo una indigestión de maternalismo con él.

Febrero, 1980

Parece lógico que tema exteriorizar mi emotividad después de haber chocado, una y otra vez, con un intento descarado de transformarme en un personaje adecuado.

Mi carácter me empuja a manifestarme sin reservas, y mi experiencia y mi cerebro a un control férreo. Sea como sea escucho lo acostumbrado: "Sufro por tu culpa" Cuando llego a creer que es porque no he dejado bien claro hasta que punto me importan, me pega el ramalazo de culpabilidad y llego dando abrazos, llena de buenas intenciones, de sentimientos bien frescos, con toda el alma. Y me tropiezo con una mirada temerosa, me asaltan con el arsenal de frustraciones, que produzco con mi falta de funcionalidad y que resumen, precisamente, cuando parezco más receptiva: "Sufro por tu culpa".

D. me dice que con mi ternura no evito su desasosiego, que se siente amenazado por mí: "Tu alegría de vivir es inhumana; parece que no sea producto de la felicidad que te ofrecen, sino que es exclusivamente cosa tuya. Y lo mismo ocurre cuando estás triste; uno se siente de más, eres inaccesible".

Quizás captan mi decisión de ser a pesar de todo y de todos, mi convicción de que no importa que pueda demostrar y exteriorizar mi ternura o mi realidad intima, porque por encima está mi íntima decisión de vivir y de ser yo, pese a quien pese. Y eso les desasosiega.

Llegaré a ser una dura de película, especializada en papeles de mala. Lo más entupido es que siempre caigo en los sentimientos de culpa y el propósito de enmienda ante sus quejas, pero racionalmente sé que si quisieran a una mujer como Dios manda se buscarían una y le harían la vida a cuadros, porque se aburren o se imaginan que...

Posiblemente sean deficiencias vitamínicas o excesos de glúcidos o la testosterona, que es muy traicionera, la que incapacita a mis hombres para llevarlo con resignación.

El portal oscuro, lleno de desconchados; los techos inalcanzables y la luz tamizada por las cagadas de moscas. En el primer piso, "La Casa de la Mancha": sillas de skay, plegables, ocupadas por unas cincuenta personas de edad provecta, con gafas de todos los modelos y todas las graduaciones.

Hoy, homenaje póstumo a Benjamín Palencia.

Cuando llego está hablando con un tono enfervorizado Tita, una mujer vestida de india de Holliwood, en ante y flecos, con cara de fuina e inmensas gafas. Traza el eje Picasso-Dalí-Benjamín Palencia, convencida de que sólo una mala uva internacional ha colocado en el último lugar a nuestro paisano. Y aclara que ella jamás ha esperado a su muerte para colocarlo en el primer puesto. Con el mismo énfasis que un buen día comentó el "Informe Hite sobre la sexualidad" diciendo que ella iba al escusado, pero jamás se le ocurriría escribir un libro sobre esas desagradables ocupaciones y que la señorita Hite, en honor a su sexo, debería buscar otras fuentes de inspiración. Inefable.

Después, esta muerte y este entierro son glosados con voz estentórea por Isabel, una mujer vestida con un traje de chaqueta, modelo azafata de Iberia de la primera hornada, con el aditamento de cuarenta kilos sobre la media nacional. Su opulentísima pechera no desvanece mis sospechas de que se trata de un hombre disfrazado. Habla con ademán enérgico, voz enronquecida por la emoción —o la cazalla— y afirma que el exilio fue un truco para promocionar la pintura de los que, desde destierros dorados, vituperaron a España.

Benjamín Palencia se quedó porque era un patriota, amaba a España y nunca quiso dar pábulo a los extranjeros para denigrarla. Regala al auditorio con una descripción del

entierro en Madrid, que fue como un entierro de pueblo, de Barrax para ser más exacta, donde la gente se para en las esquinas, se suma al cortejo al saber quien es el muerto y la circulación se interrumpe en signo de respeto, con una emoción popular apoteósica que ya quisieran muchos… ¡Madrid lloró!

El siguiente orador parece no haberla oído y dice que el entierro fue desolador, esos entierros de Madrid en que se pierde el cortejo, se pierde el muerto, y en el cementerio entierran los cadáveres de tres en tres.

Me recuerda los locales de la CNT en París, rezumando vida y tiempo estancados, donde nunca pasará nada que no tenga que ver con los muertos y el pasado, con esa misma manía de grandeza, ese tono magnificador y magnificente, con su oratoria florida y decimonónica. Hasta el conserje me parece un travestido de Federica Montseny o su hermano deforme. La naturaleza no ha sido buena con ellos.

A continuación habla un individuo que hace pausas dramáticas en cualquier punto del discurso, sin importarle qué parte de la oración sea; lo mismo le da el pasmo en una partícula adverbial que en un pronombre, y entonces fija la mirada, avanza la mandíbula, palmea en el aire. Se diría que alguien le ha robado la memoria y está dispuesto a recuperarla a mamporros.

Lo que todos han mencionado de manera elíptica, con eufemismos de cuerpo presente, es la petulancia de Benjamín Palencia: Pues bien, no era orgulloso ni petulante como otra gente que se hace insoportable: Benjamín Palencia simplemente tenía muy presente cual era su valor y actuaba en consecuencia, sabiendo que era un hombre egregio, por eso, con una naturalidad encantadora, nunca iba a los toros sin entrar por la puerta de autoridades y en cualquier lugar reclamaba su puesto de privilegio, pero no porque despreciara al pueblo llano. Decía que Dios lo había escogido entre tantos y con su comportamiento era a Dios a quien glorificaba, dándole todo el honor de su pintura y de su paleta, y si no quiso jamás pasar por un don Nadie fue para que no se dejara de rendir ese tributo al Altísimo.

Está claro que al ponente le gustaría que nos convenciéramos de la franciscana humildad de Palencia y no de su archidemostrada petulancia, y se quedará frustrado, como si lo viera.

Al final unos vinos y unas tapas, y un vano intento de incorporarnos al hoy, Madrid, con su inmediata realidad dramática, socarrona, mastodóntica, ingenua, inútil, pero la distancia emotiva del panegírico de encargo y de descargo me impide confraternizar con esta gente. Ruego a mis amigos y conocidos que no permitan una cosa así cuando yo

muera. Viva ya me encargo yo de hacerlo imposible.

Cumpleaños.

Estos jóvenes tienen el arte de ironizar y de ser tiernos con una sabiduría lúdica y una lucidez sin espejismos. Yo sólo puedo ser testigo. O un lastre si intentara colaborar con ellos. Los años, la clandestinidad, la doble vida imprimen el carácter patológico del fascismo que combatí. No estoy limpia de visiones inquisitoriales ni de dogmatismos totalitarios.

Estos chiquillos puede que un buen día decidan que tienen bastante y se suiciden, como tantos de mis contemporáneos que llenan mi agenda, ahogados en resquemores menudos, posibilismos y pactos. Me siento incómoda con los que hablan desde la ultratumba, beben hasta amodorrarse, están petrificados y se sienten sucios, vacíos y condolidos, pero tampoco me siento bien ante la mirada abotargada que deja el porro y el balbuceo ecolálico consiguiente.

Enferma de lucidez, apuesto por los críos porque ellos aún tienen el derecho a equivocarse y errar que nosotros utilizamos hasta la nausea. Me espolean con su ternura a flor de piel, llenos de proyectos concretos, que quizás jamás se concreten, tan inmediatos y solidarios que nada tiene que ver con la megalomanía de nuestros veinte años, tan al margen del arribismo competitivo que yo mamé y remedé inevitablemente. Tienen tanta piedad por el ser humano, combaten con tan poco rencor, que no necesitan negar al adversario; eso ocurrirá después. Con los años y las concesiones necesitarán ser intransigentes, pero mi experiencia vale poco ante esta realidad nueva, porque con ella va implícito el hastío y la desconfianza y yo no tengo derecho a transmitírselo.

La característica más destacable entre los llamados intelectuales es la falta de rigor con la que acogen cualquier idea, contenido, comportamiento o reflexión que no estén admitidos dentro de su grupo referencial. Toda idea nueva es desprovista de potencialidad creadora, para convertirse, empobrecida y desnaturalizada, en un sucedáneo inane y trivial, bombardeada con ejercicios retóricos hasta integrarla en un sistema de valores incuestionable, ya que no cuestionado.

Esta incapacidad también existe en Bretón, intelectual *à la page* que homologa toda vivencia en el registro de la propiedad cultural –mafia del alfabeto adscrita a *El País*— para obtener la garantía y el derecho de circulación si ha sido reconocida; pero desestima

cualquiera que llegue sin avales. Lo que les importa no es tanto lo que se dice, sino quien lo patrocina. La palabra como testimonio adquiere su existencia jurisdiccional reconocida en cuanto ha sido adulterada, desprovista de su virulencia original y de su complejidad.

En Bretón –y sus adláteres— sus vivencias, sus recuerdos, van acompañados de un diagnóstico psicoanalítico, que convierte su relación circunstancial con el pasado en un dato inamovible, refrendado por Freud, un imponderable absoluto, definitivamente adscrito a su idiosincrasia como parte de un yo petrificado, fosilizado por las vivencias, y todo intento de plantear una dinámica relacional nueva encuentra el pasado como troquel determinante que incapacita el intento.

La infancia adquiere su carácter decisivo y decisorio en el posterior desarrollo del individuo, pero no es una vivencia que programe el comportamiento. Sólo puede llegar a ser decisiva si se le ha otorgado categoría de pauta, si se petrifica la relación que se establece con la familia y el entorno, si se ha recreado el sistema de valores calcándolo del que nos fue transmitido. Entonces el superego crece en detrimento del yo.

Dependiendo de la elección, la familia, la infancia, se convierten en un yunque, un jalón, un abrevadero, hito de referencias existenciales o en una vivencia radical y viva, creadora y base para el crecimiento. En definitiva se opta por considerar el pasado como semilla y mantillo o como atolladero, porque es la memoria la que petrifica —y desvía la verdadera significación de los recuerdos— convirtiendo a nuestra madre en la madre-tipo, que Freud señalaría como culpable de todo conflicto psíquico para no tener que buscar responsables, y ya que no hay que juzgarla, con lo que tendría una dimensión humana. Se le acaba convirtiendo en la diosa depositaría del poder de anular, aniquilar, conducir al fracaso, alienar y empujar al tánatos. Se le da la dimensión mítica necesaria para considerarnos ajeno al propio devenir, mientras queda implícita la justicia del resentimiento contra ella; pero al darle la categoría de causa primera se reduce la respuesta negativa al terreno de los sentimientos irracionales, sin que afecte a nuestros actos, que consideramos inútiles, faltos de capacidad modificadora de una relación que nos sobrepasa.

Sin embargo Freud no analizó la familia mediterránea, que es tribal, donde las influencias se difuminan en un sinfín de parientes, no equiparable a la estructura nuclear de las sociedades nórdicas.

Pero lo que cuenta para Bretón es tener la garantía de Freud y anquilosarse en el fatum con su permiso. Es un intelectual y siempre tendrá más en cuenta cualquier idea

abstracta con filiación que la obcecada realidad.

Tengo ganas de ser vieja. Como estaba previsto, las descargas de adrenalina se hacen más raras; ya queda poco de mi antiguo patetismo. Se abre paso la serenidad que a veces es tormentosa, a veces bonancible y otras, simplemente una olla a presión, que no explota y no sé muy bien por qué. . .

El archivo me ocupa y me coloniza y estoy deseando dejarlo a punto para dedicarme a otra cosa. Necesito el trabajo manual, la mente libre y disponible para pensar en las musarañas, aunque me agote físicamente. Sólo así alcanzo el equilibrio y la serenidad.

Marzo, 1980

Vi en ellos la misma repulsión, el mismo rechazo que en tantos otros de su clase, pero había flores en la bandeja del desayuno y una ternura lo suficientemente inoperante y ridícula como para conmoverme y recordarlos aún hoy.

Esta emotividad es un lujo que me permito, una guarida donde recluirme cuando ya he admitido todas las posibilidades y todas han quedado reducidas a una sola: conocer. Porque ahora toco fondo en la soledad e intento obviar lo irreversible de mi exilio íntimo. Yo sé que nadie se merece mi amor ni mi odio, pero necesito explorar esas parcelas de mi realidad y quien sea el destinatario es tan ajeno a la justicia distributiva como la destinataria de aquellos claveles amarillos resultó para su crecimiento.

Ser amado es un accidente, pura contingencia, y mi amor no perdurará más allá de su vivencia, más allá del universo relacional creado conmigo. Son prescindibles, y contingentes los objetos de mi amor, y eso precisamente es lo que me permite amar a un ser humano concreto. Me conmueve esa falta de realidad ontológica al margen de mí, su iniquidad radical a pesar de su miseria o su grandeza objetivas. Si mi amor no lo distinguiese del resto, sería cualquiera, nadie. Podría haber dicho que "lo necesito", que "sufro por él" y estaría más cerca de mis anfitriones y de su hipocresía —o de su ceguera —, y sería mejor aceptada, pero eso empieza a no significar nada. El rechazo ajeno no me impide encontrar un universo magnífico, lleno de sentido y contenido, aun miserable, —que siempre es la miseria de sus criaturas— y en él me encuentro bien, y en él me encuentro mal, pero nunca sobro yo.

Para los demás también yo soy prescindible y contingente, como todos, pero eso no disminuye mi regodeo en este mundo y en este ahora, en esta lucidez.



Bretón, dibujado en papel de estraza.

A pesar de la lluvia y del frío ya es primavera. La alhábega y las campanulas emergen tímidamente en las macetas que planté, como aquella pobre loca de Fellini plantaba sus tomates en cada arribada, sin muchas esperanzas de recoger el fruto. Conforme pasa la tarde me encuentro en un estado de dicha aguda por nimiedades: la lluvia, el colorido de un rincón del viejo Madrid, el temblor que me provoca un hombre bellísimo apenas entrevisto, el tacto de esta tela rugosa... Y la temporalidad se me aparece, una vez más, como aliada, porque soy periclitable y lo único que amo apasionadamente es lo efímero:

el presente.

El riesgo que puede resultar excesivo, la profundización que puede abocar al abismo, la búsqueda que puede dejarme en la oscuridad, aun pagando el precio de mi constante insatisfacción, es mi elección. La anestesia, la abulia, el hastío son opciones ajenas y lejanas, que me podría permitir si fuera a vivir eternamente. Ser mortal es m seguro contra la tristeza; saber que estoy condenada a muerte, tiene un efecto vivificante.

Cuando llego a casa de Bretón, encuentro a F. y a su novia, llenos de astenia, buscando seguridades a todo trance, diciendo las mismas banalidades de siempre para conjurar no sé qué temible corriente de aire puro. El olor fétido de Lázaro muerto juega una mala pasada a mi piedad, y me encuentro siendo espectadora de su podredumbre y su vacío, casi sintiéndome culpable de mi alegría, porque en ellos todo es condenatorio y rencoroso.

No soy Cristo, no tengo los poderes del Padre para resucitar a los muertos y ante sus peticiones de un sepulcro con paz, confort y seguridad, sin estímulos molestos, dudo que Cristo hubiera hecho uso de su don.

Tienen un deseo que no es ni siquiera vehemente, sólo compulsivo, de que nada ni nadie turbe su apatía, que me enferma de piedad, de impotencia, a punto de perder pie.

Lázaro no resucita en ninguna de sus reencarnaciones. Y este llanto ronco, afónico, por ellos no es de resignación ni procura paz a mi espíritu enlutado, como en tantas ocasiones, por el cataclismo autodestructivo de los míos.

Si la existencia no es algo apetitoso, aceptado, si no tiene razón de ser ¿por qué no se suicidan?

Su apuesta por la seguridad más cutre, su búsqueda de certezas, su asco por la vida, esa mortaja facial en el lugar de la sonrisa y ese odio sinuoso y profundo ante cualquier animal vivo, me rompen. No aprendí a desolidarizarme de los míos, no me son indiferentes. Sin embargo, no debo dejar que me sigan poniendo zancadillas mortuorias. Sólo tengo esta vida y si hay otra es una posibilidad tan lejana que no me satisface, Quiero el hoy, el aquí, ya, ahora. El futuro sólo puede ser un presente renovado hasta el final, sin aplazamiento posible. ¡Cómo pueden desperdiciarse así!

No puedo neurotizarme más por estos eternos candidatos a la muerte, ni siquiera en nombre de mi amor podría asumir sus rictus de tristeza perenne.

Abril, 1980

Este año he comprendido la dimensión antropológica y personal de la Semana Santa. La tragedia es banal e inenarrable.

Cuando me siento saturada hasta este punto temo más a mi vértigo que a lo abrupto del terreno. En cualquier momento surge una irresistible vocación por acabar, dejar de resistir, ceder a la tensión y conforme pasa el tiempo me van quedando menos fuerzas para salir del infierno —que son los demás— y sólo quiero descansar, no sufrir más, no sentir esta desesperación fría, yo, que tanto deseo vivir. Ver un cuchillo, asomarme a un precipicio, me trae a la cabeza el impulso de terminar, con la misma angustia contradictoria del vértigo que atrae hacia el vacío que me sobresalta. Siento miedo a este impulso, porque me siento atraída, absorbida por él y temo abalanzarme al precipicio.

Mientras tanto, ofrezco a mis amigos la cara apacible de siempre y saboreo con alegría los encuentros de realidades diferentes y complementarias, callo mi estado de ánimo, como suelo, y me sacio con la belleza que siempre existe, rotunda y triunfante, por encima de cualquier drama íntimo. “Mais la beautée, Seigneur, toujours je l'ai servie..."

Sabía y sé que es una pérdida de tiempo esta absurda esperanza que me empuja a ofrecer mi disponibilidad a un hombre que boicotea toda relación constructiva, que vive mezquinamente y sueña con ser imaginativo, tierno y creativo, cuando es árido y petrificado en todas las facetas de su vida, menos ante una cuartilla en blanco. Lo puedo amar, pero sé que estoy derrochándome en esta mediocridad con dos patas.

Normalmente la gente se siente mal por cualquier cosa; yo me siento bien con lo mismo, y siempre lo estropeo todo intentando compartir mi privilegio, Parezco un Cotolengo ambulante. ¡Y por esta vez, basta! Que los dioses le sean propicios y encuentre a quien poder hacer blanco de su vomitona contra el mundo, porque si lo veo acorralado, solo, volveré a caer en la trampa de mi maldita piedad indiscriminada, y su aridez, esa gélida petrificación, son arrasadoras. No puedo ser el testigo apasionado de la destrucción sistemática de un ser humano que amo.

Y. está pasando un mal momento y tengo el sentimiento de impotencia de siempre, corregido y aumentado por mi estado de convaleciente.

F. y L. pasan una crisis de pareja, cada cual por su lado, y me hacen confidentcias de su malestar; me siento un "Casco Azul" disciplinado entre dos fuegos, haciendo gala de una sangre fría que no siento.

Afortunadamente P. y T., recién casados, observan la tregua de rigor entre dos hostilidades.

Mayo, 1980

Ario intenta comportarse normalmente, hasta que se rompe y me monta la conocida escena de "no-puedo-vivir-sin-ti". Respondo despiadada, por el bombardeo al que me someten y por su falta de oportunidad. No siento ninguna pena por las víctimas.

Para terminar la semana Bretón anuncia su llegada y ya se sabe, para el sábado toca "no-puedo-vivir-sin-ti". Mi hígado se dispara. Psicosomatizo todas las tensiones, sin embargo, al exterior muestro mi cara de póquer triunfal. No pasa nada, señores: es obvio que deberán morir si no pueden vivir sin mí, mala suerte.

Huyo, desaparezco.

Sevilla, , 1980

Hay margaritas robadas para celebrar mi llegada, la casa está limpia y entre nosotros hay un pacto de alegría. La sensación de ahogo de los últimos tiempos cede y se instala la ternura y la gratitud.

Con ellos me siento la abuela joven que los ve guapos, listos y maravillosos, sin lugar a dudas. La chiquilla y yo nos aliamos para lanzar descabellados comentarios y feroces burlas contra todo lo respetable que encontramos o intuimos. Saúl tiene una belleza apacible y delicada, pero su verdadero talento es para escenificar y narrar. Dimas juega con las palabras como un experto en magia malabar y me hace reír a carcajadas. Juan me impresiona con su bondad y su sabiduría profundas, que parecen provenir de otro tiempo y otro mundo. Han sido los artífices de este reencuentro con la vida, y creo que lo saben.

Cuerpo de casa, con uniforme y terminando las frases con el vocativo indicado —¡Señor!, ¡Señora!"—, en consonancia con mi status laboral, dejando para los ratos libres la otra cara de la moneda. Terapia recomendable cuando la complejidad personal se parece peligrosamente a la esquizofrenia. ¿Quién puede permitirse el lujo de vivir los desdoblamientos de personalidad y ser todas las caras del poliedro sin solución de continuidad? Por el hecho de no estar condenada ineludiblemente a una personalidad monocorde, a un rol único, participo como parte interesada y, no obstante, observo al otro, clase dominante, con la ironía socarrona y la falta de dramatismo de quien sabe de buena tinta que son sujetos irrecuperables, con presupuestos vitales e ideológicos que excluyen la reconciliación, inocentes sólo porque delegan el crimen y no se manchan las manos.

El lumpen tiene la belleza de la fiera en la jungla de asfalto; el arribista es un perro amaestrado para defender y servir los intereses del amo; pero el burgués tiene el código moral y vital que condiciona su continuidad y la condena a la tercera generación. Son los gestos cotidianos los que preparan su derrota. Los cuidados para que ignoren el esfuerzo, las atenciones que se les dispensa son curare, veneno paralizante y letal que actúa irremisiblemente. Contribuyo a su derrota, con la amoralidad del lumpen, cuando tomo iniciativas que los alejan del centro de decisión, como esas esposas solícitas que inoculan diariamente la incapacidad para valerse por sí mismo al varón, hasta hacerlo depender completamente de sus cuidados,

Por eso el señorito es un ser despreciable, el hijo del señorito un espécimen digno de lástima al que no hay que tenérsela, y el nieto del señorito es un desheredado entre tantos, como yo.

El Coronil, mayo, 1980

En El Coronil, en El Aljarafe y en Jerez hay experiencias de escuelas nacionales donde los niños autogestionan su educación y. en algunos casos, su presupuesto. Ellos mismos escriben e ilustran los cuentos de la biblioteca escolar.

Supongo que estos crios se encontrarán al cabo de los años completamente absortos delante de un profesor para quien la lista de los ríos de Europa, por riguroso orden, sin olvidar sus principales afluentes, resulte imprescindible para una buena educación. Y tendrán que decidir que la cultura acumulativa y acrítica es buena para los parados de élite, o quizás cundan las escuelas libres y no tengan que estar forzosamente tarados.

—¡Pero a estos niños no va a haber quien los domine luego! —exclamó horrorizado un

maestro de visita.

No, a estos chiquillos no habrá quien los domine.

Sevilla

Frases de mi patrón, apoyado en el quicio de la puerta de la cocina:

—"La insurrección está en el norte, pero la revolución será en el sur".

—"En la mayoría, en esa clase media que gana entre un millón y un millón y medio al año, y tienen que pagar trescientas mil pesetas a Hacienda se puede reclutar a los financieros y promotores de un golpe de Estado de la derecha más rabiosa, y está al caer."

Según dice, conmigo habla a gusto:

—"Porque seguramente usted no entiende ni jota de lo que le digo, pero me mira como si lo comprendiera. Son los ojos... Mi perro también me mira así, pero cuando llevo media hora explicándole lo que significa la reforma tributaria de Fernández Ordóñez, me siento ridículo".

Las confidencias se le hacen a la chacha, al limpiabotas, al autostopista, al viajero de tren que nunca se volverá a ver, con la absoluta convicción de que no las utilizarán.

Pero es peligroso lo que se cuenta al amigo, al cónyuge, los próximos sólo pueden ser testigos de cargo.

Club de Golf El Buzo, junio, 1980

"Urbanización Vistahermosa", con veintisiete kilómetros de calles y playa privada, —a pesar de la legislación española sobre costas— residencia secundaria para clases pudientes, donde se dan cita las familias vinateras de Andalucía.

Mis señoritos entran con justeza apretándose el cinturón, gracias a la economía del *Tupperware*, consistente en guardar en el socorrido envase hasta las sobras de arroz cocido.

Sirvo la mesa con guantes blancos, uniformada *ad hoc*, vajilla *Duralex*, cubertería inoxidable, vasos de *Nocilla* y a modo de bandeja —"para las carnes, siempre la bandeja redonda"— la tapadera de la olla *Pirex*. En las bandejitas que en su tiempo tuvieron un baño de plata, se ponen unos mantelitos rodeados de puntillas con dos rodajitas de pan. Todo servido con la prosopopeya de una cena en el Trianon, pero con la escasez de los primeros franciscanos.

No es teatro de la crueldad, sino una descripción fidedigna de mi trabajo en las horas de las comidas, en casa de don Jaime de Soto y Colón de Carvajal, retoño de apellido ilustre de vinateros andaluces, a quien le da negativa la declaración de la renta y el impuesto sobre el patrimonio le representa un desembolso de medio millón. Y todo por ese cuadro del salón, firmado Zurbarán, que sus padres le dejaron como herencia junto con una propiedad ruinosa que vendió hace años.

— "Aquí la justicia distributiva viene con el repaarto de las grandes herencias entre todos los hijos que Dios quiera enviar"— me dice con su copita de fino— "Y nosotros, la tira de hermanos, más tiesos que la mojama."

Su mujer, doña Antoñita Medina, le explicaba a su amiga adonde había ido a parar con sus rarezas la madre de los Salinas Milá:

—"Está de jefa en un grupo que defiende a los chorizos." –refiriéndose a la presidencia de *Amnistía Internacional* en Sevilla.

"La naturaleza imita al arte"

Estoy haciendo un cursillo acelerado de racismo idiomático. El sevillano popular consiste en comerse los finales de palabra, vocalizar como si tuvieran una patata hirviendo en la boca, e ignorar sin ningún escrúpulo la correspondencia de tiempo, número y persona. Cada vez que abren la boca me temo lo peor, Y por mucho que me duela, esto me impide confraternizar con los andaluces.

Incendios da cosechas y fincas en Mairena de Alcor, Carmena, Marchena, Paradas, Osuna, Gilena, Puebla de Cazalla, Utrera, Los Molares, Moran, El Coronil, Montellano, Lebrija, El Cuervo y otros pueblos de la provincia de Sevilla; y en Villamartín, Bornos, Jerez y Paterna de Ribera en la provincia de Cádiz.

El incisivo trabajo de investigación de ABC, especialista en portadas de santos, vírgenes y cofradías, descubre claramente que los culpables son los sindicatos campesinos y los partidos de izquierda. Luego, si le queman el local a ABC porque las ventas bajan constantemente, la maquinaria es de museo, sería necesario renovarla y el dinero del seguro no vendría mal, ya sabemos que es cosa de los repartidores de periódicos, que están casi todos afiliados. Tontos no somos.

Parezco ciclotímica. El verano y el invierno vienen siempre con idéntico estado de ánimo: no estoy bien con nadie, necesito estar sola para no enfrentarme a un mundo relacional que queda desenfocado y, lo que es peor, sabiendo que todo es producto de mi psique. No hay quien lo entienda; junto con mi desinhibición, este talante de quinceañera boba.

La literatura reivindicativa— ya sea obrerista, feminista o marginal está condenada a convencer a los ya convencidos. "Black is beautefull" marca un hito en la historia del slogan: la afirmación gozosa sustituye a la queja; el grito afirmativo a la protesta.

La clase obrera no irá al paraíso —esperemos que no quiera ganárselo— ni las mujeres ni las etnias oprimidas. Comprender lo que significa ser burgués, ser varón o blanco colonialista, no nos impide odiarlos, pero sí querer imitarlos o sustituirlos. Nuestra realidad es más dura, más difícil, pero es más bella.

Escucho atentamente a nuestros enemigos: ellos mismos son sus fiscales y oigo de su propia boca las confesiones con las que instruir el sumario. Luego sólo hay que transcribirlo.

Chipiona

No, prefiero dormir sola.

El cuerpo del hombre ha sido una y otra vez, la premisa obligada para compartir mi ternura, y ya no puedo admitir por más tiempo esta condición como si no hubiera más remedio, sabiendo como sé que también es la premisa para el desencuentro y el desamor.

Ahora prefiero un amigo a un amante; prefiero la ternura al amor; prefiero un individuo a la muchedumbre, y prefiero dormir sola, porque para irme a la cama, descarto a quien susurra "¡Vida mía!" porque sé que no está lejos de reclamármela a continuación.

En vista de que no habrá posible acuerdo, tras mi negativa detectará mi frigidez, que no me molesto en desmentir. Es mejor que me crean ajena a ese seísmo corporal, porque mi dignidad personal es una condición sine quanon para sentir y compartir, y detecto hasta la mínima ocultación y misoginia como impedimentos mayores. Las relaciones ocasionales me erizan porque son la caricatura exacerbada de las relaciones monogámicas estables. Y la lucidez me impide engañarme y magnificar una relación excluyente que, como ninguna otra, muestra la incomunicación intersexual.

No sé si la ascesis personal tiene puntos en común en todas las culturas o sólo en las místicas de liberación, pero mi integridad hoy, descarta, sin lugar a dudas, las interferencias sexuales. Es una certeza que se me impone, cerebral, visceral y vitalmente. Siento la impureza cuando rompo la tregua, como parásitos ambientales en la percepción, me siento llena de vibraciones negativas, obsesivamente dispersa.

Sin embargo, cuando asumo mi soledad, llego a un raro estado de serenidad y aceptación, aun en el mayor maremagnun psíquico: percibo mis sensaciones con toda acuidad, sin pantallas intermedias y puedo sentir miedo, ser contradictoria y tener conciencia de mi vulnerabilidad sin que me rompa, sin que huya la serenidad, sin autocomplacencia esterilizante, y elevando mi nivel de exigencia hasta el infinito, sin dejar de complacerme en el otro y lo otro, sin que exija nada que no sea su propia alteridad. Sólo quienes perciben esto llegan a mí profundamente y, entonces, hay un raro respeto, donde se tiene en cuenta y se teme empañar el camino del otro, aunque pueda ser divergente.

Y a pesar de todo, me siento tantas veces culpable por no acceder y no ceder con los sucesivos pedigüeños de mi disponibilidad. No puedo decirles que son prescindibles y molestos, y les miento piadosamente, de donde infieren inhibiciones insuperables que me impiden compartir el lecho y el placer: deducen mi anormalidad y no su inanidad.

Mazagón.

Veo amanecer por primera vez desde hace meses. La luz sobrecogedora del sur termina por ahogar los matices y queda en toda su crudeza el paisaje, que contrasta con mi paisaje natal, la llanura, aparentemente igual y tan cambiante de riqueza cromática.

Acampamos allá donde la tarde cae, y la convivencia es una trama fuerte, llena de minúsculas adhesiones informales, que me rehace tras mis inseguridades pasadas. Todos surgimos de nuestra coraza civilizada para ser cómodos, solidarios, útiles, egoístas o inconsecuentes, y el silencio establece innumeras y secretas relaciones con los actos, porque las palabras resultan vanas entre los utensilios quemados, la fogata, la luz del quinqué, la dureza del lecho de tierra y la almohada improvisada... Entonces las miradas, la búsqueda de leña, de agua potable, la preparación del café comunitario, los inventos que redescubren el tenedor, el trípode, la acogedora sombra, sustituyen al verbo y lo ennoblecen.

Mi pretendida serenidad queda turbada por los interrogantes de Juan, chiquillo introvertido, tímido opositor a la vida adulta, bello, resistente y flexible como el bambú. Ante él soy una madre inquieta por lo que le pueda deparar la suerte al cachorro vulnerable y frágil. ¡Qué inquietud me producen los jóvenes! No soporto que la vida tenga que ser tan dura para ellos y, sin embargo, mirando hacia atrás, mi propia vida me parece algo divertido y asombroso y sólo me recuerdo desarbolaba por mis maternalismos.

Siempre "el infierno son los otros»

Chipiona, julio, 1980

Ha cambiado el paisaje: un enjambre humano borra los perfiles del océano, y el pueblo blanco y silencioso se ha convertido en un mercado donde todo se compra y se vende, nada es gratuito.

Escucho música barroca en un crepúsculo ardiente y rojizo, mirando el agua que ríe. La belleza y la serenidad me dejan próxima a las lágrimas, inevitablemente sola, pero esa es precisamente la premisa de mi sosiego ensimismado.

Me embarco con A. que me da atribuciones de copiloto. El mar está en calma y la luz del sur es cegadora y enervante para mi fotofobia. No pescamos nada y me alegro por el pez que pudiera deberme su muerte. Cada vez me resulta más necia la indiferencia ante el sufrimiento que infligimos a los animales. En el puerto, en improvisados tenderetes, los pescadores ofrecen ejemplares de pescado todavía boqueantes, agonizando entre ofertas, regateos y precios que oscilan: la liturgia de cualquier muerte.

Me siento árida y fría para iniciar nuevas amistades, aunque estoy rodeada de aspirantes. Sólo me redescubro cálida y tierna pensando en mis viejos amigos. No puedo ser feliz si el otro me interpela con su sufrimiento, no quiero verlo, no quiero saber, y para eso necesito mantener esta superficie coriácea donde nadie puede penetrar. Ni siquiera esa criatura que esboza una caricia que no me llega, como un manotazo al aire. Y esta sequedad es preferible porque me siento débil, soy frágil como un cristal defectuoso. Y está bien descubrir la propia vulnerabilidad tras tanto alarde. No puedo sufrir más por quien no vale la pena, y no acepto que nadie valga la pena que produce.

Intuyo, entreveo, cavilo... Una desazón vigorizante y nueva —pero pueden ser los analgésicos— que me sitúa en la frontera de lo intangible y de lo inexplicable. Mi vida se ordena como un rompecabezas, cuya clave empieza a aparecérseme.

La escritura es de una lentitud exasperante para perseguir matices anímicos en fuga y describirlos. Escribir tiene la limitación consecuente de lo material frente a lo psíquico: aproximaciones groseras que no traslucen mi sensación de estar a punto de descubrir mi América personal con el talante de quien no pregunta nada, porque todo se deduce naturalmente y resulta nítido, asombrosamente organizado. La percepción de una trayectoria personal, que se me hubiera escapado hasta que, ahora, la descubro a vista de pájaro, sin visualizar ni enfocar... Y cada aspecto de mi vida toma proporción, relacionado con el resto, que me incluye, pero no se acaba en mí ni conmigo.

Santiago Genovés tiene la primera experiencia de "un intercambio afectivo profundo" —nunca se me hubiera ocurrido semejante eufemismo— con una participante del Acali, y anota en su diario: "Luchando conmigo mismo, no obstante, escribo un poema para Andrée (su mujer, que está en casita) y a la noche lo mando por radio". Como es natural, es un poema absolutamente apasionado –y pésimo—, pero S. Genovés no parece darse cuenta de lo contradictorio de la situación. Al establecer una relación que puede ocupar un lugar convencionalmente estipulado para otra, se sienten remordimientos, fruto del tabú monogámico, junto con una buena dosis de agresividad hacia quien así tiraniza e incapacita para disfrutar plenamente del encuentro. La síntesis de los sentimientos de culpa y la agresividad se suele traducir en una demostración de cariño más intenso, porque los malos actores suelen sobreactuar.

Detrás de la bonancible insistencia de Bretón y sus demostraciones de amor en la distancia, intuyo una historia de "intercambio afectivo profundo" o quizás quiero creer que podré dejar de preocuparme por él.

En el mismo orden de cosas me cuenta Caty: "Cuando mi marido me hace regalos y se muestra más atento conmigo, ya sé que me está poniendo cuernos otra vez. Pero si le sigo el juego y correspondo a sus estímulos con mayores dosis de ternura, le irrito; si le hago reproches y escenas se siente mejor. Para disfrutar con un nuevo amor, necesita sentirse castigado por ello. A mí, en realidad, ya no me importa, como comprenderás, pero al pobre le hace ilusión pensar que yo no podría vivir sin él, y que si no fuera por eso me

dejaría. Le ocurre de ciento a viento; el resto del tiempo parece un vegetal neutro, fofo, aterrorizado con cualquier cambio de rutina."

¡Qué acuidad pueden tener las mujeres aparentemente tontas!

Ahora sé que mi indagación no es el juego sádico que los demás parecen ver en mi falta de disponibilidad como hembra y mujer-como-Dios-manda. Admito que debe de ser frustrante, admito que no lo digieran, pero es un imperativo tan fuerte, tan sostenido, que forzosamente tengo que serme fiel.

Llegar al límite de mi resistencia, de mi soledad y de mí misma, despojarme de todo y de todos, de esta piedad, esta conmoción ante lo humano. Hasta que me vence un impulso autodestructivo y me encuentro compartiendo miseria interior ajena, que me rompe, porque los otros son mi interferencia, mi excusa para darme por vencida y no remontar la escalera que me aleja del refugio fácil, del rellano donde sentarme a apiadarme de mí misma. Puede ser un recurso ya gastado. ¡Ojalá lo sea!

Conocer es, sobre todo, no tomar partido antes de llegar a saber que la razón está ausente de cualquier opción, porque se elige por miedo casi siempre.

Creía que había incorporado la soledad desde hace años, y ahora me doy cuenta a e que lo más difícil está por venir. Cada vez que he abandonado mi propio universo separado del resto encontré una excusa que me sirvió, pero ahora sé que mis pobres necesitados, mis pobres pedigüeños de disponibilidad, han sido pantallas para no encontrarme cara a cara con el miedo a la inanidad ontológica. La iniciación ya es impostergable, pero me siento aterrorizada ante este misterio tan falto de trascendencia, tan pequeño, tan pueril, donde no existe el éxito, y donde el fracaso es la moneda obligada. Llegar a superar las pulsiones negativas sabiendo que toda afirmación de mí significa no utilizar corazas, ser vulnerable y periclitable, a voluntad.

Me gustaría haber leído a los místicos, porque necesitaría corroborar todo esto que intuyo. Sin embargo esa es la trampa: buscar señales que me marquen el camino y me induzcan a continuar, cuando he de encontrarme en el desierto para medir mis propias fuerzas, lejos de cualquier complacencia, de cualquier reconocimiento que sólo podría ser un espejismo.

El conocimiento es el único poder, y lo he utilizado con fines mezquinos. Ahora he de

aprender a desconocer, a no saber, despojarme hasta de mi pertenencia al ghetto, que me permite saberme parte de un grupo que, aun perseguido, sustenta valores reconocibles y reconocidos. Eso es realmente la soledad. Todo lo demás es traicionarla.

Barcelona, agosto, 1980

Esperé una señal de amor a la vida, de generosidad, hasta que no pude engañarme por más tiempo. Ahora tengo que salir de los escombros del pasado y avanzar sola hacia el término de la ciudadela y de sus murallas, antes de que se derrumbe conmigo dentro. Es imposible asumir tanta destrucción, tanta miseria, tanto fracaso personal como tengo alrededor.

Dejo a los supervivientes de las catástrofes preocupados por el calzado del domingo y la ropa que combine con el color de sus ojos, y por las letras del coche.

Si, es un crimen social, pero yo no soy el verdugo, y la piedad me impidió demasiado tiempo buscar horizontes límpidos, donde no se perpetúe el crimen, con luz, belleza y serenidad, donde ponerme a prueba y llegar al límite de mí misma. Ahora sólo puedo hacerme cómplice de lo mejor de cada ser humano. La piedad ha de quedar abandonada en el camino.

Es antiestético tomar conciencia de la amargura acumulada, no obviar la mezquindad, las pequeñas o grandes traiciones...

Mantener el tipo termina por ser una segunda naturaleza endógena y quizás llegue un momento en que también desaparecerá esta pizca de tristeza y sólo quede la "boutade", la sonrisa y la ironía. Pero aun entonces, hay que hacer sumario y si es posible después se absuelve. Pero hay que hacer sumario.

Soy una misántropa sociable.

Buscarme en el límite de mi resistencia y de mí misma vuelve a ser lo más gratificante y vivificador, y mi serenidad ensambla e incluye esta dicha aguda con la que me confronto con el mundo y lo acepto. Pero qué fácil me resulta vivir condicionando mis creencias a la piedad que me despierta el sufriente, independientemente de qué o quien sea.

La música me llega como un aluvión y me reconcilia con mis sensaciones siempre. Una barrera de incomodidad casi física se alza ante quien no le gusta la música clásica y ya no puede darse la relación cómplice en ningún terreno, ya he llegado al epicentro de mi suspicacia y mi intransigencia, que excluye hasta el diálogo.

Setiembre, 1980

Mi infancia fue amarilla y no estoy utilizando simbolismos juanramonianos: mi padre sacó la fórmula de un colorante sustitutivo del azafrán, y su fabricación y manipulado corría de nuestra cuenta. Parecíamos enfermos de ictericia en fase avanzada.

De mi padre nadie puede decir que haya tenido una actitud equívoca con el trabajo. Su sudor fue siempre una burla sacrílega a la maldición divina.

Los feriantes comen y duermen en los cuatro metros cuadrados de su parada. En su talante gregario no existe ni un ápice de ese espíritu orgiástico y pagano que intenta descubrir el observador: cuentan su dinero y su mercancía, espían las ganancias de la competencia, y rezuman fastidio ante la marabunta humana que no les llega. A veces, alguien esboza un gesto procáz, una palabra lasciva, como quien cumple con un sucio deber que no produce alegría, quizás porque, entre el cansancio y la miseria, Eros resulta grotesco....

Asueto tras la tensión psíquica de los últimos días.

Baja mi sentido del humor y se insinúa un dramatismo barato, detestable. Me veo "sentir" y “conmocionarme” con estupor no exento de irritación. No puedo comprender esta susceptibilidad, no puedo respetármela: llega una nueva estación y toca suspicacia, misantropía, hipersensibilidad y neurastenia. No me resigno a ser así.

Los chiquillos, tan diferentes de mis quince años, pero con ese mismo malestar al encontrarse en un cuerpo que les viene grande; con otros matices de percepción, pero con la misma emotividad a raudales, me parecen un vino fuerte y embriagador. Mi esperanza en los que vienen detrás se fortalece en esta velada en que los adolescentes se adosan al muro, frente al ojo adulto, que les apunta dispuesto a liquidarlos, con ese dimisionismo a

ultranza que intenta transmitirles fracaso y amargura como una lección necesaria, cuando sólo es una venganza mezquina ante la vida, porque nada más que han atesorado muerte. A mí no me engañan.

Quería una nena: "Más vale una hija puta que cien hijos frailes", afirmaba. Sus hijos varones eran virtuales enemigos, estorbos, un error de cálculo para la verdadera carne de su carne y sangre de su sangre: la hija que velaría por él en su vejez y alegraría su madurez, rodeándolo de un halo de dicha y amor filial.

Mis prerrogativas, con ser tan sublimes no me parecieron un valor incuestionable, y pagaba aranceles en una guerra fraterna donde llevaba las de perder, porque era más pequeña, más débil e íntimamente estaba de su parte, y eso siempre restó convicción a mis patadas y mordiscos. Ellos eran tres cafres, entrenados en peleas callejeras y con la falta de escrúpulos que otorga luchar contra la favorita del tirano.

Octubre, 1980

Sigo afirmándome por oposición, como los adolescentes; sigo siendo una camorrista que se encuentra desarbolada sin adversarios.

Ha sido publicado el Informe de Amnistía Internacional sobre la aplicación de la Ley Antiterrorista en España. Sus datos claman al cielo, pero ha pasado inadvertido.

Han detenido otros dos presuntos asesinos de Bulto y Viola. Si la policía continúa implicando gente va a resultar que ha sido un acto de justicia popular.

Lietor

Este pueblo tiene un hermoso paisaje y sus calles empinadas acogen mi vena callejera de perro sin pedigrí con la indiferencia relajante de las piedras.

Pero su gente no me gusta. No me gusta ninguna gente que no esté individualizada; en masa me desasosiegan: en corro, en la plaza, van girando la cabeza para seguir los pasos de la forastera, y me producen el malestar de los toros que pastan y pueden embestir en cualquier momento. Me desdoblo y resulto accesible y amistosa, pero el rechazo íntimo está aquí. No los perdono: son feos y los imagino capaces de cualquier atrocidad cuando están juntos, da igual que lleven carteras ministeriales o

salvoconductos de delegados sindicales, aunque me inspiren una infinita piedad solos, de uno en uno.

Los encuentros para ser fértiles necesitan algo más que receptividad: tiempo y silencio.

No es verdad, no soy taciturna, pero me defino más por lo que callo que por lo que hablo. Respeto demasiado las palabras.

Noviembre, 1980

Romper con los ritos resulta, a veces, más difícil que romper con quienes los engendraron. No felicito a Genaro en su cumpleaños por primera vez desde que le conozco, pero en la intimidad de mi cubil celebro que esté vivo y haga más habitable este universo que nos contiene. Paradójicamente, prefiero no tener relación con él, siendo una de las pocas personas por las que me jugaría mi integridad física con tal de evitarle un mal trago y me resulta insoportable la idea de que esté solo o sufra. ¡Quien me entienda que me compre!

Barcelona

Una euforia creativa y vital me recorre, mientras evito cuidadosamente ofrecerme en espectáculo cotidiano de los que amo. Una vergüenza infantil, un pudor de adolescente me tiene recluida sin posible diagnóstico, y asumo esta soledad, que no reseca ni lacera ni humilla. Al contrario, es jugosa y ardiente porque me despoja de espejismos. Hallo en mí todo lo que exigiría de una compañera incondicional, digna de lealtad. Sé que no dimitiré en una relación reposante, porque cada día hay un compromiso con la alegría que nadie puede robarme: sólo yo puedo perderla, regalarla o tirarla por la borda.

Mis sentimientos surgen sin barreras: ríos subterráneos o cascadas, que recorro sin miedo ni remordimientos. No me ahogan, no son un peligro, y sufrir significa reencontrar mi mejor yo. Por eso no quiero que nadie me robe la más mínima parcela de dolor. Pero que tampoco nadie se crea con el derecho de producírmelo, porque puede rebosar un día mi capacidad de aguante y romperme en mil pedazos. Y los restos de mí misma pueden ser arrasadores. Sólo yo sé hasta qué punto puedo ser efectiva en la destrucción y sólo yo

sé hasta qué punto ésa es mi gran tentación.

Me habla mi señorito, Sr. Costas, de la loca admiración que le producen los viajeros sin techo ni destino sin saber que está hablando con una de ellos.

—"Pero yo no podría: necesito cuando me levanto un cuarto de baño mío. Fuera de casa suelo ir estreñido."

La mayoría de los burgueses cambiarían gustosos la libertad por la seguridad, el descubrimiento por lo conocido, y la libre disposición de sí mismo por un retrete donde cagar a gusto. Por eso tienen tan poco futuro.

El burgués quiere dejar sus excrementos en el mismo lugar —ya Herr Freud relacionaba el ahorro con la defecación— , colocar el semen en la misma mujer, receptora en exclusiva— y la monogamia ahuyentó el fantasma de las enfermedades venéreas —, transmitir la ideología a sus hijos —y su alienación también—, con la cuenta en el banco a buen recaudo de locas inversiones que puedan fluctuar.

Cuando habla de esto se le nota un secreto orgullo: cree que esas pequeñas manías lo diferencian de un cualquiera, se siente profundamente original. Y nos diferencian, sí señor, juro que todavía hay diferencias, y sólo espero que la sima se haga cada día mayor, hasta que no haya confusión posible.

Si me arriesgo no es por la libertad general, sólo por la mía. Resulta demasiado cruel imponerles la ausencia de barreras y restricciones a los hombres; se rebelarían, terminarían por liquidar al libertador, y lo peor es que sabría justificado el linchamiento.

Mis antiguos compañeros de militancia, imbuidos en sus convicciones mesiánicas, me observan llenos de inquietud. ¿Qué secreto salario obtengo de la CÍA? Desconfían desde hace mucho tiempo, con razones de peso. ¿Por qué esa manía de no tener un trabajo fijo, marcharme en cuanto cobro, y no buscar otro hasta que me gasto el dinero? ¿Por qué no tengo una cuenta en el banco y llevo el dinero en los bolsillos? ¿Por qué no tengo una casa alquilada o en propiedad, con un contrato en debida forma? ¿Por qué no quiero un hombre para mi sola? —se preguntan.

Y barruntan anomalías graves, porque a ellos no les engaño: ¿para qué voy a querer tanta libertad? Debe de haber fondos secretos, injustificables...

Y así se hizo mi leyenda. Hay quien me cree de la CIA y hay quien explica que hay

antecedentes familiares de locura. Tendría que ser muy ingenua para extrañarme o tomármelo a mal después de tantos años.

"Me siento esclavizado por quienes quiero, los mismos que me producen las grandes y pequeñas alegrías, A veces, como hoy, siento que el precio es desmesurado"

Y ahí está el drama común a todos los mortales desde que el mundo es mundo. Aunque sólo se sufra en momentos de especial sensibilidad —por fortuna existe la anestesia— los afectos son hallazgos que se pagan diariamente.

El héroe hace un día un gesto a vida o muerte, consciente de estar viviendo para la historia, formando parte de la leyenda. Aunque su público le sea hostil, actúa para una fantasmática galería interiorizada que lo absuelve, aplaude, espolea y magnifica.

En la grisura, en la cotidianidad, desaparece la teatralidad y surge el patán arrasándolo todo. En muy raras ocasiones hay un héroe a pesar de la sala vacía, las luces apagadas y la ausencia de claque. Cuando a pesar de esto existe, se trata del verdadero héroe, que justifica cualquier esperanza en la humanidad. En muy raras ocasiones he podido conocerlo: tiene una paz interior que irradia, mezcla de serenidad y aceptación, que no es resignación ni abulia.

Jamás he sentido su proximidad en los combatientes épicos, en los profetas, en los genios o genialoides: el convencimiento de ser grandes les hace creerse con el derecho de comportarse como auténticos patanes, ser sórdidos, mezquinos, pobres hombres...

Pueden ser magníficos en un mitin desplegando su seducción; con un auditorio pueden resultar fascinantes, hasta que agotan su repertorio, se repiten, monotemáticos, incapaces de remontar el monólogo, intransigentes, podridos de concesiones, un espectáculo penoso.

No es casualidad si los “grandes hombres” han sido abandonados una y otra vez. Luego los biógrafos se escandalizan y los lectores se dicen a sí mismos que ellos habrían sabido ser fieles y leales al héroe, al artista, al gran hombre.

Yo sólo podría ser leal al héroe pequeño, que hace menos sórdida la realidad inmediata, menos mezquinas las relaciones personales.

Ellos no necesitan afirmarse por oposición, sino siendo quienes son. A eso aspiro, esta es mi inaccesible meta, y en contraposición está el geste épico, la afirmación por la

negación de camorrista barriobajera, actuar para un auditorio fantasma que prima la gesta y el gesto sobre el fondo y el contenido. Cuando me dejo arrastrar por este heroísmo de tres al cuarto me siento cobarde, vacía y facilona. Justo cuando los demás están aplaudiéndome.

No sé si mi aversión a las drogas es el resultado de un moralismo a ultranza o del instinto de conservación. Sólo después de leer a Aldous Huxley sentí curiosidad por el LSD, pero demasiados tabúes, demasiada desconfianza en los posibles testigos, me ha hecho desistir una y otra vez. Encontrarme a la merced de los otros es una experiencia que trataré de soslayar mientras pueda.

Se muestra desabrido, triste, acusador. Hubiera deseado un abrazo grande y su carcajada y encuentro su gesto hosco, resignado, herido. No me quedan fuerzas para la tristeza y huyo, eufórica, al encontrarme fuera.

No acabo de entender esta repugnancia atracción morbosa que ejerce sobre mí el animal enfermo, el cadáver viviente. Hay un movimiento anímico de piedad irritación-culpabilidad-rechazo, que me recuerda la reacción del gato cuando encontró muerta a la gata. Se fue al rincón opuesto y cuando le abrimos la puerta estaba erizado y furioso; sólo después maulló dolorosamente y buscaba por toda la casa a su compañera.

Intuyo que es saludable el rechazo, aunque sea éticamente injustificable. Evoluciono.

No hay culpables ni inocentes, pero es reconfortante pensar que puede haberlos, y un aparato monstruoso está montado para señalar quién, cuando y en qué grado, porque los débiles necesitan culpables y presidios.

La amoralidad, la libertad no son bienes cotizables, aunque sus sucedáneos hayan sido comercializados como objetos de regalo y de adorno, aunque el esclavo se arrulle con sugerencias libertarias, que colman sus veleidades antiesclavistas.

El moralismo, desde el chantaje afectivo hasta las normas de conducta social, tiene una aceptación sin peros; y sus seguidores y propagandistas reciben el beneplácito de los imbéciles y los pilatos. Y ningún grupo humano deja de proveerse de la ortodoxia subsidiaria.

Mis compañeros gritan "¡Basta!" y se rasgan las vestiduras ante mi falta de seriedad. “Eres ecléctica –dicen— te interesan las razones del enemigo.”

Otra vez se me pide intransigencia, sectarismo, anteojeras mentales. Mi curiosidad intelectual y mi fuerza vital desazonan a los débiles y a los necios, como si contra ellos fueran dirigidas; pero contra ellos —y con su tácita complicidad— sólo se erige el poder con la planificación de una sociedad basada en la mediocridad vital, que les impide salir del estercolero, encadenados al confort, a la seguridad del pienso compuesto cotidiano y a una muerte homologada por los veterinarios del Estado, profiláctica y saludable para el consumo.

Pero no les digo eso ¿para qué? Muy seria, resumo su lista de reproches y finjo considerarlos. Alentados por mí actitud intentan abrirme camino en mi reinserción: hay oposiciones para Correos y para el Ayuntamiento, y estando ahí nadie tomaría a mal que frecuentara a los fascistas, porque es normal, hay que aguantar a ese tipo de gente, aquí todos nos conocemos y terminamos encontrándonos en un sitio u otro...

Asiento pacíficamente. Los veo ufanos.

Antes, cuando ser de izquierdas era punible, me negué a dirigirles la palabra a los fascistas, aunque mi rechazo tuviera represalias. Ahora que son una minoría quiero saber qué piensan, qué opinan, qué tienen en las tripas, como son, me interesan profundamente. Cuando sea un delito ser de izquierdas y ser fascista sea obligatorio, volveré a negarles el saludo. Pero eso no se lo he dicho a mis compañeros, ¿para qué?

He sonreído, he revuelto el pelo al Torquemada más próximo y les he dicho —"No voy a cambiar, no modificaré mi actitud. Tendréis que aguantaros las ansias inquisitoriales porque no hay explicaciones que dar: hago lo que me da la gana. Quien quiera de vosotros, que intente perjudicarme: me divertirá ver si tanta democracia no os ha reblandecido.”

Y ante mi actitud, típicamente fascista, mis amigos libertarios han respondido según lo estipulado: con acatamiento y respeto.

Si frecuentaran más a los fascistas podrían haber desentrañado la carga de ideología contraria que estábamos perpetuando. Y un gusto acre me ha subido a la boca. Nadie puede aprender nada íntimamente si no lo comprende de antemano.

El fascismo no es sólo una ideología política con su partido y su liturgia correspondiente, sino también un reflejo de esa estructura caracterial aberrante de la que me libro con quien indaga, pregunta, se pone en causa, polemiza y vive en la cuerda floja de las emociones, arriesgándome a compartir su vulnerabilidad, porque eso me hace fuerte, me permite crecer si respondo en la misma medida.

Quien vive sus emociones y sus sensaciones como enfermedades vergonzantes que erradicar, quien se agarra a un credo o a una ideología, que lo constriñe, y no se permite ni una duda, ni una vacilación, ya sea tomando a Bakunin, Marx, José Antonio o Cristo, y declama su papel convencido de estar refrendado por su gurú es un fascista. El fascismo es eso, precisamente, necesitar un guía por desconfianza radical en la propia libertad, en la propia iniciativa y en los impulsos creativos personales.

Y cuando yo niego al interlocutor y lo convierto en adversario, soy fascista. Cuando admiran a quien recurre al desafío y la fuerza, demuestran su profunda nostalgia por ser sometidos –si les frustrara, ese deseo se convertiría en arrasadora intransigencia— y eso es fascismo.

Y me doy pena cuando he de actuar para ganar porque eso también es el fascismo. Y cuando apelo a un enfrentamiento donde se diriman las capacidades destructivas de los que estamos en desacuerdo, estoy perpetuando la sinrazón del fascismo. Y me doy mucho miedo.

Porque siempre hay un gran amor que objetar, como un puñado de tierra a los ojos del contrincante, que los dioses me libren del chantaje afectivo. Porque siempre hay razones poderosas que explican la actitud de quien te enfila con su bota, que los dioses me guarden de querer tener razón para rebelarme. Porque siempre se puede justificar cada concesión en nombre de ineludibles y sagradas causas, que los dioses se dignen desasistirme si quiero justificaciones para rebajar mi nivel de exigencia.

Hoy por hoy no necesito tener razón para sublevarme; prefiero tener la independencia psíquica necesaria para no soportar chantajes ni exigencias bajo ningún concepto. No quiero justificar mis actitudes, brotan sin otra razón de ser que la total decisión de salvaguardar mi salud mental. Y eso significa que nada ni nadie me impide sonreír al alba y abrazar mi soledad sin pizca de amargura, porque a mi lado no hay un ser que me niegue para afirmarse, porque es insoportable comprobar que una es la barricada de alguien y su abismo.

El terrorismo conyugal y el chantaje emocional en la pareja son tan ineludibles como el paso del tiempo y las arrugas. No hablo sin pruebas: esas relaciones están a mi alrededor, no es necesario que me las lleve a domicilio: están en quien no deja sus ansias de domesticar en un arcón, pasto de las telarañas y de la podredumbre; están en quien no se sitúa como artífice cooperante en mi proceso de crecimiento; están en quien desea poseer para destrozar mi unicidad, porque no puede sino sentirme una agresión; están en quien no soporta su descomposición sin arrastrarme con ella.

Y son mis amigos y están en mi misma barricada. ¡Amados sean!

Por momentos, la fiebre se interpone entre el mundo y yo: noto latir el corazón en otro sitio de mi cuerpo, pierdo el sentido de la orientación y en vez de estar en la cama, estoy colgada en una pendiente rocosa, noto las piedras, el viento que zumba fuera y la polea me desliza lentamente fuera de la grieta que me guarece. El vértigo ante la caída que se avecina me sobresalta y vuelve mi conciencia a percibir la cama, vuelvo a los libros que se habían convertido en rocas, y al gato, viento amortiguado que ronronea y deja oír su corazón en mi pierna. Fuera suena la radio, y en la grisura general una canción absorbe mi atención, se desmesura y todo lo que existe es esa música, que he oído docenas de veces antes, pero en este momento parece recién nacida y me sobrecoge que termine. Y otros pensamientos me llevan por otros vericuetos y deja de importarme la canción, estrenando otra sensación como si fuera la última y la primera vez, feliz, extasiada, arrebujada en la penumbra somnolienta.

Tengo la boca seca, la nariz tapada y la tos me deja exhausta con un dolor agudo en el pecho que se renueva a cada aspiración, pero no impide esta beatitud, y si me adormilo veo colores que no existen, con la luminosidad que sólo puede tener el mundo visto por los ojos de un niño. Mis pulmones son el interior de la Tierra, que se enfría y se asienta poco a poco, bramando. Soy testigo del primer día del mundo, vuelvo a la habitación en penumbra y taladro su oscuridad, veo hasta la rugosidad del muro, del chal de lana, mullido y suave, y la madera de la mesa parece rezumar aún resina, y savia, pero cuando enciendo la luz y miro alrededor, no existe nada de eso. Me gusta este sabor cobrizo que me devuelve a la niñez, me gusta estar enferma, al margen de la cotidianidad. El dolor se distrae sólo, no se siente muy importante, pero no se va.

Bruscamente aterrizo, cogida en falta. Vienen a verme y me da vergüenza, porque ellos no perciben la enfermedad como alternativa que abre un mundo de percepciones inéditas. Cuando me duele el pecho estoy participando del parto de mi madre y la

dilatación lenta, a intervalos cada vez más próximos, me conmueve hasta los huesos; unida a ella pierdo la noción de mí y empujo con ella, me fundo en su parto y mi nacimiento. He contenido la respiración mucho tiempo y doy una bocanada que me quema los pulmones, y bajo entonces a la mina, trato de percibir donde puede tenderme una trampa mortal el grisú o soy un herido de metralla y me están curando sin anestesia. Hay que extirpar todo cuerpo extraño, cada uno duele, pero el alivio llega como una liberación momentánea, como un pacto con el sufrimiento, que es siempre una revelación esplendorosa: se descubre la felicidad en ese latido aliviado de la carne destrozada, humillada, pero aún así llena de certeza, y nuevamente el dolor subraya esta felicidad tan intensamente que hace la anestesia indeseable.

Pero ellos miran mis pies artríticos y tienen un rictus de repulsión y piedad; oyen mis bronquios y me miran apiadados y preocupados. Y quizás sólo hago componendas con el dolor porque no lo puedo eludir, pero me permite acceder, purificada y disponible como nunca, a la realidad exterior, más receptiva. Quizás ésta sea mi ascesis personal para amar el universo y la carne, que me contienen.

Sé lo que es amar: es compartir el secreto de los dioses, participar en la raiz de todas las cosas, que es gozosa y doliente, aceptar con sus dos caras el mundo y la vida, pagando el tributo del dolor y del placer, que no me rompen ni me aplastan.

Sólo el sufrimiento moral que me producen los demás me arrasa, porque es mezquino, gratuito e innecesario. Pero al cabo del tiempo, también llego a integrarlo en mí y rezumo una ternura rota por ellos, porque "no saben lo que hacen" y se destruyen y destruyen, incapaces de pactar con la vida. Aunque eso siempre ocurre mucho más tarde, demasiado tarde, y me repugna un poco esta ternura póstuma, que es una componenda, porque la certidumbre de no merecerme los miserabilismos ajenos, me indigna. El dolor físico, sin embargo, me hace sentirme digna de compartir y vivir la alegría y me devuelve intacta y purificada al ajetreo de los días

Diciembre, 1980

Soy la mujer de mi vida. ¡Cómo me quiero!

Si mi mundo quedara despoblado de mujeres, perecería por consunción emocional. Todas las amistades profundas que han llegado a ser parte esencial de mi vida, tienen matices femeninos.

Desbordo de energía a pesar de todos los achaques. Duermo unas cuatro horas diarias, pero psíquicamente me encuentro despierta y receptiva. Continúa mi necesidad de aislamiento y de soledad, pero es una alternativa sin aristas ni resquemor. La penumbra, la intimidad de mi cubil, lejos de normativas sociales de buena convivencia, siguen siendo reconfortantes, como esos momentos en que lo único que no desnudamos es el cuerpo, pero la mente y la emoción emiten vibraciones de alto voltaje. Toda relación que no sea así me parece innecesaria. En montón los seres humanos despiertan toda mi misantropía y, a pesar de eso, puedo guardar una amable compostura en las reuniones que por equivocación me topo, pero me agotan y me hastían.

Viene Diana, desbordante de vitalidad, bellísima como sólo ella puede serlo. Me recreo en su desparpajo, me conmueve con su desgarro tiernísimo y nos encontramos juntas en una isla que sólo a nosotras pertenece, y reímos, jugamos al ping-pong verbal, nos deslizamos en elucubraciones de locas, desafiamos el buen sentido paseando con un frío que corta, tomamos café entre jubilados que dormitan, y entramos en su santuario de puntillas y pudorosas.

Me despido de ella con esa vieja sensación repetida en cada despedida, de no poderla guardar mucho tiempo, que es demasiado hermosa para ser verdad y temo que un día me sea arrebatada por un carro de fuego, porque la inquisición ajena puede hacerle arder o porque el movimiento continuo no se haya conseguido y al impulso de hoy sucedan la quietud y las cenizas.

Hay miradas que tienen el Tribunal del Sto. Oficio en su pupila, otras son el Consejo Rector de Investigaciones Científicas; otras son una sima con cantos rodados en su ladera. Muy pocas expresan sentimientos y sensaciones.

La mirada puede ser tan subversiva como un discurso de Danton, puede ser tan dramática como una novela de Dickens, puede ser tan conmovedora como un poema de Walt Withman. La literatura no deja de ser un paupérrimo reflejo de la bioquímica.

"France Inter." da la noticia de la muerte en accidente de aviación de Sa Carneiro, con la compañera de sus últimos años. Obviando la sordidez que tiene todo personaje político, me impresiona y me conmueve su valor frente a la opinión pública, desafiando a los bien pensantes con una relación extraconyugal, que impuso pública y oficialmente. Con mucho menos que perder hay gente que conozco que vive una doble vida, aterrorizados por los prejuicios.

En las clases de "Planificación familiar", organizadas por el Ayuntamiento de Albacete, Juana, militante del PSOE, explica a su auditorio: "Hay tres clases de coito: conyugal, prematrimonial y extraconyugal."(Sic.)

Menos mal que siempre hay gente capacitada para explicar con simplicidad evangélica los profundos misterios de la sexualidad.

Con qué argumentos, si no, rechazaría el protagonismo que intentan darme como guía y gurú de las pobres masas, sedientas de enseñanza. Para eso hay que saber enfrentarse con un auditorio y hacer el ridículo con esa excelsa convicción de ser el mesías del barrio, y a mi me gusta este papel entre candilejas. Es cómodo y sobre todo me da la oportunidad de equivocarme sin que sea grave. Pero cuando los errores trascienden el área del coleto personal, ya me parece que se roza el hecho delictivo, y no por sus consecuencias prácticas, sino por el precedente que sienta la publicidad de la tontería, que sólo debería estar permitida en la privacidad absoluta del magín de cada cual.

Cuenta Albertine Sarrazine en una vieja entrevista con Sosa Regás que sus primeros documentos de identidad legales le daban ganas de parar a los policías y enseñárselos, demostrarles que estaba en regla.

Esa relación casi osmótica entre delincuentes y policías me resulta incomprensible. A mí me gustaría olvidar que existe la bofia, y la mayor parte del tiempo lo consigo, porque llegado el punto en que el odio es irreversible y ha alcanzado su máxima virulencia, niego en mi memoria al enemigo. Si, a veces, por razones ajenas a mi voluntad, compruebo que existen, me gana el estupor; la idea de permanecer con ellos en el mismo recinto es tan inaudita como la de cenar con unos "ummitas" en un restaurante. Cada vez que me encuentro frente a frente con la policía me desdoblo en follonera protestona y mirona sorprendida. Sin embargo hasta el fascista más brutal me resulta íntimamente comprensible y conocido, jamás un policía. Mi eclecticismo no llega tan lejos.

No sé para quien escribo. A veces escribo para aquel desconocido que me explicó brutalmente el entramado de las concesiones y la pequeñez que vivía, sin tener en cuenta la fragilidad de mis diecisiete años; para aquella chiquilla renqueante que acechaba un gesto de cariño, aunque no le fuera dirigido; para quien posee el don de arrancarme la sonrisa de cuajo; para los que sólo tendrán mi máscara y mi talante sarcástico, y a veces no hay interlocutor, escribo para no ahogarme en el silencio, porque me cuesta trabajo hablar, convencida como estoy de no poder traspasar la muralla que me separa de los demás y, sobre todo, creo que escribo para no olvidarme de lo que fui al cabo del tiempo en una de esas espectaculares operaciones estéticas que afectan a la memoria. Releerme después de unos años es una lección de humildad, que contrarresta mi inclinación a no creer que mis logros personales sean producto del tiempo y de los acontecimientos. Nunca hay saltos en el vacío, nunca estoy de vuelta sin haber ido, aunque mis afirmaciones tengan el aire de convicciones innatas: pues si admiro la lucha sorda es porque he tocado fondo en la lucha épica; si deseo profundizar es porque he primado la apariencia y mi papel social por encima de todo; si huyo del aplauso es porque he utilizado todos los recursos para gustar; si amo descarnadamente, sin esperar nada a cambio, es porque he vivido cada forma de chantaje afectivo; si espero de los chavales de veinte años y de los chiquillos de apenas diez, es porque he traicionado mi infancia y tapiado mi juventud con cansancios prematuros; si creo en las mujeres es porque desconfié radicalmente de ellas; si sólo amo a los hombres individualizados es porque los utilicé sin mirarles el rostro; si no necesito a quien amo y a quien necesito me resulta intercambiable es porque sólo supe amar a quien me sirvió y sólo me quise a mí misma cuando podía gustar a los demás; si ahora necesito vivir es porque he preferido morir en muchas ocasiones; si no tengo miedo del futuro es porque borré el pasado con demasiada frecuencia para poder sobrevivir.

Soy tácita porque he dicho demasiadas palabras en mi vida que no significaron nada para mí; tomo la verdad como una pura incógnita, llena de interrogantes, porque he afirmado con intransigencia verdades indiscutibles en las que no creía; si tomo el camino de la inseguridad personal es porque me dejé ir por la pendiente de la inseguridad ontológica y he conocido la locura; si he conquistado la serenidad y la salud mental es porque fui un animal enfermo y destructivo sin perder esa lucidez que sólo se adquiere con el estómago vacío, las condiciones más precarias y el dolor físico. Y cada frase tiene connotaciones biográficas que no he explicado jamás, y cada palabra tiene resonancias de

momentos que me han marcado a fuego. Por eso creo en la palabra como en un absoluto, porque puedo relativizar las ideas; creo en lo que nos une porque sé lo contingente que pueden ser las posturas contrarias de los adversarios y lo frágil que pueden ser las alianzas y los afectos que se basan en la semejanza.

Todo esto parece un galimatías, sin embargo, tiene un sentido claro y transparente para mí; pero he vivido esclavizada demasiado tiempo con hallazgos muy evidentes para los demás, que no tenían sentido alguno.

Carchuna, diciembre 1980

Días luminosos y cálidos. El mar está rizado como una escarola.

Un solo superviviente de mi generación es capaz de envenenar con sus proyectos y fantasmagorías a cien chavales de veinte años que, sin su maléfica influencia, serían naturales, espontáneos, afectuosos y limpios. Javier, gurú de la no violencia y de los objetores de conciencia, logra crear un clima melifluo cuando quiere ser cordial, paramilitar cando quiere apelar a la responsabilidad, de secta civil cuando quiere ser eficaz; de tal manera, que este no violento-pacifista ha conseguido interiorizar y encarnar le peor del espíritu castrense y lo peor de la orden religiosa.

Granada.

El muchacho de los ojos tristes sonríe como un lobezno, y relee en viejos escritos ilegibles la historia de los solitarios. En cada página ha encontrado la repulsa de sus abúlicos detractores, que hablaron de humanismo y etiquetaron su crueldad de animal sano...

Le he dado mi mano, he rodeado sus hombros con mi brazo, he reclinado su cabeza en mi pecho y le he conducido por un sendero abrupto, donde la soledad es una meta apetecible, la lucidez un premio y la ternura un lujo que sólo entonces podemos degustar. Y no lo amo, no se ama lo que se nos asemeja: nos recrea, nos reconforta, nos devuelve el sentimiento de especie, nos espolea, pero no podemos amarlo porque falta distancia y falta fascinación.

No lo conduciré de la mano en la ceremonia iniciática del despojamiento ni seré su guía en el aquelarre donde descubrirá que el ángel y el demonio sólo son proyecciones del yo, que deberá asumir, aunque el frío le recorra hasta la médula y ese helor sea el dintel de la locura. La ceremonia terminará con un sol implacable, invernal, que

deslumbra y no calienta. El iniciado se convierte en intocable, inaccesible para el resto. Ya no tendrá refugio ni conocerá la paz, parte de mi especie, lo contemplaré con la alegría desprovista de piedad y aunque soy responsable de su vida como nunca lo será la madre que engendró a su hijo, no podré mover un dedo para facilitarle el camino, no podré ni querré evitar que sufra y se desazone. Puedo ofrecerle mi mano para que la suya no tiemble, puedo ofrecerle mi hombro para que oculte su rostro contraído por el dolor; puedo mirarlo hondo para que su mirada no se desvíe, pero las demostraciones de ternura serian obscenas en este universo desolado de la lucidez,

Brincará la ternura en mis pupilas, mi amor surgirá como un torrente de montaña con el ajeno al laberinto, que con su alteridad me individualiza. Ahí la mirada ávida, aceptante de todo de antemano, redescubre una posibilidad de asilo y, sin embargo, tomaré siempre el camino del riesgo, de la dureza y de la oscuridad. Yo no podré reclinarme en un hombro, no tendré un abrazo para cobijarme, una mano para asirme, nadie me acompañará jamás en esta soledad que no endurece ni reseca y es la condición indispensable de esta alegría salvaje para ser y afirmar que la vida es lo mejor que he encontrado, y estar viva es lo más hermoso que podía ocurrir

No he visto la Alhambra ni el Generalife ni las cuevas del Albaicín, que una buena turista debería recorrer. Las piedras quedan en segundo plano respecto al paisaje humano. Duermo a deshora y mis sueños convocan a los que vivieron y recorrieron un trecho conmigo y quedaron en la cuneta. No puede haber tristeza, no cabe en esta decisión obcecada de ser y saber, que recupero intacta y sin fisuras desde que huí de mis cadenas de piedad. Pero aquel tiempo también fue necesario.

Dos años después, voy a ver por segunda vez "Más allá del bien y del mal" de Liliana Cavani. En el salón de actos de Arquitectura, unos trescientos estudiantes esperan pacientemente que continúe la proyección tras numerosos cortes. Cuando ya llevan más de diez minutos las luces encendidas se remueven en los asientos, inquietos, pero no chistan, nadie protesta.

Me quedo con mis barriobajeros, niños eternos que patean y silban a la menor frustración. Estos estudiantes me dan escalofríos.

Motril

Solsticio de invierno. He desayunado en la terraza de un café, de espaldas al sol, que pica, en mangas de camisa. En el norte inundaciones y frío intenso.

La felicidad no tiene argumento. Se puede intentar descifrar, describir los momentos que nos hacen dichosos y nos topamos con sucesos anodinos envueltos en calificativos que resultan excesivos. Estoy con gente que me gusta, en un paisaje que me es grato, y los acontecimientos son mínimos y cotidianos. No hay una gran novela en ciernes. Todo es vulgar y reposante, con fogonazos de lucidez y carcajadas cómplices, que devuelven a mi misantropía su carácter afirmativo y gozoso. Los chiquillos me hacen recordar que tengo canas, ojeras y artrosis, y es hermoso sentirme vieja confrontada con sus veinte años.

Ningún sentimiento absorbente, ninguna ocupación predominante, ningún esfuerzo demasiado duro. Habituada a otro ritmo, me acomodo a este tiempo sincopado, no mesurable, sin perder comba. Leo a Graham Greene, que una vez más me decepciona, hojeo el periódico saltándome los artículos de fondo, fumo mucho y hago de la castidad un estado natural, sin pontificar sobre sus virtudes; bien al contrario, me defiendo de las insinuaciones con una aire de depravada que asusta y frena a los carpetovetónicos donjuanes. Me siento cansada de antemano en la gimnasia oratoria y meliflua del ligue, me desencaja la mandíbula los bostezos. Me dejo ir y me soy fiel en esta indiferencia no buscada con la que soslayo cualquier artificio.

Hay que decir alto y fuerte que el hombre no es un logro en su totalidad. Hay que decir que la mayoría es un fracaso nauseabundo de la naturaleza. El humanismo tiene tanta base como perspicacia los humanistas.

La gran mascarada navideña se introduce insidiosamente como espectáculo a consumir. La estética mostrenca, característica de lo navideño, es reveladora de su contenido. Hoy he roto la tregua con uno de esos abortos crecidos que pululan. Decir que me provocan instintos asesinos es poco: los exterminaría con toda frialdad, con premeditación. Es un delito total, imperdonable, que estén vivos y no se puedan soslayar. Si son feos masificados, individualizados resultan atroces y este material humano de derribo aumenta conforme se va hacia el sur. La explicación sociológica que basa su pecado en la miseria que sufren, no hace que mi odio tenga menos virulencia.

Podría ser esterilizante esta certidumbre de que toda adquisición filosófica es

intransferible y el recorrido vital y personal no puede aprehenderse por vía oral o escrita, como dice Póker. Pero a mí me parece que esa es su riqueza.

Anoche trabajamos y nos turnamos para ir a felicitar las navidades a nuestros patrones. Entre los mazapanes, las almendras y el champagne, un ambiente de alegría ficticia, más triste que la misma desolación. Inventé para ellos historias divertidas, que se colaron bajo el traje demasiado grande y pasado de moda de mi jefe, y carcajeó con su chaleco y con su chaqueta, pero sus ojos siguieron siendo los de un hombre asustado y sorprendido. Su mujer pasaba con ellos la primera nochebuena, después de su separación, y su "savoir faire" tenía algo de vengativo, se le notaba feliz observando la decadencia de su marido a hurtadillas, con un rictus de desagrado, victoriosa. Intuí una historia llena de reproches y amenazas, como todos los epílogos matrimoniales, que ella no eludió a través del olvido en pro de un piadoso encogimiento de hombros, bien al contrario. Con todos los puntos a su favor adiviné su largo capitule de rencores frente a su marido, que fingía desesperadamente la alegría estipulada para la nochebuena.

Casi me sentí culpable por llegar sin un pasado sucio, con mi sonrisa de buzón de correos y mi falta de cadenas afectivas hasta su guarida, donde recluidos afirman que la navidad lejos de la familia será muy triste para mí, tristes vergonzantes con la sonrisa crispada.

Permanecer en el último rincón de la tierra con mis características, intentando pasar desapercibida y que no me lloren al hombro o me hagan blanco de su necesidad de guías y taumaturgos es tan absurdo como pretender usar zapatos de tacón.

Con los chiquillos me encuentro a gusto, pero alrededor hay tanta podredumbre que podría vomitar. No remuevo la basura, por una vez dejo mis ansias investigadoras en aras de mi deseo de disfrutar sin más.

El modelo social donde puedo crecer está en el norte: necesito para sentirme serena y creativa la calma sentimental, la receptividad, el respeto a la intimidad, el silencio o el tono mesurado. Me desquicia el sur: la estridencia, el extremismo emocional, su obtusa intransigencia, la falta de tacto, la vocinglería que sustituye a la conversación y esa crudeza impúdica del interlocutor, me erizan.

La sociedad europea meridional, que detesto, tiene su caricatura más despiadada en Andalucía, que desprecio.

Encuentro recargada y ramplona la arquitectura árabe, y puesta a escoger, prefiero una celda monacal a una sala de la Alhambra; prefiero un castillo medieval a un palacete árabe; una ciudad castellana de piedra, cal y pizarra a la Mezquita. Y puesta a escoger, escojo la llanura como paisaje, una casa desprovista de adornos; con las paredes blancas, la ilimitada gama de los ocres y los sienas, las modulaciones de la voz en tono grave,—infinitas resonancias de la nana o la oración piadosísima del que espera—, las emociones contenidas, sofocadas,—¡cuánto más convincentes son las lagrimas que ruedan sin sollozos, cuánto más emotiva la alegría que irradia sin la carcajada, cuánto más temible el gesto que no estalla en aspavientos! Hubo un tiempo en que hubiera dado un brazo por esa expresividad huera de lo andaluz, esa gracia ramplona, esa falta de contención, y me juzgaba sosa y sin gracia. Ahora se que mis características nunca podrán ser las de aquí y sé por qué.

Me es imposible no odiar el rasgo odioso sin odiar a quien lo tiene; lo despreciable lo asimilo a quien desprecio, cosa lógica si se tiene en cuenta que vivo rodeada de tibios encogimientos de hombros e inhibiciones cómplices ante lo que les agrede. Creo que me solivianta más el apocamiento con que se abstienen las víctimas que el daño que se les inflige.

En esta fase de mi evolución no acepto todas las provocaciones. Me reservo ante este aluvión de amores pasionales y enmedio de una fogosa disertación amatoria, me sorprendo apiadándome de mí por la profunda injusticia que cometen conmigo, y vivo sus confesiones de amor como pruebas cuya dureza es desproporcionada con los privilegios que otorgan. Me sublevo con una profunda lasitud interior, pero mis manifestaciones no traslucen mis vaivenes anímicos: respondo dura, divertida, ridiculizando, con un profundo desprecio que no trato de enmascarar. Yo no sé si alguien habrá oído un millar de veces lo de "Tienes-los-ojos-muy-bonitos-¿no-te-lo-ha-dicho-nadie?", sin cambiar una coma. Aunque fuera Marie Laforet no perdonaría tal falta de creatividad, y no la perdono. Luego hay verdadero terror en esas miradas sorprendidas, extrañamente fijas en mí, que bajan al suelo si se cruzan con la mía. Eso no me molesta, me sirve para permanecer inaccesible a la mediocridad hormonal de estos imbéciles.

Carchuna, enero, 1981

La acuidad, la lucidez, la mirada más allá de lo que veo. Mis pulmones suenan y

gimen, sueño con habitantes de universos ya olvidados y me acurruco en mí, me necesito sola como siempre que me encuentro débil. Las vértebras se dejan contar a golpe de dolor articulado, pero mañana saldré de este campo minado por la luz y el artificio. Me siento ya incómoda en esta blandura, esta aceptación admirativa. No había tenido tanta éxito de público desde hace años: cualquier frase, cualquier gesto, cualquier desplante se desmesura y se comenta y me encuentro presa de mi imagen de excepción, que anula la posibilidad de un diálogo entre iguales. Hubiera debido preverlo, pero me ha pillado de sorpresa. Ahora sólo me queda la protesta, —que se toma por socarrona humildad— y la huida, eterno recurso previsto desde el primer acto de todas las funciones.

Mi ciudad

Qué entrañable me resulta esta ciudad donde vivir es posible, aunque no pueda sobrevivir aquí. Marcos me responde al teléfono, cansado, enfermo, y me siento impotente ante su sufrimiento. Aún me queda un largo camino para reconciliarme con el dolor, he de aceptarlo también en los que quiero, asumiendo la carga liberadora que también puede tener para ellos, pero aún no puedo. Sigo sintiendo una punzada en el pecho cuando existe y se manifiesta en los míos, me crispa y me desbarajusta.

La fascinación es un estado de receptividad llevado al máximo y la fraternidad es lógica cuando nada puedo dar, nada quiero aportar y no intento ocultarlo. Yo sé hasta qué punto amar es un acto gratuito y precioso y ser amado un regalo, un don y una arbitrariedad, pero esto precisamente nos transforma: no nos cambia.

Acepto el placer sin aristas y la alteridad del otro se convierte en una condición para mi identidad.

Madrid

Me he quedado sola sin tristeza y sin esperar continuidad. No es la esperanza de un futuro que renueve el presente que hemos compartido la que me mantiene en esta placidez, Me siento bien, es todo. Me siento plena, es mucho. Me siento espectadora privilegiada de un hombre que se ha mostrado no petrificado, disponible y cálido que ya no está aquí.

Madrid, tan odioso y odiado toma un perfil amable. El aeropuerto, frío punto de partida para viajes que nada significaron en mi vida, adquiere un halo amable y acogedor. Nos decimos adiós ante la indiferencia de la policía de aduanas, con el gesto de quien

juega al escondite, entre divertidos e incrédulos y me zambullo otra vez en el anonimato, amando un poco más mi realidad individual, sintiendo el entorno menos extraño, más ajena al laberinto de la aridez y la mezquindad.

Los misántropos dejaríamos de serlo si el noventa por ciento de la humanidad sentara la cabeza y se esforzara en ser adorable y digna de amor, es decir, si de una vez por todas dejaran de ser quienes son y fueran como nosotros. Creo que no es mucho pedir, y que no me hagan caso, prueba su inicua naturaleza.

No hay peor esclavitud que la que se acepta de buen grado. Trabajar en algo creativo, no sólo es entregar tu tiempo, tu disponibilidad, has de drogarte con aceptación, y llegas a hacer depender tu autoestima del trabajo que realizas. Y encontrarse disponible para un trabajo así, quiere decir no tener un momento de ocio que no dependa de la labor que has de desempeñar. El trabajador "creativo" de desdobla en capataz, accionista, defensor de la productividad y exigente e insatisfecho empresario, y ahí toca fondo como individuo.

Al trabajador manual la indiferencia, el tedio, el desinterés, la banalidad le inmuniza contra la tentación de interiorizar los intereses y normativas del patrón y del accionista, llegando a ser el hombre-maquina que ejecuta el trabajo sin tomar ninguna iniciativa, y así lleva al sistema a su mayor contradicción: tiene que despersonalizar al hombre para que sea efectivo, pero no lo suficiente, para que pueda tomar un mínimo de iniciativas necesarias para hacer su trabajo. La única resistencia posible no es la bomba, también está la violencia pasiva, dejando la mística del trabajo bien hecho para los pseudo vocacionales. De ellos es el reino de la alienación hoy por hoy.

La chachas tenemos tal grado de indiferencia por el trabajo que realizamos, nos es dado a cambio tan poco paraíso social que disfrutar, tenemos tal falta de incentivos morales que nos resulta fácil actuar como sujetos no mediatizados, porque vivimos el trabajo como una condena: sólo el resto del tiempo, somos individuos.

El periodista que recibe una noticia no se siente un simple transmisor de datos, sino que se cree protagonista y participante del secreto de los dioses. ¿Magia del nombre propio impreso o exacerbado protagonismo por realidades interpuestas? Cuando hinca el diente en una noticia donde se están barajando huelgas, guerras, estafas, cambios ministeriales o asesinatos, los vive como totalidades globales que le afectan directamente

a él, intrépido reportero encargado de rasgar los velos que ocultan la realidad. Cuando un ciudadano cualquiera oye hablar de estas noticias, sabe que sólo puede afectarle proporcionalmente: no es toda la huelga, toda la guerra, todas las insidias políticas sino su repercusión proporcional, según su número y calidad, según su grado de protagonismo. El periodista es un enfermo mental que no establece graduaciones minimamente objetivas. Es un paranoico en potencia.

El militante, el enfermo aquejado de protagonitis social, tiene un cuadro clínico muy semejante al periodista. Su enemigo es el sistema y tiende a creer que él es el enemigo del sistema. No uno entre millones, no: el enemigo por excelencia. De ahí la fruición con la que se siente blanco de conjuras, en peligro perpetuo. Teniendo su vida alienada enteramente por su labor militante, no puede establecer distancias desdramatizadoras respecto al enemigo o a su importancia como individuo en desacuerdo. Cada acontecimiento, cada acto, cada previsión del Estado es un ataque satánicamente dirigido contra la oposición —él— no puede ser casual, bienintencionado, banal o simplemente conveniente para alguna gente: todo, hasta lo más anodino lo planea el gobierno meticulosamente para neutralizar, romper y destruir al luchador, La lucha épica tiene estas cosas; a un paso de lo sublime está lo ridículo y cuántas veces traspasamos ese lumbral los mesiánicos defensores de una idea.

Cuando escuchamos a un militante hablar de la sagacidad de la policía, el total control de los ciudadanos, la despiadada planificación de la sociedad por el Estado, estamos oyendo realmente decir: "¡Ojo: estás hablando con Prometeo redivivo, sólo los dioses son mis enemigos, los simples mortales no podrían desazonarme!". Y ésa es la misma actitud que lleva al derrotismo y al temor reverencial frente al enemigo, demasiado sagaz y despiadado todo lo tiene perfectamente planeado, nada se puede hacer y, paradójicamente, eso sólo se le ocurre al militante de izquierdas El pobre reaccionario, que no tiene un proyecto de sociedad alternativa y no se siente demasiado importante, sabe lo provisionales que son los decretos, los ministros y el enfoque político global.

Mi ciudad

Ha nevado. Las batallas de bolas de nieve en el parque, a la luz de las farolas, el paseo nocturno, abrigados como esquimales, las huellas de nuestros pasos en la blancura luminosísima han tenido estos días la importancia de los acontecimientos mágicos. Me suena a chino la crisis del PSUC con el PCE, compro el periódico que se queda olvidado

sin leer: imposible centrarme en el juez D'Hurso o la visita de Walesa a Italia, y los días están llenos de sucesos que absorben mi atención más inmediata y recortan mi interés. Estoy emocionadísima leyendo un libro sobre la interacción biología-sociedad, que me abre un mundo de sugerencias, donde mi imaginación se solaza a falta del rigor científico, que no poseo, y entre medias consulto un poema casi olvidado de Neruda, que golpea inconcluso en mi memoria, cuando el cielo toma ese color y toda la limpidez del horizonte me saca de mis libros y mi ensimismamiento para ver el poniente. ..."Cayó el libro que siempre se toma en el crepúsculo/ y como un perro herido rodó a mis pies la capa.// Siempre, siempre te alejas en las tardes/ hacia donde el crepúsculo corre borrando estatuas."

Y la belleza del momento, el poema, los libros, la mesa camilla, la llanura desde la ventana, Mozart en el tocadiscos, la casa silenciosa, me encuentran con un nudo en la garganta, con una felicidad reencontrada y mía, que tantas veces traicioné en busca de espejismos de armonías compartidas.

Esta noche, con mi tos asmática, el frío que duele en las manos y la nuca, saco mi zumba y me digo que estoy demasiado bien, que este sentimiento de dicha generalizada no puede durar y me auguro una época de perros, con un humor de perros, en un entorno hostil. Y sin embargo, no se puede decir que tenga unas condiciones inmejorables, simplemente todo me parece un raro privilegio: el frío, la nieve, la tarde, la luz, la penumbra, estar sola, quedarme en casa o pasear son hermosos regalos que disfruto. Misterios de la psique. Y ni siquiera soy insensible al dolor, a la amargura, al fracaso de mis amigos, y lo vivo como un cataclismo, pero un cataclismo tan despojado de proyecciones mías no puede romperme, y queda el sentimiento predominante de gratitud por estar viva, estar aquí y ser así. ¡Cuántos años hace que no me sentía tan bien! Sólo las relaciones interpersonales morbosas pueden impedírmelo y por eso he de huir de cadáveres andantes, doy en la misantropía y no puedo permitirme el lujo de sentir piedad por los desechos humanos, porque el resultado es mi gesto hecho trizas y una inmensa náusea que todo lo arrasa.

Vi a Bretón en Madrid, en su trabajo. Tiene la resignación vital del perro apaleado y se ha fabricado un halo de dimisión espeluznante. Me habla de cosas, actos externos, de banalidades y no vi en él ni pizca de alegría, de gracia, de ingenio... Antes me hubiera desazonado y habría llorado a solas por él, ahora no: lo escuché por cansancio y no por interés, incapaz de hablarle a mi vez. ¿Qué le podría decir que no fuera puro acto

fonatorio? Lo dejé con la promesa de volverlo a ver, pero no tuve fuerzas para reincidir en esa atmósfera viciada, en esa desesperanza vacua que atenaza sus días.

Yo no soy responsable de la muerte ni la resurrección de Lázaro y sólo un orgullo satánico ha podido hacérmelo creer; sólo soy responsable de mí misma, ¿y hasta qué punto? El azar teje urdimbres que yo no puedo desentrañar y tampoco quiero impedir.

En este torneo se decretó nuestra derrota unilateralmente: "sois débiles, faltas de rigor, inestables, no tenéis grandes ambiciones, carecéis de valor físico, sois arbitrarias y sentimentales".

Y algunas trataron de demostrar que eran las dignas iguales de sus detractores: son rígidas y duras, son rigoristas, asnalmente serias, nada las conmueve, nada puede apartarlas de un rumbo trazado de antemano, su único fin es el éxito y pueden renunciar a su vida por la no vivida o por una meta prestigiosa, morirían antes de confesar una duda, una debilidad, un temor, son inamovibles y no se permiten el lujo de ser y vivir sin amueblarse su existencia con incontables traiciones a su identidad. Las compadezco. Las conozco: son como hombres.

Las palabras son demasiado pobres para transmitir lo esencial y yo las empobrezco más con mi viejo hábito de sintetizar y simplificar, incapaz de recrearme en el perfil de una frase y, cuando me releo, noto que sólo he transmitido una vaga resonancia del momento, un pálido reflejo de las vivencias y de las conclusiones que más me han conmocionado, azuzado, atraído o serenado.

Todos los sucesos se enlazan y todos son, a su vez, cajas de resonancia de sucesos anteriores. Así resulta demasiado arduo tejer todos los hilos de los razonamientos y sensaciones para desembocar en la razón o sensación última. La frase queda colgada, sin antecedentes, y más parece un lacónico engendro de la bilis y la zumba, con algo de provocación, que la decantación de un largo proceso donde yo he sido el alambique, no siempre transparente para los demás.

El observador de este experimento no puede compulsar datos o comprobarlos ni poner en duda los resultados porque simplemente no es consultado: dejo participar a los demás como espectadores, única y exclusivamente, pero el espectador desconfía, relativiza mis experimentos, mis datos, mis conclusiones, y me hace participe de sus deducciones; me distrae. Tengo que perder tiempo y concentración explicando,

desmenuzando sucesos y situaciones que ya no son esenciales, que quedaron en el pasado como accidentales puntos de referencia, y me desvía de una meditación tan trascendental para mí como el anuncio de un plazo irreversible para vivir. Si no es ahora, aquí, será nunca, jamás y este momento, sólo mío, lo absorberá el vacío de los actos corteses. Y decido cerrar la comunicación, el radar, me quedo sola entre hipótesis, hallazgos, descubrimientos provisionales que plantearán nuevas incógnitas, con la sombra de un sentimiento de culpa por desconfiar de la capacidad receptiva ajena, una vez más. Y cuando vuelvo a comunicarme, compruebo que no he sido injusta al someterme a cuarentena, porque el momento era demasiado hermoso, demasiado luminoso para compartirlo. Luego mis amigos me dicen: "Eres tácita y secreta", con un rencor mal disimulado. Pero solo puedo comunicar mis hipótesis empobreciéndolas y eso es peor que traicionarlas.

La vida tiene un hilo conductor que remite al silencio, a lo tácito, a lo no comunicado, quizás porque las verdades últimas son inefables. Sólo la superestructura ideológica se deja encerrar en palabras y conceptos, porque su riqueza es cuantificable y, por lo tanto, intercambiable. Dice Camus que un hombre es más por lo que calla que por lo que dice, y es verdad. Compartir, significa que alguien puede ser un testigo digno de crédito, un espectador cooperante en mi proceso de humanización, y temporalmente es verdad que puede ocurrir, pero fundar en esa comunicación la base de una búsqueda es condenarse a la esterilidad, porque la tentación más común es la inercia y, al final, siempre la impondrá como precio quien fue un acicate, incapaz de compartir una pasión que le es ajena, donde se siente certeramente como un medio y no como un fin de nuestra sociedad limitada. Mis amigos intuyen oscuramente que no son mi riqueza ni mi botín, sino el y mapa que me llevará a la isla del tesoro.

La vida no me pertenece. Cualquier acontecimiento puede cambiar mi trayectoria, cualquier encuentro puede modificarme, cualquier imprevisto puede derrumbarme. Por eso no puedo compartir si no es esta incertidumbre y mi vulnerabilidad, No es mucho y sin embargo es todo lo que he aprendido hasta ahora.

Cuando pienso en mi antigua seguridad creería que he llegado a la sabiduría, si no fuera porque ninguno de los sabios contaron entre su sintomatología la relativización creciente de cualquier cuestión trascendental, y la valoración de lo contingente, lo pasajero como esencial.

Un paisaje sobrecogedor como fondo del amigo que me habla, queda borrado ante su gesto, su voz, su mensaje y lo que me conmociona, lo que guardo en mi memoria es mi amigo, no el paisaje, porque seguirá ahí cuando hayamos desaparecido los dos. Entre la música de aquel concierto, dirigido por Sergio Celibadache, y las confidencias de aquel desconocido, que me habló de su vocación de pianista, truncada por un título de odontólogo y una mujer, recuerdo al desconocido y aquella única conversación. Celibadache quedó coma telón de fondo para aquella angustia, que compartí y aún rememoro cuando la tentación de una vida más cómoda me asalta, pienso en el precio de asco por mí misma que habría de pagar, y le doy las gracias a aquel hombre cuyo rostro se desdibujó con el tiempo. Y sin embargo, la música perdurará más allá de mis escrúpulos y aquella confesión. Un sabor, una tonalidad de luz, un perfil, una mirada, una frase se fijan en mi memoria y desplazan el momento que quedará en el Vademécum del año, desaparece el paisaje único, la construcción milenaria. Todo lo que guardo morirá conmigo, y perdurarán los escenarios,

La vida no me pertenece, la tengo en usufructo y en cualquier momento puede cesar el privilegio: eso hace más valioso cada instante, no puedo compartir la vida con nadie, sólo puedo compartir momentos, intercambiar palabras, ideas, y esto nos modificará; pero vivir es un asunto personal. Lo único que poseo de una vez por todas es la soledad,

Ahora me gustaría oír "Peer Gynt”. Tuve la sensación de que una distancia de años-luz nos separaba de aquel bla-bla-bla aparentemente amistoso. Tuvimos un papel adaptado a nuestras características para enmascararnos, pero el argumento era anodino. Puse una excusa, que fingió creer, y me fui. La situación me es tan familiar que puedo prever hasta los últimos detalles de la trama: una historia única se convierte en una historia más, con su final consabido, y es triste,

Si pudiera hacerme cómplice de su autodestrucción no nos separaría el resentimiento, estaríamos unidos en el mismo desprecio por nosotros mismos, y yo pretendo que nos una lo que nos hace mejores, no lo que nos deteriora y nos destruye. Así sólo puedo provocar ese odio sordo que veo venir tras su cháchara insustancial, cuando tenemos tanto que decimos, tantas vidas que vivir juntos.

Hago futurismo con la esperanza todavía intacta de estar equivocada, pero me temo que desgraciadamente, una vez más, voy a acertar el porvenir.

Me he levantado tarde. La casa está solitaria. Los chiquillos han salido.

El café, el baño caliente, la comida a deshora y la música me recuerdan que hoy es domingo. Será por eso que estoy melancólica y me siento flotando en una nube. Me recreo en este estado de ánimo, arrebujada en nuestro viejo albornoz y no abro la puerta cuando llaman. Me siento incapaz de intercambiar las banalidades de rigor. Necesito estar sola, drogarme con Bach y recordar a quienes quiero, enternecida e incrédula, insegura de merecer su amistad. Mañana será lunes, pondré la mano en el fuego por la amistad, divertiré con mis chorradas al personal, Y si se tercia, estaré todo el día a disposición de los amigos, pero hoy necesito mimarme y guardar silencio.

En un tren un joven cristiano, intentaba "evangelizar" a un guardia civil de frente simiesca y capacidad intelectual ad hoc, perfectamente convencido de que la dictadura franquista, junto con el sol, el vino español y las mujeres, nos lo envidiaban todos los países del mundo.

—"La dictadura no es buena. Hay que respetar las ideas de los demás, aunque no estemos de acuerdo" —dijo el jovencito con más convicción que acierto.

—"¿Ideas? ¿Ideas? ¡Me sobran a mí ideas!"

Y durante muchos años he evocado aquella frase lapidaria a carcajada limpia. Hoy, oyendo a Lola hablar de la necesidad de destacarse del resto con adquisiciones intelectuales, he vuelto a recordar a aquel energúmeno. Nos sobran ideas; nos falta raciocinio, espíritu crítico, capacidad de análisis y reflexión y, sobre todo, nos falta sentido del humor.

Encontronazo más violento cuanto más soterrado con Sara. Su papel de mujer dura la está ahogando y su comportamiento es totalmente revanchista. Puede ser una etapa de su evolución necesaria e incluso imprescindible, pero no me siento parte decisoria, no tengo nada que ver con sus actitudes rígidas, donde se afirma si puede machacar o ridiculizar a los demás, siempre y cuando los demás sean más débiles o menos competitivos que ella, y esa diplomacia que se quiere sibilina y maquiavélica con los que pueden beneficiarle, que se asemeja al arribismo sin más.

Es pueril, pero mi complacencia con la vida y mi serenidad abren la veda para su deporte favorito, a saber, que es atacar si no encuentra resistencia. Pero no sirvo para victima y en una dialéctica de agresión puedo ser completamente arrasadora, pero no quiero involucionar.

En las horas de las comidas, mi padre narraba con todo detalle, las ocasiones a lo largo del día en que había humillado, aterrorizado e insultado a gentes que podía acobardar, y también la manera obsequiosa, amigable y tolerante con la que había "toreado" —era su expresión— a quienes tenían algún ascendente sobre él, sintiéndose el colmo de la astucia.

El mundo estaba dividido entre los que "no interesaban", que estaban bajo su férula, a los que perjudicar sistemáticamente, y la "gente importante", que podían beneficiarle y por lo tanto era necesario "torear". Fue siempre tiránico y despótico con quien no pudo defenderse y un adulador de los poderosos. Ahora veo el viejo cliché paterno con el pretexto de ser mujer y demostrar que no es débil, pero esa busca de impunidad me resulta repugnante, porque no escogen adversarios, sino víctimas.

Leo el artículo de Genaro esta semana. No sé de donde ha sacado ese estilo que se quiere roto y tenso y resulta hueco, más adjetivado que narrado. ¿Qué le está pasando?

Hago balance: no quiero seguir transportando cadáveres, embriones de lo que pudo ser y no fue, viejos posibles amigos, que quedaron al margen, gentes con las que he tirado del carro, poniendo mi hombro y mi esperanza. Hacen acto de presencia en mi memoria y descubro que todo este tiempo, dándome largas, he estado asignándoles un hueco en un álbum.

Cuanta autocomplacencia descubro en mi magnanimidad benevolente del pasado, qué manera más burda de sentirme generosa, que humanismo más barato... Es un juego donde yo me asigné el papel de más realce sin poner tope a los hijos tontos, gente mezquina hasta el tuétano, que jamás me enriqueció ni me aporto nada que no fuera pruebas de mi manga ancha. No sé qué opinarán ahora de mis modificaciones, supongo que desaparecida mi disponibilidad, habrán decidido, como yo, que mejor olvidarse de que fuimos amigos, porque no lo hemos sido: las sesiones de quejas, llantos y sintomatologías, que yo encajaba como quien no tuviera más problema que el que se le cuenta, apesta a cuerno quemado.

En resumidas cuentas creo que nunca les agradeceré bastante que sean tan áridos, tan monstruosamente egoístas, pedigüeños y carentes de valor, porque, si no, quizás me habría sentido obligada a ser enfermera, psicoterapeuta y responsable de estos desaguisados humanos toda la vida. Les hago un monumento en mi memoria, que no derrumbaré jamás, porque han logrado librarme de mis sentimientos de culpa por estar

viva y por esta innata tendencia a la felicidad, que me ataron, paradójicamente, a gente y situaciones empobrecedoras.

Trato de ser realista y no dejarme llevar por impulsos generosos que no podrá asumir sin riesgo. "Los hombres nacen y no son felices": es la tragedia que se repite desde el fondo de los tiempos, y las únicas respuestas posibles son "hacer como si" se pudiera modificar algo con nuestra actitud o bien reconocer la propia inanidad y cruzarse de brazos.

Pero haber optado no impide que me sienta una y otra vez interpelada. Si no ocurriera así, sería la petrificación y la anestesia, porque para quien vela no hay sensación que no tenga eco y la serenidad o la desazón son percibidas con toda su crudeza. Puedo sacar mi indiferencia de zorra vieja, desentenderme, decirme que puedo ser feliz sin mezclarme en asuntos que no me conciernen, pero no me merece la pena una felicidad que se base en el amodorramiento. La monstruosidad humana reside en la opacidad creciente frente al otro. El monstruo que llevamos dentro aparece cuando la anestesia generalizada embota la receptividad y las emociones quedan empantanadas aun existiendo miles de razones para abrir las compuertas de uno mismo, romper diques y dejar correr violenta y apasionadamente la ternura, la ira, el silencio, la esperanza, la solidaridad, pero no indiferenciadamente.

Febrero, 1981

Días de recogimiento, engolfada con mis papeles. No se puedan evitar las visitas de los amigos, que cortan una y otra vez y luego quedo descabalgada, tardo en retomar el hilo, para dejarlo otra vez con una nueva interrupción, y las palabras huyen al conjuro de la escritura.

El producto, sin embargo, queda ahí, como una realidad al margen de mi vida: siento un extraño rencor por el resultado, siempre demasiado pobre, siempre circunstancial, que no provoca ninguna reacción, no pone en marcha ningún mecanismo en quien lo lee; lo que escribo adolece de falta de fuerza, no hay un seísmo psíquico similar al que me producen a mí algunos autores, algunos poemas, algunas frases. Soy una escritora mediocre y saberlo no me esteriliza: escribo porque necesito soltar el dique de las palabras, que no surgirían de otra manera. Hablar se parece cada vez más a un acto contra natura, tengo vocación de muda, me gusta escuchar y absorber come una esponja la palabra del otro, un otro denominado, delimitado y escaso. Periódicamente me siento

tensa, no deseo ver a nadie y escribo compulsivamente, sin saber de antemano qué quiero decir. Terminada la racha vuelve la serenidad, y me lanzo al agotamiento físico, al trabajo de chacha que no sirve para nada, salvo para sobrevivir, pero me limpia de tensiones psíquicas, abierta a las realidades ajenas, predispuesta a vivir todo, pero no cualquier cosa.

No necesito a las personas que quiero, no echo de menos a nadie ni tengo la sensación de vacío por ausencia. Pasaron los años y los amantes, pero me siguen diagnosticando: "¡eso no es amor!" y yo no puedo ya paliar su malestar: soy nómada, soy polígama, el mundo me gusta lo suficiente como para recorrerlo encantada, aunque en mi pueblo esté mi Romeo intentando trepar a mi ventana. Para ellos la solución hubiera sido hacerme una mujer de bien, y entonces caigo en la cuenta de que maldita la falta que me hace un pobre bicho menesteroso que me impida disfrutar de la vida.

Seamos serios: necesitar a otra persona para vivir es una anomalía perfectamente delimitada a los casos de hermanos siameses que tienen en común un órgano vital, Mis adoradores siempre pretendieron que una anomalía patológica tuviera rango de norma, y los literatos y público en general están de acuerdo. Me parece excesivo.

Luego se extrañan si huyo de historias en las que se me declare responsable de los desequilibrios producidos por las carencias de yodo, sales de litio o desbarajustes hormonales, que provocan esa incapacidad para asumir la individualidad, la soledad, y la insoslayable responsabilidad frente a la vida, evitando todo enfermo de inseguridad ontológica en mi cama.

No existe método más refinadamente mortuorio que idealizar, poetizar a la amada: te escogen, te trocean, mitifican una parte ínfima y la desmesuran, y a continuación gimotean porque no correspondes a las expectativas que habías despertado en su sublime corazón. Aunque lo realmente imperdonable es la seriedad asnal con que adornan su amor a modo de corona fúnebre. Si amenazaran con suicidarse haciendo volatines, no tendría nada que objetar, pero tan lúgubres... No me plantean problemas de cama, sino de almohada: un tostón

Afuera el día es luminoso y el cielo, límpido. Tengo que dejar de escribir y oxigenarme, pero temo encontrarme con el maremagnum de los otras y la idea me disuade, Exteriormente es verdad que puedo guardar la compostura, pero íntimamente me vapulean los rostros, la gente en su condición numérica de masa, como quizás salo pueda hacerlo un individuo identificado que me muestre su podredumbre, y hoy, agotada

después de días y días de tensión mental, se me hace cuesta arriba salir y enfrentarme con gente que no puedo seleccionar ni eludir. Únicamente me apetecerla encontrar a mis amigos, extraña sociedad limitada donde me siento oficiante de una religión en la que se perdió la liturgia y quedó la mística y la ascesis. Yo no sería la misma si no contara con esa realidad humana: hay algo inevitable en nuestros encuentros para mí, que no creo en Dios, pero habría de creer en la Providencia, porque hay misteriosas casualidades que me acercan al ser humano que pretendo llegar a ser. Y la gratitud queda estancada en la laringe, revierte en este desmañado amor jubiloso y tierno.

Todos los habitantes de mi mundo afectivo me dan algo irrepetible que me enriquece y me modifica, pero también me rompen y me dicotomizan. La amistad es un terreno peligroso, con arenas movedizas donde podemos ahogarnos por pereza o por descuido. Los amigos obligan a responder con pautas de comportamiento tácitamente estipuladas para podernos descodificar. Muy raras veces me permiten el lujo de ser yo, sin más —vulnerable, dogmática, dubitativa, férrea, mujer a medias o engendro inconexo...—, pero eso también me enriquece, porque no caigo en espejismos de parusías terrenales.

Llega Inés. Me transmite abrazos de la gente de allí. Quieren que vuelva y me quede con ellos a trabajar. Ha sido una etapa y fue hermoso vivirla, pero también sé que acabó. No puedo mantener mi puesto de gurú emocional con poder para modificar vidas ajenas, y en eso me convertiría si quisiera prolongar la convivencia con ellos; yo puedo sentirme humanamente cerca de quien me acepta o me rechaza, pero no de quien me admira.

Con el deshielo no surge la inseguridad ontológica que había temido encontrar bajo la coraza, y así puedo amar apasionadamente a mi gente sin necesitar reciprocidad, casi extrañada si percibo algo similar: raramente desconfían de quien asume sus inquietudes y no trata de dirigirlos a una meta, no les exige un mínimo de esfuerzo ni de calidad, pero este amor es una prótesis, muletas psíquicas que terminan por destruir la capacidad de iniciativa y de superación: por eso el benefactor de un día se convierte automáticamente en un ser nefasto que sabe testigo de su mediocridad e, inconscientemente, tratan de eliminarlo de una manera u otra.

Emocionalmente tengo la disponibilidad de una chiquilla de siete años, pero espero de los demás como si tuviera ochenta años y sólo necesitara ponerme en paz conmigo misma. Supongo que son estos contrastes los que me hacen parecer complicada sin serlo.

Cuando revuelvo el pelo de un hombre, que pretende entregarme la llave de su casa y

su destino, y lo envío a buscar otra mujer, no descarto que sea digno de amor; simplemente puedo amarlo sin que precise de su exclusiva dedicación, pero no por eso lo amo menos ni peor: dudo que conmigo obtenga el óptimo beneficio y estoy segura de que yo no lo obtendré con él.

Luego, igual que Inés, dicen que soy dura y estoy a la defensiva. ¡Si supieran qué dosis de ternura les demuestro con mi negativa!

De todo, como en botica: uno de estos hijos tontos con tendencias incestuosas reprimidas, me hace la consabida crisis parricida. Supongo que ya debería estar acostumbrada a esos amores intempestivos, que me erizan, pero no; sobre todo cuando he puesto en la relación el mínimo de buena educación imprescindible para no andar a batacazos y se montan un tinglado donde yo subo y bajo en su valoración, sin mi concurso y sin mi complicidad.

Y no los puedo dejar fuera de combate, claro, porque son jóvenes, vulnerables y sería una crueldad innecesaria. Tengo que contentarme con huirles si están en fase de amor sublime, y poner a buen recaudo mis malos instintos si están en fase de odio sarraceno.

Despierto pasiones sin mi permiso y con mi falta de funcionalidad atizo el fuego de la venganza. He de esperar a que crezcan, tengan un sentimiento de prepotencia asegurado y me miren con aire displicente, como las tandas anteriores, para respirar tranquila.

Ando ya con racionamientos de posguerra y mi periodo de interiorización debe terminar si no quiero, confrontada sólo conmigo, terminar pensando que soy un genio. El mundo exterior siempre es menos magnánimo que yo y no comparte mi egocentrismo. Cuando soy una currante sin más, no hay manera de enardecerme fregando cacerolas, ni ponerme sublime con las verduras, ni sentirme el centro de los rincones que limpiar y ya estoy necesitando eso, dejar que repose mi cerebro y relajarme con un trabajo inútil, que al día siguiente estará otra vez por hacer, en vez de esta morbosa dedicación al intelecto, que por muy bien que quiera que se comporte, sólo da parcialidades, mutilaciones de la realidad. No hay manera de que yo compagine mis manifestaciones: soy una chacha, zascandil, bullanguera y buscalíos o me encierro, no salgo apenas, me recluyo a leer y a escribir como apasionantes actividades que absorben mi atención. ¿Habrá un punto medio y algún día llegaré a la síntesis?

Cuando sea vieja no me preocuparé por los amigos ni por los enemigos: viviré la amistad y la enemistad conforme lleguen; las despediré conforme se vayan.

No sentiré esta tristeza por la deslealtad de quien ataca sin previa declaración de guerra; no me sentiré responsable de sus descargas hormonales ni me indignare porque lo pretendan. Sentiré una piedad universal sin concreción posible y sonreiré cuando luchen contra los fantasmas que sus cerebros proyectan, pero no trataré de delegar mis convicciones, porque será hermoso vivir y equivocarse y sonreír con incredulidad ante lo que me hizo gritar hasta enronquecer... y aprender que lo realmente apasionante es espiar los gatos de tejado que no me pertenecen.

No dormiré sola como revancha, desafío, opción o convicción: simplemente dormiré sola.

Amaré a los hombres como ahora: ellos ya no me amarán.

No trataré de ser mejor de lo que soy: lo seré.

No trataré de ser más vieja de lo que soy: seré más vieja.

Día luminoso y cálido. Salgo a comprar el periódico y me quedo toda la mañana con María. Me gusta verla disfrutar del sol como una criatura, instalada en un sopor complaciente, comiendo pipas en el parque, hablando por los codos. Nunca me cansa su vitalidad ni su discurso, que avanza como una telaraña, pasando de un suceso a otro sin transición, sin terminar ninguna historia. La linealidad de la frase hablada le resulta imposible, sólo cuando escribe se ciñe al tema, pero entonces no percibo su voz, es otra lógica, otra manera de acercarse al mundo.

Frente al sol yo entorno los ojos y frunzo el entrecejo; ella los abre y se destensa.

Un maternaje a distancia no resulta más fácil ni menos problemático. ¿Qué decirle a un crío con carencias afectivas —o que cree tenerlas, que es lo mismo—, que encuentra el mundo poco habitable, las personas poco convivenciales y flaquea en su autoestima? Se puede hacer literatura, en el sentido más peyorativo de la palabra, del género: —"Cuando enfoques con un telescopio las estrellas, recuerda que son materia inorgánica, infinitamente menos perfecta, menos rica que una sola célula de tu organismo." Y lo primero es que no tiene telescopio y lo normal es que siga sin poder utilizar el de Monte

Palomar; lo segundo es que yo prefiero la materia inorgánica a muchos seres humanos y no puedo defender la filantropía con un mínimo de convicción: en una avalancha de público han muerto cuarenta y cinco personas; no había fuego ni alarma de bombardeo simplemente querían salir del estadio y se aplastaron contra una puerta que debía estar abierta y estaba cerrada. ¿Cómo se puede ser humanista con este ganado?

Pero no puedo decirle esto al chiquillo, no me gustaría que se suicidara porque en un arranque de sinceridad le haya dicho: —"Nene, no te hagas ilusiones: el noventa y nueve por ciento de la gente somos un error de cálculo cualitativo y cuantitativo de la naturaleza. Si eres fuerte, disfruta de lo que hay, sin remordimientos; si eres débil ponte al amparo de cualquier institución, que para eso está el matrimonio, las penitenciarías, los manicomios, la iglesia; no te quedes solo, pero no cuentes conmigo porque yo tengo cosas más interesantes —ya que no más importantes— de las que ocuparme. Sálvate o perece con discreción, tanto le da al mundo"

Tampoco mis paños calientes sirven de nada. Mis jóvenes se hunden solos e insolidarios y yo sólo les he servido de muletas hasta que adquieren seguridad o se acostumbran a la realidad. Las primeras promociones de chiquillos asistidos pasean con sus hijos, me hablan con un tonillo de "hay-que-ser-serios" o hacen como que no me conocen, sin que pueda decir que ahora son mejores o peores que antes: sólo que antes eran crios recién salidos de la adolescencia y no tenían esa rictus cansado, que les afea. No fue la ilusión de empollar huevos de águila la que y me hizo jugar a la gallina clueca; no es la esperanza de futuros grandes hombres lo que me hace inquietarme por los quinceañeros de hoy. Necesitan asistencia inmediata e incondicional, sin consignas ni directrices. Necesitan que alguien les avise de que crecer no es necesariamente sórdido y creo que para eso les sirvo, si es que eso le sirve a alguien.

He escrito últimamente un cuento sobre un viejo luchador en la clandestinidad, tal como los he conocido en el exilio y en el interior. Algún día me gustaría escribir extensamente sobre la militancia, los militantes y la clandestinidad: un ajuste de cuentas. La autocomplacencia, el autobombo y la exaltación de la épica izquierdista se me han indigestado.

Milité porque mi espíritu crítico no casaba con las manos en los bolsillos, pero ahora me parece siniestro que nos sigamos regodeando en aquel tiempo, cuando éramos los buenos de la película y nos entregábamos a la causa de la libertad con una ética digna de misioneros entre caníbales. Éramos los únicos que nos escandalizábamos leyendo a

Maquiavelo, mientras el más cutre derechista lo leía como un pálido reflejo del gobierno de los pueblos, y no se empachaba con éticas para digerirlo. Nosotros sólo nos sentíamos justificados en nuestros actos si nos convertíamos en mártires o presos, y obsequiábamos a nuestros evangelizados con narraciones lacrimosísimas de prisión y torturas.

Los presos tienen tanta obligación de escaparse como los carceleros de impedírselo; los desterrados deben echar raíces allá donde vayan, pero los exiliados de nuestra causa fueron a otros países, ignoraron la realidad y la lucha de la gente con la que vivieron, a punto de perecer de nostalgia por la fabada, o el cocido, suspirando por España, enardecidos y patrióticos, mientras ofrecieron su sumisión a las circunstancias ; pandilla de imbéciles que hicieron tanta pupa al sistema como los que se quedaron aquí. Y si se tercia pretenderemos que las masas nos traicionaron y que nos abandonaron los internacionalistas proletarios.

Ofrecíamos libertad a las masas, y el noventa por ciento de los militantes se morirían si la obtuvieran, aterrorizados ante la inseguridad de no tener al Estado velando por su trabajo, su salud y su vejez, asuntos que sólo deberían concernimos a nosotros sin pretender que la tutela y la planificación del Estado se case con la libertad: aún no sé si es cinismo o necedad.

Federica Montseny suspira por volver a España desde hace cuarenta años, y cuando consigue satisfacer sus deseos no puede quedarse porque tiene una paga del Estado francés. Y nada se le ha ocurrido teorizar sobre las libertades ficticias por mor de seguridades más apetecibles: sigue llenándose la boca con la palabra libertad. Y como ella tantos y tantos...

Y no digamos nada de nuestra "heroica lucha", consistente en tirar panfletos con unas memeces como catedrales, con narraciones tremebundas de las torturas policiales, en las que nos regodeamos como vírgenes reprimidas ante la idea de ser violadas. Si alguna vez se escribió algo medianamente inteligente fue redactado por una camarilla de amigachos para epatar al grupo de al lado y se consideró un documento no apto para las masas, que nos imaginábamos que eran minusválidos mentales con mono y casco. ¿Visión política? No veíamos ni jurar. ¿Entrega al ideal? Nos creíamos opositores al paraíso revolucionario y tratábamos de conquistarlo poniéndonos en bandeja en el circo de las fieras de la Dirección General de Seguridad y la Brigada Político-Social. ¿Lucha heroica? Más bien culto a una épica absurda, que sólo nos dejaba satisfechos cuando unos cuantos se dejaban la integridad o la vida en el intento y podíamos reivindicarlos como "nuestros". Y esa negligencia, que costaría la reputación de un arquitecto, a nuestros grupos les hacía

sentirse maravillosos. ¿Efectividad? Ninguna, pero nos divertía y no teníamos nada mejor que hacer mientras llegara el tiempo en que Franco muriera en la cama, asesinado por la edad.

Hay que decirles la verdad a nuestros hermanos pequeños y a nuestros hijos: no fue tan duro, no fue tan terrible, nos divertíamos así, pasándolo mal por la causa y la prueba es que los mismos rictus de sufrimiento, adornan las mismas jetas de entonces. Aquello nos permitió sublimar esa sordidez personal que tenemos por superego.

Y seamos serios: es más elevado el número de muertos en los andamios que en los grupos de izquierda antifranquista.

La búsqueda de la autenticidad, de la verdad total es un artificio más dónde poder descansar de la lucidez. La verdad no existe y tampoco me interesa la verdad de quien no tiene que mentir. Es demasiado banal,

Todos los datos que doy son verídicos, pero no su concatenación ni su secuencialidad, y tampoco el mensaje subliminal. ¿Mentira? Si, todo es mentira desde el momento que he seleccionado los hechos, he sintetizado, he creado un clima, partiendo de historias deshilvanadas. Quizás importe la exactitud en un balance de negociado, pero mis palabras tratan do aprehender la realidad para verla fuera de mí, al margen de mi propia percepción, y puesto quo soy parte activa, desdramatizo y conjuro lo que me vulnera en un mundo de sugerencias no siempre idóneas.

Es mi ajuste de cuentas por la agresividad que me produjeron y quedó estancada. A veces no hubo contencioso alguno y sólo escribiendo supe que lo había. Mi galería do personajes caricaturizados, monstruos de mi cerebro, surge de encuentros conflictivos que no se solucionaron en el momento o no se establecieron como tales, y por eso es más insidiosa su persistencia. La verdad, ¿a quien le interesa? A mí, desde luego, no, y quien crea encontrarla a pesar de todo se engaña.

Pero, curiosamente, es más fácil descubrir verdades que detectar mentiras.

Vamos a ver al sexólogo, amigo de Lucía y autor de un libro muy discutible, que no vale la pena discutir. Le digo mi opinión y hace un largo preámbulo exculpatorio, impreciso y oscuro, tenso, a la defensiva y verborreico. A la media hora me doy cuenta de que no sabe lo que significan la mayor parte de los términos que utiliza. Es un caso conmovedor —y muy generalizado— de autodidacta, especialista en un tema que no

conoce. Intelectualmente es de una pobreza chocante, humanamente es un tipo notable: tiene más de sesenta años, es incapaz de no monologar, egocéntrico que siempre habla empleando el "nosotros", —que en propiedad sólo deberían utilizarlo las preñadas— donde incluye, naturalmente, a todos los sexólogos, pide compañía y atención constantemente, es vulnerable como un niño, inestable emocionalmente y su discurso está salpicado de autorreferencias, se cita a sí mismo, se da bombo y se pone en un escaparate continuamente; mal seductor que no sabe disimular su juego y produce el efecto contrario al que pretende. Puede ser un personaje humano interesante si se hurga en su mascarada, si se vivisecciona con un bisturí analítico, desmontándolo, o como experimento literario,

Podría haber jugado limpio con él, haberle demostrado que he descubierto su farsa, como fue mi primera intención al leer su libro, pero, después de conocerlo, sería una crueldad innecesaria, porque en el fondo me da igual que mienta, mientras no consiga engañarme a mí.

Mi primer amor fue a los diez años, cuando ya llevaba dos o tres enferma. Era un muchacho, que pasaba todos los días por mi calle, a la misma hora, al que yo divisaba incorporándome en la cama. Como no sabía nada de él lo inventé todo, como posteriormente he hecho con mis amores, hasta que la vulgaridad rezuma y ya no puedo ignorarla. Es curioso que pudiendo ser extraordinarios, mis hombres se empeñen en ser mediocres.

Mi primer amor llevaba una cartera negra: lo hice escritor, que, pudoroso, guardaba su obra con él para que nadie la leyera en su ausencia. En los dos años que duró mi amor, lo hice pasar por vicisitudes sin fin: en una crisis motivada por la incomprensión ajena, rompió todos sus escritos —ya que iba sin portafolios—, dio clases a unos niños maleducados y riquísimos, que merendaban delante de él, hambriento, pero demasiado orgulloso para demostrarlo. Mi adorado era encorvado y taciturno, pobre como una rata, pero yo le presupuse una inteligencia que ni Dalmau Carles. Naturalmente los niños murieron en un paseo en barca, con sus padres, víctimas de un remolino, como merecían.

Luego a mi adorado lo apunté al maquis, ganaba lo imprescindible para comprar papel y plumines y escribía con las manos ateridas de frío mucho mejor que Víctor Hugo, y eso que por entonces me tenía el corazón destrozado “Los miserables”. Las audiciones de “Radio Pirineica” dieron pie a varias aventuras, que por razones de clandestinidad yo intuía sin poder precisar, y en cualquier momento podría ser apresado y torturado, pero

él no traicionaría el secreto, que por otra parte no lograba imaginar.

Hasta que un día, asomada a la ventana, lo vi pasar con una muchacha de culo gordo y cara de pánfila; así es que ese mismo día lo hice perecer en un incendio. A su lado quedaron las pavesas de su obra literaria: dejé de asomarme a la ventana a la hora que él pasaba y me regodee en el duelo por su muerte.

Al cabo de los años lo vi con su santa, menos pelo y treinta kilos más, y eso sólo se lo perdono yo a Marlon Brando. ¡Cómo quieren que me tome luego en serio a los hombres! ¡Valiente mixtificador, buscarse una culona, perder pelo y engordar!

La mañana ha sido fría y soleada. El aire viene a ráfagas, como la emoción. Todos los estímulos me llegan, me alcanzan y hacen blanco en mi sensibilidad en este día extraño. El paisaje, que siempre se borra y cede ante la figura humana, queda esta vez ligado y mi retina está todavía impregnada de agua, ocres y azules prodigiosos, envolviendo a Marcos.

Vuelvo a la realidad cotidiana, a las relaciones dónde soy ocurrente, brillo, sugiero y regateo, vieja zorra, usando palabras prestadas y sin quedarme atrapada en ellas; pero en mi laringe llevo agarrada una desmañada timidez, aún absorta ante este milagro renovado que es nuestra amistad sin calendarios. Cuando la magia termina de romperse, ya llevo un rato epatando con los conceptos y los valores, con las tablas de una vieja actriz especializada en papeles de cínica, que se debe a su público.

Termino la noche disfrazándome: estreno la primacía de mi caracterización más lograda; Hitler, que descubrí como terapia un día que me tope con la paranoia ajena, señalando con su dedo acusador mi inaprehensibilidad —sospechosa de antidogmatismo y antisectarismo, qué horror— y me curé la tristeza con un Hitler gesticulante y familiar, un tanto cariacontecido y desarbolado. El pelo mojado, la mecha pegada a la frente, las cejas engrosadas con rimel, un bigotito ridículo pintado con el aplicador, y la síntesis queda establecida.

—"Pareces un Hitler bonachón...”

—No lo parezco, lo soy. Lo somos todos, salvo error u omisión.

lMi ciudad, 24 de Febrero de 1981

Larga noche dónde los acontecimientos políticos han sido el revelador para que los

planteamientos personales surjan nítidamente. Hay reacciones de temor exacerbado y de banalización y estos extremos se alían y se complementan para crear un contraste esperpéntico.

La noticia de la entrada al Congreso de un grupo de guardias civiles golpistas, ha despertado en cada uno su más genuino talante. A mí me preocupó no tener un grupo compacto donde integrarme. Descarto veleidades individualistas, espíritu crítico, y exquisiteces libertarias y decido sin reparos que la única elección posible es militar disciplinadamente, devolver a la clandestinidad mi conciencia personal, como asunto privado que a nadie concierne y las críticas y sarcasmos que me inspiran los grupos políticos. Es decir, volvería a ser lo que fui si la democracia obsoleta y cutre que tenemos en España fuera suspendida por decreto.

Los amigos que se habían entibiado con oscuros malentendidos, se aglutinan conmigo. Llegan Sofía y Alberto, con fruta, miel, café y pan, y sólo ellos han pensado que es necesario aportar sus bienes y compartirlos. Esa especie de guapo hijo tonto adoptivo, que sufro, Juan, por el contrario, esconde el tabaco, para no variar y sólo lo saca de madrugada, cuando ha fumado de todos y ya sólo quedamos nosotros dos. Diego y Perico aportan su presencia y su tensión temerosa cuando antes sólo me habían ofrecido su desconfianza sistemática que, curiosamente, cede ahora que se sienten en peligro, y se quedan, siguiéndome con los ojos, pendientes de mis gestos y mis palabras, pero bajan la mirada cuando los miro. Les hago bromas y café y trato de adaptarme a la nueva situación de intachable compañera, cuyas iniciativas son tenidas en cuenta, pero íntimamente estoy a miles de años luz de ellos. Pienso en Marcos, que vivirá un Getsemaní esta noche, pienso en Bretón, pero no romperé el cerco de los convencionalismos convenidos y aceptados tácitamente para comunicarme con ellos. Y pienso en lo fácilmente que me adapto a la idea de dejar mi privacidad y volver a la clandestinidad otra vez.

Murke me llama por teléfono y a miles de kilómetros nos las arreglamos para ser dos informadores celosos de nuestro cometido, cuando antes nos habíamos confesado ajenos al periodismo. Olvidamos saludarnos para abalanzarnos sobre los acontecimientos y una vez más, cuando la rutina se rompe, llegamos a expresar lo más autentico, sin pantallas que difuminen ni tamicen la verdad.

Lucía ha permanecido igual a sí misma. Diego ofrece el espectáculo de su inanidad egocéntrica. Perico ha vuelto a ser aquel chiquillo introvertido que lanza el "sálvese quien pueda" y no lo comunica. Sofía ha sido una luminosa criatura que tiene miedo, pero no

olvida ser útil. Alberto se comporta como un poste, donde no me apoyaría por si acaso. Diana es una mujer que juega y se recrea con la realidad, cualquiera que sea. María es la digna continuadora de una saga marcada y esterilizada por el miedo: receptáculo, pero no recipiente.

Y el bello Juan es un puro lujo ornamental.

Esta tarde la calle era más acogedora que nunca, el sol más luminoso y más tibio. Vivir es algo más difícil, menos cómodo, pero infinitamente más apetecible.

Cumpleaños, Conmemoro a los que me dijeron desde la cima de mi edad actual: "¡Ya tendrás mis años!". A todos, y que me perdonen si ya los he olvidado, mi despiadado corte de mangas: no he sentado la cabeza, no he dimitido en sumisiones derrotadas con tal de tener compañía, seguridad o aceptación.

Resumiendo mis posibilidades de militar, la elección recae sobre cualquier grupo que no me recuerde excesivamente mi pasado militante. Reproducirlo sería peligroso para mi dentadura: doce años apretando las quijadas casi me lleva a usarla postiza, y con mi decisión de volver a la actividad política no aparece la credulidad.La ideología me sigue pareciendo un taparrabos a falta de traje mejor. La correspondencia entre lo que se cree, se piensa y lo que se está dispuesto a vivir en consecuencia es patéticamente discordante. Mis anarquistas están casados por la Iglesia "para que los padres no se mueran del disgusto" o yacen en relaciones de poder-sumisión monogámicas, se aterran con la poca libertad que les toca por cabeza y cuanto más dimiten como hombres libres, más sectarios y dogmáticos resultan como interlocutores. Mis comunistas siguen sin leer a Marx, apegados a un resumen sucinto y empobrecedor del materialismo dialéctico, con evidente recreación de la realidad autoritaria y mecanicista en su vida. Pero como nunca me molestó especialmente contar con las cosas como son, esta percepción no me sirve como coartada para no militar con ellos, todo lo contrario: me interesa aliarme con quienes me permitan ser efectiva, aunque no comparta ni una sola premisa ideológica. ¡Con tal de que no sea un partido de izquierda institucional!

Marzo, 1981

Estoy mecanografiando un trabajo sobre Psiquiatría preventiva de un médico que está haciendo la especialidad. Como medidas terapéuticas solicita una reforma legislativa

"que obligue a las madres solteras a casarse, con leyes que desanimen los embarazos ilegítimos". Lo juro.

Y aun hay quien no entiende que en Mayo del 68 se pintara en las paredes: "Con las tripas del último sociólogo hay que ahorcar al último psicólogo".

Todos son dignos sucesores de Goebbels, todos son dignos candidatos a las S.S.

El fallido golpe de Estado ha tenido repercusiones inesperadas. S. me hace partícipe de su amistad y sus confidencias, sin tener en cuenta que desde hace tres años olvidaba saludarme. Los compañeros hacen tabla rasa del paréntesis de desconfianza y tratan de establecer la continuidad desde que éramos leales militantes. Pero me encuentro con un sumario repleto, a punto de estallar, que afortunadamente no olvido, aunque por un innato sentido de la elegancia no les haya hecho partícipes de mi absoluta buena memoria, esta memoria de elefante insomne que me hace pertinaz en mis amores y mis odios. No puedo obviar ataques pasados y no caeré en la trampa de sus complacientes promesas de fidelidad: prefiero no ponerlos a prueba.

Y siguiendo con la racha, también J. me demuestra su cariño, sin escatimar elogios. Hace un mea culpa por haberme atacado y dice haber analizado su anterior saña contra mí. Y es por lo mismo que hoy le encanta de mí, y así me lo hace saber. No sé qué pasará por su cabeza, pero me gustaría amar y odiar con tanta pasión, alternativamente, las mismas características de una misma persona. Debe de ser una experiencia.

Día primaveral; noche en vela, mecanografiando los textos del psiquiatra.

Llevo cuarenta horas sin dormir y, a ráfagas, me llega esta sensación de lejanía y las personas se difuminan, no llego a percibir qué sienten cuando inequívocamente opinan sobre lo divino y lo humano. Creo que hay algo que se me escapa en todos y esa incertidumbre me paraliza y me aísla. Teda mi vida encajando oposición, críticas, sospechas, intransigencia y mezquindades con la cara del jugador de póquer y sin venir a cuento, periódicamente, me obsesiono con pequeños detalles que nada significan. Lo absurdo es que podría basarme en hechos reales de gentes identificadas, pero lo que me hace zozobrar es el suceso interpretado, subjetivo, que ni yo misma podría tomar en serio —que racionalmente no tomo en serio — de gente que ni siquiera me ha importado nunca.

Me gustaría saber qué cara pondrían mis amigos y enemigos si les dijera cómo y de

qué manera me siento vulnerada por una mirada sorprendida al levantar la vista, por esa mano que se ha apartado de mi mano unas décimas de segundo, o ese saludo casi a bocajarro que tenía la expresión de "no tengo más remedio, porque me has visto"

"Tan segura ya de todo..." Y sé que también eso es verdad, aunque sea paradójico. Cuando puedo recibir y encajar los golpes como un peso pesado, me quedo tambaleándome con ataques y agresiones imaginarios.

Delgadísima y pálida, tan bella que parece mentira que exista, llega con su seriedad tensa de los días-duelo. Respira poco a poco para prevenir el ataque de tos, y una indescriptible dulzura desmadejada en su gesto me deja paralizada. Querría acunarla en mis brazos y contarle dulcísimas fábulas, fantasear para ella, hasta que se rinda y repose con ese gesto transparente y húmedo que le da el sueño. Pero bromeo, convoco a la ironía, recurro al sarcasmo para verla sonreír, cansada y tensa.

Cuando se marcha veo su sonrisa tenue y su mirada de picardía, con un reto flotando. Me dejo engullir por la calle y la noche con un nudo en la garganta, libre de proyectos, sin futuro que me marque el presente, sin esperanzas ajenas que tenga que colmar con mi sacrificio, porque nadie vive por delegación mía. Y odio con más saña esta ideología competitiva e inhumana que expele el miasma familiar. "Tú nunca serás nadie", escucho en la memoria y tengo la sensación tristona de haberme salvado sola de la quema, sin hacer nada por impedir que ella fuera designada como chivo emisario de la ambición materna y del revanchismo paterno, y me siento culpable y pesarosa sabiendo que nada puedo hacer. El fatalismo de los hechos consumados me hiela la sonrisa y la esperanza.

El mensaje no debe ser simplificado para ser comprendido, el análisis no ha de edulcorarse para poderlo divulgar, el tono no puede nivelarse para que sea escuchado. La mayoría siempre rechaza el esfuerzo, la exigencia, pero esa misma mayoría accederá años después al mensaje, al análisis, al nivel de exigencia que mantengas hoy. Ser premeditadamente sencillos, divulgadores, amenos y simplificadores quiere decir conformarse con ser hoy mal comprendido —ya que simplificado y desnaturalizado— y despreciado mañana. La minoría no puede condenarse al ostracismo; la exigencia individual debe ser cada vez mayor, aunque se quede sola con sus hallazgos.

F. opina que eso es totalmente nazi.

Para ser antifascistas lo mejor es hablar, si es posible, con una fraseología apta para

minusválidos mentales: así se sabrá cuan profundo es nuestro amor por el pueblo.

Granada, marzo, 1981

Lawrence se puso enfermo anoche. Sobredosis de heroína. Hubiera querido abrazarlo, y fui una enfermera sin diploma que cumple estrictamente con su deber. El amor sólo se puede expresar cuando no se toma como prueba de convicción para exigirte que cumplas con la letra pequeña del contrato, que no has leído. La espontaneidad es el privilegio de la inconsciencia. Luego, sueño con el bellísimo Lawrence y cuando todo mi raciocinio descarta cualquier concesión, dormida, desaparecen todas las censuras y todos mis rechazos. Como siempre, todo lo resuelve mi tirano particular, este maldito y querido sentido común a toda prueba, que me salva, pero también me impide zambullirme en aventuras prometéicas acompañada, y descarto a este bellísimo engendro del averno, que amo desde mi inconsciente atávico. Despierto nostálgica y furiosa.

Granada-Madrid

Los fantasmas del pasado se han dado cita en este extraño viaje, con todo un mundo de referencias contradictorias: E. es un muchacho vital que se ha enredado en asuntos mortuorios, por no sé qué extraña manía de ocultar tendencias, común en los miopes; J. es de una amabilidad gélida, perfecta, impecable y terminamos coqueteando, quizás porque no me gusta ni su nombre; S. es el seguidor nato, un imbécil bienintencionado e inútil. Yo con ellos he sido a partes iguales, William Colby y Calamity Jane: los estímulos condicionan las respuestas.

Madrid.

Quedo con Bretón, a escondidas de su mujer, para no tener dramas con ella, "que es posesiva y celosa como todas las mujeres, menos tú". Ahora esa forma de querer ya no le parece la panacea, pero es evidente que las restricciones a su libertad no le molestan especialmente.

Las historias monogámicas reproducen con pocas variantes, en la siguiente intentona, aquello del otro que nos hizo sufrir, y a su vez, nos buscamos a nosotros mismos, reproduciendo aquello que padecimos en la anterior pareja. Yo fui su bestia negra eludiendo sus ataduras; como compensación, ahora tiene a alguien que le permite vivir a él mi papel anterior.

Mi ciudad

Frente a la ventana hay un paisaje de casas y muros, pero en un rincón queda libre un árbol, un trozo de llanura y el cielo, allá a lo lejos, toca tierra. En otoño es un Corot, en primavera un Sisley y este atardecer es un Velásquez.

De vez en cuando pasa alguien por el camino serpenteante y el paisaje se distorsiona un momento, para volver a su cambiante identidad, como cualquiera de nosotros, pero a nadie aguarda, a nadie retiene, a nadie añora y por nadie cambia.

Abril, 1981

Llegó Murke coincidiendo con los fríos de primeros de Abril. Me vestí con mis peores ropas, las menos favorecedoras y las más remendadas y sólo así me he sentido de acuerdo conmigo.

Mis sentimientos fluyen sin recovecos, pero temo a los sentimientos ajenos y temo, sobre todo, hacer daño,

Amar y necesitar se confunden y yo no puedo atender ninguna exigencia de perpetuidad ni de exclusiva dedicación, aunque sea por veinticuatro horas renovables. La vida fluye y yo sólo soy fiel a mis propios imperativos vitales, aunque abrace aceptante una realidad ajena. No quiero tapar carencias ni engañarme a mí misma, amueblando la nada con presencias que sé prescindibles. Murke busca en mí un absoluto y yo sólo admito que valga la pena lo contingente.

Si se supone que la madurez consiste en asumir el principio de realidad y todas las limitaciones que impone; si es aceptar la imposibilidad radical de cambiar la realidad propia y ajena, yo debo de andar a medio camino: acepto que los demás son así, aunque muchas veces me resulte excesivo comprender cómo pueden vivir haciendo tantas concesiones y aferrándose patéticamente a sus dosis de seguridad necesarias; pero el principio de realidad falla conmigo, soy incapaz de llegar a un armisticio con mi debilidad y mi cobardía.

Subyaciendo o patente, la lucha de sexos preside toda relación intersexual. Negarla es dar cabida a una crueldad mental larvada e insidiosa; aceptarla es la premisa necesaria

para que no se desmesure ni se interiorice. A veces juega al escondite y, emboscada en la neurosis de cada cual, no ataca limpiamente, elude el enfrentamiento, pero machacaría a la otra parte si no fuera porque confía en la capacidad de seducción y cree poder vencer dejando la violencia estancada.

Nada es unidimensional, inamovible ni uniforme, pero la emotividad mucho menos. Trato de no sentirme una fiera acorralada que espía a su antagonista, trato de seguir sin corazas, abiertamente desarmada, a pesar de todo, pero no puedo evitar pensar en otro mundo relacional, donde nuestra serenidad y plenitud importara sobre cualquier consideración utilitaria de posesión, y me acurruco en la certeza de los imposibles compartidos, con la sonrisa de quien ha cerrado ya el cupo de las esperanzas sin dolor ni rencor, pero también sin vuelta de hoja, porque es hermoso haber llegado a amarlos así, independientemente de que les sirva o me acepten por ello. Mi dulce Murke se debate entre las ganas de someterme a latigazos y la necesidad de mostrarse encantador, que resuelve psicosomatizando.

Madrid

Acompaño a Murke al aeropuerto. Se debate entre dos mundos y yo no puedo acompañarlo en su va y ven y ni siquiera me avengo a decir nada que pueda modificar su biografía y su presente. Lo veo alejarse, rumbo a su seguridad y por una vez no me parece absurdo que en la frontera haya policías para registrar a los viajeros: no deben llevar consigo ni un ápice de locura, nada que pueda desviarlos de su sórdida ejecutoria. Y toda la tristeza del mundo resbala en sus mejillas y le humedece el rostro al despedirse. Yo siento la desmesura del precio que paga en la sequedad de mis ojos y mi decisión total de ser y vivir, aunque tenga que dejar a media humanidad en la cuneta o en el aeropuerto. Y me susurro frases alentadoras y tiernísimas, que no necesito, pero me devuelven a un universo que jamás compartí, donde relativizo hasta mi soledad de los días-duelo.

Encontré a Bretón exultante, energetizado, ya no muestra angustia ni ansiedad, y siento gratitud por Gogui, que le ha dado esos sentimientos de seguridad y prepotencia que le eran necesarios.

Bendigo a esas mujeres que no se me parecen, que aceptan que una realidad ajena sea más importante que la propia, y me gustaría que siempre existieran para acunar a los hombres que amo.

Yo sé que nunca seré como ellas y por lo tanto no me recomendaría como amante de ningún hombre que me merezca un mínimo de ternura. Mi amor por ellos no es monolítico y totalizador: hay piedad y aceptación de sus naturalezas, pero no los respeto como a iguales; respeto sus sentimientos y sufrimientos, quizá más que los propios, sin poder respetar las causas que me parecen mezquinas casi siempre. Vibro con ellos, siento a pleno pulmón y comparto con ellos el presente sin tortuosas preocupaciones por el futuro, pero poco después, cuando la ausencia y la distancia se instalan, permanezco conmovida y renovada para vivir el momento que tengo ante mí, sin nostalgias por lo que fue o no ha sido, sin esperar que el futuro sea renuevo o continuación de lo que compartimos, Mi cariño y mi ternura crecen aún por aquellos que amé hace años, pero no deposito en nadie mis esperanzas y nadie me parece más ajeno y lejano de mí en este momento, de lo que lo fue en los momentos de mayor unión.

Murke guarda una ramita de espliego y unas piedras grabadas, fetiches de nuestros días en común y afirma que me echa dolorosamente de menos. Cuando le digo que yo no guardo recuerdos que me remitan a él, y lo recuerdo, lo conmemoro y le deseo toda la felicidad del mundo, independientemente de mí, cree que me distancio para no hacerle sufrir, que oculto, pudorosamente, mi amputación, o me intento engañar a mí misma, envalentonándome. A veces me es difícil no sentirme un extraño engendro, confrontada con los sentimientos generalmente aceptados como "normales".

Soy una privilegiada desposeída que todo lo tiene porque no espera nada. Mis dulces amantes: amad, sed bellos, vivid y sed felices, pero no en función de mi, por favor. Mi soledad es un dato que acepto sin retranca y sin amargura, con esta alegría tibia que me sobrecoge cuando miro a mi alrededor y el mundo está ahí, abierto y acogedor para vivirlo y amarlo desde esta realidad, tantas veces inaceptable, que vosotros no debéis intentar modificar.

Mi ciudad

Complicidades femeninas, ternura tibia y sin plazos. Somos innecesarias para el buen funcionamiento de la tierra y por eso es tan reconfortante nuestra relación.

No dejes huellas de tus pasos. Si alguien que compartió contigo el pan, la sal y la amistad te reconoce en el gentío, niégalo, dile que miente. No te identifiques, porque mañana puede ser el testigo y la prueba que te condene.

Si encuentras una fotografía donde tu rostro aparece entre otras gentes, que pueden ser convocadas para afirmar que un día coincidieron contigo, rómpela y mejor aún, no te dejes fotografiar. Niega siempre, pero niega después de haber destruido las pruebas que te acusan de existir allí, entonces, sea donde sea.

Niégalo todo.

Cambia tu nombre cada vez, oculta tu rostro del tiempo y nunca guardes ropas ni objetos que puedas llegar a amar, porque te pueden reconocer por ellos. Olvida, has de ser la negación de la memoria compartida.

Si muere alguno de los tuyos y estás cerca, no acudas; puedes encontrarte con un vociferante elenco de habitantes del pasado, señalándote, acusándote de ser tú, el hijo, el amigo, el hermano del cadáver que yace, y tus lagrimas confirmarlo. Aprende a no llorar por si la casualidad te juega una mala pasada y a tu lado, en la ciudad hostil, cae muerto alguien que amas.

Ignora que fuiste parido, acunado y amado; deja que los sentimientos y los afectos caduquen diariamente. No tienes pasado y el futuro seguramente no existe para ti, la única realidad que te pertenece es tu presente.

No hables de ti y si hablas, que el otro no pueda reconstruir tu itinerario con verosimilitud; que los retazos de tu vida no dejen tu trayectoria al descubierto, porque puedes acabar con un cuchillo en la espalda de la forma más necia.

No lo olvides nunca: un secreto entre dos no es un secreto. Lo que ocurrió en invierno en Roma, sitúalo en Berlín, en primavera; si quien te acompañó era joven y ocurrente, habla de un viejo misántropo y arisco.

Pero sobre todo, no olvides que cada día es posiblemente el último: el mañana no existe más que para los que tienen la misión de impedirte que sigas siendo un apatrida, un prófugo, un proscrito.

Quisiera escapar de mí por algún tiempo. La lucidez me deja agotada y febril. Si me fuera posible mentirme un poco, jugar a los afectos de una pieza, la ceguera o la mirada velada por el llanto, que es tan femenino... Pero veo perfectamente. Mis ojos se empañan sin anegarse mi vista y la cara oculta de la realidad me sonríe incrédula. La risa es un colirio que aclara la mirada y las situaciones.

Las calles están cortadas, llenas de gentes que esperan la procesión, codo con codo, apiñados, aguardando no sé qué magia que los libere de su tortuosa condición. Los odio de una forma total y virulenta, me dan arcadas sus rostros.

En el bar, un matrimonio vestido de domingo, con un crío de meses y otro de unos cuatro años, toman vino a palo seco, y le dan al crío sorbitos de sus vasos. El niño anda zigzagueante y se ríe sin aparente motivo, su padre ya está borracho y mira con una sonrisa torva a su mujer, que se afana con la criatura que tiene en brazos y los mira con alarma y temor, pero no dice nada. Cuando se marchan sorprendo mi ira agazapada, mi odio ante la fealdad de los cuatro, sin que me sirva de alivio la fragilidad de los niños, la miseria social ni la ignorancia. Son personajes, no mis semejantes: los catalogo, los vivisecciono con la mirada, acecho sus gestos y sus reacciones como si fueran marionetas de un burdo montaje que detesto; son parte del noventa y nueve por ciento de errores con aspecto hominoide, que estorban con su existencia en mi territorio. Quizás consiga inmunizarme algún día y no me levante eternamente ampollas la mediocridad, la fealdad y la bestialidad que me rodea, pero llego a dudarlo.

El hijo de Sofía emerge de su intento de suicidio con un ánimo revanchista y desganado. Le ofrezco mi tiempo disponible y mi fortaleza, sabiendo que son parches para esa arcada total que siente ante la vida. Y no sé qué estímulos serían más piadosos, porque quizás lo más honesto sería darle fuerzas para terminar de una vez y esta solicitud envolvente sólo sea en el fondo un burdo egoísmo, una manera como otra de huir del absurdo que cada suicidio saca a flote.

Hoy me ha despertado el teléfono: Murke gime y se rebela contra la distancia, y agarrado al aparato intenta paliar ausencias y carencias, que prefiere creer motivadas por mí. No se me ocurre nada, mi capacidad verbal queda anulada ante el tono jeremiaco y el motivo. ¡Qué aburridos y qué inaccesibles pueden llegar a ser estos latinos! ¡Ay, la testosterona!

Juanma es partidario de la liberación de la mujer y su plena participación en la vida social, pero le molesta que no acepten a los hombres en los grupos feministas. Hoy está especialmente hiriente porque acaba de tener una discusión con una congénere mía, que

no se anduvo con paños calientes. Y he sentido un súbito ataque de ternura por él, no he podido permanecer indiferente ante su angustia por una realidad que escapa a su entendimiento, pero Juanma ha creído verme irónica. ¡Pobrecillo!

He recordado una madrugada en la que Strindberg creó la atmósfera y Pierre me habló de su colaboración con el F.L.N. argelino, y su expulsión con la independencia. Con un apretón de manos y un abrazo, el responsable de su grupo lo despidió: "Gracias, Pierre. Ahora tienes que volver con los tuyos. Somos nosotros quienes debemos reconstruir nuestro país". Y ante las protestas de Pierre, lleno de agresividad le espetó: "La colaboración que tú nos ofreces es un imperialismo cultural, mucho más difícil de vencer que el colonialismo del pasado, porque viene envuelto en amistad. Nosotros debemos hacer nuestra historia y nuestro futuro, si es necesario, contra los aliados de buena voluntad como tú, que pretenden arrebatarnos ese protagonismo.” Y Pierre, con los ojos enrojecidos por la falta de sueño y el alcohol, por primera vez en mucho tiempo, se mostró ante mí inseguro y dubitativo: "Creo que racionalmente puedo entenderlo, pero emocionalmente me niego a aceptar esa agresividad, esa decisión total de ser, para la que soy un obstáculo y despiadadamente soy señalado como tal, mientras que yo sólo soy consciente de mi opción generosa y positiva..."

Juanma y Pierre, extraviados ante el rechazo de sus aliados de corazón, no tienen futuro como colaboradores en las luchas de liberación de los oprimidos. Luchan con motivaciones y argumentos que los enternecen; por una fraternidad humanista se sublevan contra la segregación, pero no admiten una identidad diferente y específica en dónde no puedan obtener carta de naturaleza. Se rebelan contra la desigualdad y la opresión que nos decreta inferiores, en nombre de grandes principios y bellos enunciados humanitarios —inoperantes si no ridículos— que sólo los oprimidos han tenido en cuenta, mientras los opresores los mandaban imprimir y los traicionaban sin ningún escrúpulo. Juanma y Pierre son como esos curas obreros, que quisieron emparejar la lucha de clases con el amor al prójimo y la otra mejilla tendida a otra bofetada: se sienten solidarios con los oprimidos siempre y cuando estos sean dignos de lástima, pero no si inspiran miedo, y los oprimidos los identifican, con razón, con enemigos encubiertos que intentan neutralizar su combatividad.

Cuando hablan de sus causas adoptivas, ambos tienen en común esa percepción confusa y deshilvanada de los fines y la problemática real de los oprimidos, y meten en el mismo saco opciones reformistas, integristas y radicales, que se corresponden a diversos grupos, perfectamente diferenciados.

Creo que la tierra tiembla bajo sus pies y su seguridad ontológica está recibiendo andanadas, que no pueden asimilar, cuando sus bellos sentimientos solidarios son declarados insuficientes y prescindibles. Curiosamente ni el más interesado por la liberación de la mujer, escuchará sin intentar generalizar, sin incluir masas ingentes en la problemática descrita, sin neutralizar con el argumento tópico, que creen devastador:"Es un problema general y es engendrado por el sistema, hay que luchar contra el sistema y no es enfrentándose con el hombre como podrá solucionarse."

Y no, yo no considero a Juanma mi enemigo; los hombres no son mis enemigos, ni siquiera para eso les concedo el papel de protagonistas decisivos y poderosos: sólo son el vehículo privilegiado para la opresión específica de la mujer que querría llegar a ser. No necesitan ser conscientes de su papel, porque la situación no es insoportable para ellos o su alienación es mayor; al igual que los patrones se sienten, ellos también, injustamente acusados, y su argumentación no difiere en esencia de la de cualquier varón respecto a la mujer: "Yo también tengo mis problemas, luego no soy un privilegiado ya que no tengo la felicidad absoluta".

Sólo que si de ellos dependiera, podríamos seguir por los siglos de los siglos con buenas palabras de consuelo para nuestras silenciosas quejas y lecciones tácticas sobre la elección de nuestros objetivos primordiales, que nunca son los que habríamos detectado nosotras. Principio de una larga noche es la incompatibilidad que nos declaran para ser mujeres en relación armoniosa con ellos y ser mujeres en combate total por nuestros derechos y nuestra identidad, como seres autónomos.

Ellos estipulan las leyes del juego y nosotras hemos de aceptarlas, puesto que es el único camino para firmar la paz y la permanencia en el status quo y la esclavitud. A no ser que no nos importe su rechazo... La liberación de la mujer será obra de cada mujer o no lo será.

"Vivir viene a ser eso: aburrirse, ajeno a la vida que llevas y no hacerte ilusiones de que el futuro sea radicalmente distinto, y llegar a viejo tan baqueteado que ni el propio fracaso llegue a ser un sentimiento fuerte y vivo."

Leo y releo su carta, que me deja desolada e indignada: cuando se piensa así uno se muere o se calla.

Pero es normal, la civilización occidental no se deja alterar por ninguna noción de placer y así les va a sus alevines. Me pregunto en nombre de qué se puede posponer el placer, dosificarlo, marginándolo en lista de espera hasta nueva orden, en un largo

proceso de concesiones, pactos cotidianos, con tal de ser "alguien" y rebozarse en una seguridad esterilizante. Hipotecan el tiempo y la propia vida en función de una situación económica, profesional, emocional y social prestigiosas y entonces hay que seleccionar los estímulos, domesticar y prever los entusiasmos y las satisfacciones, hasta llegar al borde de la respetabilidad.

Y un buen día se descubre uno instalado en una vida aburridísima, cortés, bien educada, buena vecina con horarios fijos, que no sorprende ni interesa y en nada se parece a aquella vecinita que de adolescente te hizo soñar, maldecir entre dientes, llorar de impotencia y de deseo, porque la portentosa calientapollas enseñaba las tetas, mientras los mayores trataban de anestesiar tus ansias con cortapisas morales y consejos para desviar el curso de ese amor, que se prometía arrebatado, febril y, desde luego, fatal para tu reputación, mientras la Vida, infinitamente deseable, te tendía los brazos sin recato.

"Primero has de estudiar..." "Cuando encuentres un trabajo y te sitúes..." "Lábrate un porvenir y luego..." "Durante el trabajo no, pero después..." "Si no descansas durante tus ratos de ocio mal podrás rendir..." "Espera a las vacaciones..." decían aquellos tétricos adultos. Y aquellos adolescentes que compartieron mi desazón, siguieron sus consejos,

Y un buen día descubren que la Vida, aquel amor de juventud, aquella traidora, a la que quisieron merecer, les ha convertido en autómatas productivos que miran con rencor el nido que prepararan para ella. Y la única salida que queda es un idilio clandestino, un poco sórdido y tortuoso con la fatal, dulce y tentadora Madame La Mort, porque la Vida se convirtió en una fofa y conyugal desazón vacua.

Posponer el presente inmediato, empujarlo hasta un futuro planificado, inocularse contra el riesgo es una de las pocas maneras infalibles de ser alguien y sentirse mal en el propio pellejo sin solución de continuidad.

Lo reconozco: vendería mi alma al diablo por saber, pero no daría un año de mi vida por un título universitario, aunque me aseguraran el premio Nóbel en mi especialidad; daría un año de mi vida por conocer algunos rincones de la tierra, pero no sacrificaría tres meses de mi disponibilidad, por adquirir un terreno; me dejaría la piel por hacer lo que me da la gana, pero me temo que no movería un dedo por desviar el curso de los acontecimientos si eso significa asumir la responsabilidad, porque todo lo que sirve para obtener una sensación de poder se paga demasiado caro, de acuerdo con mi exiguo presupuesto. Y sin embargo, a veces me asalta la tentación de competir en este circo, y

entonces recuerdo el sabor que deja la traición de uno mismo y del presente inmediato, rememoro vuestras quejas y vuestra mirada, y ya me resulta imposible pactar con el displacer cotizable.

Me quedo con mis certidumbres pequeñitas, que pongo en solfa con una frecuencia inquietante y renuncio a la seguridad, que tanto afea.

Paloma está enrolada en el teatro. Al fin alguien considera sus imperativos vitales como algo a tener en cuenta.

Tiene los ojos chispeantes de una profunda alegría que no podría disimular. Sus relaciones personales se han modificado por su opción, pero no se empobrecen con renuncias pequeñitas, cotidianas, que jamás se perdonan y dejan un poso de rencor. Forzosamente han de caer, como decorados de cartón piedra, aquellas amistades basadas en la queja, el fracaso compartido y el resentimiento.

Nunca la había visto tan hermosa desde que la conozco.

Mayo, 1981

Están asustados, reclaman la pena capital, barruntan golpes de Estado y degollinas, como la solterona sueña con violaciones que la estremezcan. "Que le corten la cabeza"— dice con intermitencia obsesiva la Reina de "Alicia" y aquí también se reclama la muerte, el campo de concentración, la prisión a perpetuidad para el contrario, el disidente, el enemigo, desde la odiosa pasividad de quien no asumirá sus palabras, no será consecuente con sus conclusiones y jamás se manchará las manos de sangre por miedo, por prudencia o por pura impotencia, pero azuza rabioso, sin embargo.

Quien condena a muerte y ejecuta —al margen de lo Judicial— sabe de buena tinta que es una solución definitiva únicamente para el muerto; provisional para los sobrevivientes y sus problemas: no puede ser indiscriminado pon su ira; siempre le queda la duda de que todo derramamiento de sangre, todo sacrificio es gratuito si su utilidad no llega a equipararse al fruto que da el cerdo el día de su San Martín. Y ningún sacrificio humano puede equipararse con el cataclismo que produce.

Lo irrevocable de la sentencia precisa razones que puedan extirpar la íntima zozobra que produce un cuerpo desmadejado primero, y rígido después, el mismo que unos momentos antes cumplía inexorablemente las leyes de la vida afirmando su pertenencia al reino zoológico. Cuando la alquimia secreta del organismo se rompe ya nada puede

remediarse y quizá por eso, sólo quien sabe que es absurdo eliminar un obstáculo objetivo, y tiene no obstante, todas las razones para no escoger la indolencia, es también quien es capaz de respetar la vida y la muerte ajenas y no posee esa violencia indiscriminada que aprueba genocidios en masa y campos de concentración multitudinarios, en nombre de un hipotético y lejano bien público, basado en la bilis descompuesta.

Cómo temo a los ciudadanos amantes del orden, a las buenas gentes, peores que los mercenarios que matan por un miserable salario y un puesto en el escalafón.

Dejar que las sensaciones broten, sin interferencias, siguiendo el curso de mis emociones, al encuentro de la fuente, contra corriente, sin que me importe dónde haya de desembocar, cual sea su destino. Romper los diques de mí misma y sentirme cada vez más despojada, con esa aceptación de los hechos consumados, de mi amor y de mi soledad, pero sobre todo de mi propia vida, desear que siga siendo este montón de incógnitas y querer desentrañarlas sin buscar respuestas; hallar en mí el reflejo y la luminosidad de los que amo, acariciar y no esperar ya nada, no pedir ya nada porque todo está en mí: las sensaciones difusas, en graduación geométrica, mi epidermis surcada de calor, escalofríos y temblores mínimos e incoercibles, sin apenas transición y los pensamientos en fuga, imágenes salpicadas que arden y de las cenizas emergen ideas que nacen ya en huida y crean una lluvia de mementos donde yo soy yo y todo me constituye. No hay una explosión que todo lo aniquile para devolverme a mi condición de cuerpo y de mortaja, cada deflagración contiene variaciones inéditas de lo que la provocó.

¿Qué tiene que ver esto con la vivencia fulgurante de un cosquilleo intensísimo e insoportable que acaba súbitamente en una derrotada descarga seminal, más insatisfactoria cuanto más deseada? ¿Qué acuerdo profundo existe entre mis sensaciones y las de mis amantes? Supongo que sólo una cierta asunción maternal de las vivencias que se han provocado, igual que la madre y el hijo tonto se aman tiernamente, conviven sin fusión mental posible y sin códigos comunes permanecen en universos referenciales inaccesibles.¡Pobre sexualidad masculina, pobres ansias llenas de serrín! ¿Qué tengo yo que ver con esa patética insatisfacción que llamáis pomposamente "deseo"?

¿Mis semejantes? No. Pueden ser iguales ante la ley que yo proclame pero no mis semejantes y esa es su victoria sobre mi propia identidad: acercarme a una realidad vivencial que sólo el otro puede desvelarme y sólo yo puedo percibir. Así y no desde otra

perspectiva, condenada a mi individualidad y mi soledad radical.

Pero mi soledad no es un desierto dónde se sienta sed, hambre y carencias: en mi cubil sucede todo y cada momento es una aventura que no tiene un final triste o feliz porque la continuidad restablece las proporciones de lo limitado; lo que no acontece, se disuelve en las brumas de lo desconocido para enardecerme en mi temporalidad, y la muerte es una bagatela que nada tiene que ver con este movimiento inarmónico, carente de argumento cuya música sólo existe en mí y morirá conmigo. Después de mí, no existirá nada ni nadie con los mismos presupuestos

¿Dónde están mis semejantes?

Mayo, 1981

Ahora, aquí, la rutina es tan poco igual a sí misma que me parece imposible que deje de interesarme alguna vez la cotidianidad. Cuando soy una cabeza parlante, cuando me manifiesto socialmente según los códigos establecidos, me parece estar recitando un viejo papel y entonces me aburro y me disgusto, quizás porque acato la línea argumental que imponen los otros con sus limitaciones y no quiero la responsabilidad subsidiaria del seísmo que provoque; por eso no acuno en mis brazos a mi amiga, encerrada en sí misma, cercada por la enfermedad, trasunto de la autodestrucción; por eso no recorro con la yema de los dedos el cuerpo incógnito de un hombre que me gusta hoy; ni debo prever dónde está la libertad cuando se vive la más bella forma de esclavitud escogida, y nadie debe forzar el curso de los acontecimientos suplantando el poder legendario de los dioses, sin asumir también la responsabilidad que nos hace igual a ellos. Por eso, esta tarde tamizada y nubosa de mayo me inclino, aceptante, ante lo que existe y es, al fin carente de ambiciones de poder que desnaturalizarían y enturbiarían esta rebeldía ya consustancial: e1 mundo está bien hecho puesto que yo no podría transformarlo sin pervertir lo mejor de mí misma. Otra cosa es saber si me gusta a veces perseverar en el mal y si mi curiosidad puede obviar zonas que están por explorar. ¡Pero el mundo está bien hecho!

Irene me recuerda a algunas mujeres que he conocido: creen ser personalidades definidas por definitorias, pero les sobra astucia y prudencia y suelen afirmarse en función del interlocutor, más preocupadas por seducir que por identificarse, y así suelen ser sucesivas versiones según quien ocupe el asiento de enfrente. ¡Aburridísimas! Lo curioso es que me atraen irracionalmente, pero mi sentido común no toma vacaciones:

cada vez que caigo en la órbita de alguna de ellas, siguiendo el curso de sus dislates, me encuentro con un mogollón incomprensible, sin razón — y sin pretensiones de tenerla— defendiendo a las damas en un papel poco lucido de "caballerosidad" arbitraria, cuando al fin y al cabo, en justicia, correspondería atizarles un par de bofetadas, que es lo que pretenden hacer sus detractores. No sé cómo consiguen enturbiar, enmarañar e intrigar para que todo sea lo contrario de lo que es y todo se encuentre embarullado, partiendo de ese morboso deseo de gustar a cualquier precio.

Escribo y rompo —sobre todo rompo— y entre el tabaco y los folios mi presupuesto me permite una aburridísima dieta de arroz y café y, a veces, ¡oh lujo de Sardanápalo!, abundo con ensalada y verdura el menú. Comparto con Lucía la vida cotidiana, la limpieza de los azulejos, el tiempo de cocción de las acelgas y cuando la vida se resuelve en un nudo en la garganta, nos miramos sonriéndole a la luna, conmovidas y cómplices, como sólo las mujeres podemos serlo cuando no nos hemos desnaturalizado con cuestiones ajenas y grandilocuentes, que nada importan, y compartimos esa desazón risueña que produce ser de ese tipo de mujeres que no les recomendaríamos a los amigos. Lo normal entre nuestros conocidos es permanecer en una relación morbosa, victimas y verdugos alternativamente, en nombre del amor. "¡Como Dios manda!"

"Complejo de Peter Pan se llama. No, no quiero crecer, quiero envejecer. No quiero dar en sórdida adulta; quiero ser vieja. No es grave: no fui niña, no he tenido adolescencia, la juventud tuvo otro sentido y mi madurez se anuncia como retorno infantil: en las estribaciones de la edad del pavo, los aledaños de la senilidad. Pero si el mundo es feo no tengo por qué empaparme de fealdad: sigo rehuyendo las aglomeraciones, salvo causa mayor, y sólo mis amigos son convivenciales, guapos, adorables e inteligentes. ¿Subjetividad? ¿Arbitrariedad? ¿Y cuando he pretendido ser un dechado de ecuanimidad?

Bilbao, Mayo, 1981

La policía patrulla en Bilbao con la ametralladora montada; cualquiera puede despertar sospechas y se cachea, arresta e interroga, aplicando la "Ley de Seguridad Ciudadana" de manera rutinaria, por simples indicios. Las famosas garantías

constitucionales son una entelequia como tantas otras de la democracia. Hemos echado el País Vasco a los leones y la respuesta de ETA contra el resto de España, en pura lógica, se veía venir; nos hace partícipes del regalo envenenado que les hicimos. Y por opinar así, también se me puede aplicar la "Ley de Seguridad Ciudadana".

Ciclotímica: hay días en que cualquier acontecimiento eriza mi sensibilidad; soy una cría de siete años y todo me afecta, me siento insegura, frágil y desde esa perspectiva el mundo exterior no es nada acogedor. Entonces me encierro y ofrezco mi aspecto de ogro fiero y macarra-bravucona para defender mi madriguera. Otros días, el mundo está bien hecho, incluso con todo su sufrimiento, incluso con toda su violencia, a pesar de esta desazón ante su absurdo argumental, está bien hecho, y asumo y acepto hasta tal punto el sufrimiento y el dolor, que acepto también que yo hiera y haga sufrir, porque no soy mejor y no tengo por qué serlo.

La inocencia no es un don de partida, sino un logro, un premio al cabo de mil crueldades. No hay peor monstruosidad que la de los niños: sólo los años logran extraer algo de sensibilidad de su rigurosa incapacidad para solidarizarse con los demás.

Y cuando me siento así puedo convivir sin que me sienta a mil años luz porque curiosamente carezco de esa característica que permite dar votos en blanco, hacer autos de fe o dar saltos en el vacío y me limito a subrayar el misterio sin que pueda creer en la causa primera o la razón ultima, pero paradójicamente necesito una ascesis personal acorde sólo con aquellos que tratan de hallar su exacto lugar en el universo, como imperativo ontológico: el resto, me distrae con su dramatismo de novela rusa.

Mayo, 1981

Una pregunta, una incógnita, una duda son en mi vida ondas expansivas de una bomba personal. Las certezas, las conclusiones, las respuestas, son bengalas que iluminan un momento y me dejan deslumbrada, sin tiempo para ver, doblemente cegada al volver a la oscuridad que sigue. Espero no tener nunca la certeza de haber encontrado las soluciones a los enigmas, porque el día que eso ocurra, me encontraré ajena a la receptividad, inversora astuta que asegura su riqueza y no sus apuestas. Quiero morir preguntándome, insegura, dubitativa, poniendo en solfa mis hallazgos. Quiero seguir opinando que el mundo es un misterio sobrecogedor y cualquier respuesta simplificadora es a la larga una mixtificación peor que otras, y sin embargo es difícil vivir en la cuerda floja, haciendo equilibrios sin red. Pero también es hermoso y además, yo no sabría vivir

de otra manera.

Lleno de estupor, Juan Pablo II exclamó al recibir los tiros en la Plaza de San Pedro:"¡Cómo han podido hacerlo!". La izquierda exclama indignada por los atentados de la extrema derecha: "¡Cómo pueden,..!"

Juan Pablo II y la izquierda hacen ese tipo de pregunta retórica, absurda, que intenta crear una distancia abismal entre los buenos —las víctimas— y los malos —los que atentaron—, pero a mí no me parece que exista tal distancia, una diferencia tan tajante entre los verdugos y las víctimas. A no ser que crea a pies juntillas que no es normal utilizar cualquier medio para terminar con el enemigo. Y que yo considere justa o injusta la causa, si llevan o no razón los que se sublevan en nombre del Islam, la Dictadura o la raza aria es harina de otro costal y no añade nada. Lo que hacen es completamente lógico; los móviles pueden no serlo, pero esa no es la cuestión. Si no, mal veo como el Estado se ha apresurado a dictar leyes que penalicen la muerte del enemigo, y no se haya ocupado el Código Penal de los paseos ínterespaciales: el crimen fue habitual y consuetudinario desde el principio de los tiempos y no lo fue viajar por el espacio.

Escandalizarse por el crimen es una adquisición cultural tardía de la época moderna: y como todo lo moderno suena un poco a hueco.

Me llama "abuela" como tantos otros chiquillos que abronco, mimo y rehuyo. Este "nieto" tiene veinte años y es más listo que el hambre. Su solidaridad es cotidiana y primaria: es un barriobajero con instinto de supervivencia, receptivo al máximo y de ojos abiertos y voraces.

Cuando sonríe me dan ganas de cantar; cuando lo veo serio y maltrecho me gustaría hacer justicia elemental y arrasar con lo que le hace daño; cuando se lanza indignado contra lo que le agrede, tiemblo pensando que le puede salir mal la embestida.

Me gustaría fijarlo ante la vida siempre igual: el pelo arremolinado, los ojos abiertos como platos y un rostro adolescente pícaro, su cuerpo recién hecho y ese desparpajo conmovedor que nadie debería jamás quitarle. No lee de corrido y escribe todo revuelto, nada le estorba a su sabiduría de animal sano, tan profunda como esta apuesta por la vida que hago con él.

Mi ciudad, mayo, 1981

"El respeto a las ideas ajenas significa complicidades y concesiones que no estoy dispuesta a hacer" — dice H. la más convivencial y pactista de las criaturas. Efectivamente respetar las ideas de los partidarios de la justicia burguesa, el matrimonio monogámico y coercitivo, la mezquindad vital y mental, excluyentes de cualquiera que transgreda la norma, significa no sorprenderlos, no intranquilizarlos, no polemizar arriesgándose a escandalizarlos, y este es el primer paso hacia el fascismo.

A veces surge entre los antagonistas ese raro respeto que tiene los cimientos en una roca y resulta vivificador e inamovible; las diferencias ya no separan ni la confrontación excluye. Pero eso jamás se da partiendo del silencio y de las concesiones.

Mayo, 1981

Psicosis golpista en los grupos de izquierda. Se prevé un fin de semana inquietante, pero no logro vivir de antemano ninguna inquietud. ¡Mea culpa!

Mi madre tiene la mirada inquisitiva, curiosa, chispeante como un gato. Me divierte observar su falta de ataduras morales, que ha ido soltando como lastre inútil con los años. ¡Mi dulce despeinada!

Antes me angustiaba utilizar el teléfono para hablar con Bretón; prefería las cartas escritas a vuela pluma, deshilvanadas y un tanto autistas en el fondo. Ahora, cuando lo escucho, me brincan la sonrisa y las neuronas, que tienen en archivo su abrazo grande de oso, trasmitiendo su calor, y me arrebujo en el teléfono como si se tratara de su pecho, pero sin los inconvenientes que tiene la presencia, ese nudo en la garganta unido al miedo a desencadenar pruritos ya superados, viejas mataduras.

Cualquier relación compulsiva es una agresión a mi emotividad, mientras que esta recalcitrante ternura es un bálsamo para mi sensibilidad erizada y maltrecha, y me reconcilia conmigo y con nosotros, por eso me puedo permitir el lujo de invocarlo mientras escucho jazz. En mi memoria Bretón subraya con sus gestos desmesurados el fraseo de la guitarra de Reinhardt y sus "¡ Maravillossso!", que rompían mi unción y mis nervios, en el momento mis inoportuno, me hace gracia recordarlos ahora, cuando antes, con sus estentóreas exclamaciones y su tono enfático creaba fisuras insalvables en mi vocación solipsista y silenciosa. Hoy lo recuerdo con una sonrisa enternecida, y esta

madrugada está llena de sensaciones que sin Bretón no serian mías. Pero como Georges Sand: "Si pudiera recomenzar mi vida, serla casta". Es un error intentar ser complementarios cuando cada uno, por sí solo, es un plato lo suficientemente fuerte, copioso y pantagruélico.

Pero, ¿por qué ha de ser imprescindible alienar dos soledades y confinarlas en un habitáculo común, añadiéndole esa especie de neurosis obsesiva que es el enamoramiento como guinda?

Qué absurdas me parecen ahora esas relaciones que viví, intentando atenerme a las normas impuestas por esos locos de atar, que pontificaron sobre el amor desde hace siglos. Un buen día aparece en un rincón de la memoria de especie algo similar a la complicidad ancestral intersexual, y un espécimen adquiere de pronto relevancia. Si se espera veinticuatro horas desaparecerá esa sutil química hormonal que inclina a la benevolencia y nos hace bienintencionados en nuestras apreciaciones; pero normalmente nos dedicamos a dar coba a nuestro interlocutor, que si lo analizáramos cualquier otro día comprobaríamos que, en general, si no es un cretino, roza peligrosamente este estadio. Y, no obstante, nos obcecamos, victimas del mismo cretinismo, hasta encontrarlo apasionante y nos hacemos un lavado de cerebro y de esperanza, mandamos de vacaciones la lucidez y lo miramos hasta sacar oro del fondo de sus pupilas, que, como es natural sólo tienen las dioptrías necesarias para que el amor no sea ciego, sino miope; y escuchamos arrobadas hasta que oímos algo realmente profundo entre su verborrea, recitando la conocidísima, aburrida y decepcionante historia, con los consabidos gestos amatorias, de una inefable simplicidad rayana en la simpleza.

Ya sé, ya sé que soy un monstruo, pero a mí dadme esos afectos cálidos, pequeños como un niño, gratuitos y dulces, que crecen y se añejan con los años y con los años se depuran, adquieren volumen, contornos y relieve, que no dejan cenizas, sino brasas y tienen la perennidad indestructible de lo que nos constituye y nos enriquece. Dadme esas amistades que crean ritos y hacen sagrados los acuerdos, respetables las diferencias, irrelevante la ausencia, donde la desnudez y las caricias son incursiones lúdicas y el placer no es el prólogo del chantaje emocional. Jamás sabré qué es esa abrasadora y frustrante sensación que da la neurosis amatoria. Me quedaré con mis amores y mis odios cabezotas, que no cejan con la continuidad ni con la rutina.

Bretón dentro de la pareja se caracterizó por su tendencia a hacer de la vida cotidiana una realidad amorfa, por su incapacidad para vivir el presente más inmediato, pasar sin solución de continuidad del tono apasionado e intimo a las preocupaciones más

garbanceras y su incoercible necesidad de hacerme participe de este indigesto batiburrillo. Si tuvo mayor riqueza o complejidad, salió fuera del marco de la pareja, con los amigos. Yo, como compañera, formé parte del andamiaje para la estabilidad de sus servomecanismos y creo que aún no me ha perdonado lo poco efectiva que fui. No sé cómo pude aguantarlo ni un sólo día. Afortunadamente, sus carencias resueltas con Gogui, que es una santa, podemos dedicarnos a querernos muchísimo y tener conversaciones salpicadas de carcajadas. Nunca se ha reído tanto con mis cosas como ahora ; antes parecía propenso a un dolor continuo en el trigémino.

Mi cuerpo está jaspeado de manchas rojas y las sulfamidas me tienen mareada; cada día tengo más ojeras y menos fuerzas, pero la infección no cede. Estoy constantemente al borde de la lipotimia desde hace un mes y me da vergüenza esta debilidad, que sólo menciono de pasada a los amigos. La amistad hay que abonarla en función de nuestros excedentes y no de nuestras carencias, pero no es una actitud heroica, sino pusilánime: poner a prueba el grado de generosidad de los allegados es la mejor manera de encontrarse con un elevado porcentaje de decepciones. En el fondo de mi desprendimiento hay más retranca que en mi negativa a socializar mi vida privada. Paradojas.

Junio, 1981

Stuart me acompaña al médico de la S.S.

—¿No tendrá mareos?— pregunta el médico.

— Si, y urticaria, también.

— ¡Ah! Entonces no debe seguir tomando ese antibiótico, tiene alergia.

—Ya se lo dije hace dos meses

—Podía ser una intoxicación alimentaria, por eso no se lo cambié.

Delante de nosotros le dice a la enfermera que apunte en mi ficha lo de la alergia: "Subráyelo porque un shock anafiláctico, con el estado de debilidad general puede ser grave".

—¿No me podría mandar Terramicina?

— Ah, los pacientes siempre quieren saber más que el médico y terminan autorrecetándose. Venga mañana y ya le daré la receta de algún otro antibiótico que le

vaya bien. Automedicarse puede ser peligroso y cómo luego están los médicos para sacarlos del apuro...”

Este médico está ya resignado a tratar con aficionados y sólo esboza un gesto de hastío. Stuart, teutón no iniciado en los misterios del alma latina me habla de responsabilidades criminales, negligencia y falta deontológica. Yo sonrío divertida, y me pregunta extrañado:

—"¿No te parece grave que te haya recetado durante dos meses un medicamento al que eres alérgica, viendo los síntomas?"

Y cuando le digo que al día siguiente, cuando vaya me tendrá preparada la receta con el mismo antibiótico, porque no se acordará y el laboratorio le regala viajes para asistir a congresos internacionales, por sus desvelos en pro del producto, que jamás consultará la ficha, salvo si hay un desaguisado, y le apuesto la comida de mañana a que no cambia el fármaco. Me mira con los ojos desorbitados:

—“¡Pero eso es corrupción!"

—No, sólo darwinismo. Yo no me he tomado ni un solo día ese medicamento porque sé que soy alérgica; mi ficha y la cartilla está extendida a nombre de una amiga , porque yo no cotizo, y me autorreceto y pago mis medicamentos, pero estoy intentando que me recete lo que necesito con cargo a la Seguridad Social. La urticaria era efectivamente alimentaria, porque hay en el mercado español unas cuantas mercancías toxicas, que nadie conoce y en los Consejos de Administración de las empresas que los fabrican hay gente lo suficientemente poderosa como para que no pase nada”.

Con esa honestidad intelectual sin imaginación de los luteranos, Stuart confiesa que no conoce a Darwin a fondo y por lo tanto no sabe qué quiero decir.

— "Que este médico sólo me habría matado si yo fuera tonta. Y no tengo nada que objetar a esta forma de selección de la especie que patrocina la Seguridad Social.”

—¡¡Ah!!— Y Stuart se asemeja a un niño perdido que no sabe como ni dónde vive.

Qué triste y qué sórdido es el amor que no se puede corresponder. Preferiría ser yo la desairada, la que se encuentra con un muro y no obstante se siente incapaz de retroceder. Pero a mí me ha tocado sentir este amor despojado, donde la beatitud predomina sobre los impulsos negativos, con emociones gratas y tiernísimas sin que estorbe a esta dicha difusa, la ausencia o la distancia del sujeto amado. Murke anuncia su llegada y me recorre un infinito cansancio ante lo inevitable. No puedo ofrecerle nada que sólo pueda

compartir con él y él necesita dedicación exclusiva. Yo no amo sin cortapisas ni condiciones. Me temo que sufrirá su amor propio. Y me temo que no sabe sufrir en silencio.

Arreglo la cadena de la bici y la dinamo, me coso los pantalones cortos y paso el día en casa, esperando que haya menos calor y menos gente afuera. Me tiembla el pulso y me siento débil; permanezco ensimismada y conmovida con cualquier cosa, con mi capacidad de enfrentamiento bajo mínimos. Pero no me engaño: cualquier imbécil podría hacerme sacar las garras en cuestión de segundos, aunque preferiría guardarme de mi propia ira, preferiría seguir en esta taciturnidad, en la que nadie falta y nadie sobra.

Junio, 1981

Cuando se aplican con suficiente fe todos los esquemas, argumentos manidos, arquetipos, tics academicistas y se está provisto de una inteligencia heredada a medias del mico y del loro, imitativa, acumulativa y repetitiva, sin ninguna veleidad crítica y. con una apreciable dosis de resignación de rastacuero, nos encontramos casi seguro, con un intelectual provinciano. Y me aburren, me irritan, me hastían. Si al menos se dedicaran a hablarme de modas y chismes, pero no, tienen que mostrar su ignorancia como sus llagas los leprosos, y mucho más si han recibido el Premio Graciano Atienza y tienen veleidades literarias.

Sierra de Gredos

Cuando empecé con mi diario empezaron los camuflajes, porque a pesar de mis precauciones alguien podía leerlo. Cifré los hechos, los personajes y luego, en los años de clandestinidad, para que ninguna policía del mundo obtuviera ningún dato comprometedor, lo seguí camuflando. Ahora, que podría desear ser sincera, ya no sé escribir sin cifrar en un giro, una frase, una evocación, ese momento, esa sensación que quiero fijar en el cuaderno.

No sé si se maquillan los recuerdos o la memoria es selectiva y arbitraria y cae en la tentación de dar unidad y secuencialidad a pequeñas caídas de Damasco, que iluminan fugazmente y ensanchan ese montón de dudas e incógnitas que, poco a poco, toman el sitio de las certezas y los dogmas; pero tengo la sensación de no haber errado el rumbo bajo estos cielos de un azul increíble: libertad interior, utopía relacional, fraternidad más

allá de las creencias y de la genética, amor despojado de normas y leyes, y esta belleza que crece en mí y yo no poseo, porque hay fidelidades ancestrales, atávicas, que no puedo ignorar: todo tiene sentido.

Si hubiera encontrado la letra muerta de una doctrina, habría perdido mi vida tontamente, pero desde lo esencial, donde irremisiblemente somos, más acá de los roles sociales y las máscaras, descubro que encontrarme en el vacío es el único hallazgo que no minimizará mi apuesta. No soy fatalista, pero todo ocurre con una oportunidad implacable: no podría ser de otra manera, siendo quien soy, porque las noches y los días se suceden sin tener en cuenta imperativos particulares; el agua mana, corre y nunca vuelve, se crece y se muere y no es posible conservar indefinidamente el instante. El tiempo es un espejismo que nos huye si queremos apresarlo. La vida y su armonía no pueden despojarnos de añadidos si somos esclavos de lo accesorio: no podría haberme encontrado contemplando cara a cara la nada sin modificar lo irremediable, y obviar lo esencial es el crimen contra natura que no se perdona.

Digo "amar sin desear poseer" y sencillamente estoy diciéndole que amo infinitamente más mis ratos de soledad y silencio, escuchar música, pasear hasta las tantas en mi vieja bicicleta, sin nada que interfiera en mi ensimismamiento que nuestra vida en común, aunque se empeñe en ser ameno y adorable. Preferí siempre mi soledad a su compañía y cuando tuve rasgos de una aparente dedicación hacia ellos, estuve justificando mí desapego psíquico con mi presencia útil, y en verdad yo fui el peor rival de todos los que me han ofrecido su amor en exclusiva. Me gusta demasiado estar sola, cazando gamusinos mentales o pintando el zócalo. Yo no sé ser vulnerable y mantener el tipo cansa más que picar piedra…

Ahora no hay apuesta a cara o cruz, mi soledad no está en juego y cada presencia tiene esa autenticidad que no necesita adjetivos. No hay interferencias, no hay opción que descarte otras opciones, y simplemente, intento recorrer mi propia senda sin síes envenenados. Ahora, porque me confieso solitaria impenitente, insoportable maniática de mi intimidad, puedo vislumbrar que mi soledad no es una condición imprescindible, pero sí preferible, porque no es bueno estar acompañada a cualquier precio si el precio lo han de pagar los otros.

La imaginación, “la loca de la casa”, improvisa recepciones a cualquier hora del día y Gredos se puebla y se agiganta compartido, aunque sólo yo pasee mi tos, mi cansancio y

mi taciturnidad festiva en estos caminos de cabras. Mientras, me da pena Murke, jugándose su orgullo y su pasado a las tres en raya, sin querer aceptar que yo he copado el centro, buscando más allá de mis palabras mentiras piadosas que pueda creer. Le otorgo mi cariño maternal como quien da migajas y se sabe con la despensa llena, pero no puedo una y otra vez saldar deudas con mi conciencia que yo no contraje, entregándome yo, Y busco con mi mirada y con mis pasos otra realidad que la suya, dispuesta a ser tan cruel como sea necesario para salvaguardar mi paz, acodada en un pretil, viendo pasar el agua que ajena a mí rumbo, corre hacia otra parte.

Murke me aguarda pacientemente y me estorba con su cara más desolada, si tardo.

La terramicina me deja somnolienta y ensimismada: las conclusiones tienen la vigencia de un instante y se esfuman y sólo permanece esta recalcitrante sensación de ser muy vieja, haber sobrevivido y poderme permitir el lujo, al fin, de vivir sin justificaciones. Descubro con alegría cada mañana mis años y mis canas y voy al encuentro del futuro sin ansiedad, con esta ternura sin por qué, individualizada, parcial y socarrona, que no elude ningún conflicto y ni siquiera los que me plantea esta misantropía eufórica que descarta los gestos teatrales, el público, los escenarios recargados y los aplausos. ¿Qué sentido tendría buscar la aprobación de quien desprecio?

Madrid, Julio, 1981

Encuentro a Genaro después de muchos meses. Ha dejado sus privilegios de joven triunfador y ha guardado su dentadura de lobo, y ahora tiene ante sí el riesgo más o menos asumido de hacer lo que le gusta. Nos abrazamos púdicos y enmascaramos nuestros sentimientos con esas frases vacías que son tan reposantes. Después de haber temblado por él, después de aquella inquietud, se anuncia la calma. Temía tanto no volver a encontrar a aquel titán con expresión de niño y sus ojos brillantes, retando cada día a la vida; tenía tanto miedo del hombre triunfador, seguro de todo hasta la nausea, batallando por un puesto en el escalafón social, ebrio de aprobación; tenía tanta nostalgia de aquellas carcajadas fulgurantes y de su mirada ávida... Hoy ha vuelto con su rostro de ingenuo socarrón, enarbolando un sinfín de proyectos descabellados y volvemos a ser los compinches buscalíos que disfrutan viviendo y siendo nadie. Hoy ha justificado mi tenaz esperanza en él, hoy me siento deudora de su abrazo, su risa y su vitalidad. Por este reencuentro valió la pena esperar contra todo indicio razonable.

Ahora le llegará el purgatorio reservado a los que disfrutaron de un poder y lo

perdieron, y espero que sea fuerte, espero que tenga tanta confianza en su destino como yo y no se traicione cuando le den a escoger.

lMi ciudad

Maribel fue ingresada anoche de urgencia y la operaron a vida o muerte. Todavía bajo las efectos de la anestesia se sobresalta cuando le suelto la mano un momento, me busca y aprieta hasta hacerme daño. La veo luchar contra el dolor en esta larga noche y estoy a punto de quebrarme interiormente, Cada grito es una punzada de inquietud insoportable, que me taladra, y cada vez que gime, indefensa y sufriente., siento que no tiene sentido este dolor, impotente ante la criatura de diecinueve años que se debate con la muerte. Nunca me acostumbraré al sufrimiento de los que amo.

Maribel mejora inexplicablemente y la tensión cede, lloro mansamente, reconciliada y llena de gratitud porque ha decidido vivir y no ha dejado que la enfermedad decida lo contrario.

Julio, 1981

Mi ciudad está ahora poblada de gentes que apenas conozco, pero aquí encuentro la tibieza de los atardeceres, con un libro que se me cae de las manos cuando afuera están los últimos rayos de sol y la llanura va a su encuentro acogedora y grande y, a veces, sentada en un barbecho de las afueras, con mi vieja bicicleta tirada a1 lado, espío esta belleza sin adornos, llena de gratitud. A la vuelta, ya de noche, la ciudad es una penumbra, el libro abierto dónde lo dejé, el rito reposante, intrascendente y despacioso de preparar la cena, cerrar las contraventanas, encender la radio y buscar en el dial el Concierto de Radio Nacional. Y lo cotidiano se transforma en un ritual donde encuentro la misma serenidad que encontré en otros rincones, en otras ciudades, en otros paises, pero aquí hay un sabor de victoria sobre el medio y mi pasado, es el último baluarte que cede, y soy yo sin concesiones, con todo lo que de escandaloso tiene para los bien pensantes mi vida y mi conducta. Es una prueba que quiero afrontar sin el recurso de la huida. Pero ha sido fácil: una vez asentada mi sólida mala fama, cualquier cosa que yo haga entra dentro de lo que se espera de mí, así es que me puedo dedicar a la vida bucólica y estrictamente personal sin que me incordien, pero no sin que los comentarios me hagan reír: hoy me he enterado de que las vecinas creen que puedo echar mal de ojo

si me incordian. Y antes de dormir prefiero la risa a la tila.

Claro que dejaré mi privacidad y mi cotidianidad si es necesario, una vez más, porque todavía mi vida privada es un lujo, pero sueño con dejar mis uñas y mis colmillos en el desván. Guardaré en una caja fuerte estos sentimientos, volveré a mis obligaciones, al jaleo, y reservaré mi feo poblachón para otra vez. No exageremos, no se pierde gran cosa con mi partida, ningún exquisito proceso interior queda interrumpido, sólo las neurastenias propias de un cerebro estragado por varias generaciones ignorantes de la eugenesia. Podría quedarme, dejar que otros cojan el relevo, pero no me lo perdonaría y, como recalcitrante enemiga no me aguanto.

La cautela, la clandestinidad caracterial, el disimulo, estar alerta, precavida, ya forma parte de tu naturaleza, vieja zorra. Al principio te costó sudar frío y apretar los dientes, engañar a. los cazadores y los perros de presa. Ahora ya ni los perros olfatean tu pista, eres invencible porque a tu lado has visto morir a tus cachorros y aquellos zorritos juguetones, apenas destetados, adornan con su piel el cuello de tus enemigos y has permanecido impasible, sin acercarte más que para atacar, vieja zorra, ya sin gusto por la sangre, pero todavía apasionada por el riesgo.

Vieja corra, sigue alerta. No dejes que sepan que hay algo más fuerte que tu instinto de conservación, que los cazadores y los taxidermistas sigan ignorando cuál es el cebo que te hallará vulnerable, a su merced, porque tu secreto me ha permitido llegar hasta aquí indemne, cobijada en tu flanco. Tú me has conducido entre el olor de la pólvora, burlando la mira de sus rifles, hasta este refugio, sin temor a nadie porque tú velabas por mí y yo pude degustar la imprudencia y el peligro sin consecuencias.

Cuidado, vieja zorra, guarda tu miedo, tu cautela, tu desconfianza y tu crueldad para que yo no necesite saber qué es eso. Yo sé que a ti también te gustaría remontar el curso del destino y encontrarte con tu memoria de especie y sueñas con salir a descubierto, cruzar la cerca y volver a ser aquella que jugaba con sus cachorros, triscaba hierba con el rebaño, haciéndole rabiar a las gallinas... Pero no puedes, zorra. Con tu piel harían una alfombra que aísle del frío en las mañanas de febrero. Cuídate, vieja zorra, y cuídanos.

No hay nadie en la casa, sólo la gata y yo. Está preñada y maúlla lastimeramente y cuando no esté preñada estará en celo y maullará lastimeramente. Es una gata siamesa,

no una cualquiera, eternamente insatisfecha como si cualquiera que fuera su situación eso no debiera ocurrirle a ella.

¿Acaso puede decirse “yo” sin mentir?

Sólo me había sentido tan llena de gratitud a la vida durante aquel mes en que, por un error de diagnostico, estuve condenada a corto plazo. Anteriormente hubiera podido pensar que el tiempo es una broma de mal gusto, que el tiempo es un traidor emboscado, al acecho para herimos por la espalda, que es la eterna incógnita que no podemos despejar. Y el tiempo es la premisa para vivir, que subraya el misterio, donde se especula con mi aniquilamiento, porque ¿quién puede asegurarme que mañana amanecerá también para mí?

Ha sido necesario mucho tiempo para que me fuera posible desaprender, olvidar lo accesorio y descubrir lo esencial y ahora su transcurso es mi aliado.

"Opera prima": película generacional. No sé cómo se las arreglan los chinos para distinguirnos con lo que nos parecemos los accidentales.

Temperaturas cálidas y brisa fresca, luz casi nórdica y aquel mismo talante contemplativo y jubiloso. Sólo falta el sol de medianoche y la tibieza de las amistades contingentes, arrebujadas en el ahora. ¿Qué habrá sido de mis acogedores anfitriones? Reencuentro aquella cachaza gozosa que descubrí allí, paseando descalza por la hierba, caminando embelesada en aquel mundo a la medida del hombre, con aquella gente que me incluyó en un grupo humano definido, donde al fin tuve carta de naturaleza, eterna exiliada en la luz cegadora, el sol implacable, el énfasis y la desmesura del sur, donde me siento extranjera.

Confrontación de universos que se excluyen y el afecto no gana la batalla, pero tampoco el superego ha dicho la última palabra.

Amar la humanidad desde una idea, cambiar la realidad desde una torre de marfil, sin mancharse, declararse tan alto que nada humano te salpique y desde el laberinto de las verdades absolutas, negarte a mentir y a transigir, me parece de una sublime inoperancia

y no molesta las digestiones de los poderosos.

Yo no puede esgrimir mi amor por el género humano ¡que tontería!, el hombre en su totalidad me resulta tan aborrecible como un dolor de muelas; mi amor se circunscribe a mis amigos, rostros y nombres que deletreo, y lo mejor de mí misma se lo debo: este sentimiento unitivo de especie, me lo dieron ellos, a veces, a pesar de sí mismos, a veces sin darme cuenta yo.

Desde esta dicotomía sé que no cambiaré el mundo, pero no puedo ni quiere situarme al margen y actúo y me sitúo en el acto, llena de piedad y despiadada, sin certezas que enarbolar y segura ya de todo, alternativamente fiel a mí misma y a los míos. El mundo, este mundo y esta realidad y no otra cosa es lo que quiero. No busco un paraíso, ni pretendo habitar otra latitud que la que pueda ofrecerme este planeta que habito, y tal como es lo acepto con su descorazonadora realidad, con sus desafíos y sus peligros, porque el juego es una poderosa droga y yo soy toxicómana del riesgo, pero no quiero cambiarlo: no quiero asumir la responsabilidad de lo que modifique: volver a crear el mundo y el hombre es imposible, así pues, juego a gastar sus mecanismos, sabiendo que es inútil, que no conduce a nada, que sólo ye recibo en plena jeta el resultado y tengo que integrar cada derrota en mi estrategia, pero vale la pena actuar como si pudiera lograrlo.

Mis manos están manchadas y cada gota de sangre me remite a una nostalgia inabarcable de inocencias que puedo conquistar, de purezas que quizás llegue a alcanzar. De antemano, no existe la inocencia, es un estado superior de la conciencia que no nos es dado obtener de partida, hay que ganarlo, reconociendo, descubriendo, persiguiendo sin piedad esa parte de uno mismo que participa del verdugo, del que ordenó la masacre, se retiró a sus quehaceres y se durmió contento. Lo que se llama inocencia es la ausencia de conciencia de culpa, la ignorancia del mal, se define por lo que no es.

Mi pasión es saber y el único idioma interparroquial, interdisciplinario y universal es la amoralidad. La humanidad es odiosa, si bien nada amo que no sea humano, y ahí me situó, porque al margen de ella nada me interesa.

No podemos comprendernos, así es que, sonriamos: yo envidio tu torre de marfil y sé hasta que punto es misericordiosa contigo, permitiéndote descansar en el limbo de los justos, pero si mañana hubieras de recrear el mundo, no sabrías de que materia está hecho el ser humano. Yo lo conozco como la palma de mi mano: es mi laberinto y mi hilo de Ariadna.

Después de una semana de ausencia viene mi “nieto”. Le oigo llegar de madrugada, *à*

pas de loup, para no despertarme. Al rato me levanto y veo en la puerta de su habitación sus botas de deporte, que aroman a pies toda la casa. Las saco al balcón y me digo que tendré que ponerme cafre con él para que se lave.

Al mediodía sigue durmiendo y lo despierto con un café con leche en la cama. Parece un monaguillo que se bebiera el vino de misa, un escolar que hiciera novillos, un maletilla de matute. Le hablo del olor a pies y que se tiene que lavar, y me sonríe. Se viste y se calza sin pasar por la ducha. Insisto. Me dice que "'luego" y se marcha.

No me tiene respeto. No me hace ni puto caso, pero sonríe divertido con mis quejas, mis alaridos de horror, mis suplicas y mis amenazas, y de pronto ya no tiene sentido que se lave, sino que sonría.

Vuelve al rato con provisiones, que le habrá robado a su madre. Hacemos la comida al alimón. Está orgullosísimo porque sabe hacer arroz y parece olvidar que le enseñé yo. Hay discusión con la receta:

—¡No, José, cominos, no!

Se enzarza arreglando enchufes y tengo que llamarlo tres veces para que venga a comer. Adivino su pifia al verle remolonear. En un descuido mío ha echado un puñado de cominos y el arroz está incomible. Y sonríe divertidísimo: no tiene hambre. Yo si, pero terminamos haciende humor negro y las carcajadas me dan dolor de estomago.

Mi “nieto” es un desastre; le tiene horror al agua, le huelen los pies y como cocinero es un peligro, pero tiene todos los números del sorteo para caerme bien. Reconozco que soy arbitraria y parcialísima con este barriobajero vital, reidor, receptivo y follonero. Que no crezca, que no se haga mayor,.. Si pudiera guardar su aire de pastor, su pinta de gañán de Belén, si guardara siempre su risa y su alegría, me encantaría que envejeciera sin corromperse. Cumple los años el mismo día que Genaro, que Trotski, en el aniversario de la Revolución Rusa, según el calendario zarista. José no sabe quien es Genaro, ni quien es Trotski ni tampoco que existió la revolución rusa, ni falta que le hace.

Tertulia hasta las tantas: el dolor y la vejez. Qué extraña me resulta esta frenética huida del dolor y la muerte en mis coetáneos. Hemos dejado como asunto vergonzante la enfermedad, afincada en los hospitales; hemos dejado que la muerte se convierta en un asunto del cadáver y de los empleados de pompas fúnebres, y vivimos fingiendo que es una nota de mal gusto que se asome a nuestras vidas. Es tan artificial esta neurótica pretensión de felicidad: todos estuvieren de acuerdo, el dolor es horroroso y

completamente inútil; el sufrimiento es un absurdo imposible de integrar en ningún proceso creativo; la vejez es algo terrorífico que hay que encubrir y enmascarar con afeites y un tono ligero. Y la muerte, ni hablemos de ella, tocad madera.

Le cómodo, le fácil, extraen de mí la pereza mental, el fascismo caracterial, la intransigencia y la ceguera emocional. No me gustaría que se me hubiera evitado el sufrimiento, la enfermedad, la vejez porque sin conocerlas hubiera desarrollado mi tendencia y mi gusto por las soluciones expeditivas e irreflexivas, no habría llegado a armonizar jamás mis inclinaciones latentes, y mis potencialidades innatas habrían quedado estancadas. No creo que hubiese sido más feliz con una salud de hierro y una impulsividad desorbitada.

Si no me hubieran rechazado hasta dejarme en carne viva, seguramente no habría aprendido a aceptarme y definirme sin hacer concesiones; si no hubiera conocido el miedo y la persecución no habría aprendido a prescindir de la seguridad y a confiar; si no se hubiera hundido, una y otra vez, la continuidad de todo lo que amaba, no sabría amar ahora sin esperar nada a cambio.

Sin embargo el sufrimiento de los que quiero pone en causa al universo y me interpela como una puerta abierta al abismo, con un sentimiento de rebelión que me aniquila. Si alguien que amo implora vencido, roto, siento que podría arrasar con mi violencia el mundo entero, pero también siembra en mí esta piedad que sería inexistente sin su agonía.

Y no todo es un perfecto poema de una armonía magistral y, quizá, lo más terrible es que no necesita serlo para que la vida sea deseable: buscar en este inabarcable despropósito una causalidad inmediata, donde los buenos reciban premios y prebendas, y los malos queden lejos de la estufa, en el pelotón de los torpes, es querer reducir el mundo a una escuela con pedagogía de maestro troglodita.

¿Por que tiene que tener sentido morir, vivir, sufrir o gozar? ¿Por qué no puede ser un inmenso absurdo argumental, donde las peripecias no surjan siguiendo el hilo del relato? Todos pretenden encontrar la lógica interna del desaguisado general: el materialismo dialéctico trata de ofrecer un método cognoscitivo a vista de pájaro donde ninguna manifestación sea producto del azar. A vista de hormiga la psicología ofrece las bases para una interpretación sin fisuras del microcosmos personal, de una simplicidad conmovedora. Todo con tal de no aceptar que la vida no tiene sentido, no hay método que sirva para proporcionarlo o encontrarlo, y sin embargo es tan terrible como hermoso

nacer, encontrarse sin riendas ni brújula ni redes protectoras en este universo sobrecogedor, cara a cara con la gélida e inconmensurable belleza del indiferente destino, no marcado, apenas esbozado, por hacer.

Libro de Job. Desde la fe se acepta que es inaprehensible la existencia y no hay rebelión que trasgredí ni modifique su ley, y por encima del sentido de justicia elemental, está la creación interpelante que no admite sino asombro y aceptación.

El grito de Job, que no ve sentido al sufrimiento do los justos y cuando busca un motivo para merecerlo queda enfrentado a la arbitrariedad, es el equivalente del "¿Por que sufren los inocente?" que ha hecho ateos a los filósofos humanistas,

Job murió "colmado de días" y con un renovado amor a la vida. Yo no pido tanto; querría morir enferma de lucidez crónica incurable, segura de ignorar todo, pero incapaz de pactar con la ceguera, aunque no sea feliz.

Tiene algo mágico encontrar impresos aquellos poemas escritos con su caligrafía de estudiante de humanidades, que luego mecanografiaba lentamente, tachando una y otra vez.

La musa se siente profundamente ajena al producto, pero la memoria es selectiva y tiende a recordar aquel nudo en el plexo solar, aquella tristeza de losa, aquel deseo creciente de morirse para escapar de aquella sociedad limitada donde se sintió prisionera, rehén, y secuestrada con chantajes emocionales, que apelaron certeramente a esos difusos sentimientos de culpa que se concretan con el desdichado, el desposeído, ante Lázaro muerto... La musa, ahora ya sin ataduras morales, puede paladear con fruición de lectora, el ritmo, el vocablo justo, la frase y la resolución feliz del poema. La musa ahora puede establecer una relación tiernísima con el autor y sentirse conmovida y alegre si se encuentran, él charlando por los codos, despotricando contra el editor y el secretario general de su Ministerio, y ella ya no se siente responsable del terrible caos mental y la profunda tristeza de vivir que le asola a él y desolaba a la musa, poco dada a gemidos, de talante desdramatizador y absurdamente de acuerdo con la vida casi en todo, y ahora hasta le hace gracia que con lo grande que es... *Musa-musae*... ¡Admirable como cicatrizo!

La gata parió un gatito muerto esta mañana. Lo lame, intenta revivirlo, lo esconde, no sé dónde, lo trae y lo lleva de un lado para otro. Yo debería buscar el cadáver y tirarlo, pero no soporto la visión de un animal muerto y cierro a cal y canto la habitación de donde sale la gata, maullando.

Por primera vez desde hace un mes viene a acurrucarse en mí y tiene una expresión espantada y triste, que me trasmite. Todo el día siento el peso de mi debilidad de carácter como un crimen centra la gata, que no entendería esta repulsión ante los cadáveres y las muchedumbres.

Sebastián viene a última hora de la tarde, para darme nuevos apuntes y llevarse los ya mecanografiados. Remolonea como siempre, esperando la acostumbrada ración de comentarios cáusticos contra la psiquiatría y los psiquiatras. Muestra una neutralidad, una amabilidad tan respetuosa, que saca a flote todo mi sadismo y entonces toma ese aire victimario y desarbolado que me irrita aún más. Pero hoy, con el gatito muerto, la gata que solicita mimos y yo que me siento poco menos que una colilla, no me he sentido capaz de hostigarle. Me da instrucciones sobre el trabajo, con su voz monocorde, sentado, muy rígido. Sin transición empieza a hablar quedo, monótono, repitiendo dos veces algunas palabras. Lo escucho sin prestarle atención al principio, deseando que acabe de una vez y se vaya, hasta que sus palabras me ganan y me sorprendo escuchándolo conmovida. Ya no se trata de una confrontación excluyente, disimulada con conceptos, basada en dos formas antagónicas de entender la psiquiatría y la enfermedad mental, no hay excusas teóricas. Me habla del adolescente que fue, de sus sueños rotos, de su mujer y de su hija, de su profunda enajenación:

—"A veces he notado el eco lejano de quién soy realmente, pero normalmente soy una apariencia, un ser irreal, una institución viviente...Y sólo a veces, intuyo como sería si no tuviera tanto miedo a perderme. Yo soy muy cobarde, tengo un miedo atroz, paralizante, de ser quien no se espera que sea..."

Me mira a ráfagas, huyendo mi mirada al principio, y luego, conforme va hablando, se queda fijo, mirándome directamente a los ojos, con una expresión indescifrable que da miedo. Mis reservas mentales, mi coraza defensiva ceden, pero surge el miedo a herirlo con un gesto, una palabra, le siento frágil como un cristal. Habla esperando no sé qué fórmula mágica, salvadora, con una voz dulcísima, quebrada. Y le hablo como a un niño enfermo, trato de encontrar el tono que le trasmita mi ternura. No sé qué tonterías le digo, pero sólo importa como se lo diga. Ejerzo de taumaturga, pero la curación la ha efectuado él en mi coriácea intransigencia: sus lágrimas se deslizan por su rostro

mientras me mira fijamente a través del llanto, sin sacudidas, mansamente. Y yo sólo hubiera querido abrazarle, protegerlo con mi cuerpo.

En ese momento la gata trae su gatito muerto y lo deposita sobre los apuntes mecanografiados, sobre su currículo de brillante y prometedor estudioso de la psique humana, y yo me quedo con esa sensación de irrealidad brutal que dejan les vendavales. Ya no hay escapatoria, envuelvo al gato y lo bajo a las basuras comunales. Sebastián baja conmigo y se marcha: en su rostro hay una perplejidad hirsuta.

Cuando vuelvo, Popea salta a mis rodillas, mimosa y triste. Acaricio su pobre cuerpo maltrecho, queriendo que mis dedos sean una camada de gatitos vivos para ella, pero no lo son. Me pican los ojos y el alma de impotencia, y se instala en mí esa sensación de inutilidad total ante la realidad estragada del otro.

El infierno son les otros, incluidos los gatos.

No es posible ser líder de un grupo humano al que se desprecia, y no es posible respetar el papanatismo, el seguidismo ciego, que hace posible la existencia del líder, pero ¿ cómo se lo explico?

No es posible profundizar en ninguna ideología sin contrastar cada presupuesto , poner en solfa los dogmas, dudar de las premisas y las conclusiones, pero como líder tienes que petrificarte en las creencias, como si de dogmas de fe se tratara, o bien se perpetúa la escisión entre lo que se vive, le que se dice y lo que se opina: años cachondeándome de mis presupuestos, buscando el agujerito para hurgar con el dedo y hacerlo más grande, y simultáneamente, actuando como si se me fuera la vida en mantenerlos. ¡Catedrática en esquizofrenia!

Seguimos militando, pasado el primer entusiasmo, come aquellos que se tiraron de un quinto piso y al llegar a la mitad, siguen el camino emprendido, incluso faltándoles el convencimiento primero. Y se nota.

Agosto, 1981

No traga el humo, da caladas rápidas y espasmódicas de fumador novato. Gafas de miope prematuro, sin concesiones al buen gusto, gesticula con el énfasis desmañado de los quince años, bebe cerveza con ansiedad de futuro alcohólico y un gesto entre despectivo y cohibido que repele. Pontifica y subraya con una mueca sus afirmaciones. Escribe poesía, seguro, "car tout bourgeois, dans l'échauffement de sa jeunesse, ne fût ce

qu'un jour, une minute, s'est cru capable d'immenses passions, de hautes entreprises. Le plus médiocre libertin rêvé des sultanes; chaque notaire porte en soi, les débris d'un poète" y sus quince años transparentan un sórdido adulto, con sus servomecanismos bien engrasados.

Como a Miss Marple, los rostros desconocidos me remiten a otros rasgos conocidos y quedan computados por semejanzas con sus correspondientes características psíquicas. La pereza mental es eso, conocer por semejanzas con lo ya conocido. La actividad cognoscitiva es indagar en las diferencias, en las características desconocidas y que no se pueden catalogar.

Y llegaron con los niños, perfectamente conjuntados de gente "Telva"; los niños son de catalogo "Vogue" con el toque informal que da desear parecer originales.

En su casa tienen plantas como motivo ornamental y un reloj que da las horas. Ella "se realiza" en actividades artesanales: pintura, cerámica, papel maché, en fin, la evolución modernísima de de aquellos trabajos manuales con mucha pasamanería y mucho borde quemado de la "Sección femenina". Él es un padre moderno que se ocupa de sus hijos y de los quehaceres cotidianos, y les habla con voz meliflua y parsimonia de cura posconciliar. Esta noche apela al sentido común y a los derechos humanos para negar su permiso para que los locos bajitos, sin ninguna noción de lo que es la justicia elemental, arrasen con el mobiliario tapizado en "Liberty", llenen de cardenales mis espinillas y trasnochen...

Hablan conmigo sentados en el borde de los sillones, un tanto incómodos, tensos... Yo soy altamente perniciosa para su estabilidad psíquica, pero soy también su coartada de progresismo. Me miman perqué conmigo degustan ese escalofrío que da la trasgresión y se horrorizan encantados de que haya gente, como yo, que les proporcione unos minutos de charla suplementaria en las veladas en que salen a cenar con otros matrimonios, siempre faltos de temas, y pueden comentar que su amiga dice y su amiga hace...

Mi amiga me imagina ninfómana, un poco inclinada al aborto y a la eutanasia, pero piensa que en el fondo soy buena y que lo que a mi me hubiera gustado es tener un marido y nenes: una vida normal, pero que no he tenido suerte.

Juan sospecha y teme que sea lesbiana y encontrarse un día a su mujer seducida, y él hecho un cornudo con mi concurso; se inquieta por su "Dupont" de oro y me imagina quemando conventos hecha una miliciana, Pero cree que en el fondo no soy mala, sino víctima de mi soltería, que me ha condenado a la anomalía.

Los dos me llaman cariñosamente "la loca ésta" y se lanzan a eufemismos y circunloquios para llevarme su mensaje purificador. En realidad, yo creo que para sentir el morboso placer de ser escandalizados con mis respuestas.

Me sirven de modelo referencial para ver como evolucionaron mis amigos, y me fortalecen en mis opciones y convicciones, me vacuno con ellos de tontas nostalgias por lo que pudo ser y no fue. Viendo a sus retoños suspendo sine die, mi pertenencia a las reproductoras de mi especie, y me siente tiernamente conmovida con el ejemplo de aquel gran benefactor, llamado Heredes, tan injustamente olvidado.

Los veo una vez cada dos años y quizá, con mi falta de disponibilidad les obligue a participar en los intercambios de pareja o a practicar el amor en grupo, porque la verdad es que necesitan esta sensación de oler a azufre, jugarse el reino de los cielos y hacer un paréntesis en su hastío; pero no puedo prodigarme más.

Todavía no he terminado de desayunar cuando telefonea Murke. No soporta la idea de una infelicidad estándar, la suya es especialmente original y si no me apasiona explorarla es porque no he comprendido su particular fulgor y lo fascinante que puede ser la insatisfacción de un empleado modélico en lucha con las ordenanzas laborales. El teléfono me transmite su programa de vida en común, consistente en ser la apasionada espectadora de su lucha por un horario flexible, variación en los menús de la cantina, reconocimiento de su labor —siendo yo la oreja confidente y servicio auxiliar en la contienda, sazonando su vida con una asistencia abnegada y mi dulzura— "Porque tú, aparte de ser una mujer (*sic*), sabes lo que es dejarse el pellejo por cambiar el mundo y puedes comprenderme...”

—El mundo sí. Murke, pero no las ordenanzas laborales...

Ni ironías ni sutilezas. Murke sigue muy serio:

—No, esa experiencia concreta quizás no la tienes, pero...

A estas alturas de la mañana mi invectiva elocuentísima, digna de Salmerón, con el veneno dialéctico que da una mala noche y el dolor de muelas, va a través de los kilómetros y de las fronteras a la velocidad del sonido, para llegar certeramente a sus oídos. He supuesto erróneamente haber arrasado con sus pretensiones, con su orgullo y su superego, hasta que me contesta:

—Ya hablaremos de esto en otra ocasión, que esta mañana no sé que te pasa...

Me imagino que lo habrá atribuido a los imponderables que afectan especialmente al

género femenino, a ese vaivén hormonal que nos hace ser adorablemente opacas algunos días del mes, porque a no ser por desajustes orgánicos» ¿cómo no salto de gozo y de orgullo al saberme elegida por él?

Don Antonio: A mí me pasa lo contrario, yo vivo en guerra con los hombres y en paz con mis entrañas. Hasta que firmo el armisticio, tengo en cuenta opiniones ajenas y he de echarme la bronca.

Y de mi terca decisión de apartarme conmigo, me saca Sofía a empellones, con su perentoria necesidad de narrarse sin dejar cabo suelto donde mi imaginación pueda solazarse. No parece, es la reencarnación de Simone de Beauvoir con su misma vida interior de rumiante, pero lo peor es que me toma a mí por Jean Paul Sartre. Supongo que soy sensible al sufrimiento ajeno, siempre y cuando su manifestación no erice mi sensibilidad: un cierto pudor, una gran contención, un ápice de mesura y una narrativa desdramatizadora me conmueven hasta la médula. Pero —¡ay!— cuando la pena se desata, los lamentos sobrepasan los decibelios estipulados para una conversación normal y el impudor dramático gana terreno, me quedo fría, irritada, insolidaria, me convierto en una espectadora que querría estar a mil kilómetros, y del mismo modo disminuye mi interés por la peripecia psíquica, el vericueto mental, las obsesiones ajenas, las vueltas de noria, la ecolalia, la monomanía temática...

Y es que mi solidaridad no es una cuestión ética y moral; pasa necesariamente por la estética en el sentido más extenso de la palabra, ¿Cómo se pretende que me interese un drama humano, si me lo cuentan con profusión de grititos, ademanes melodramáticos y una total impudicia? ¿Como me va a interesar la peripecia de quién sufre ruidosamente con riesgo de despertar a los vecinos? ¿Cómo me va a parecer digna de solidaridad una causa si su adalid es un engendro gesticulante? Por mucho que se empeñe el raciocinio en encontrar razones éticas, mi sensibilidad se resiste al desmelene enfático.

La cotidianidad es un valor en alza constante en mi vida; detrás de todas las zambullidas y los saltos en el vacío, detrás de la escalada con el abismo a mis espaldas, están les gestos cotidianos, como una inmensa red para la armonía interna. La ducha y su ritual escalofrío, el desayune con su conjuro reconciliador con el nuevo día, la ordenación asimétrica de mi entorno, las mágicas proporciones de les ingredientes de cocina, la charla intrascendente y nunca fútil con mis amigos, las páginas de un libro, la tarde y su acostumbrada bajada de tensión, la soledad poblada de murmullos, el grifo que gotea, el

trabajo que agota y no embrutece, el rito de la cena y las cafeteras, ese retazo de noche que robo al sueño y me ofrezco envuelto en el silencio, los ratos en que escribo, tomando el último café de la jornada… Lo demás, lo extraordinario, el sabor del riesgo y la tensión son contrapuntos que valoro por igual, pero no más que la alquimia del potaje o el lavado cotidiano de la vajilla.

Pronto vendrá un paréntesis y la interiorización, y los proyectos personales quedarán en suspenso, como si no existiera la dubitativa buscadora del quinto pie del gato, la acción toma el relevo. ¡Cualquiera sabe cuál es la síntesis de mis desdoblamientos!

El muchacho de los ojos garzos tiene curare en el alma y embadurna con él sus flechas de amor. Aún es un crío y tiene miedo de esa terrorífica revelación que es encontrarse aterido, sin nada que ofrecer y acechando calor humano. El chiquillo de los ojos tristes se querría todopoderoso y es un necesitado, se querría decisivo y lo constituye la aceptación que recibe, se querría libre y puro y está atado y depende de todos; se querría enamorado y tiene un muro de contención que lo aprisiona, se querría imprescindible y se encuentra de más. Cuando lo aman no percibe amor, sino un reproche por su falta de afecto, cuando lo observan no ve interés, sino un juzgado de guardia en cada ojo. Y cuando nadie le ve, nadie lo mira, nadie lo ama, descubre que no es nadie y que es atroz sentirse carente hasta ese punto. Por eso nunca perdonará la fortaleza y la ternura que le ayudan a vivir: es demasiado joven y demasiado vulnerable para descubrir que la gratitud puede ser lo mejor de uno, y se siente humillado y desbordado. Nadie puede impedirlo, tendrá que llegar por su propio pie y su propia zozobra.

Mis tiernos faranduleros juegan con el equívoco, el intercambio de papeles, la desdramatización de lo trascendente y la dramatización de lo contingente, y se suben en zancos, lanzan fuego, distorsionan el rostro y se transforman. Apenas reconozco bajo el disfraz a la Bailarina, la Muerte, el Bandolero, la Vieja, Don Quijote… Nunca nos reconocemos con los disfraces y eso es quizás lo que nos mantiene misteriosamente unidos a nuestra máscara. El teatro es una extrapolación de la gran mascarada íntima con la que nos relacionamos.

La Muerte es un chiquillo insoportable que no ha tenido tiempo de vivir. La Tonta es una preciosa criatura con toda la sabiduría del mundo. La Bailarina sólo sabe danzar en la cuerda floja emocional y a veces resbala. Don Quijote es inseguro y mordaz consigo mismo. Detrás del espectáculo, la farsa, y más allá los chiquillos pugnando por romper el

cascarón. Los veo alejarse triste y temerosa, no sé por qué.

Me dan miedo los seres de una pieza, me fascinan los hombres y mujeres a medias, me duelen rotos y me desasosiegan cuando ya están de vuelta de todo. Esta noche, no sé por qué, siento una infinita piedad por mis criaturas, que es siempre el poso último que me producen sus "hombradas", sus infantilismos y las naderías con las que intentan amueblarse la vida. Y la vida es demasiado corta para traicionase y reconciliarse después con uno mismo. Tendrán que equivocarse solos.

Los vecinos se comunican a voces, intermitentemente se repiten ordenes perentorias dirigidas a les niños, que se acusan mutuamente, y cada cierto tiempo estallan en llantos, y los gritos de la madre redoblan. Al cabe de media hora empiezo a estar segura de algo: si les cayera encima la bomba de neutrones, no sería yo quien condenara a Reagan. Al mediodía llegan los hombres del trabajo y el mogollón se adereza con sus veces destempladas y gran profusión de blasfemias escatológicas.

Entre estas gentes las constantes son la falta de memoria o el gusto exacerbado por la repetición, la pobreza temática y la sordera,

Cuando menos me lo espero ponen la radio en una emisora insoportable, a todo volumen, y ya mi desprecio se convierte en absoluta intolerancia. Quizá podría pasar por alto ese extraño gusto por el color fucsia, la intemperancia en los decibelios, la falta de armonía familiar, pero la música... Ahí sale mi espíritu nazi y los envío en mis sueños al campo de exterminio.

Pero después la tarde cae, la ciudad queda a unos kilómetros, Júpiter aparece en el horizonte entre tonos añil-violáceos y todo está en su sitio; el cielo arriba, la tierra abajo, mi bicicleta al lado, y yo enmedio.

¿Es posible que alguien haya podido reivindicar a Tolstoi desde el anarquismo pacifista?

Si no hubiera existido Sonia, León Tolstoi no se hubiera sentido investido de autoridad divina para llevar a cabo sus planes de pobreza y total despojamiento de placeres. Lo habría hecho, se habría arrepentido inmediatamente y habría cambiado de opinión. Con Sonia tuvo la excusa para decir que era por ella por lo que no se despojaba de todo.

Cuando la guerra de sexos se puede enmascarar con la lucha ideológica, se corre el peligro de que se agudicen las convicciones, ya que parecen ser idóneas para fustigar. Toda idea que se afirma en contra, esconde una violencia más radical y menos confesable, pero ésa es la cara oculta de la rebeldía. La lucidez consiste en aceptarlo así. y pienso en León Tolstoi, confrontándose desde presupuestos ideológicos con Sonia, en una guerra conyugal cuya pacificación es la relación erótica, fuente de conflictos. A través de los diarios de Tolstoi es evidente su profunda incapacidad para aceptar su dependencia psíquico-afectiva, y en Sonia, una decidida voluntad de poder, inconfesada, que se manifiesta en observaciones, no siempre carentes de fundamento, ridiculizando las ideas de su marido.

Como Manolo y su mujer. Mi pobre desguazado, grotesco, y contradictorio Manolo, que me ha demostrado que hay quien sólo saca su "mejor yo" cuando tiene un sargento que no le deja decidir, mientras que cuando nota un mínimo de afecto y aceptación, saca al fascista que todos llevamos dentro. Tengo que reconocer que mi autoritarismo ha sido una veleidad incoercible y M. fue conmigo una tiernísima criatura, ya que no le di margen para que dejara de ser un subordinado, cosa que luego me deja mal sabor de boca, porque es insoslayablemente "mi peor yo". Si alguien tiene la nefasta capacidad de potenciar mi fascismo caracterial me curo scon una cortés huída: es una medida que no resuelve mi contradicción, pero al menos no la agudiza.

En cualquier momento alguien puede catalizar con su dogmatismo y autoritarismo mi decidida respuesta, y suele ser alguien con el típico perfil del agresivo, autoritario, machista, con una buena dosis de crueldad mental. Ya sea escudándome en una suerte de Quijote visceral, ya sea por principios ideológicos, me dedico a fustigarlo hasta que descubre esa necesidad oculta de ser sometido que tiene todo fascista, machista, militarista, o simple imbécil partidario de la mano dura. Y entonces hago una muesca en mi lista de batallas ganadas y empiezo a establecer barricadas que me defiendan del sadismo que se recrea en las victimas.

Terrible esto de vivir con una fascista en la barriga y una libertaria en el alma. Ante un enemigo claramente diferenciado surge una fría determinación excluyente, y olvido pejigueras mentales, deja de importarme todo, salvo mi objetivo y mi seguridad, toma el relevo la vieja zorra, que afortunadamente nunca se mezcla en mis asuntos particulares y le faltan todas las referencias emocionales que a mí me incordian. Y eso, quizá, me salva de la desconfianza, de la actitud defensiva indiferenciada, de la paranoia… Amada vieja

zorra, que no se filtra en mis impulsos solidarios primarios, mi apacibilidad, y no me deja al margen del error y del riesgo en mi afectividad por cautelas extemporáneas.

La pared recién pintada se desconcha. Se diría que una virulenta lepra la corroe. Lo celebro con una tarde de asueto y mañana a ver quién es más recalcitrante en sus propósitos, la pared o yo...

La pared.

La paternidad es una experiencia, no una vivencia, La maternidad es una vivencia alienante, que supedita a la mujer al hecho biológico que la condena.

Le agradezco a mi madre que me haya parido, pero todavía le agradezco más que sea sincera y diga que si volviera atrás, no nacería ninguno de sus hijos, porque sólo hornos representado renuncias, frustración y cadenas. Si dejarme nacer me hizo vivir, decirme que no soy deseable en mi condición de hija, me permite crecer y ser con independencia de todos los criterios restrictivos emocionales.

Ser un error de cálculo es un dato que obliga a la gratuidad y me define en relación conmigo misma, al margen de la funcionalidad que se me pida.

Mi centro de gravedad soy yo y no pido responsabilidades a nadie de mis propios asuntos, y esa es mi libertad, saber que soy prescindible. Mi vida es contingente y aunque se vea modificada por los demás, sólo yo tomo la decisión de usarla y perderla. Si por el mero hecho de existir fui un eslabón para encadenar a mi madre, no es asunto mío, sino de mi madre que decidió asumir el papel que se le impuso. Mi relación con tal evento es tan circunstancial como irrelevante es el modo de ser que yo tenga para cambiar el hecho evidente de ser un obstáculo objetivo para ella.

Siento por mi madre la infinita piedad que me provoca cualquier criatura desarbolada; siento una tibia ternura por sus tobillos hinchados, su sonrisa torcida y su pelo eternamente despeinado, que he heredado, pero creo que no hay fuerza humana que me haga sentirme deudora o sentirla decisiva en mi biografía, que nos unió en el momento del parto, sin contar conmigo. Si crecí con ella, también es verdad que crecí a pesar de ella y me definí al margen de sus intentos de domesticación. Cuando el psicoanalista loco decía que yo parecía ser hija de un entorno familiar distinto al mío, había extrañeza en su afirmación. Pero quizás no es tan obvio como el psicoanálisis

quiere creer, y nos definimos también en relación a acontecimientos y gentes que ni siquiera formaron parte de nuestro inmediato entorno. Pero todo nos constituye, hay hechos, situaciones, personas que privilegiemos sin que podamos elegirlas o descartarlas de antemano, que sólo apreciaremos con una distancia de años. Vistas con mis ojos de niña, las putas, mis vecinas, eran mujeres reidoras, arbitrariamente afectuosas conmigo, que me sentaban en sus rodillas para limpiarme el llanto y las heridas cuando aterrizaba. Mi madre y las mujeres decentes, eran vociferantes y temibles, y antes de curarme y limpiarme las lágrimas, me atizaban un azotazo y me reñían. Hoy me siguen gustando más las putas que las mujeres como Dios manda, aunque por inteligencia y misantropía prefiera no producir más placer que el que pueda compartir, pero no me son tan ajenas como esas mujeres "decentes", que pasean ante mis narices sus rictus de hastío y una tétrica jeta patibularia, capaz de darme arcadas, que constituyen el mejor manifiesto contra la familia, el orden y el status quo. Son feas y sus maridos también y eso es imperdonable e insoslayable en mi sistema de valores. Si la virtud deja esa expresión, prefiero que no se me acerque.

Y paradójicamente la alegría de las juergas me produce una exasperación insoportable, y en general, creo que es más aburrido el "pecado" que los versos de Terrín. Me sería imposible perderme en el vicio, ni siquiera encontrándome en estado de ebriedad, yo, que no bebo: no me imagino llevando una vida por imperativos ajenos a mi espíritu lúdico y lo que más me divierte en el mundo es ser la gamberra extemporánea que soy, solitaria y solidaria, animal sano un tanto incongruente para el resto, montar en bicicleta y leer a Simenon, cuando no cotilleo con los amigos.

Hay otra forma de nihilismo, que se acoge al derecho de asilo de las ideas libertarias, pero no las reivindica, sino que las encarna superando su ideología, la superestructura, farallón de prescripciones que no privilegiamos escondiendo fidelidades que son parte de nuestra más honda realidad,

Cuando no se tiene un destino, las estrellas no han anunciado con una explosión galáctica nuestro nacimiento y no hay futuro que ensalce y subraye con su trascendencia nuestro presente periclitable y fútil, cuando no hay un mundo mejor ni un proyecto más importante que este presente renovable e intranscendental, la vida concreta y el individuo adquieren todo su brillo y su relieve ante nuestros ojos, quizás demasiado empañados, anegados por la pátina que deja la búsqueda de lo conocido, lo ya sabido —seguridades y certezas que apuntalan y no dejan crecer— y el otro, lo ajeno, es un

colirio que aclara la mirada.

La negativa a esperar otro universo, otra ciudad, otro trabajo, otra realidad humana nos despoja de ese futurismo milenario, que no nos sirve desde esta asunción del caos como forma organizativa válida del sinsentido radical. Entonces, el caos, la gratuidad, lo absurdo pueden ser amados, asumidos sin angustias —último síntoma de una esperanza basada en la huida de la realidad— y sólo entonces se acepta desde lo más radical que siendo innecesarios y prescindibles, no seamos intercambiables, y lo poco de terriblemente humano que tiene el ser humano, adquiere todo su valor, nos es infinitamente precioso y es capaz de despertar un apasionado amor sin barreras de utilidad.

Pero para amarlo así es necesario haber desechado toda idea mesiánica sobre el hombre y su función; para aceptar el mundo desde la activa receptividad de quien no espera tapar huecos, hay que bucear en sus abismos; para asumir la vida desde los brazos abiertos y la ausencia de cadenas es necesario saberse inmersos en sus imponderables y su aterrador arcano, vulnerables e inermes.

Asumo que vivir y morir no tiene ninguna trascendencia y ninguna importancia, que este inasible instante que vivo, mi presente, es mi única certeza, que yo soy la medida de todas las cosas y sólo puedo ser contingente en una tierra de nadie, que no me pertenecerá jamás; que en mis relaciones profundas no hay código común y no podemos aprehenderlo en un discurso lógico, que mi amor no podrá cambiar —ni siquiera en parte — según proyectes previos, porque los demás lo constituyen; que mi verdad es aleatoria y mi visión del mundo sólo es un intento burdo de aproximación, y nada de lo que soy está garantizado en el tiempo con un certificado de permanencia y, precisamente por eso amo esta parcela de vida que arriendo a la eternidad.

Partiendo de estas ideas, —premisas verbalizadas que quizás sólo traduzcan una determinada interacción celular, biográfica y hormonal— no me puede afectar qué traje me pondré el domingo, la última pirueta ideológica o el enemigo que prepara sus vacaciones; pero me capacitan para vivir "como si" realmente me importara, con la ventaja de que un fracaso es algo irrelevante. De hecho he lavado y planchado mi pantalón con todo cuidado; la última en ideologías me ha proporcionado una hora de apasionada polémica con el café, y mi enemigo no es el único que hace proyectos sobre su futuro, pero nada de eso me importa radicalmente, es un juego donde puede perder y volver a empezar con la misma decisión obcecada de alcanzar el triunfo. Pinto la casa con una seriedad asnal, se desconcha la pared, analizo el problema como si se tratara de un

misterio turbador y vuelvo a empezar, intentando engañar al muro, y si vuelve a ocurrir, vuelvo a empezar con variadas gamas de sentimientos para acompañar el suceso. Escogí mi profesión de chacha porque me gustaba encontrar que mis actos no servían de nada y cada día tenía la misma tarea acumulada, recordándome el sinsentido de mis afanes. Entonces fue cuando empecé a descubrir lo apasionante que es hacer algo o no hacer nada. La lucha épica pierde su carga mística con estos presupuestes para convertirse en un juego peligroso donde el riesgo y la sequedad en la garganta, el corazón que se desboca y ese sudor apenas tibio importan sobre la utilidad última y el fin que se persigue , ajena a otra embriaguez que no sea la del presente. Pero el nihilista moderno suele ser un creyente vergonzante y yo soy una nihilista sin vergüenza de formar parte de un mundo que niego en su proyección trascendental.

Agosto, 1981

Me enorgullece saber que cuando Genaro encuentra un muro, apela a nuestra vieja amistad; todavía me sorprende que entre tantos gestos milenaristas, fin de siglo, exija de mí una solidaridad estipulada sin condiciones; me caldea el corazón saber que sigue erguido cuando ha descubierto que tiene un precio, que no es muy alto, y que incluso le pueden pagar con un cheque sin fondos, pero también me inquieta porque él no es un apátrida, no es un lobo solitario, no es una fiera al acecho y no tiene pueblo, no tiene tribu y se encuentra acorralado.

Extraña asociación y como capital social, mi disponibilidad sin peros para una empresa que me importa tres veces nada, porque, simplemente, lo que me importa por encima de todas las consideraciones es este pacto íntimo, conmigo misma, que estipula que no le fallaré, nunca lo dejaré solo si me necesita. Y siempre esta zozobra por su seguridad, sintiéndome no obstante, ajena a su devenir, incapaz de pesar en sus decisiones, temerosa de llegar a hacerlo porque no quiero ser responsable de lo que le ocurra.

Durante mucho tiempo me olvido de que existe, pero cuando se encuentra malparado y tiene un candado en la sonrisa, descubro cuánto necesito saber que puede sonreír y ser un vividor, con todas las tablas que da tener la muerte cerca y la vida en los brazos. Sin embargo sé que a la inversa no ocurre y tampoco trato de comprobarlo, porque no me gustaría que mi seguridad dependiera de un gesto suyo, porque temo sus crueldades por omisión o por delegación, y esta sensación persiste y se afianza con cada uno de mis hombres,

Todos me dijeron —primero con gratitud y luego como reproche— "Tú has cambiado mi vida", porque, qué le vamos a hacer, la lucidez no es una característica muy extendida y creen haber cambiado cuando no podrían cambiar ni de horario sin hundirse. Genaro además está seguro de ello y no me perdona mi falta de aplausos. Pero yo sé que no hubo tal influencia —apenas un resquebrajamiento en su antiguo caparazón, que estaba a punto para dejar paso al nuevo, pudo acelerarse conmigo — y luego, ante el resultado, una virulenta reacción de odio enmascarado contra mí, que no se ha confesado ni a sí mismo, dónde yo represento lo que le acusa y le cuestiona cuando se siente mal en su propio pellejo, que aún le viene grande. Y es lógico: proyectada la autocrítica en una persona ajena, se pueden organizar defensas y contraataques con más efectividad, y de paso, se puede volver al arrullo seguro de las admiradoras incondicionales, que son más seguras.

Porque, no nos engañemos, el peor y más fuerte rival de mis hombres ha sido mi soledad —y mi deseo de seguir estando sola —pero mi rival de siempre, la eterna vencedora fue la seguridad. Y les comprendo, desde su propia conveniencia, aplaudo la elección y me retiro al desván de las amistades incondicionales. Ellos a mí jamás me perdonarán que les haya revelado su profunda pusilanimidad. El agravante es mi retirada con el espíritu de "lo importante fue participar", una sonrisa y una cálida sensación de bienestar conmigo misma, que nadie puede darme o quitarme, es mía: puedo perderla, darla, olvidarla por propia voluntad, pero nadie puede disponer de mi sonrisa ni de mis ganas de vivir, , y eso resulta imperdonable, lo sé, y significa tener en ellos enemigos que se saben vulnerables para el ataque frontal, pero no me extrañaría que cedieran a la tentación de un ataque por emisión o descuido. Y saberlo no me desasosiega: la generosidad en el vencedor es fácil, en el que sufre la derrota es realmente imposible.

Ante esa honorable dama, llamada Seguridad, mi eterna rival, tengo que admitir que dejo el ring orgullosa de encontrar una contrincante que me supera con creces; no es cualquier congénere con el pelo mejor peinado y el culo más bonico —aunque no suele faltar—, la que arrebata a mis hombres: es Madame Seguridad y sólo se puede admirar su elección... y volver la espalda deseando que nadie pueda jamás quitarme el gusto por la cuerda floja, la total aceptación de que puedo perderlo todo, incluido el afecto, la amistad y la ternura que he podido despertar. Yo sé que mis amores y mis odios van siempre conmigo y no intento ponerlos de acuerdo con los sentimientos que produzca.

"No tiene que ver conmigo" parezco pensar cuando el amigo de ayer decide pasarse al enemigo y atacar, porque en mi interior sigue siendo ese conmovedor inconsecuente

que conocí, y sigo deseando que, por encima de todo, sea feliz o crea serlo, que viene a ser lo mismo, aunque por falta de masoquismo, me ponga a buen recaudo y no les proporcione armas con las que aniquilarme.

La generosidad y la benevolencia, definitivamente, son prerrogativas del vencedor.

Creo que nunca llegaré a comprender íntegramente a nadie. Permanece en mí, por encima de todos mis intentos de saber qué tienen en las tripas del alma, esta profunda extrañeza, ya consustancial en mí. Cualquier reacción, cualquier acto, incluso en quien me parece más sencillo y vulgar, me sume en el estupor. Hay momentos en que duerme abotargada mi sensación de extrañeza, pero de pronto una frase, una expresión, un gesto me conmociona por su falta de referencias a mi propio universo, a mi lógica esencial y tengo que sumergirme en mi papel de espectadora solidaria con el absurdo, simpatizar irracionalmente con el ser humano concreto sin ninguna razón que me sirva. Las premisas básicas de los otros me resultan tan incomprensibles como las matemáticas puras. Cuando alguien habla de amor filial, celos, exclusividad relacional, sentimiento de pertenencia a un clan, ambiciones sociales, deseos de ser comprendido o afición a la estética vanguardista, me siento tan outsider como si me hablaran de la necesidad perentoria de instituir el contagio de las payuelas locas como rito de iniciación a la vida adulta.

¿Amor filial? Soy hija de un error de cálculo de varias generaciones de tarados. ¿Celos? Me gustaría que todos amaran a quien amo. ¿Exclusividad relacional? Cada relación que nos individualiza no excluye ni descarta la anterior ni la próxima, a no ser que esterilice y arrase totalmente. ¿Pertenencia a un clan? Líbreme Dios de mis correligionarios, que de los adversarios ya me cuido yo. ¿Comprensión? ¿Para qué? Prefiero que me estimulen y que activen mi capacidad cognoscitiva. ¿Ambiciones sociales? Querría ser una presencia indemostrable en el censo, pasar sin ser vista ni oída por aquellos a quien no amo individualmente.

¿De qué hablarán cuando aseveran sobre esto o aquello? Sólo por aproximaciones, abstrayendo, los entiendo. ¿Les pasará a ellos también y, como yo, fingen no extrañarse?

Madrid

Mi cerebro es una computadora mientras estrecho su mano, digo banalidades, solicito un café-con-hielo-por-favor y echo una ojeada circular a una elegante y anodina cafetería.

Lleva sortijas, transpira, deja los cigarrillos a medio —el camarero nos cambia varias veces el cenicero— sonríe con los labios y sus ojos permanecen serios, fijos, tiene arrugas diminutas en la comisura de la boca, sus manos son lisas y gordezuelas, lleva pañuelo de bolsillo, a juego con la corbata, carraspea cuando escucha, impaciente, habla rápido y no termina las frases, lleva un olorosísimo perfume de caballero muy caro, bebe sin despegar los labios, mordiendo el vaso, lleva un encendedor electrónico y cerillas, el traje está arrugado en las mangas y les bajos del pantalón tienen diminutas manchas de tierra seca, la camisa, demasiado entallada, tiene unas iniciales bordadas que no coinciden con el nombre que me ha dado, le tiemblan las aletas de la nariz y sorbe —buen presupuesto de cocaína—, y cuando lo miro fijamente desvía la mirada

Deduzco: es un arribista angustiado par la vida que lleva, con una ansiedad que trata de dominar y enmascara con actividad, es vulnerable al desprecio y a la crítica, su sensualidad es infantil, le gustan las mujeres maternales que le dicen “pobrecito”, no tiene noción alguna de la lealtad y desconfía de quien apela a ella. Trata de ajustarse a les convencionalismos sociales sin ninguna convicción y no lo consigue, y eso es algo que le desazona profundamente. No tiene capacidad de escucha y su debilidad es sorprender hablando, cree conocer a la gente y se impacienta si le rompen sus esquemas previos, es de una gran rapidez mental no verbal, piensa con imágenes y analogías. Se siente culpable de su sexualidad, debe de tener una mala opinión de sí mismo a través de su historial amoroso, y por lo tanto, de todas las mujeres, se siente seguro sólo si observa rasgos de "muchacho" en su interlocutora, —mi especialidad— y se siente inseguro si no "posee": eso le lleva a acumular insaciablemente. Tiene aerofagia, sus digestiones son pesadas, le gusta caminar y sin embargo, permanece demasiado tiempo sentado en su despacho, pero no es sistemático en el trabajo y sabe que no rinde tanto como pretende hacer creer...

Actúo en consecuencia sin que tenga que esforzarme demasiado, porque le gusta pensar que está en lo cierto en sus apreciaciones y eso me facilita la labor: está convencido de que soy inocua, me deslumbra el dinero y el lujo, hay que explicarme todo con mucho detalle para que me entere, no me muevo en su medio y me sorprende un tipo como él y, además, nunca me han dicho que tengo los ojos benitos.

Al final tengo la sensación de haber representado una tragicomedia que he ensayado a fondo toda mi vida. ¡Qué parecidos son todos les hombres que se singularizan por lo que hacen y adquieren! Nos despedimos con gran cordialidad y en un ademán incontrolado tira el vaso al estrecharme la mano. Lo dejo encantado, al borde de una declaración de amistad eterna, que no digerirá en mucho tiempo

En el taxi sorprendo al conductor con una carcajada homérica. La venganza es un plato que se come frío, pero yo lo degusto también hirviendo. Me abre el apetito este deporte donde ningún podio acogerá mi victoria.

No puedo dormir. Tengo un estado anfetamínico que me impide conciliar el sueño: la memoria me viene a ráfagas, como diapositivas de otra vida, ajena a mí, pero me reconozco a través del tiempo y la distancia.

A veces me hubiera gustado permanecer hasta haber aprehendido el hilo conductor que dirige una biografía ajena a la mía, pero esta noche siento la necesidad de no compartir mi camino, que se bifurca y se ramifica sin solución de continuidad y sólo yo puedo alternativamente ser yo y mil yoes sin romperme. ¿Quién podría acompañarme más de un tramo? ¿Quién podría detenerse conmigo en más de una encrucijada?...

Hace frío en la estación a estas horas. Me mira sonriente y adivino su zozobra. Le doy los consejos de rigor: —"Cuídate, no bebas demasiado, duerme al menos y lee algo divertido para variar". Y dice: —"Si, si, no te preocupes, ya me cuido; pero cuídate tú también y escríbeme." Y nos quedamos mirándonos, sin nada más que añadir. Entonces me revuelve el pelo: —"Cada día tienes el peinado más borde" y se marcha sin volver la cabeza. En otro tiempo me hubiera insinuado con irritación la necesidad de ir a la peluquería.

Un día vino exultante. Había cenado en un restaurante de lujo

—"Camareros por todos lados. Bebes vino y te vuelven a llenar la copa inmediatamente..."

—Ya sé como es. He servido algunas cenas así.

—"Pero no es lo mismo."

Y estaba profundamente irritado con mi confusión entre servir una cena y que te la sirvan.

Poco a poco le vi adherirse más y más a los signos que le hacían sentirse alguien y dejar de lado otros signos cómplices, y me fui eclipsando, tomando la precaución de dejarle mis coordenadas para que pudiera localizarme cuando quisiera, pero estaba demasiado ocupado. A veces nos veíamos entre dos citas, llegaba tarde y salía corriendo

a la próxima con retraso. Su novísimo reloj de oro no parecía muy útil, pero era evidente que, en líneas generales, se sentía maravillosamente bien estrenando prepotencia y seguridad, aunque sus ojeras profundas de antes se hicieren bolsas y un rictus de hastío adornara su sonrisa cada vez más breve,

En su agenda, llena de direcciones de VIP's fue acumulando mis sucesivos teléfonos, direcciones, ciudades, por encima de les rumbos diferentes, sin soslayar su impaciencia por mis manías vestimentarias y mi forma de vivir.

—"¿No quieres comprarte algo de ropa? ¡Es más cómodo tener algo para cambiarte y no esperar a que se seque!"

Yo seguí mandándole mis postales con nuevos domicilios y mis "sé feliz" sin reservas, con el nudo en la garganta de quien ve agonizar a un hermoso ejemplar de ser humano para convertirse en un hombre de éxito, sabiendo que no podría evitarlo y que tampoco querría impedirlo.

Al cabo de los años mi viejo amigo, mi dulcísimo tránsfuga, vuelve de su travesía con una sonrisa amarga y el corazón helado.

—Tú eres la única que nunca me fallas.

—Yo soy muy recalcitrante con mis amores y mis odios.

— ¡Y con tu descuido vestimentario!

Y ahora ya no se irrita. Sonríe como ante las reliquias de un pasado que le reconcilian consigo mismo. Es el único que ha vuelto para contar como es el éxito. Prefiero un buen campo de concentración, pero no dejo traslucir mis sentimientos –tampoco ahora— sobre aquellos cambios. Y esta vez también le dejo la dirección, que apunta en una agenda nueva.

— Aquí sólo tengo las direcciones de amigos —me dice— y desde hace dos meses no logro encontrar el momento de estrenarla, parece mentira...

Y por pudor me lanzo a llamar al camarero, le pregunto si quiere hielo o leche con el café, y que qué barbaridad lo de la neumonía atípica esa...

Tengo ganas de abrazarlo y llorar mansamente por aquellos que fuimos y, sin embargo, hablamos como dos adolescentes llenos de zozobra.

lMi ciudad

“Medea” con las magníficas dotes interpretativas de Nuria Espert. Sólo ella ha podido

hacerme vibrar ante esta tragedia y hacérmela intensamente veraz.

La tragedia es que Medea vive la venganza como una pasión que se le impone —toda pasión es una neurosis obsesiva— y por lo tanto le falla su instinto de conservación y ha de perecer.

La venganza como placer tenue y sostenido; el vengador como un gato satisfecho que aniquila al ratón porque juega con él hasta que lo extenúa; la victima, como excurso en el hilo conductor de la narración personal y no como vector; el enemigo como reto que no acucia ni obliga a actuar de forma compulsiva, simplemente porque se le conoce y se asume su idiosincrasia —mi enemigo y yo tenemos códigos, sistemas referenciales comunes en lo más radical de cada uno— por lo tanto, si le golpeo no creo eliminar la causa del desacuerdo, ni siquiera las consecuencias. Simplemente jugamos al ratón y al gato, y a veces se intercambian les papeles, pero siempre el ratón hace más divertido el juego intentando escaparse. No se ha inventado ningún combate que iguale la emoción de dos individuos midiéndose con todas las artimañas —el toreo es un espectáculo para matarifes encubiertos, sádicos frustrados y pusilánimes—; una confrontación entre dos inteligencias que se crecen ante el peligro, participando activamente, tiene la belleza de las obras de arte; es una experiencia que muy pocos tienen.

Toda venganza con estas premisas, deja el sabor de ceniza que remite al *potlach*, al gasto por el gasto, a lo no rentable: es el antiahorro, porque se sabe inútil. Dentro de la arbitrariedad última de todos mis actos, éste me permite percibirlo como tal desde el mismo memento en que vivo el cosquilleo del placer anticipado.

Medea es un personaje patético, abocado a la tragedia, porque cifra su razón de ser en la venganza. Y la venganza sólo puede ser el sazonador que relativice todo logro.

Hay que desdramatizar siempre, todo, y sobre todo hay que desdramatizar los actos innecesarios. Lo necesario, le ineludible es dramático, de acuerdo, pero hay muy pocos actos realmente necesarios en nuestra vida, quizás incluso menos de los que creo.

Después de varios días sin escribir, ensimismada y sintiéndome tan plena que creo asistir a una época privilegiada de mi vida, me encarga Sofía un trabajo sobre el divorcio que sea una crítica radical a la ley que se avecina. Mañana hay un foro nacional de feministas en Madrid y lo quieren presentar como trabajo elaborado por el grupo de aquí, que no saben hacer entre todas ni una o con un canuto.

Riéndome de antemano, escribo durante toda la noche, para que se pueda llevárselo,

y a las siete, sin dormir, me ducho y me voy corriendo a currar. Queda así:

El matrimonio fue instituido en remotas épocas por enemigos acérrimos de las relaciones lúdicas y constructivas intersexuales.

El matrimonio en la actualidad puede ser laico —con o sin ceremonia civil—, y religioso —con o sin ceremonia eclesiástica— según el misticismo de los contrayentes. En cualquier caso viene a ser lo mismo: una mujer y un hombre —con evidente falta de lucidez— deciden que son mutuamente necesarios para ser felices y se unen.

Hay animales que no pueden vivir con autonomía de otros: se trata de los parásitos, que succionan y se alimentan de las substancias más idóneas de otros animales. En gran parte de las parejas se da este mismo fenómeno: uno de los dos llena su inconmensurable vacío existencial con los actos, gestos, dichos, miradas y deseos del otro. El dador se encuentra preso en una relación simbiótica, donde a cambio recibe la embriagadora sensación de ser necesario, imprescindible, decisivo en la vida y la existencia de otra persona, degustando así esa sensación prohibida al ser humano ("Y seréis como dioses") porque, hete aquí que, como los dioses tiene poder sobre la vida y la existencia de alguien que lo ha elegido para transformar, decidir su destino, y compartir intimidades harto escatológicas.

La experiencia demuestra que la pulga necesita al perro para vivir, pero cualquier perro que se deje le sirve. El error del perro sería creer que es él y no otro. Eso explica que haya parejas que se neurotizan durante un tiempo que a cualquiera le parecería eterno, adónde uno succiona la vitalidad y la alegría del otro —que se deja con alguna que otra pataleta — sin que parezca verse el final de su disponibilidad .Es el amor neurótico, en contraposición del "amour fou". Es mejor quedarse al margen o te pringan con sus cuitas y cuando se separan salpican.

Otro tipo de pareja muy parecida a la anterior es la de "soy-débil-pretéjeme". El débil se afirma por su incapacidad para pedir con suficiente brío, enmedio del tumulto, un vaso de agua al camarero, por no saber cómo rellenar un formulario, abrir la puerta del coche o con quién debe ir y de quien se tiene que fiar, qué tiene que contestarle a su padre cuando se extralimita, qué modelo de tocadiscos ha de comprarse, dónde venden las entradas para ver a Sabina... El sabelotodo o fuerte se realiza resolviendo cada una de las dificultades del otro, al parecer insolubles, y extrae un sentimiento desproporcionado de prepotencia, de eficacia. A la larga suele desembocar en una euforia crispación que generaliza frente al mundo. Es ese tipo de gente que con voz engolada y mirándote desde

la cima de su sabiduría y de su superioridad te dice: "El Quijote, que lo escribió Cervantes" y espera que puntúes con una exclamación admirativa su excelsa perspicacia, cosa que nadie, salvo su débil particular, hace. Lo que le empuja a frecuentarla con más asiduidad a su pareja, que sí que sabe apreciar sus dotes. Este tipo de pareja suele ser eterna, a ellos no les hace falta el divorcio, salvo en el caso en que el débil deje de hacer el chorras y deje la pereza mental, porque entonces todo se va al carajo.

*Pero hay parejas que se apartan de estos modelos: son las que se componen de dos contendientes, que están juntos a ver quien puede más y cualquier motivo es bueno para establecer la competición. Las reglas del juego suelen ser inaccesibles para el resto de los mortales: resistencia psíquica, incoercibles deseos de camorra y como paréntesis un polvo con cardenales y arañazos, con el que marcan el final del “round", pero no del combate. No se aconseja intentar mediar o apaciguar parque se suele salir escaldado y vituperado por las dos partes. Sólo los dos elementos de la pareja podrá poner fin a la espiral de destrucción y ¡ay de quien se atreva a intentarlo lleno de buenas intenciones! Son parejas droga y crean hábito.

*En el otro extremo están los misántropos románticos, esos para los que el mundo es un terreno minado, que desconfían de la amistad y de la bondad natural de la gente, de la hermosura que hay alrededor y se descubren en la marabunta como dos náufragos. Los lazos que les unen son la injusta maldad y la profunda crueldad de las que son victimas. Cuando los veáis hablar quedo, con las manos cogidas, mirándose a los ojos enternecidos, no interrumpáis: se están contando penas. Y cualquier cosa es una pena para ellos; el café se lo han servido frío, Mari les ha saludado mirando “como si” o se les ha descosido el bajo del pantalón. Se sienten víctimas con la misma fruición con que otra gente se siente concejal y con la misma base se dedican a sentirse llamados a más altos destinos que el resto. Si han sido alfabetizados, corremos además el peligro de que nos lean unos poemas horribles que hay que comentar diciendo "qué-gran-sensibilidad-tienes" porque no hay por donde cogerlos. Es mejor quedarse lejos porque, además, para sus calenturientos cerebros puedes ser parte de la universal conjura que existe contra ellos y contra su amor.

*Pero la verdadera mezcla explosiva es la del elemento expansivo-reflexivo con reflexivo-introvertido. El uno cumple funciones de "starlette" y el otro de espectador; uno es bolo alimenticio y el otro estómago rumiante. Las tempestades explícitas tienen al elemento pasivo para subrayar la fogosidad expansiva del otro. El reflexivo-introvertido tiende a neutralizarse, adquiriendo con el tiempo una serenidad próxima al nirvana mientras que el expansivo-extrovertido llega a adquirir modos y maneras de divo ante la prensa, reforzado e imbuido de su papel de portavoz. Su separación puede dar al traste

con un dificilísimo equilibrio interdependiente.

Variación sobre el tema representa la pareja formada por un hermano bastardo del mesías, dispuesto a catequizar y postular sobre prácticamente cualquier tema, con la insólita pretensión de elevar a categoría general cualquier acto. Su complementario suele ser un elemento provisto de un sentido común a toda prueba, que minimiza inmisericorde toda tentativa adoctrinadora. La lucha se establece con carácter épico-ético-trascendental por un quítame-allá-ese-cenicero o quién-puso-aquí-el-martillo-que-no-es-su-sitio, con eruditas alusiones a los significados ideológicos, porque , querámoslo o no, al hermano bastardo del mesías le resulta peco menos que imposible, vivir su vulgaridad sin hacerla formar parte de una cosmogonía interrelacionada con su monotemática —que suele ser la política y la psicología— y al complementario le suelo resultar toda generalización teórica una burda maniobra de despiste, si no una manera como otra cualquiera de no llamar al, pan, pan y al vino, vino. Pueden hacerse viejos intentando que cambie el otro, sin dar su brazo a torcer.

En cuanto a las posibles variaciones, sen infinitas; cada pareja tiene rasgos de todas y es la proporción la que varía.

Por todo lo que antecede, el divorcio como institución necesaria es un hecho que nadie razonable puede objetar; ahora bien, no se aconseja como remedio general porque cada individuo que no este ocupado es un elemento perturbador en la comunidad, ya que, carente de su complementario busca apaños temporales en las orejas complacientes de sus amigos. Además un divorcio e separación, sólo abre un interregno hasta la próxima unión, variante aproximada de la anterior, porque "a decir verdad, no sabemos renunciar a nada, sólo sabemos cambiar una cosa por otra, y lo que parece renuncia, sólo es en realidad una formación sustitutiva” que dijo Herr Freud.

Agradecemos la aportación de sujetos de estudio a la cafetería California, Bar Circus, Bodegas Solera, Universitée de Vincennes, Charter Madrid-Londres-Madrid, fin de semana, al Carrer Tuset, Discoteca Bocaccio. Bar Libertad-8, invitaciones a café en casa de los amigos, a RENFE., al auto-stop, y a nuestros señoritos, que nos hicieron testigos de su intimidad, sin cuya existencia como centros de relación y desarrollo conceptual no habría sido posible este trabajo.

Asimismo agradecemos a los monógamos sucesivos, su falta de contención en la exposición y narración de las miserias vividas en pareja, y sobre todo a nuestras madres que con una dieta rica en fósforo —sardinas—, y sus desvelos y cuidados nos han permitido experimentar, gracias al grado de resistencia adquirido, todas y cada una de

estas parejas, pudiendo obtener así valiosísimo material de primera mano, en una sociología de campo que hemos intentado sea divulgativa y no exhaustiva, en beneficio de nuestros lectores.

Mañana llega Murke con Quintín.

Setiembre, 1981

Murke se estrella contra el muro de mi falta de funcionalidad (aunque estaba avisado) y reacciona con profusión de quejas, reproches e intentos de chantaje emocional. Ante este aluvión culpabilizador, me erijo en juez y verdugo, tomo a la victima por reo y me niego a caer en la tentación de sentir la más mínima piedad que signifique plegarme a sus deseos. Y me digo que jamás nadie logrará que me traicione para no hacerle daño; que jamás me haré cómplice de mi propia destrucción en aras de los parásitos de mi vitalidad; que es una triste gracia ser capaz de sentimientos generosos y positivos y tener que sacar esta crueldad arrasadora porque pretenden no poder vivir sin mi disponibilidad. Yo no puedo llenar vacíos existenciales, que han cavado a fuerza de traicionarse una y mil veces, para descubrir un buen día que necesitan mi plenitud para adornar ese despoblado interior y sentirse vivos. ¡Que se suiciden sin pensárselo más!

Quintín, se desdobla en elemento vengador de Murke y aspirante a mis favores. Me reprocha mi crueldad y me niego al psicodrama con una brevísima declaración de principios: si fuera buena según sus presupuestos sería para conmigo mi peor enemigo, y no es el caso. Los dejo en conciliábulo dónde me imagino que se decidirá que no hay ser más nefasto y dañino que yo, nadie más digno de exterminio, y como consecuencia, a la próxima congénere que de deje, le pasarán factura. Me recluyo en mi despacho a escribir una carta. A la hora me traen un café y pastelitos, que dejan en mi mesa de trabajo y salen de puntillas. No hay término medio con estas criaturas: subordinados o sádicos, Y yo, que puedo amar apasionadamente a mi igual, me encuentro llena de desprecio por el oponente que trata de utilizarme, llena de frialdad y más allá de cualquier componenda, porque no puedo perdonarles que extraigan de mí mi peor yo.

Mi rostro responde al maremagnum tensándose, y se agudiza, anguloso, recordando al águila, animal superdepredador, incapaz de piedad

Quintín, hombre que ha llegado, semi self made-man, que degusta su triunfo profesional y económico con una acritud y una sordidez cotidianas, dignas de Dovstoiewski, ha sido durante tres dias mi huésped y mi sparring.

Cementa con aire de superioridad que él no podría vivir en una casa sin obras de arte, un baño con agua caliente y sales aromáticas, y un comedor con cubertería de plata... Le interrumpo con mi mejor sonrisa:

—"Eso le suele ocurrir a quien teme volver a la miseria de donde salió pagando con su alma. Se te nota que eres un arribista y un advenedizo entre la burguesía, precisamente por ese miedo."

Y enrojece, se trabuca, farfulla, él que puede ser elocuente y ajustado en su oratoria si se trata de humillar a un camarero o vapulear a uno de sus subordinados de Radio Nacional. Quintín, convencido de su categoría social y de su originalidad, no se explica que una don nadie se atreva a ponerle en causa y me pide cuentas por mi falta de funcionalidad como anfitriona:

—"Apenas te veo; estás todo el día trabajando o dando paseos con la bicicleta. No sé que tontera me ha entrado contigo, porque ni siquiera eres guapa ni te sabes arreglar. ¡Y si te crees que lo arreglas con tus sonrisas... me sacan de quicio!"

Y con ese talante que hizo que Cristo utilizara las parábolas para no dejar resquicio a la duda, le cuento que las personas somos como cromos, cuando llega uno que está repetido y es fácil, lo pones en el montón sin hacer caso, porque sólo sirve para cambiarlo en el caso de que algún coleccionista empiece de nuevas y no lo tenga. La atención se ofrece al cromo raro, al que llena un hueco largo tiempo vacío.

— "Y tú, Quintín eres de esos hombres igual a otros muchos. No tienes más signo distintivo que las generales de la ley."

Cuando se marcha, en la estación, tiene la sonrisa derrengada y el orgullo a la altura del zapato.

Sigo pintando la casa, rascando la pintura de los cristales, acondicionándola, feliz y agotada. Sólo enturbia mi serenidad Murke, aceptado como amigo, que no se resigna a no ser el único en mis afectos y mi disponibilidad. Pero sentirme insustituible, según

pretende hacerme creer, escapa a mis posibilidades y no me parece una panacea, porque percibo con toda nitidez que se trata de amor propio herido, y su empeño en reanudar nuestra relación —ya imposible— sólo se basa en su necesidad de remontarse en su autoestima. No digo que sea un motivo peor que otro, pero realmente me siento al margen de toda veleidad que me lleve a constituirme como trofeo. El espectáculo de su depresión no es tampoco idóneo para que despilfarre mi benevolencia con él. Antes el doler de un amigo me hubiera tenido a su merced; ahora qué hastió me provocan los que sufren por mi causa...

En este momento me gustaría caminar contigo, mirar con tus ojos el paisaje, seguir la dirección de tu mirada y descubrir un verdor inusitado, un cielo con nubes nómadas, las lágrimas de una gaviota y esa sensación de mundo recién hecho que proporciona caminar a tu paso. Ahora quisiera que esta serenidad temblorosa que me sobrecoge sintiendo que existes, toda esta ternura que conocí contigo, se multiplicara para ti.

Cuando me reconcilio conmigo, cuando vuelvo a mi condición de casi ser humano, me llega tu recuerdo come una cascada y toda mi parte de fiera acorralada se diluye, cede y queda esta mansedumbre aceptante y gozosa, y me descubre zonas de una mujer que no quisiera que nadie conociera, que debe quedar secreta y exclusivamente unida a ti y sólo contigo surge, ríe, mira, habla y es.

Hoy me gustaría feriarte un carromato muy viejo, caminos sin asfalto, mi dulce guarina, para que en la noche las estrellas se posen en tu mirada de carbón mineral y miel, se enreden en tu pelo y jueguen con tu sonrisa, "que vale más que toda mi alegría." Porque fue hermoso descubrir mi belleza a través de la tuya.

Me gusta como está quedando mi cubil, me gusta esta sensación de isla accesible, y me gusta saber que no le gusta a quienes tienen la idea de que decorar es rellenar el vacío con cosas, en vez de realzarlo. No hay ni un cuadro, ni un póster, ni un adorno: nada.

Murke se va el viernes. Piensa que soy monstruosa, que mi crueldad es digna del fusilamiento, que no amo a nadie y hace una extensa descripción pseudo-psicológica de mi patología: incapacidad de amar, rigidez, frialdad, dureza por miedos neuróticos a ser abandonada, odio a los hombres, no asumo el papel femenino en una relación intersexual...

Bromeo: —"No te calientes los sesos; yo es que tengo sensibilidad de vaca…"

—"¡Lo que no tienes es ninguna sensibilidad!"— me contesta rabioso.

Y realmente me da igual lo que piense, que se crea un mártir o que baile una sardana. Me da absolutamente igual, pero ¿por que me tiene que pasar esto a mí? ¿Por qué no a esa vecina que berrea a pleno pulmón o al Padre Prior de los Escolapios? No me meto con nadie —cuando no me sale la vena agresiva y sádica—, me gustan pequeños y manejables, que no me lloren y que digan "no" lo menos posible, ¿Por qué a mí? Estoy segura, sin falsa humildad, que otras mujeres están más capacitadas que yo para jurar fidelidad eterna y el contigo-pan-y-cebolla, detestándolos cordialmente el resto de sus vidas. ¿Por qué no vienen en mi ayuda esas adorables congéneres, librándome de mi condición de madre putativa de estos muchachos enfermos de monomanía filial incestuosa?

Este día de soledad, al fin, me ha distendido y esta noche me arropo otra vez en la ternura; no necesito confrontarme desde la crispación y la impotencia. Tomo café con Diana en silencio, con el ritual intrascendente y reposante del mantel, las tostadas de mermelada de fresa, donde importa más la estética que la función de los objetos, y siento gratitud por esta solidaridad interparroquial que me gasto, selectiva, exigente y estimulante, donde escasamente entran una docena de personas y cada una es única y sagrada.

Barcelona

No se ha entregado. Ha preferido morir. No esperaba piedad y no ha dejado margen a sus enemigos. Hoy he visto los tejados por donde intentó escapar, aún desnudo, apenas despierto y ya atrozmente lúcido. Ahora empieza la leyenda y se olvida tu mirada dolorida, tu soledad no escogida que soportabas tan mal, las prudencias elementales cotidianas, que ya formaban parte de ti, tu miedo, que vencías con argucias; las noches canceladas antes del alba, con su sucesión de pesadillas —cualquier ruido podía provocar ese nudo en el estomago y el terror helado— Y olvidarán tus manos condenadas a la impotencia de los puños cerrados.

Estás muerto y algo de mí, casi olvidado, renace con tu muerte.

Son las cinco de la madrugada cuando llego a casa. La luna llena ilumina la ciudad inmóvil, silente y solitaria. Escucho mis propias pisadas y paladeo este placer tenue del paseo nocturno. Sólo algún borracho de vuelta a casa, se cruza en mi camino, y el coche

de la policía pasa dos veces para apercibirme detenidamente. No es muy tranquilizador, parece ser, ver caminar a una mujer sin prisas a estas horas de la madrugada, quizás por eso van armados. Debe de ser horrible vivir con ese miedo.

Mi ciudad, 1981

Esta mañana he visto a mi viejo profesor de Matemáticas, que me hizo odiarlas con su arbitrariedad. Ahora solicita unos minutos de conversación con frenética cordialidad a cualquiera que se preste. Me he negado a estrechar su mano y eludí su saludo. Pregunta por qué a mis allegados; no se lo explica. Y yo tampoco. No fue nadie importante para mí, no me hizo especialmente mella y sin embargo, no puedo aceptar su actual interés. Si bien no siento encono contra él, cuando muera dentro de poco, diré "uno menos" y pensaré en otra cosa, y lo olvidaré para siempre como a tantos otros personajes de mi pasado. Hubiera podido ser nefasto si yo no estuviera hecha a prueba de miserables, pero en verdad no le he dado la mano y no he fingido que no ha pasado nada por puro cansancio: estoy harta de los cretinos que no he de saludar y no es cuestión de empezar a darles los buenos días.

Por el contrario, recuerdo con gratitud a mi profesor de Dibujo, que fue ecléctico, crítico y exigente conmigo. Fue el anverso que pude vivir en mi breve paso por las aulas de aquel Instituto que dejé con alegría y no he vuelto a pisar. Don Vicente me dejaba hacer las láminas del programa a mi aire y dedicarme el resto de la clase a dibujar del natural o mirar por la ventana en paz, o escribir aquellos poemas malísimos de mi adolescencia. No era un buen profesor, pero no era un sádico y eso ya era mucho entre aquel batallón de frustrados, mediocres, insatisfechos profesores de Instituto. En este siniestro gremio, cualquier rasgo humano adquiere relieve y toma gigantescas proporciones: aún me azoro y me emociono cuando lo veo.

Otra excepción fue la profesora de Ciencias Naturales, tímida, delgadita y muy dulce, que no trató de aplastar mi imaginación desbordada para ceñirme al libro de texto, y me animó para que completara aquellas paupérrimas lecciones con datos extraídos de la Biblioteca Pública, la Enciclopedia y las revistas especializadas.

Si bien no fueron más allá de la permisividad, en aquella época atroz eso era un regalo inolvidable y cuentan con mi gratitud, que crece y se fortalece con el tiempo. Quizás hubiera podido pasar sin ellos, pero embellecieren aquel desierto intimo y lo poblaron del único atisbo de solidaridad que recuerdo. En este momento puedo aguantar

a pie firme todas las traiciones y los ataques, pero entonces fue tan importante contar con aquellos gestos aislados de simpatía que ni siquiera me eran dirigidos...

Nos encontramos al fin, callejeamos un rato, robándole tiempo al tiempo, pero compartiendo algo más que un paréntesis entre dos ausencias. No quiero saber qué será de nosotros porque ya lo acepto de antemano, sea lo que sea. Para mi es muy fácil, toda mi trayectoria me ha preparado para que el presente sea ya un lujo y el calor humano algo que se vive sin hacer proyectos. Pensar en el mañana no tenía sentido porque no era compatible la esperanza con la lucidez, y tuve que elegir entre sentir la ausencia de los míos como una amputación, y la añoranza como gangrena o convocarlos con la serenidad de quien no espera nada. Durante años tuve que optar entre el afecto y mi existencia, entre mis sentimientos y mi continuidad, y siempre escogí por instinto de conservación la ternura intransitiva, imposible de compartir. Y como premisa, busqué la soledad, porque un secreto entre dos, no es un secreto y no se debe dejar la propia seguridad en manos de nadie y sobre todo, no se debe dejar en manos de quien se ama.

Mi paciencia de árabe me llego viviendo así, pensando que cada día podría ser el último. O quizás todo esté concatenado y yo no podría ser de otra manera ni tener otra biografía.

Y a veces, es verdad, la tristeza me hace un nudo, me siento en carne viva y soy un puro ay, pero no quiero ungüentos ni placebos, quiero esa parte de mí integra; nadie debe desviar el curso del dolor, nadie debe interponerse entre el sufrimiento y yo, porque esta parcela de tiempo que no me pertenece, este presente que quizás no tenga prorroga, es mi única certeza y quiero vivirlo sin compartir la responsabilidad con nadie.

No, yo no echo de menos dolorosamente a nadie. Tampoco a ti: te conmemoro gozosamente, porque por el mero hecho de existir ya eres parte de una realidad que no creí conocer. No sé si es bueno o malo, pero no sabría amar de otra manera, no sabría vivir de otro modo.

Nadie lo ha entendido. Chocolate, nadie. Yo que odio los toros y no soporto la violencia como espectadora pasiva, sé que has escogido una muerte limpia, consecuente con tu trayectoria de barriobajero enamorado del riesgo, del acto gratuito, y lo de ponerte descamisado delante del toro fue una más de tus andanadas a la muerte, viviendo fuerte. Ahora olvidan tus desplantes a la Guardia Civil, a pecho descubierto, olvidan que jugabas a la gallina ciega en les andamios y que te emborrachaba el peligro y

te drogabas con un reto tras otro, y se preguntan por qué.

No me dio pena tu muerte, Chocolate. He mirado sin parpadear tu desplante, te he visto avanzar erguido y parsimonioso hacia tu destino —yo tan poco fatalista creo que escogido. Por un instante miraste alrededor y luego "Sospechoso"... No cerré los ojos, aunque no puedo ver ni una pelea a puñetazos en el cine sin apartar la vista, aunque los cadáveres sangrantes me han hecho vegetariana, no cerré los ojos: un rito ancestral, cruel y bello como tu cuerpo, algo aterradoramente humano se estaba consumando ante mis ojos.

Nadie lo ha entendido, Chocolate, pero obscuramente lo barruntan y por eso tratan de echarle la culpa a alguien. Pero nadie pudo impedirlo y nadie debió intentarlo. Aceptaste el riesgo y en cada reto escogiste la muerte que deseabas hasta encontrarla. En cualquier día, el último instante en mi agonía, con mi muerte escogida, pensare en ti, bellísimo, casi desnudo e inerme y te brindaré mi ternura de barriobajera enamorada del riesgo y de los actos gratuitos. Porque a nosotros nos puede pillar el toro, pero a los prudentes, a los tibios, comparsas maquinales, que comían todos les dias de pequeños, no conocieren el código de honor del perseguido y amaron tibiamente su vida y sus zapatos, a ellos, los matará el cáncer o un parkinson o una pila de años. A nosotros nos pilla el toro cualquier día que saltamos la tapia y vamos hacia la muerte sin pagar entrada. Nuestra vida no nos la quitarán: la tiraremos, la regalaremos o la perderemos como nos dé la gana, y esa es la diferencia del barriobajero con el burgués...

Sara trata de encontrar su lugar de privilegio en contra mía y mi zumba se va convirtiendo en una irritación sorda, que puede ser impasibilidad a ratos, y otros es distancia, pero no me resuelvo a ser agresiva con ella. Es mi par, si no intenta medirse conmigo; si quiere establecer diferencias a su favor abriré la veda. Y todavía no he dejado a nadie su arrogancia intacta; sólo he otorgado mi apasionado respeto a quien no ha tratado de imponérmelo.

No debería querer encontrarme disminuida y humillada, mi adorable Sara, porque soy demasiado orgullosa y no sé rehuir eternamente el momento en que, rigurosa y despiadadamente hago de la afrenta una espuela y, desapasionada y fríamente, me convierto en la mensajera de la ira. Y quien se halló conmigo de frente sabe que puedo ser arrasadora. Me gustaría tanto ser quienes somos, sin competitividad, porque me gusta como es, arbitraria, tierna vergonzante, que sé vulnerable y digna de todo el amor del mundo, de toda la tibieza del sol y la penumbra misteriosa de la luna llena. No quiero que

me obligue a hacer un paréntesis con mi ternura, dejarla en el desván de les trastos inútiles...

Se lo hago saber con mi voz más persuasiva, desprovista de aristas, casi susurrante... Pero es demasiado joven y demasiado necia; no sé si servirá de algo.

Ana, ojos oscuros y grandes, que estrena su cuerpo de mujer con esa resignación de siglos, se prueba el pantalón de pana, que le viene largo, y a ella le gustaría tener una radio de pilas y un vestido de volantes, pero le impongo mi utilitarismo: —"Hará frío por las mañanas y la escarcha es traidora, hiela las rodillas y las viñas, con sus pámpanos rezumantes te dejarán tiesa"—le digo. Pero no se gusta con el pantalón. Ella se ve en una noche cálida, bailando alrededor de la hoguera con los pies descalzos, con un vestido de faralaes que se engarza y se enreda en la danza, mientras los gitanas palmean y dicen gravemente:—"Es guapa y baila bien".

Ana tiene el fatalismo del piel roja y con sus doce años habla de la muerte, que puede venir y llevársela antes de encentrar novio. Y cuando dice eso hay un deje de tristeza casi premonitoria. "Y nunca se sabe que es mejor, porque si me sale malo..."

Ana quiere aprender a leer y echar cuentas para que no la engañen los payos, pero el resto le da igual, todo lo que ocurre alrededor está escrito para ella en su destino y no se apartaría de él por nada del mundo. Es mujer y gitana, tiene doce años y ya es tan vieja como su hermana, viuda a los veinte años, que no se volverá he a casar, porque así lo dice la ley de su raza.

Si yo le transmitiera mi visión del mundo ella, mi pobre Ana se quedaría rota y desarbolada en su tribu y ahí es donde ha de vivir. Por ese sonrío y no hablo cuando ella, con su media lengua, me cuenta lo raras que son algunas payas, que no se avergüenzan de que su hombre limpie y salen a divertirse con sus amigas, solas, y qué raros los payos, que no las muelen a palos...

Sigo con mi ataque de analfabetismo. No hay quien me entienda, a veces leo incansablemente, me pierdo en la letra impresa, vivo en una isla interior donde ruedan seis o siete librotes y, como ahora, ni el periódico. Siempre me falta hacer la síntesis.

Si la amistad no fuera sagrada para mí, sería de una ingratitud monstruosa, porque cada persona que he amado me constituye de manera indeleble, y me ha descubierto un

universo emocional que exploro gracias a ellas; sé que una parte de mi no existiría si no la hubieran ayudado a nacer, sé que el mundo no se explica ni me concierne desde una única perspectiva. En ésta zambullida íntersubjetiva que es la amistad se pierden alambradas egotistas, el superego pierde contornos y virulencia: la aceptación del "otro", con su periplo intransferible y su alteridad, es la premisa para la propia identidad, esta tierra de nadie donde no hay terreno que disputar, ni siquiera compartir, porque simplemente no nos pertenece. La amistad es este aniquilamiento saludable y fértil de las máscaras, las barreras cotizables y la utilización, donde ni la distancia ni la ausencia, impiden vivir con plenitud esta inaccesible realidad que compartimos muy pocas veces en la vida, en muy raras ocasiones, con contadas personas, donde se halla la libertad en toda su plenitud,

El encono, la ira, el antagonismo y el odio son mi esclavitud y mi presidio, pero sé también que no surgen indiferenciadamente, sino que son la respuesta ante quienes tratan de rentabilizar mi ternura y mi generosidad. Me son necesarios para defenderme y defender mis únicos bienes contra quienes sólo pueden usar mal y con mezquindad lo que de mí vale la pena, pero no me gusta odiar, no me gusta tener una fiera acorralada en mi pellejo y no perdonaré jamás a quien me obligue a ser despiadada y cruel.

Noche en blanco entre un mundo que dormita, el tac-tac de la máquina de escribir y los apuntes del psiquiatra.

Como siempre que me encuentro con una estéril definición sentenciadora, donde el hombre sufriente se convierte en una denominación genérica de enfermedad —a ser posible en griego o latín, que al ser lenguas muertas dan una idea más embalsamada de la realidad— cuando de ser sujeto activo se convierte en agente pasivo, recipiente de síntomas, recuerdo aquella imprecación de la sirvienta contra las gentes de la ciudad, que no comprenden nada, en la novela de Mann,"Doctor Faustus”

Porque comprender suele ser exactamente lo contrario de un acercamiento intelectual dónde se intente definir y delimitar la naturaleza del otro. Comprender significa, la mayor parte de las veces, una confesión de ignorancia e incapacidad para aprehender la realidad ajena, como algo inconmensurable e inaccesible, que se acepta al margen del raciocinio, en un impulso cordial sin condiciones. La premisa es amar sin histrionismos, sin patetismo y sin vacuidad. Recurrir a la psiquiatría para comprender, es la demostración de esa profunda carencia, ese pecado capital donde toda la humanidad participa como reo y verdugo, alternativa y simultáneamente,

Amar hasta comprender, remite a una nostalgia indescifrable que nos sugiere abismos y no delimita nuestro vértigo, que es, como nosotros, una pasión vana que no conduce a nada. Pero saberlo impide buscar caninos intermedios y erróneos, aunque jueguen a dejar de ser especulativos y se pretendan científicos. Yo supongo que el siglo que termina será el final de esta superchería que inició Freud y continuaron los fenicios siguientes.

No extraer de la lucidez un sentimiento de superioridad; sólo me sirve para ser como los demás con el recochineo de "yo-sé-que-esto-es-una-guarrada-y-vosotros-ni-es-dais-cuenta-que-lista-soy."

Hoy necesito mimos. Y me acuno, me arropo, me cuento historias divertidas con tesoros y piratas, me llevo a la cama y me digo un dulcísimo: "Buenas noches". Soy una cría de siete años, cuidada por una mujer muy vieja, que relativiza el incidente y disimula la risa ante la criatura en cuestión, pero está deseando que se duerma para hacerse un café y escribir dos o tres cartas pendientes, pasar apuntes a máquina e hincarle el diente a Simenon...

No está mal esto de mis ciclotimias, entre tanta complacencia y autocomplacencia; viene bien de vez en cuando esta fragilidad emocional: es como tener una hija tonta incorporada y una madre amantísima que vela por ella en mi cerebro. Racionalmente percibo el lado jocoso y me digo que con mi complexión y mi anatomía no me va nada este aire desvaído y es grotesco andar de hipersensible por la vida. No es serio.

Después de cuarenta horas de vigilia, duermo dieciséis horas de un tirón. El día es soleado y ventoso, hasta que llega un aguacero, le lava la cara a la llanura y me deja hecha una sopa. Los colores se convierten en una infinita gama de sienas y ocres en cuestión de minutos, bajo un cielo plomizo. El frío me enrojece la nariz y me llena los ojos de lágrimas. Cuando vuelvo a mi cubil, tengo que ducharme y cambiarme enteramente. Entro en calor con un café hirviendo y en el silencio y la penumbra, pongo la radio. Suena la "Marcha turca", de Mozart en el concierto de la tarde. No cambiaría mi vida por la de nadie; aunque nadie cambiaría la suya por la mía, estoy segura.

Nos interrumpíamos unos a otros para aportar la idea que destrozaría los pilares de la reacción; alzábamos la voz para apagar el inicuo murmullo de los revisionistas. Si Dios

no estaba muerto, nosotros lo finiquitábamos con una frase; Althuser leía a Marx, nosotros lo releíamos; los sesentayochistas —como Antígona— querían todo y enseguida: nosotros lo teníamos y éramos tan radicales que lo tirábamos al basurero de la Historia; si en la Sorbona proponían matar al policía que está en nuestra cabeza, nosotros le habíamos conmutado la pena de muerte, tras juicio sumarísimo, magnánimos con el vencido y, mientras, Cesar parpadeaba con un aire indescifrable. Nadie, nunca, fue capaz de contarnos qué afección en las cuerdas vocales, qué promesa terrible, qué secreto le confió Morfeo que explicara su mutismo. Todo sondeo en ese sentido se topó con su mirada, tal vez heredada de algún ancestro de Ho-Chi-Ming, quien sabe si adquirida directamente en sus meditaciones zen. Cesar parpadeaba como supremo desmelene enfático. Y si bien cada cual sabía que era mejor ignorar lo que podría ser crucial en un interrogatorio de la Brigada Político-Social, ante el misterio de aquella voz ignota, a todos nos vencía la curiosidad, e intentábamos franquear las puertas del arcano. Si con aviesa intención le preguntábamos la hora, Cesar, entrenado en no se sabe qué escuela de guerrillas, desactivaba la trampa: tendía su muñeca y ponía ante nuestros ojos el reloj.

Mucho después, en un piso lleno de archivadores, recortes de periódicos, rumores altamente secretos, y conjuras contra la Tricontinental, tuvo a espías, con fondo sonoro del teclear frenético de las máquinas de escribir y un equipo donde el más normal parecía directamente salido de una novela de Gabriel Veraldi, al fondo, a mano derecha, surgió la insólita visión de una mujer recostada en un sillón, con las piernas apoyadas en otro sillón, que leía un novelón decimonónico, ajena completamente a las intrigas urdidas por los enemigos, al margen de las ultimas cifras de producción de zafra en Cuba —que acallaría la infame campaña de los gusanos—, escapándose al control de los espías de poderosísima potencia y con aire de posar para la histeria en su improvisada "chaise longue" cual Madame Recamier, que solazase su espíritu en las desatadas pasiones de un autor ruso prolijo. Apenas se dignó obsequiarme una mirada y volvió a su lectura. Yo la observé a hurtadillas para extraer posibles datos que iluminaran con prístina luz aquella casa y sus moradores, adonde había ido, enviada por Genaro, gran amigo mío, pero mucho más amigo de urgencias que encargar –para luego olvidar por mor de otras ideas más espeluznantes— por lo que una se ha encontrado en diferentes destinos obteniendo informaciones, supuestamente “a vida o muerte”. Días después no recordaría para qué asunto las precisaba y siendo así, se le olvidaría hasta de avisarme para que lo dejara, pero ésta es otra historia y no es este el momento de contarla. Estaba yo con la mujer lectora, recostada, y encuadrándola en aquella decoración, decidí que era "la femme", que

está detrás de toda historia turbia como elemento decisivo. Deduje que utilizaría filtros y bebedizos para lograr sus propósitos, ya que era evidente que no mostraba excesivo entusiasmo por otro ejercicio físico que la cocina, y ya se sabe que algo hay que moverse para ser el cerebro de una red. ¡Ni para ir a coger el teléfono se movía! Deduje, pues, que era en su aposento donde recibía informes de alta instancia, cuando traspasó con su mirada marina, un punto hastiada, a Adolfo, el archivero mayor, que vino a comunicarle la inminente caída del gabinete ministerial... (como todos los dias a esas horas, según pude saber con el tiempo). Más tarde tuve la sospecha, si no la certidumbre, de que no lo había escuchado ni lo había visto, porque al rato me preguntó si Adolfo había vuelto de comer, porque le quería medir la sisa del jersey...y el archivero mayor no había cesado de entrar y salir con revelaciones que debían cambiar la faz del mundo, según se desprendía de su actitud de conjurado, dispuesto a pagar con su vida las noticias que publicaría esa misma semana en Editorial Petazotes.

La vigilé más de cerca y a los pocos dias la sorprendí cantando un aria de opera, mientras se gestaba en la máquina de escribir la ruina de una multinacional americana; la vi atracarse con "Pá-tomaca-amb-pernil", mientras se destapaba el asesinato del presidente de la Federación de Judo a la salida de Somosaguas, a manos de la mafia marbellí; y con singular parsimonia se maquilló mientras los jeques del petróleo estaban a punto de firmar un pacto secreto con Gadafi; hubo un intento de derrocar a Pinochet mientras hacía un sofrito a fuego muy lento para un hígado en salsa.

Nunca me había encontrado con nadie tan dispuesta a secundar con entusiasmo cualquier iniciativa que no tuviera nada que ver con el trabajo, fuera el que fuera, así es que desistí en mi investigación y nos dedicamos a ser inseparables: literatura, música, merendolas, cotilleos, contubernios, recetas de cocina, compras, maquillajes mientras hacíamos la revisión mordaz de los conocidos, crítica de modas y platos preparados con toda la prosopopeya que requiere la cocina elevada a la categoría de Arte Culinario, visitas a las pastelerías y veladas haciendo punto y haciendo trizas la intangibilidad de nuestros ídolos. De ahí surgió nuestra leyenda como mujeres temibles entre los archiveros y periodistas, imbuidos de la importancia de ser los corre-ve-y-diles de les dioses, profesionales serios, dedicados *full-time* a la información, obsesionados con su trabajo, que vieron como se podía escribir un artículo despiadado sobre los entresijos del Banco Urquijo, entre rimmel y depilado de cejas o pruebas de vestidos, alternando una información con una sesión de logoterapia y una merienda pantagruélica. Cosa que no hizo sospechar a nadie que quizá la vida es seria, pero no forzosamente tétrica, porque eso siempre es inquietante de constatar, y los varones no están dispuestos a utilizar el

beneficio de la duda en este punto y siguieron, por no se sabe qué extraño mecanismo hormonal, convirtiendo cualquier ocupación en un calvario particular y en un tema de conversación obligado, excluyente y obsesivo.

Nosotras los acogíamos maternales y pacientísimas, con toda la ternura que despierta lo que de conmovedor hay en ellos; les dábamos "Frenadol" para sus gripes, les hacíamos café para sus resacas, los escuchábamos en sus depresiones, les recordábamos que su cumpleaños era el jueves y poníamos velitas, les cocinábamos una cena especial para tales eventos; aconsejábamos el modelo adecuado para sus reuniones, nos sumábamos a la celebración de sus hallazgos... Resumiendo: no nos los tomábamos en serio. Nunca. Bajo ningún pretexto, por mucho que nos cegara el amor; jamás se nos ocurrió la funesta y mendaz idea de que fueran otra cosa que deliciosos querubines irracionales, jugando a ser hombrecitos de provecho.

Hasta que se conocieron Simone y César.

Después de diez años de tranquila y silenciosa amistad, aquella noche oí su voz. Le explico a Simone, nada más conocerla, la situación socio-económico-político-laboral y mercantil de la Mancha y su repercusión en el volumen de desempleo. Su voz de barítono gregoriano, su fraseo rítmico y contrapunteado fluyo como una torrentera en su honor, destinataria privilegiada de un amor rigurosamente preservado durante treinta y cuatro años esperándola. Simone, con una seriedad asnal empezó a considerar que aquel hombre era el ser más apasionante, de la creación, alguien sobre quien no admitiría ningún comentario jocoso.

Hace cuatro años que están juntos y con hablar, Cesar no se ha hecho acreedor de mayor interés que cuando era mudo y Simone con proveerse de un incandescente amor ha perdido sus mayores encantos. Pero parece ser que jamás un enamoramiento ha aumentado el coeficiente intelectual de los afectados des y todo queda dentro de los más estrictas límites de la normalidad.

Genaro está bien, lleno de proyectos, ha terminado ya la novela y me mandará la fotocopia o quizás me la traiga personalmente, me dice. Mi entrañable Genaro tiene esta mañana la voz cantarina y la risa pronta de los viejos tiempos y vuelve a querer comerse el mundo. ¡Cuánto quiero a este gamberro impenitente!

Octubre, 1981

Me despierta un« grupo de veinteañeros con Gloria a la cabeza. Todos hablan de la

bomba de neutrones y de la oTAN, preocupados, serios... Vienen de firmar para solicitar un referéndum sobre la OTAN, pero se sienten inmersos en una dinámica que les sobrepasa y quieren preguntarme a mí, saber qué deben y qué pueden hacer. Lo único que se me ocurre es sentirme culpable del mundo que dejamos para nuestros chiquillos. No tengo derecho a aconsejarles o manipularles. Mi cansancio, mi dimisionismo no debe salpicarles, no debo contagiarlos con mis ideas, mis sospechas, mi desesperanza... Si no se está dispuesto a unirse a ellos y secundar sus respuestas parciales e ingenuas hay que callarse. Si tuvieran treinta años quizás les habría dicho imbéciles por esa recogida de firmas para las Juventudes Socialistas, pero con veinte años sólo les puedo decir ¡Adelante! y firmar yo también. El mundo es asunto suyo en este momento, pero nosotros somos los responsables del estado en que lo encuentran...

Recibo carta de Bretón: se aburre y lo aburren, rezuma dimisión y resignado a ello escribe: "Sólo me interesa la lectura" y cita un epigrama desolado y mortuorio de Epicteto. Ya en la posdata: "Ah, voy a ser padre..."

Me temo que Bretón, una vez más, está jugando con capital ajeno y así todo sigue siendo un saco de renuncias, donde multiplica la muerte cotidiana, sin ninguna veleidad vitalista. Felicitaciones, albricias y toda la pantomima inherente a su futura condición de padre y paso por alto esa pertinaz falta de estímulos que trasluce.

Nadie puede ni debe evitar que viva mi propio e irrepetible camino escarpado, bordeado de fugaces momentos de belleza. Y si alguien pudiera, ojalá tenga la suficiente sensatez y sabiduría para no Intentarlo.

Ese poder sobre las vidas ajenas es demoledor y corrompe. El poder político y financiero es un pálido sucedáneo de ese otro del que nadie habla, salvo si no lo conoce.

Te descubres en una cima donde solo puedes conversar de tú a tu contigo mismo; nadie te dirá nada que pueda enriquecerte, ampliar tu horizonte o aliviarte... Los demás, todos, se convierten en seres irreales, presencias fantasmagóricas molestas y sabes que pueden herirte, pero no pueden consolarte; pueden matarte, pero no pueden revitalizarte. Tú puedes variar el rumbo de los demás, pero ellos ni siquiera significan lo suficiente para darte otra perspectiva del mundo; puedes programar sus vidas y preferencias, pero con nadie tienes la sensación de ser escuchado, porque que no comprenden de qué hablas; puedes razonar a la altura de sus preocupaciones, pero nadie tiene la ejecutoria que lo habilite como tu par.

Y en esa soledad radical, es necesario despojarse totalmente, porque si se llega a ella con los ojos empañados de esperanzas, las manos trabadas por afectos y una oscura nostalgia interior inconfesable, tu propia debilidad y tus ataduras te harán trizas, te hundirán en esa sima honda que bordea la cumbre inaccesible en que te hallas,

Octubre, 1981

Luego, la mirada queda impregnada con esa indefinible extrañeza que Lázaro tuvo después de su resurrección, que tuvo Alicia cuando volvió de su viaje al otro lado del espejo. Nadie vuelve intacto del Poder, nadie permanece igual a sí mismo. El Poder deja un olor putrefacto en las mucosas olfativas, y purificarse, volver a percibir el olor de la tierra mojada y de la hierba recién segada, de la mies en sazón es un largo peregrinaje, una convalecencia eterna... No se escoge el Poder, se apodera de ti como algo imparable un día cualquiera, y nunca jamás...

No sé por qué hoy escribo sobre esto, si aún me escuece... A veces daría cualquier cosa por no ser yo durante unos minutos, reposar en una realidad ajena a mí y sin embargo, no cambiaría mi vida por la de nadie.

Lo dramático resulta patético; lo patético resulta grotesco y lo grotesco es feo: imperdonable.

Si no maquillo con ironía y humor el dramatismo, tengo la sensación de no haberme lavado los dientes antes de irme a la cama. Me tengo que levantar y enmendar el error con la bochornosa sensación de haber olvidado lo elemental para dejarme llevar por la desidia...

O quizás lleven razón y yo no sea el colmo de la sensibilidad.

Autenticidad, dice. Y para mí esa palabra tiene connotaciones biográficas que me erizan los pelos. Me recuerda a un Torquemada interiorizado y particular, acusándose, defendiendo y afirmando la autenticidad como valer absoluto, con evidente riesgo para cualquiera que ande cerca de ser considerado, asimismo, culpable de artificio. Porque, naturalmente, Torquemada es siempre autentico contra los que no lo son, pero el resultado es esa fisonomía, esos malestares difusos, ilocalizables.

Siempre que me obceco queriendo ser el colmo y me pongo intransigente conmigo, se

me estropea el cutis de no dormir; así es que llego a la conclusión de que si soy un portento y no lo puedo disfrutar porque estoy ocupadísima en serlo, debo continuar siendo histriónica, —sin desmesuras—, arbitraria, dispersa, follonera, insoportable y mentirosa —la realidad sólo es un pretexto para la ficción—, con una sinceridad brutal o diplomática, según los estímulos y según mi estado de animo. Los necios no se contradicen y son siempre coherentes: siempre son necios.

¿Auténticos? ¿Y por qué no histriónicos y cuentistas? La realidad es más rica cuantos más registros tenga y más complejidad alcance.

La piedad no es un sentimiento que rebaje, pero tampoco es un sentimiento muy común entre los "piadosos", gentes propensas a sentir lástima de manera epidérmica. La piedad es la percepción del otro, en su totalidad, como ser abocado a la nada, con toda su irrepetible biografía inservible ante cada presente renovable que le toque vivir, porque este oficio de vivir no se aprende nunca, eternos párvulos del pelotón de los torpes. Saberlo y sentirse solidario de esa inútil empresa que es el hombre, percibiendo su inutilidad y la sinrazón profunda de su ir y venir, y, no obstante, lúcidamente secundar cualquier motín porque en la rebeldía aún hay una parcela dónde se afirma toda su belleza...

La piedad consiste en seguir dubitativos e interrogantes, cuando estamos dispuestos a llegar hasta el final de cualquier empresa solidaria, porque cabe la sospecha de que ahí está la unidad de medida de todas las cosas, y tenemos derecho al error y a equivocarnos y, aún así, es innegable que obtendremos esa aceptación gratuita que sólo la piedad puede otorgarnos,

El objeto de nuestro amor es consciente o inconscientemente magnificado, sin embargo la piedad no necesita espejismos ni componendas con la realidad y quizás por eso no necesita subvertirla, aunque nos predisponga del lado del insurrecto, en contra del poder.

La capacidad de sufrir con quien sufre, llorar con quien llora es en última instancia, un recurso al alcance de cualquiera. También les lobos esconden sus garras si el enemigo se muestra vencido.

Reírse, sentir placer, alegrarse con alguien, ésa es la única prueba que sale del fondo de mi solidaridad limpiamente. La risa de mis amigos convierte mi tristeza en algo

prescindible, y me olvido de mi desgracia porque, simplemente, no tiene razón de ser ante la risa picara de mi nieto, la alegría explosiva de Diana, la sonrisa luminosa de Marcos o la plenitud de mi tierna farandulera...Ahí si que existe algo límpido, pero en la simpatía por el dolor hay algo turbio, directamente emparentado con una cierta hipocresía social, un fariseísmo de los sentimientos, una deshonestidad profunda.

No hay ninguna generosidad en la asistencia al triste, al menesteroso, al futuro suicida. La compasión —en el sentido etimológico de la palabra— es una falacia: no se padece "con" sino "a pesar de", se toma como excusa al sufriente que desencadena la evocación lastimera, como si se estuviera sufriendo por su desgracia cuando en realidad uno se regodea en el sufrimiento propio a pesar del sufrimiento ajeno. Inerme, roto, el que me agrede, se convierte en alguien con quien puedo establecer una relación sin corazas.

Suele ocurrir en las desgracias: mi misantropía cede si esa gente que me eriza con su vocinglería, su hipocresía social, demanda ayuda, porque en su sufrimiento no hay máscara, no hay agresión: sólo hay seres humanos con toda su fragilidad.

La piedad no tiene nada que ver con lo lacrimógeno, ni se basa en la lástima; es otra cosa.

Quizás lleve razón Sebastián y yo sólo tenga una desmesurada ansia de pureza, de ahí que escoja la soledad y la ausencia si tengo que hacer concesiones. Sin embargo, la sabiduría sería no sentir desprecio por nada y amar sin juzgar.

La solución es que esos imbéciles que detesto se me acerquen masivamente agónicos para humanizarme, Y mataría dos pájaros de un tiro; me libraría de mis odios sarracenos y de esos cretinos

No es extraño, no es sorprendente, pero no me lo había querido creer: Soy fuerte otra vez.

No he apretado las mandíbulas, no me he petrificado de rabia, no he dado media vuelta para eludir el dolor, no he guardado un gesto quieto, mirando a un punto fijo: he llorado sin más. Terminé la convalecencia. Una vez más, el desencadenante es lo de menos.

Hubiera podido hablar, desmenuzar los hechos y las sensaciones, encontrar interlocutores que recibieran mis confidencias al filo de la medianoche y acogerme al

derecho de asilo de la amistad, y quizás la catarsis hubiera llegado antes. Pero no sé por qué he necesitado callar, un silencio intencionado en lugar de sincerarme, páginas con fechas en blanco que señalaron este desierto íntimo, que a veces se enredaba con mis ganas de vivir y las trababa, al borde del precipicio y la locura, pero sólo podía optar por el ruidoso mutismo de las frases huecas. Nadie se ha extrañado de lo poco que tenía que contar de mí, nadie ha desconfiado ante mi bla-bla-bla de pega.

Ahora intuyo que seguiré callando por costumbre, pero ya estoy curada, ya son un recuerdo los dias con sabor a herrumbre. Valió la pena intentarle sola .Les demás habrían ahondado la sima y yo hubiera podido retroceder, pero la solución fue bajar a les infiernes y ocultarlo celosamente. Este averno interior no habría obtenido el beneplácito, porque el sufrimiento tiene poco predicamento entre los míos y tratarían de atontarme con analgésicos. Ha sido un plazo razonable para reconstruir el universo interior que se hizo trizas, me dejo el alma llena de escombros y en la memoria un hematoma.

Siempre estuvo intacta esta ternura y eso me salva. Hubo razones para esperar contra toda esperanza, aunque fuera fruto de una desmesurada idea de mis propias fuerzas.

Ahora, en un arranque de honestidad, me pregunto cuál es el precio que he hecho pagar a los otros, que diezmo les cobré a mis amigos... Y no lo sé; en conciencia no lo sé...

Ha muerto B. La última vez que le vi hacía planes para el próximo verano ante unos interlocutores cariacontecidos, que sabíamos que no habría otro verano para él.

Vivía como si tuviera toda la vida por delante y eso a la larga, es una crueldad inútil, porque se deja para corregir después los errores que se cometen y el daño que se inflinge.

Quiero pensar que le faltó tiempo para rectificar, pero también es posible que todo fuera perfectamente definitorio y yo no lo quisiera ver. Ahora, todo quedará en el archivo de asuntos sin respuesta, pero la duda se parece a una absolución íntima para una ofensa mezquina, y quizás por eso es más inconfesable el escozor que me produjo. Ya no hay tiempo de reinstaurar la calidez del apretón de manos, queda sobreseída la amistad que estaba pendiente de juicio. Corno tantas veces, la muerte resuelve sin nuestro permiso.

Octubre, 1981

Se conoce a alguien durante mucho tiempo, sorprendida de las afinidades y coincidencias, llega un memento en que las dos biografías tienen tantos puntos en común que no se podría pensar en separarlas, tan al unísono se vive... Y un buen día se descubre

la primera de una larga serie de características nuevas, que crees peder explicar como veleidades de un momento. Pero se impone la realidad con una sonrisa, amarga como el acíbar, y una tristeza de losa, cuidadosamente disimulada con frases asépticas sobre esto y aquello, lo despides a cada desencuentro, hasta lograr la distancia civilizada que permite encontrarse más tarde como viejos amigos, antiguos combatientes.

En lo más intimo se cree haber vivido una privilegiada comunión, hasta que un día, cedes unas cuantas horas de sueño y lees su prosa, tan familiar que puedes percibir el eco de aquellas maniáticas excavaciones conjuntas, en el lenguaje —nuestra patria y nuestro botín— y el estupor, la perplejidad te desencaja: los hechos son los mismos, todo te remite a aquel tiempo, si no fuera porque nada es igual. Su memoria seleccionó lo que tú has olvidado; su lógica en el relato es ajena a la que percibiste; y la idea de haber sido "nosotros" aquella suma de individualidades acordes, deja paso a una insoslayable extrañeza.

No podría asegurar que siempre fue así. Ahora me pregunto si inventé ese profundo acuerdo que nos hacía saber sin mirarnos, sin vernos, cuando acababa de llegar a la ciudad sin avisar, que estaba pensando... Jugábamos a escribir en un papel ideas absurdas y sin dejarnos leerlo adivinábamos qué había maquinado para equivocarnos. Pero ahora no estoy muy segura. La memoria es selectiva y no muy fiable: creo recordar que pasé mucho tiempo hasta que me di cuenta que no le gustaba el tomate frito... Ahora pienso que duró tanto y fue posible tanto tiempo porque era un equívoco.

No hay traiciones grandes en un mundo de traidores de opereta, al menos en este universo donde se vive por delegación y el riesgo solicita un reportaje en *París-Match* o *Interviú*. La crónica de esta inefable fauna es tan sórdida que mi pluma soslaya el tema, me siento mezquina describiendo las acciones de estos villanos de tres al cuarto.

Es inhumana mi actitud, lo sé. Finjo no darme cuenta del miserabilismo de los demás y que sólo percibo su parte digna de amistad y logro confundirlos, farfullan ante mi no sé que historias exculpatorias, no sé qué genéricas mentiras, no me confiesan que incuban contra mí un odio sarraceno. Hago como si no me diera cuenta y les obligo a ser mejores, porque les impido que se sinceren, los apabullo con mi confianza, les hago creer que forman parte de esa gente a la que recurriría "*en cas de malheur*".

Si fueran lúcidos se darían cuenta de que juego, porque si bien se puede perdonar casi todo, no se perdona jamás al testigo de la propia ruindad. Así pues, apelo a elevados sentimientos inexistentes y finjo creer que somos maravillosos, y como nadie se resiste a

un retrato favorecedor, tratan de ser fieles a las expectativas que creen que he depositado en ellos. Es inhumano, lo sé. Logro crearles tal malestar, tal incomodidad con mi beatífica confianza, que necesitan machacarme, anularme y sus ecos llegan hasta mí a través de los bienintencionados de turno. Mis respuestas varían poco:

—"Es amigo mío y no ha dicho eso, seguro. Debes haber sacado sus frases del contexto. Si de alguien me puedo fiar en todo es de él, con que figúrate si ye me puedo creer eso que me cuentas."

Cosa que le será transmitida con la celeridad del teléfono árabe. El fulano en cuestión quedará conmovido por mi ingenua confianza y se sentirá obligado a redoblar sus muestras de lealtad en cuanto nos topemos. El anverso de sus sentimientos de culpa es una necesidad compulsiva de encontrar mi iniquidad para justificar su traición frente a los que han sido testigos de sus exabruptos y mis declaraciones de amor, e inventará un sumario abracadabrante con sospechas, basadas en mis poco nítidas relaciones, mi trayectoria y mis prácticas solitarias... Hasta que el bulo corre, da la vuelta, le llega ya irreconocible y puede citar otras fuentes que su cerebro podrido de encono.

El juego puede ser macabro si se tiene en cuenta que jamás doy muestras de estar al corriente y por mi actitud se podría colegir que estamos en la misma barricada, viejos camaradas de armas, buenos amigos... Supongo que lo hago porque quiere dejar la puerta abierta a mis despreciables enemigos encubiertos; pero también es porque me asquea que sepan que sé hasta qué punto son miserables. ¡Cuestión de estética!

Si alguien me muestra sus llagas puedo y tengo que aceptarlas, pero cuando las llagas se envuelven en velos que intentan evocar y sugerir una piel sana, prefiero volver la cabeza y no mirar, hacer como si estuviera ante un cutis impecable. Eso obliga a seguir enmascarándose y a mí me permite hablar de la entrada del curso escolar y el precio de los libros de texto este año... Así, mis amigos tampoco saben que mi despiste sobre las intrigas que se cuecen contra mí, es una maniobra perfectamente calculada, que se remonta a mi infancia y se perfeccionó con los años. Y mi cara de estupor si algo me dicen, les confirma que no estoy al corriente del mar de fondo que se agita ante mis narices.

Si algún día les hablara de todo esto, pausadamente, vomitaría una espesa bilis negra, macerada durante años, y total, de qué serviría. La percepción nefasta de los otros debería estar clausurada y no debe exponerse jamás. Es transmitir cansancio, fracaso y desesperanza, y no hay derecho a contagiar así a nadie. Cada cual debe guardar para sí esas experiencias que dan ganas de escupir sobre la humanidad que nos pilla más cerca,

aunque quizás callar no mejora el mundo, pero hace la conversación más chispeante, más distendida, más variada. Y además, yo nunca he dicho que sea partidaria de la verdad a ultranza. Hay que hacerle la cirugía estética a la realidad si es impresentablemente fea.

Y lo más inhumano es que se parezcan tanto unos a otros. Si he de distinguirlos, tengo que sazonarlos con variantes de mi cosecha. Pero al final me encuentro siempre con las gafas de Cagliostro en las pupilas, y la lucidez, como una luz blanca de quirófano que no deja sombras ni en mí ni en los demás. No se puede sufrir eternamente por las mismas causas. Las heridas, que se renuevan incesantemente crean zonas indoloras. Y esta anestesia quizás sea la parte de mí que aún no está curada.

La cuestión siempre queda pospuesta, sólo que algún día tendré que decidir si es posible seguir ocultando mi fortaleza como una enfermedad venérea o saldrá como una inequívoca afirmación: temo las consecuencias porque lo que me une a los demás es una presunta debilidad común y en ella somos solidarios, pero qué sola me quedo ante mi propia fuerza. Después de una inmersión en mi propio universo, vuelvo a las relaciones humanas que me humanizan, aunque me irriten, porque todavía creo en la necesidad de ser en relación armoniosa con los míos.

El "Pobrecillo de Asís" sabía, porque era el heredero de un rico comerciante, la esclavitud que significa ser poderoso. Y comprendió que para liberarse tenía que abandonar aquel mundo y sus valores. Luego los franciscanos, hijos de artesanos, acataron la norma como una restricción y un sacrificio adobado con resentimiento contra los ricos, y la aridez de la esclavitud interior quedó impresa.

Cualquier opción libremente escogida es enriquecedora y nos ayuda a crecer. La norma desde la ceguera y el sacrificio es arrasadora. Pero todo grupo, asamblea, partido o secta se basa en la norma. Los que pueden optar al margen de la mayoría, en función de sus propias vivencias son los reformadores, y como mucho, conseguirán un rebaño que haga del renuevo un dogma anquilosado más.

Muy pocos individuos representan .un avance respecto al mono. La evolución no se da uniforme ni masivamente. Hay que confesar que la mayoría es un fracaso nauseabundo de la naturaleza.

Cuando afirmo mi derecho a ser feliz, cuando reconozco mi capacidad lúdica y me niego a sufrir las agresiones de esa subespecie, entono un himno a la egolatría que es

amoral, rompo con el código de relación de quienes defienden la óptica mostrenca de los humanistas, asumo la soledad del individuo perteneciente a una especie a extinguir, según las leyes imperantes. Me declaro culpable al afirmarme en tanto que ser único, cuya interdependencia con esa parte de la humanidad es puramente casual.

Para llegar aquí ha sido necesario que mi seguridad ontológica no esté a merced de chantajes afectivos ni de valoraciones exteriores, ya sean de aprobación o de condena y eso significa, aceptar únicamente mi propio índice de valores, que elaboro y apruebo en función de mi necesidad radical de crecimiento. El amor, la amistad entre las gentes de mi calaña es una búsqueda de identidad y en las características del otro encontramos nuestra identidad.

Entre les humanistas se busca la funcionalidad y la utilidad; su estructura caracterial es un mosaico de carencias que tapan y enmascaran con relaciones convencionales. Su única justificación posible es el sacrificio, la servidumbre, la dedicación a un fin, a una empresa, a los demás, a una idea; la única satisfacción que se permiten es la de ser útiles, pero, depauperados, sólo pueden serlo como objetos de consumo asequibles, que mostraran sus defectos de fabricación en cuando se les examina para cumplir una misión específica; totalmente desajustados para otro papel, menos complejos cuanto más adaptados, más abotagados cuanto más necesitados de valoración como amantes, hijos, padres, amigos, profesionales, porque su función está determinada por necesidades sociales impuestas, que nada tienen que ver con sus impulsos y su identidad.

Para nosotros queda esa alegría despiadada y lúcida de saberse superfluo, sin cotización en la Bolsa de los Valores Sociales, libres de ataduras para degustar el momento, resueltamente únicos, como lujos en un universo de necesitados.

Para nosotros queda la soledad y el idioma, como patrias que habitaremos sin sentirnos jamás desterrados Pero ¿dónde mis semejantes?

Despojarme de todo amor que requiera un determinado comportamiento y llegar a aceptar todo el desamor, si es preciso, porque el precio que me imponen es hacer concesiones mínimas, tontas, sin importancia quizá, pero que me obligan a vivir ajena a mí misma. Despojarme de todo lo adquirido, adherido, postizo, y llegar a lo esencial.

Todo me empuja a zambullirme en la acción, trasunto del abismo que me fascina, alternativa de una imposible relación profunda y armoniosa con mi entorno.

Se que cedo a un impulse autodestructivo, pero sé también que esta inercia es letal.

Nadie podrá decir que no tengo paciencia. Nueve años he esperado su rectificación. La mejor venganza es la que sólo conocen los dioses; la risa más alegre es la que nos proporcionan los enemigos, y no se comparte ni con los amigos.

La amiga incondicional desde hace nueve años extrae un sumario astroso, polvoriento, dicta sentencia y ejecuta una fría venganza que sabe a esperanzas traicionadas.

Mi amigo podría haber reconocido íntimamente su error y callar en consecuencia : no era necesario que me dijera nada. Pero mi amigo optó por responder a mis demostraciones de afecto y lealtad, a mi incondicionalidad, con una campaña de desprestigio. La ventaja que tengo sobre él es que para mí no es una necesidad compulsiva destruirlo; sin embargo, para él es una compulsión neurótica atacarme, porque yo lo pongo en causa, a pesar de mi sonrisa y de mi afecto, o quizás precisamente por eso.

He esperado todos estos años porque hay pocos amigos a lo largo de la vida, cuesta trabajo llegar a ese acuerdo sutilísimo y a veces da resultado la benevolencia, porque quien te traiciona una vez, decide que ya le basta, que su cupo de mezquindades está completo y a partir de entonces es un amigo fiel; pero sobre todo he esperado porque prefiero responder al ataque con retraso, antes que obcecadamente.

Si decido romper es mucho más perverso pasar de la amistad a la frialdad sin que haya relación causa-efecto inmediata, porqué así, se desazonará no por sentirse condenado por sus actos, sino al ser relegado sin razones, desamado sin por qués, y eso lo tengo en cuenta en mis rupturas. No dejo una explicación a la que aferrarse y donde puedan concretar su culpa, siempre relativa. Pero ese es el último grado.

A T. solo le he aplicado un correctivo de amiga. He explicado públicamente, en su presencia, con argumentos que le obligaron a bajar la cabeza, lo que más le duele que piense de él, con la decepción pintada en el rostro de los testigos que esperaban una reacción de furia indignada en el acusado. Es la justicia elemental: creía haberme dejado sin posibilidades de defensa, amparándose en la impunidad del anonimato y las demostraciones de afecto, y ha sido él quien se ha quedado desamparado, inerme, acusado con pruebas irrefutables que he almacenado pacientemente, durante años, sin prisa.

Y total para qué, si no ha de aprender...

Madrid

Tangos de Plácido Domingo en el tren de ida a Madrid. La melancolía, flores rojas, la sonrisa de R., y un aluvión de informaciones, cena nostálgica, Murke, Pedro, cada vez más parecido a Pío Baroja y más dovstoiewskiano, vino Pinord rosado, con el consiguiente dolor de cabeza, "Función de noche" de Josefina Molina. El hotel y el horroroso papel pintado, Genaro —malos tiempos para los sobrevivientes del estraperlo —, la soledad faltándome como el aire. Bretón, exultante y conmovedor. Otoño de luz dorada. G. me esperó inútilmente.

Y la certeza persistente e insidiosa: aunque lleguemos a compartir el mismo horario en la misma empresa absurda, nuestras motivaciones profundas sen incompatibles. De esta época no podré hablar sinceramente hasta dentro de muchos años. Me escuece.

Me sorprendo a mí misma escuchando sin que vuele hecho pedazos mi autocontrol. No sé hasta cuando conservaré la entereza necesaria para aceptar que es así, porque mi gran tentación es zarandear su libertad y tratar de desviarlo de su camino, si lo veo exhausto, roto... Y sin embargo, sé que esta lucha contra los elementos lo constituye y amo a Marcos también por eso. Nada debo ni puedo cambiar y tampoco debo añadir a su zozobra la mía, pero no sé de dónde sacar fuerzas para no torcer el gesto.

Necesito arrancarme esta terca obsesión. Solo yo amaré este cataclismo sin degradarlo con conceptos, ni explicaciones. Es así y lo acepto con las mandíbulas apretadas y este nudo en la laringe, pero empaño mi aceptación con amargura y no debo permitirla, no tiene cabida, es ajena a mí.

La sabiduría consiste en esperar que las emociones fluyan sin futuro y sin proyectos, sin angustiarse por lo que pueda resultar, sin pretender que sea perfecto. Sin metas, sin jalones, sin concursos. Esperar, —sin esperanza— la lucidez cada mañana. Y cualquier día esperar sin sorpresa una esquela, que no debes evitar, si realmente lo amaste antes de ser un cadáver. Pero es difícil ceder a la tentación de salvar una vida.

Noviembre, 1981

Llegan los chiquillos de Granada en un viaje nocturno, decidido en el último momento, sin dormir, porque estuvieron hablando de mí con los amigos. ¡Cuánta ternura siento por ellos! Están tan seguros y tan inermes con sus veinte años, tienen tan poca

retranca, tan pocas reservas mentales que logran contagiarme. Mi abrazo de bienvenida abraza también el futuro que ya es suyo y nos separará.

Reagan y Haig hablan de intervenir militarmente en Nicaragua. Y toda la indignación que me cabe en el pecho, restalla cuando pienso que esos pandilleros que están en el poder, y sus secuaces, pueden decidir una guerra que dé al traste con la sonrisa de mis nietos, y mis veinteañeros se encuentren participando en una masacre, cuando sólo deberían conocer un futuro con sonrisas emboscadas y toda la dulzura que sus semejantes pueden compartir y ofrecer. Es demasiado absurdo como para que no pueda suceder...

Marcos dormirá o quizás desvelado sueñe una imposible libertad que no puede escoger. Lo acuno entre mis brazos vacíos y no obstante, solo puedo desear hacer más ligeras sus cadenas, pero nunca romperlas. Y sé que eso significa también que no hay lugar para los sueños, ningún limbo mental donde exiliarme, ninguna esperanza donde arrebujarme. Los ojos abiertos y la lucidez. Pero ¿alguna vez fue de otro modo?

En Roma, en el monumento que señala el lugar de su muerte, hay una lápida desde 1889: "Giordano Bruno, creador del siglo previsto por él"

¿Donde está la tumba de Mocígeno, su delator?

María dice que mi dormitorio le recuerda una celda monacal. Reímos por la ocurrencia. Después de muchos años fui a la casa de mi madre y me enseñó, en su ausencia, el despacho de mi padre: los accesorios, los adornos, el abigarramiento, la chabacanería... La sensación de extrañeza y lejanía con quien azarosamente resultó ser mi padre, se concretó de golpe en nuestros recintos íntimos. Con los años mi padre se afirma más como levantino, amante de lo arabesco y lo abigarrado, mientras que yo soy más y más castellana, despojada, exacerbado el gusto por lo sobrio, lo desnudo. Y nuestras vidas son reflejo de nuestros cubiles: mi padre pura aparatosidad, farol, mitomanía y una necesidad ya patológica de aparentar... Y yo, después de despojarme de relaciones prescindibles, dejar de lado esa maraña de convencionalismos interpersonales por un prurito tonto de no herir, cada vez soy más exigente y hago menos concesiones.

Madrid

El esquizofrénico mundo que me acoge resulta lo suficientemente grotesco como para neutralizar mi sensibilidad. La aridez interior es la respuesta ante estos comparsas que se afanan por una parcela de poder e hipotecan su vida a cambio, ya que el alma no tiene ningún valor adquisitivo. Su vida no vale la pena que causan, ni siquiera la irritación que me producen; el único valor que les concedo es el de servirme de ejemplo que no debo imitar. H. en su medio me produce un hastío desprovisto de tristeza: se ufana entre teléfonos, secretarias y comunicaciones de telex, como si no hubiera otra cosa que ver. Se siente poderoso. Me ofrece no sé qué puesto en su negocio.

Pero la única terapia posible para un largo periplo en que dimití de mí misma a cambio de poder, mucho más arrasador y despiadado que el que puedan conocer viviendo cien años estos alevines de las finanzas, es huir también de ese sucedáneo por el que suda y se desasosiega R. Y me pregunto si un minuto de mi vida escogida, con muros blancos que yo pinté, sin concesiones al estatus, ajena a cualquier prebenda, vale un año de jugar a las finanzas sin límite en la cuenta de gastos. Creo que no podría justificar con ningún concepto abstracto este despilfarro de tiempo y energías, Quizás me sirviera temporalmente como motivo su amistad, pero es tan fácil decidir que mis amigos merecen un portazo en las narices cuando me piden que cambie de vida...

Mi hermano tiene un corpachón de hombre bueno. Ha venido con cuarenta kilos de herramientas, dispuesto a hacer encajar puertas y ventanas. Me deja ayudarle y me inicia en el manejo del formón, el cepillo, la broca... Luego pasa su manaza por la superficie de la madera y me señala les defectos y entonces, sus dedos vibran, se hacen tiernos y acariciantes. Después hemos permanecido sentados, con un café hirviendo que se ha enfriado mientras me contaba de la gente que conoce. Tiene este sentido del humor manchego, lleno de ternura y de retranca y un verdadero talento narrativo y gestual que me ha mantenido absorta, riéndome a carcajada limpia hasta dolerme el estómago. Vive, habla y degusta el momento con un ludismo con el que me identifico, y me descubro disfrutando, por primera vez, en compañía mientras trabajamos, hasta quedar agotados. Hacía tiempo que no me sentía tan plena. Han pasado las horas inadvertidamente en estos dos días y quizás no sepa hasta qué punto me ha revitalizado este pedazo de humanidad grande, cálido y risueño, con su alegría contagiosa. Desde que éramos críos no habíamos estado tanto tiempo juntos. ¡Cuánto podría enseñarme!

Esta mañana han coincidido Bretón y él, y la escisión es total. Nuestra parte de

obreros manuales, fascinados con la materia, se han encontrado con Bretón y mi parte de intelectual *à la page* ha cedido y me he alineado con mi hermano, desde fidelidades y lealtades más profundas, mientras Bretón quedaba al margen, sin captar el universo dónde yo participo en mayor medida que en nuestro mundo, refrendado con citas y libros, aunque también me constituye. Mi hermano nos embromaba con su retranca y su ironía, adivinando.

Cuando soy gozosa y clara, afirmativa y lúdica, lo que transparece es mi parte de obrera manual; cuando soy árida, petrificada y lejana es mi parte de intelectual mutilada la que surge. Y no es posible escoger sin desgarrarme interiormente.

Y de pronto la lejanía. La lucidez a plena luz y mi cerebro se niega a participar de la mascarada, estoy al margen, mirando la escena, y el ridículo de la situación me paraliza.

—"Estabas muy alegre y de pronto te has quedado seria, fija..."

¿Qué puedo explicar? Lo melifluo, lo artificial, la atmósfera de corchopán se evidencia sin dejar salidas, y yo me desdoblo en participante y mirona, curiosa y lejana. Y el estupor y la extrañeza me inmovilizan.

Diciembre 1981

Después de varios dias, semanas de convivencia intensiva, me quede sola con mis ritos cotidianos y esta suave serenidad que borra a los ausentes, y su ausencia no me desazona, todo lo contrario, cede mi crispación y vuelve la mansedumbre.

Anoche llegó Lucía de Madrid. Ha asistido a las Jornadas de estudio sobre el aborto, con unas cuatrocientas mujeres, durante cuatro días. Han debatido, convivido, reído y reflexionado desde sus realidades personales y me hubiera gustado estar allí, porque el soplo cálido de la convivencia con otras mujeres me estimula siempre. Con ellas hay algo telúrico y primario que siempre surge, y algo radicalmente nuestro subsiste siempre más allá de cualquier antagonismo ideológico.

Los hombres, sin embargo, me remiten continuamente a la alteridad.

Todo lo que se calla por respeto o desprecio se convierte en interferencias anquilosantes en las relaciones personales. Los silencios intencionados se adosan como

excrecencias que infectan de reservas, y la receptividad se empaña, la espontaneidad desaparece y ya nada puede impedir la degradación creciente de la amistad.

Hablan de "capacidad de amar" y se refieren a esas erupciones sentimentales, que afectan con mayor virulencia en los mementos de debilidad psíquica, cuando los instintos están por debajo de la línea de flotación, inmersos. No hablan de un estado anímico autónomo, con el centro de gravedad en uno mismo, capaces de asumir que la realidad tal y como es, vale, sirve, no hay necesidad de otra, incluso en la hipótesis de que cualquier otra fuera mejor, porque se puede amar con toda lucidez una parcela de vida, que incluya a otros seres humanos.

Kiruna. En el norte encentré una vez mis ganas de vivir. La muerte no vino a mi cita, pero envió a un emisario y desde entonces, poco a poco, como en un campo regado de sal, se agostaron mis emociones. Apenas quedaba destartalada, recurrente y maltrecha, la ternura. Una ternura sin porqués, tiznada de desafío, afirmándose en la desolación de los amores gratuitos, lejos del rescoldo, del calor de los amigos. Robé a veces un poco de fuego, sin quedarme a esperar al propietario, sin advertir tampoco los rasgos amistosos de mis anfitriones. En el norte me cobijé una vez, fugitiva, y cambié mi muerte fallida por una vida pese a todo. Y contra todo pronostico, acaté mi decisión de ser. Amé aquellos rostros, su voz y su mensaje; amé aquella dimensión humana que no podía compartir y luego volví al sur, a esta tierra baldía, con su recuerdo grabado a fuego y el silencio selló mi memoria. Nunca supieron que me reconciliaron con mi vida, cuando ya había decidido que mi felicidad podía quedar en la alambrada que sobrepasé dejando parte de mí al escapar...

Si pudiera haría un inventario olvidando el "Debe". En el "Haber" mis amores; y en el saldo, mi sonrisa, mi ternura, mi gratitud, que igualan las aristas de mi rencor, mi encono y mi sumario contra el resto.

De mis incursiones al otro mundo traigo esta sensación de extrañeza. Intento sacudirme adherencias que me impiden ser y estar con los míos, pero no puedo evitar una mirada sobre ellos empapada de lejanía. Si supieran...

Marcos parpadea cuando entrevé la vieja zorra y descubre que no soy libre. Juega con palabras y conceptos que no significan lo mismo para los dos: libertad y esclavitud,

La libertad no existe, es un parámetro ante el que nos definimos en función de su carencia, jamás de su plenitud. Se es tan libre como victimas seamos de un espejismo alucinatorio; somos libres en la misma proporción que seamos ciegos ante la complejísima red que nos deja a la merced de los imponderables. La lucidez es la premisa indispensable para percibir la esclavitud, pero sólo la desesperanza deja paso a las últimas revelaciones, que señalan inequívocamente donde están nuestros íntimos negreros.

Los tontos, los necios, los fatuos son libres; los encuentro sueltos a millares.

Algunos servicios de información dicen que alguien es de la CIA como intoxicación informativa, para desautorizar a cualquier elemento que pueda revelar datos comprometedores para la propia CIA o servicios de información afines. El pseudo-agente es catalogado como "provocador" y "desestabilizador", siendo así anulado el alcance de sus declaraciones y el valor de su testimonio entre los suyos y los servicios de información interesados en ellas.

Enero, 1982

Empiezo el año con una lucidez anfetamínica y febril y los ojos abiertos como platos.

Dice Gabriel Albiac que Pascal se suicidó con el cristianismo parque dejó le que había sido su filosofía anterior.

Pero sólo el despojamiento progresivo, hasta el aniquilamiento último, corresponde con una apuesta por la vida. Y vale la pena apostar por ella porque al final se pierde. No son juegos de palabras ni paradojas.

Intransigencia. Es la denominación común al hecho de decirle imbécil a cada imbécil; si se le dan palmaditas y se le obsequia con la más meliflua de las sonrisas, y se le pregunta por la salud de sus vástagos y progenitores —todos ellos imbéciles— una tiene asegurado el calificativo de encantadora. Mi mayor impedimento para cambiar la etiqueta de intransigente por la de encantadora es que los necios que me huyen

aterrorizados, me buscarían y procurarían mi trato y antes prefiero caer en las garras de Belcebú.

Tengo la sospecha de que existe una recóndita perversión en quienes parecen regodearse con su popularidad entre los mentecatos. M. dedica su tiempo de ocio a los subnormales y ha adquirido una jerga llena de eufemismos y perífrasis para hablar con ellos, en la que cualquier cosa, con su concepto correspondiente se convierte en su onomatopeya y lo que lo identifica es su función. Adivino en ella una morbosa tendencia a la degradación, que me repugna, sin saber formular la causa. Pensándolo bien, creo que es una reacción sana frente a su regodeo en lo insano. Es la muchacha "encantadora" por antonomasia, que es lo que más aborrezco después de un imbécil: ese melifluo y delicuescente encanto...

Trato de reconstruir el rompecabezas sin dejar entrever qué piezas del puzzle me faltan ni que cara del poliedro me interesa, pero la escena general está, grosso modo, nítida en mi cerebro y ya sólo busco la luz que dé el claroscuro necesario para ver el relieve de algunos detalles, rasgos particulares que quedan deslavazados.

La campaña ha sido tan bien orquestada que casi me sorprende no tener una cuenta en dólares USA.

Cuando estoy enferma no quiero que nadie intente crear espejismos de solidaridad, porque simplemente ante el dolor todos estamos solos, inermes y vencidos. Y hay que entregarse así, sin paliativos, ajenos a cualquier interferencia que nos insensibilice o nos distraiga.

La extrañeza, la alteridad no son conceptos cuando desde la propia impotencia se percibe la afirmación vital y gozosa del otro. La verdadera generosidad es sentir un acuerdo profundo y una profunda alegría, que no tienen razón de ser en la propia carne, pero que se imponen, te ganan desde otra realidad más importante y más fuerte que la propia.

A lo largo de mi vida he prometido ser leal a media docena de personas y lo he sido contra toda evidencia, pero eso sólo significa que estaré allí donde me necesiten y me expondré a ser utilizada, engañada y no desviaré mi trayectoria de una posible traición.

Pero nunca he confiado en que esa traición no estuviese en camino, detrás de sus declaraciones de amistad.

Simplemente, en media docena de ocasiones he apostado mi seguridad, y al otro lado de la mesa de juego no había nadie para ganar. He sido el crupier y la jugadora, que se ha ganado a sí misma un atisbo de humanidad, porque es embriagador pensar que soy capaz de arriesgarme por una noción abstracta de lealtad, sabiendo que la concreción, el ser humano que la inspira, no me llega a la suela gastada de mis botas: un lujo de Sardanápalo. Perder por alguien que no me merecería la pena ganar. Si Dios existe, quizás juegue así, y si el Diablo es su alternativa, seguro que así actuará, pero muy pocos seres humanos conocen les vericuetos que conducen a la dimisión personal cuando el objeto-sujeto de la transacción no tiene en tu fuero interno más valor que el que se le da con tu entrega.

Nadie que no haya degustado este malicioso itinerario podrá comprender de qué hablo y por qué lo escribo.

Me preguntó si los demás no han sido otros tantos pretextos para una ascesis en solitario, los consabidos puntos de referencia, metas parciales que podría haber escogido como final apoteósico. Y cada cual me ha ofrecido el jalón que marcaba la consecución de un trofeo y al mismo tiempo, la fuerza y la convicción para ir más allá, más lejos, hasta la inaccesibilidad que sólo da quedarse al margen de cualquier éxito parcial —el único éxito que obtiene el reconocimiento ajeno—, donde todavía se pueden compartir penalidades y alegrías. Pero el único jalón que me interesa no es accesible a nadie más que a mí y la soledad es la condición para acceder a él. Y no hay una sensación de triunfo, sino una inenarrable sensación de desvalimiento, de innecesariedad. El despojamiento primero sólo es un pálido reflejo del último y saberlo no es reconfortante, sin embargo, ya sólo puedo desearlo por encima de cualquier otra vivencia y sólo ahí reconozco mi máxima liberación gozosa.

Lo demás ha sido una euforia circunstancial, que me ha dejado resaca, un sabor acre en la boca: amores, amigos, complicidades íntimas, ternuras, afectos, todo se convierte en cadáveres que recuerdo con una reverente gratitud que a nada compromete. Durante un tiempo, han sido obstáculos para despojarme de ataduras, pero irreversiblemente caen por su propio peso, y lo advierto en una ligereza, una mayor disponibilidad, y sobre todo, porque la convicción, que se impone sobre cualquier otra consideración apenada, y me deja respirar hondo, sin angustia. Mi cerebro se convirtió en una poderosa factoría de

lucidez y esta droga crea adicciones inquebrantables. Y sin embargo, la lucidez se convierte en un bisturí analítico, que viviseciona sin anestesia al único conejillo de Indias capaz de interesar por encima del propio desgarramiento interno que te provoca.

Por amor, por amistad, por solidaridad, por un ideal o por nada —casi siempre, aunque creamos lo contrario suele ser por nada— se puede dar la vida y existe una implacable estética en el aniquilamiento que no veo en la decadencia. Pero ni por amistad, ni por amor, ni por solidaridad, ni por un ideal se debe permitir un solo arañazo en el amor propio, ni el más mínimo roce. ¡Por nada, por nadie, jamás! La degradación personal que cualquier humillación representa, invalida la causa por la que valdría la pena dejarse matar y arriesgarse a vivir. Y el odio aparece, entonces, arrasador, insidioso por la misma causa que se juro defender, por el ideal que se impuso a nuestras conveniencias por la persona que creímos amar, y queda sólo ese profundo desprecio por uno mismo que he visto en todas las victimas-verdugos y en todos los verdugos-victimas de sí mismos.

Murke está dispuesto a dar garantías, avales, certificados de buena conducta con tal de recibir a cambio aceptación, amistad, amor. No sabe que sus súplicas son contraproducentes y que jamás debería pagar el precio de su amor propio por nadie. Mi pobre amigo tendrá que aprenderlo conmigo y es duro, pero enseñar desde este pedestal inaccesible donde me ha colocado, me irrita, me hastía, es aburrido. Murke me aborrecerá un poco más que a sí mismo durante una temporada... Al menos, eso espero. ¡Triste escuela! ¡Triste asignatura!

Murke anula su viaje. Pretende necesitar una dedicación exclusiva que yo no necesito darle. Es una decisión que aplaudo porque le dejará la sensación de haber puesto condiciones en nuestra relación. Me aferró a su "ultimátum" para reafirmar que nuestra amistad no es privilegiada respecto a otras, pero le dejaré disfrutar de la sospecha de haberse comportado como un orgulloso y dignísimo hombre de pelo en pecho. Al menos así podrá borrar su sensación de humillación constante.

Siempre me asaltan las veleidades compasivas aunque si me atuviera estrictamente a los estímulos que recibo, lo tendría que poner firmes y leerle la cartilla. Pero sólo veo un pobre niño maleducado e irritante con quien no es posible ensañarse.

A mí también me gustaría estar lejos en primavera, en algún sitio que desconozca, con gentes por conocer, con más dificultades que introspección. Me gustaría también hacer una casa, empezando por los cimientos, comprender los obstáculos concretos del adobe, la plomada, la llana, el muro maestro, los huecos de la puerta y de las ventanas...

El mundo es hiriente y puede hacernos trizas en cuanto bajemos la guardia, y aún así, prefiero el rostro descompuesto antes que esta precavida desconfianza que lo salva. Pero la vieja zorra aún tiene mucho que enseñarle a les amantes de la caza, afortunadamente.

Pilar tenía veintitrés años cuando la conocí. Era una muchacha carirredonda, con los ojos grandes y tristes de miope, con el pelo teñido rubio, muy corto, seria, reconcentrada, con explosiones comunicativas, que podían arrastrarme a mundos inexplorados y emociones desconocidas. Me inspiraba cariño y turbación por su profundidad, y a su lado me sentí más de una vez superficial y tonta.

Me gustaba en Pilar su talante reflexivo y su gracejo andaluz, que a mí me parecía el colmo de la gracia entonces, y su complejidad nunca resuelta: buscadora de porqués y provista de un desparpajo a toda prueba, sibarita, anacoreta, tímida y mujer de mundo, y sobre todo, me fascinaba ese aire de indefinible tragedia...

La volví a ver no hace mucho. Vive con su hermana en un piso de las afueras de Barcelona, estudia Filosofía y tiene la compulsividad esquinada de los reos de cultura cotizable. Si ríe es como si se le atravesara un graznido en la garganta; si sonríe es con una infinita malevolencia amarga en los labios. Apenas come porque le repugna comer y ver comer, y es poco más que piel y huesos. Sus relaciones personales están circunscritas al buen albur de su imprevisible e incontrolado talante, sin ninguna relación entre causa y efecto. Para redondear su pobre vida se ha construido un amor platónico con un profesor de su facultad, a base de miradas, frases alusivas a la asignatura, con doble sentido y un significado insospechado para cualquiera que no sea Pilar. Su aventura erótico-mística le proporciona incontables zozobras y dramáticas tensiones emotivas, que detalló ante mi perplejidad. Las dobles lecturas, las interpretaciones de metafóricas frases, aparentemente inocuas, se me escapaban.

—"Vio que yo llevaba un libro de Pavese y habló de Kant, muy nervioso... y de vez en cuando me miraba a ver qué cara ponía yo."

—“Sé donde vive y algunas veces me hago la encontradiza: y hace como si no me viera… Bueno, yo paso siempre por la acera de enfrente, claro.”

—¿Tú crees que va en serio conmigo?

—Pero si me dices que no habéis hablado nunca a solas, que en clase no te ha dirigido jamás la palabra… ¿Qué es lo que crees que hay entre vosotros?

—No me has entendido: estamos enamorados…

Creo que hasta esa noche no me di cuenta de que deliraba y había fantasmatizado a su profesor, igual que hubiera podido interpretar como signos de amenaza los programas de radio: la esquizofrenia se había dulcificado para aportar consuelo a un mundo interior árido, estéril y rígidamente monotemático.

Mientras, en la vida cotidiana, mantiene un contencioso doméstico-contable con su hermana: se someten a vigilancia, humillaciones y mezquinas venganzas, como carceleras en una prisión abandonada que alguien hubiese cerrado, llevándose las llaves,

Mi visita, después de nueve años tuvo el efecto de provocar celos y fricciones suplementarias, ya que mi alianza contra su hermana no se efectuó según los términos que exigía mi papel de amiga fiel. Me marché dejándole un teléfono con validez para dos meses al que no llamó. Sentí gratitud por ese silencio: hay una estética en la ausencia, cuando uno no se ofrece como espectáculo con su lamentable sucesión de miserias y lacras personales.

Hoy es su cumpleaños y no dejo de recordar el aniversario de aquella chiquilla de veintitrés años, que fue.

Barcelona, Marzo, 1982

La soledad sigue siendo esa guarida cálida que hace más llevadero el frío exterior. La vida compartida me zarandea con sus pequeños e insidiosos contratiempos. No soy flexible, no puedo serlo con lo que me condiciona.

Hay demasiadas zonas de sombra que sólo consigo obviar o ignorar por voluntarismo. Soy de esa gente que no cree sin pruebas —yo que fui crédula y confiada—, y me encuentro en el más absoluto descreimiento sobre los amigos, amores y otras hierbas. No hay solución para esto: puedo arriesgar mi integridad psíquica, romperme la crisma por ellos, amarlos, protegerles fervorosamente, pero no me creo nada. Me resultan inverosímiles. La dicotomía la resuelvo como Pascal, haciendo como si creyera, pero no

se puede hacer milagros con la fe que no se tiene; todo lo más, se consigue una vulgar y tibia aceptación resignada ante la que pueda suceder, y cualquier amago que observe me llena de un cansancio mortal, siempre agazapado para aflorar en cualquier momento. Y sin embarga, sigo pensando que son mejores que yo, y tanto ahora como antes percibo su calidad humana.

Yo no puedo ser mejor de lo que soy; pero puedo ser mucho peor. Y saber esto no sirve de nada y además incapacita para vivir con esa terca pretenciosidad de los necios, imbuidos de su propia importancia. Antes yo también era inatacable, estaba satisfecha de mí y nadie me hacía dudar: ahora soy vulnerable, estay inerme y no me siento capaz de asegurar que mis actos y mis respuestas vayan a ser nobles, ni magníficos. Pera tampoco pondría la mano en la lumbre por las características de mis amigos.

Quizá no valga la pena esta lucidez, pero la prefiero a cualquier otro estado de la conciencia: inquieta y no sirve para nada, pera si me fuera posible pedir un don, y me fuera concedido, como Salomón, pediría sabiduría.

La vida suele transcurrir plácidamente, sin contratiempos dignos de mención. Los amigos que dejé aquí, viviendo al mínimo, con el agua al cuello, insatisfechos, irresolutos, sincronizados como máquinas, sobreviven en estado latente, amorfo, neutro...

Cuando se tiene como hobby al género humano es normal encontrarse, en un momento u otro, con que las novedades escasean, pero cuando se descubre un incunable, cuando se encuentra entre la grisalla general un ejemplar fuera de serie, qué delicia. Los goces del hallazgo vienen empañados por los inevitables paseos arriba y abajo, la busca infructuosa, los encuentros fallidos, el trucaje que engaña a primera vista, revelándose el fraude cuando ya se ha hecho la adquisición. Además con las personas, el hallazgo no tiene la vigencia de los sellos y las monedas, que se pueden clasificar de una vez por todas. Cambian. El intrépido buscalíos, aquel flacucho que siempre lograba descolocarte con su lógica "sui generis" y te estimulaba, te sacaba del letargo mental, hoy es un prohombre que tiene usía, prudente en sus opiniones, un poco fofo de rasgos, toma partido por el sentido común más cutre y si quieres sorprenderte con él, tienes que quedarte con encefalograma plano; aquella regordeta, carirredonda, risueña, placida, desdramatizadora, siempre dispuesta a trasnochar, se te apuntó a las clases nocturnas de la Autónoma y acarrea un stress que roza lo obsceno, bosteza desde las cinco de la tarde y habla compulsiva y desordenadamente, te agota por mimesis.

Así es muy difícil abogar por un humanismo que no sea tan abstracto como esas

amistades que sobreviven a varias y sucesivas pérdidas de agenda, cambios de domicilio y de ciudad. Yo creo que al final, conservo el noventa por ciento de mis amistades, porque no es ético tirar por la borda relaciones que no estorban por lejanas, superficiales y prescindibles. Y así me pasa: me encuentro hablando de lo caros que están los uniformes escolares, los líos de convalidación que hay entre Magisterio y Derecho, la inestimable ayuda que son las cooperativas de consumo de las asociaciones de vecinos o la crisis del sector maderero en el Ampurdán. Después de tantos años, ¿como les digo que por mí se la pueden pillar con una puerta?

Genaro tiene esa dureza crispada que da encentrarse atrapado, al borde del crack y solo. Miente. Siempre miente y me miente también a mí, ahora, pero qué más da si no puede engañarme. Porque con él no puede importarme el dato falso, el escamoteo del prestidigitador de la verdad... Sólo me interesa esa tristeza en su mirada, sus ojeras, su voz que se quiebra, incapaz de modularla porque el cansancio, le vence. Y me importa su sonrisa, cada vez más breve, cada vez más escasa, porque quizás nunca se agote esta infinita ternura que me unió a él. Entonces yo aún pretendía que amar fuera posible, y no un juego entre tahúres que tienen las cartas marcadas, pero se complacen pensando que pueden perder y jugar limpio. Siempre me conmoverá su existencia y su realidad, siempre estaré dispuesta a defenderlo en mi interior, contra su deslealtad si es preciso, con esa complicidad furtiva que tenernos los púdicos y los escépticos.

Barcelona-Albacete, Abril, 1982

Cada día que pasa la misantropía es más insidiosa, deja menos resquicios cuando se trata de "la gente". En el tren me intento absorber en el libro, intento olvidar a mis compañeros de viaje mirando el paisaje, dejo de lado sus interpelaciones con una grosería cejijunta que no dé lugar a la conversación. Insisten con una buena fe que me encrespa y no me conmueve. Los odio antes de llegar a Tarragona. En Valencia, ya desearía saberlos muertos, siempre y cuando no se me impusiera la visión de sus cadáveres. Llegando a Albacete solo me satisfaría matarlos con mis propias manos.

Cuando llego a casa, la soledad me refugia y me acuna, sin ponerle precio a esa cálida sensación de paz que me proporciona. Mañana me levantaré cuando me despierte, y deambularé despeinada, meditabunda, sin testigos que me incordien, con una cafetera cómplice, sintiéndome absolutamente privilegiada por tener un lugar donde guarecerme de las atenciones e intenciones de los demás.

Hace un rato que me levanté. Los días son más largos y cae la tarde en las ventanas. No se oye a los vecinos. Me da pereza hasta lavarme y dejo que pase el tiempo sentada en la mesa canilla, hojeando les libros que traje de Barcelona, jugando con los colores de cera que me compré sin un plan preconcebido. Y pienso en Juan, vitalista convencido, que ahora es un perro apaleado y gruñe una imposible venganza misérrima e innoble; pienso en Jaime, que desemboca en sórdido adulto, según lo previsto, sin despertar mi inquietud por el desaguisado humano que se avecina; pienso en Sofía, tan lejana en su medio y tan ficticia en su vida. De mi viaje sólo Genaro, como siempre, quedó indeleble en mi retina y en mis sentimientos

Mecanografío cosas del año 1978 y escucho jazz en Radio Nacional. Hago un alto para tomar café y desentumecer mis neuronas.

En el magín reconstruyo aquella época, comienzo o culminación de aquella sensación de ser esquilmada en mi mejor yo. Qué poco preparada estuve para aquel dolor sordo, in crescendo, que terminó con una parte de mí para siempre. Todavía en mi nariz hay aquel olor a muerte que persiste escondido y que, de pronto, me llega penetrante, sin previo aviso, con ese cansancio letal que le acompaña. Luego lo olvido y me ridiculizo cuando vuelvo a mí, la vida me espera y sólo quiero vivir; pero cuando se cierne sobre mí, hasta lo más hondo de mi integridad es un desierto bombardeado con napalm, y a duras penas, logro maldecir y rebelarme. Cada vez más a contracorriente puedo resistir, esperando que se vaya., porgue sé que si dejo que el tiempo pase, voy a vencer una vez mas. Pero cada vez es más larga la estancia de este huésped inoportuno, me encuentro más a su merced y resulta más tentadora su oferta: dejar que fluya sin mí la belleza y el espanto...

—"Tú siempre confundes la tristeza con el cabreo"— decía. No confundo; sé que sólo me salvará mi rebeldía y que algún día me cogerá de buenas y con toda mansedumbre, sin aspavientos, caminaré plácidamente hacia la orilla. Y nadie podrá impedirlo, porque la posibilidad de ser salvada tiene un recorrido que yo he hecho a la inversa. Alguna vez creí poder agarrar las manos tendidas, pero solamente me hicieron tragar más agua, intentando vanamente asirlas y emerger.

Toledo, abril, 1982

Sobre la serenidad, sobre la felicidad no hay posible discurso, no hay una literatura

sobre este estado anímico que no caiga en la cursilería. Y sin embargo, existe como contrapunto vivencial. Pero hay que ser muy sabios para expresar la gratitud, la celebración de la vida.

La serenidad, que huye tras recibir el aluvión de los otros, vuelve mansamente. Al principio se queda en el umbral, luego se instala a mi lado y después se incorpora a mi gesto y lo distiende. Vuelve la placidez.

Mi ciudad, abril, 1982

Junto con mi capacidad casi camaleónica de adaptación, esta absoluta, negativa a ser acomodaticia. Cualquier ambiente por muy diferente del mío que sea, me encuentra dispuesta a absorberlo casi osmóticamente, sin resquicios en mi receptividad, trato de conocer el medio ávidamente, con el juicio en suspenso. Paralelamente en mi interior mi espíritu crítico, y mi propio criterio se fortalecen. Pero no necesito intervenir, opinar, cambiar: me basta con conocer.

No necesito librar batallas parciales, y no me arrepiento de la intransigencia que utilizo conmigo; lo acomodaticio degenera en mediocridad vital, en adocenamiento.

De acuerdo, las mujeres somos oprimidas —y los kurdos— nuestros derechos negados —y los del pueblo palestino—, somos sistemáticamente juzgadas y agredidas en función de nuestro sexo —y los trabajadores en función de su clase—, pero el meollo diferenciador de nuestra realidad, no es el carácter más o menos dramático de nuestra, existencia; el sufrimiento no puede legitimar a ningún sector si no es desde un humanismo detestable.

La mujer establece un combate por su libertad que incluye la complicidad con el opresor como individuo identificado y en solitario, con lazos de apasionado afecto; pero esa individualidad no le exime de pertenecer al grupo opresor: ésta es la dialéctica que nos caracteriza —nuestro escollo—, y no puede ser la misma que la que enfrenta al obrero con el capital.

El trabajador no convive con su patrón, no comparte con él los hijos, no le dedica su ocio y en sus efusiones emocionales no lo tiene como "partenaire". Este desdoblamiento, cualquiera que sea nuestro grado de radicalización, nos incapacita para reflejarla en la práctica. Estamos teóricamente contra el machismo y en la práctica nos encontramos engordándole el ego al machista-amigo, al machista-hijo o al machista-amante.

No se puede disparar contra quien ofrece un rostro amable, con quien existe una complicidad lúdica y afectiva. Lo recomiendan todos los manuales; "no mires a los ojos del que tienes que matar, se altera el pulso.”

Como mujeres queremos luchar contra el machismo allí donde se manifiesta, sin concesiones, pero pretendemos que nuestros vapuleados no sólo no se sientan agredidos, sino que, además, nos comprendan y estén de nuestra parte: queremos, necesitamos que no nos dejen de amar. Nunca se le ha pedido a Ferrer Salat tanta magnanimidad; basta con que tema las consecuencias y sepa que no puede abusar impunemente. Nadie pretende que sea tierno, comprensivo, estimulante y un apasionado defensor de los obreros. Pero las mujeres no nos hemos despojado en esta batalla de la necesidad de ser amadas y gustar a nuestros adversarios, y si nos responden con rechazo es nuestra seguridad ontológica la que peligra.

Si llegásemos a esas inaccesibles cumbres donde no necesitemos que nuestro opresor —delegado reciba con afectuosa aprobación nuestra lucha contra él, habremos alcanzado un poder como no llegó a imaginar en sus delirios de grandeza aquel pobre hombre llamado Nietzsche.

Es el único camino posible y las consecuencias serán vertiginosas, la mutación más asombrosa que haya conocido la humanidad desde el paleolítico y está reservada exclusivamente a las mujeres.

Los lápices de colores se convierten en elementos que combina en busca de la piedra filosofal. Serio, concentrado como un alquimista, resuelve la imposible aleación para hallar el color y la textura del bambú. Y una extraña confianza sosegada me transporta a una felicidad tenue y dulcísima porque es hermoso percibir que a mi lado alguien intenta extraer de la materia inerte, agua, tierra, bambú, con el matiz exacto que desea.

Los chiquillos crecen; Juana y Marce han tenido una niña. Marce lloró al saber que no era un varón v no quiso verla hasta tres días después.

Cuando sea mayor esta cría tendrá que aprender a prescindir de la aceptación y el afecto o mendigará aprobación a cualquier precio, otorgando a cualquier hombre, trasunto de su progenitor, la autoridad de juzgarla. Es la encrucijada existencial donde cada mujer se halla un día y ha de definirse. La clase social, el éxito profesional, la capacidad intelectual sólo son taparrabos que atenúan la respuesta o la desmesuran, y en

esa opción quedan eliminadas gran parte de mis congéneres, incapaces de afirmarse rotundamente como individuos. Pero hace de otras, seres prácticamente invulnerables: de ellas, de las menos, es el reino de una integridad inaccesible para el resto.

Marina ha vuelto a casa de sus padres. "Depresión nerviosa", dice el psiquiatra. Sus padres han acogido su fracaso con una explícita e impúdica sensación de triunfo.

—"Creía que podía prescindir de nosotros, pero ya ves que nos necesita."—me dicen. Y de su utilidad extraen argumentos que la invalidan como interlocutora y parte decisoria.

Yo me identifico con Marina —otros se identifican con Dovstoiewski, que es más interesante— porque la chiquilla tiene mis defectos, eterna insurgente con más rebeldía que armas, con más ternura estancada que agresividad., aunque hay un defecto en el que no nos parecemos y es mi orgullo, que supera a mi debilidad y la neutraliza, y hoy por hoy me salva de estar a la merced del amor que se basa en la prepotencia que el otro extrae de mi propia *détresse*.

La única posibilidad cuando algo funciona mal en mi interior es la amputación. Cuando he querido curar con apósitos y ungüentos he terminado con gangrena, al borde del colapso existencial. Por muy drástico que sea amputar siempre permite continuar contando con las propias fuerzas, sin delegarse en fisioterapeutas que pueden equivocarse y agravar la enfermedad. Pero eso no se lo puedo decir a los jóvenes, ellos tendrán que adquirir su propio descreimiento y su propio cinismo: la crueldad ajena se multiplica por ciento cuando alguien está inerme, y aprender eso no puede transmitirse, sólo puede experimentarse.

Siento cariño, ternura y amistad por algunas personas, pero hasta que punto no será una coartada para esta radical soledad en que me zambullo cada vez más profundamente... Sin embargo tengo la certeza de que esta época me es tan necesaria como un balance impostergable. No se puede flotar eternamente, hay que tocar fondo, llegar hasta el horror si es preciso, y dar la última paletada de tierra sobre las tendencias autocomplacientes, que magnifican el entorno y sus habitantes, y quizás no sea realista, pero no es posible la síntesis sin llegar a los extremos de amor y desamor de aceptación y de rechazo. El peligro está en quedarse en la pequeñez, en el rencor, sorda a toda manifestación de benevolencia.

Nadie tendrá que contarme qué significa llevar la ironía hasta el sarcasmo sin que se altere mi plácida expresión. Un profundo refocile me acuna al alba despuntada y me abrazo tiernamente, como a una niña pequeña, que morirá conmigo. Desde esta desnudez —llamada por los sagaces "complejo de Peter Pan", se ve con toda nitidez el sórdido universo del adulto, que despliega ante sí la inútil crueldad que tienen los tontos y los débiles, y soy despiadada como sólo se puede ser desde la apasionada curiosidad de la niñez, lanzando cargas de profundidad para ver qué resulta. Luego consuelo a los náufragos y los vuelvo a depositar dulcemente en una zona infectada de tiburones, donde, después del salvamento, les será más difícil flotar, momentáneamente lasos, y se agarrarán a un tronco a la deriva que les destrozará las manos.

Y mi placidez como una bofetada sutilísima cuando lanzan su indescriptible SOS, que finjo interpretar como un adiós convencional.

Quizás no sea justa y no lo sea nunca, pero por Satanás, estoy haciéndome justicia. ¿Piedad? Conmigo, la que no deje en el enemigo ningún coraje para empezar otra vez el rearme. Y la broma al gusto británico: me erijo en dulcísima enfermera que enjuga las lágrimas que sólo yo provoco, anulando la rabiosa determinación de sobrevivir que los salvaría.

Luego hay que velar los cadáveres, como mandan las obras de misericordia, para impedir que salgan de sus tumbas.

Me pregunto si algún día podré escribir y describir esta gratitud, esta sensación fuerte y dulcísima, que me sobrecoge cuando pienso en mis chiquillos, cada cual un universo, cada uno una puerta al futuro, por el que apuesto a ojos cerrados porque les pertenece.

Ahora, navego entre brumas de papel y garabateo frases que no rezuman hidromiel como quisiera. La escritura no sirve para, describir toda esta ternura que siento y que no es mía. Mía es esta desazón ante un mundo que puede golpearlos demasiado y demasiado fuerte, mía es esta zozobra ante la insensatez que pueda quebrar su risa y mi sonrisa. Nuestro es este intento estéril de hacer más vivible su presente, pero nos faltó aliento y todo queda en una oquedad parlante, que promete futuras construcciones de barcos, que quizás no se harán a la mar jamás. Y a los crios hay que decirles la verdad, aunque nos mintamos a nosotros mismos, y aunque nuestra vida sea una eterna farsa, que perciban nuestra profunda inanidad y nuestra vacuidad para que nos soslayen sin miedo a

herirnos. Les debemos eso porque el futuro es suyo, por derecho y para vivirlo tendrán que pisar fuerte, dejar de lado la piedad y si podemos estar a su lado, si podemos aportar algo, que sea nuestra pobreza, nuestra gratuita, ternura y nuestro miedo a herirlos.

Mayo, 1982

He tenido que esperar para escribir sobre Hipólito y nuestro reencuentro. Fue un error mezclar la zumba de Dimas, la biunívoca visión del mundo de Fabio, la necesidad de claridad de Rebeca con aquel hombre desmoronado que nos salpicaba escombros, y ante ellos aligeré la vivencia y su significado, y fingí estar de acuerdo.

—"Quería acostarse conmigo y ya está". Pero sola ante mí, en justicia, reconozco que aquella danza ritual que me dedicó, era su testamento, su última voluntad y, curiosamente siento más pudor ajeno ante el recuerdo de aquella velada que si realmente hubiera sido una frustrada invitación a la cama.

Hipólito es un elefante que aplasta si abraza, pero sus abrazos siempre están dirigidos a sus congéneres, porque a las mujeres nos teme, y sólo humilladas puede utilizarlas para sus efusiones. El muro es infranqueable entre él y las hembras. Precisamente me asexualizó hasta el punto de olvidar que yo era una de sus enemigas seculares para poder ser insinuante y rudamente amoroso sin sentirse en peligro, sin esperar respuesta, como si yo fuera una de sus jóvenes amigos, donde proyecta su creatividad, su sensualidad más depurada, que niega para ocultar su homosexualidad, más que latente, distorsionada. Me acogió con la sed de quien atraviesa un desierto, en la carencia, más absoluta. Mi llegada despilfarrándome, sin conocer el ahorro vital, fue más obscena que su impudicia. Lo que captaron los otros fue la danza erótico-amorosa, pero yo, que conozco hasta qué punto es rígido y petrificado en sus relaciones con las mujeres, hasta qué punto es enjundioso e insinuante en su relación con los hombres, no pude tener la misma impresión.

En el fondo, tuve una secreta sensación de triunfo y recochineo ante su sumisión fascinada. Nunca fue mi amante, pero su labor de zapa fue la continuación de la de mis amantes, y lo percibí como un delegado de ellos, con la exclusiva intención de socavar mi seguridad y hacerme blanco de toda esa incapacidad de aceptación.

Y allí estaba, al cabo de los años, preso de una relación simbiótica que exige un comportamiento diferente, en la trampa de mi receptividad aceptante, olvidándose de que trató de herirme con reproches y acusaciones que no tenían respuesta ni defensa posible. A cambio le ofrecí la imagen apaciguadora y sazonada de "chicazo" bonachón y reflexivo, que taladró su coriácea desconfianza, hasta hacerlo vulnerable. No fui

consciente de mi profundo rencor, de ni deseo de venganza hasta entonces. No me puedo ensañar con el vencido, pero tampoco puedo olvidar, a pesar del tiempo transcurrido, que los verdugos tienen que colocarse en la situación del ajusticiado para apelar a mi piedad, para que olvide el hacha afilada y lista para el uso, y sólo entonces puedo prescindir de la venganza, no antes. A partir de ahora puedo jugar limpio con él.

Su inquina ya no va dirigida contra mí, ya no soy su rival, sino contra otra mujer que ha tenido la desfachatez de serlo. Me busca, como aliada:

—"Bretón se ha prostituido, su mujer es una de esas que hacen que el hombre desempeñe el rol de padre y de marido, roles que cualquier hombre necesita, pero que son falsos y lo anulan."

Yo le dije que no, que su adalid está mejor que nunca, que su compañera es el ideal femenino que yo recomendaría a mis amigos. Y se sulfura ante mi ceguera, tartamudea.

Yo sé que el suyo es el retrato más auténtico de esa pareja, de cualquier pareja, pero también sé que acierta porque proyecta su propia situación, por eso no perdona y se siente lucidamente desengañado sobre la plenitud vital de su epígono. Pero yo puedo ser piadosa con esas componendas, puedo fingir no verlas: no necesito hacerlas.

Los veo como a enfermos irrecuperables, que padecen un dolor sordo, más insufrible cuanto menos lacerante, que les obliga a vivir un sucedáneo de vida, mientras se hallan mutuamente culpables, mutuamente traidores a sus presupuestos vitales para ocultar la propia gravedad de su caso. Cuando cuidaba a E. en el Hospital, un enfermo de distrofia muscular me contaba con los ojos brillantes de triunfo: —"Ese lleva aquí más tiempo que yo y no le queda ya mucho: no sé por qué llama tanto a las enfermeras, si no pueden hacer nada...". Era el único que se extrañaba de la rebeldía del otro ante la muerte. Murieron con un mes de diferencia y su comportamiento en los últimos días fue similar.

Velada entre mujeres, en esa sutilísima alquimia sólo posible entre congéneres, con el pasado patas arriba y en el presente un campo de batalla, donde sólo cabe la Cruz Roja y no hay ningún vencido.

P. rememora conmovida aquella escaramuza con Aurelio, que dio al traste con sus sueños adolescentes. Lo sórdido, lo mezquino le duele aún y yo lo entiendo, porque se puede olvidar el dolor insoportable, el drama inapelable, pero siempre queda emboscada en la memoria aquella pequeñez que nos hizo pequeños, aquella mezquindad que nos hizo miserables, mínimos contables de incontables ofensas pequeñitas. Y es ese orgullo

cutre el que duele. Las heridas en el amor propio dejan feas cicatrices.

No intento que todo lo que cuento sea verdad, porque a veces, es necesario esquivarla para transmitirla fielmente. Cuando San Juan de la Cruz —o Santa Teresa— escribió "Vivo sin vivir en mí", quizás no fuera maniáticamente exacto, pero consiguió mayor veracidad que diciendo "Estoy deseando ir al cielo".

Vida social: fui a tomar café con Bernabé y su mujer, Carmela, y acude también la pareja feliz Pura y Santiago.

—Es horroroso las pocas cintas nuevas de video que llegan...

—“Si, es horroroso” — remacho risueña, segura de que no les dará por pensar que me burlo.

Cuando he llegado ha habido un escalofrío general de inquietud porque, con un poco de suerte, serán zarandeados, epatados, vapuleados, intrigados, escandalizados...

—"Nos preguntábamos antes de que llegaras que de qué vives. "

Sonrío y finjo no advertir la pregunta implícita. —¿No tendréis algo de comer?" Y claro que sí, enseguida Carmela trae una bandeja de quesos a los que hago honor, y un vino de marca que elogio. No saco del bolso mis “Celtas”, así es que fumo de los suyos —*Winston*— diciendo que qué lastima que no tengan tabaco negro. Bernabé desaparece discretamente y me sube del bar *Ducados*. Mientras tomamos café les digo con la expresión más dulce del mundo: "Ahora, ya sabéis de qué vivo; chuleo al personal comida, tabaco y café a cambio de obsequiar con mi presencia... como Sirikit." Sonríen un tanto incómodos, pero absolutamente hospitalarios. Yo finjo no ver su turbación y remacho:"Por un café o un paquete de tabaco, digo algunas genialidades; por una comida como la que me habéis ofrecido me sincero un poco. Toda la verdad sólo la digo por una comida en toda regla o una noche de amor de un amante magistral.” Estoy buscando camorra y, sin embargo, una relajada parsimonia admirativa acoge mis declaraciones.

Y no obstante, Bernabé me conmueve y lo salvo sin retorcimiento mental alguno, pero no puedo frecuentarlo mucho. Si no estuviera tan ridículamente dispuesto a mitificarme... Tengo la sensación de surgir directamente de una leyenda cuando me miro en su mirada, y cuando me besa percibo su malestar ante el sacrilegio que acaba de cometer. Este adorador me baja la libido a los pies y, además, es tan patéticamente ordenado y falto, de locura, que yo creo que lo más excitante que le ha ocurrido en su vida

ha sido conocerme y la magnitud del cataclismo le viene grande. Carmela, su mujer, me observa y me cerca, intentando indagar dónde interviene el misterio, con un comportamiento sibilino y zalamero que no me gusta. Juego con ella una sutil danza donde subyace lo lésbico, que no rechaza. Bernabé tiene los ojos desencajados cuando nos sorprende hablando en voz baja., mano a mano. Carmela me deja el papel de seducida y ella juega a conquistar, totalmente imprudente y confiada en su fascinación. He dejado intacto el mito de Don Juan, pero Doña Inés...

Cuando nos separamos las carcajadas me ahogan, y me libero de todo histrionismo a solas. Cuando la noche cae, hay una sensación de triunfo que no es excitante por sí sola y me sumerjo en la reposante relación desdramatizadora de la única mujer que me fascinará, una y otra vez, jugando al escondite con la luna, pedaleando en la oscuridad, en busca de no sé qué plantas de poderes desconocidos y sólo interrumpe el silencio de la noche los ladridos de los perros guardianes que se sobresaltan a mi paso.

Coincidentes lecturas sobre temas bélicos. La guerra, la violencia como espectáculo me sigue pareciendo una demostración de la estupidez humana y su máxima expresión, representada por los valores llamados "viriles". El motivo debe de estar en esa archidemostrada incapacidad de los hombres para apasionarse por lo concreto y particular, necesitados de generalizar.

Lo épico no podría sostenerse con características femeninas; las mujeres tenemos una especial mala baba para deducir de un síntoma una enfermedad de origen medular. El héroe puede demostrar durante toda su vida que lo es, pero un instinto malévolo e innato nos hace encontrar, en aquel gesto mezquino de un día, lo realmente veraz y todo lo demás se convierte a nuestros ojos en un montaje mixtificador, que no nos engaña. Y lo peor es que solemos llevar razón.

Emma Goldman, fanática revolucionaria, pone en causa la revolución bolchevique porque tiene frío, hambre y no hay recursos adecuados para paliar las necesidades del pueblo ruso. A una mujer hay que convencerla con hechos y no con argumentos, con resultados y no con proyectos.

Mayo, 1982

El éxito de público me acompaña, pero cuando dejo de evitar las relaciones sociales pierdo completamente la perspectiva de mí misma y un personaje ocupa mi lugar, se

descoyunta la percepción de mi realidad a cambio de un puzzle donde adquiero contornos míticos, inquietantes, desmesurados. Luego tengo que hacer un esfuerzo, retirar los escombros, proceder al desahucio de ese otro yo social y cobijarme en la, soledad, con un saborazo amargo ante el diagnóstico, cada día más excluyente, que los demás rubrican con su morbosa y extraña lógica de los hechos. Lo más aparentemente anodino, mis viajes, mi bicicleta, mi casa remendada sin adornos, mi depauperada economía, mi soledad, mis gustos y mis desacuerdos, mi amistad con Marcos, aparentemente tan opuesto a mí, mis chiquillos, se convierten en manifestaciones de una extraña adscripción a no se sabe qué misterioso grupo, que es determinante de mi actividad. Todo menos darse cuenta de que una no es portadora de valores eternos en lo universal o lo que es lo mismo, que nunca llegaré a nada ni lo pretendo.

La encrucijada en la que me hallo es un callejón sin salida: soy pacifista si tienen que dejarse el pellejo los veinteañeros, pero mi dialéctica visceral es la de los puños y las pistolas y creo necesaria una espiral de confrontaciones entre las clases, donde no caben consideraciones de índole moral sobre la hipotética inocencia de los muertos, y sin embarco, creo que nada ni nadie merece la pena que produce, no tengo fe en el resultado y si yo sobrevivo, si sobrevivamos las gente como yo, haremos una mala copia de la sociedad coercitiva que odio.

Quien haya tenido mi experiencia sabe que sólo se puede luchar por la propia libertad, porque los demás no desean la libertad, sino la seguridad.

Y, demagogos desengañados, nos hemos arriesgado, hasta adquirir un desprecio la multitudinario por ellos, que no nos permitirá dudar en engañarlos y utilizarlos, pero incapaces de mentirnos a nosotros mismos, jamás magnificaremos las motivaciones y ésa, quizás es la premisa para que siempre respondan a nuestras expectativas sin sobrepasarlas.

Viene a verme, emergiendo del pasado, José María. Mitifica nuestro pretérito y yo lo he desmitificado hasta dejarlo hecho unos zorros. Marina juega a las prebendas veinteañeras para inducirnos a confesar cuán preferible es su edad a la nuestra. Yo reacciono como un gato al que le pisan la cola. No pasaría por nada del mundo otra vez por aquella incoercible necesidad de aprobación, aquel desgaste de energías por percibir amistad donde solo cabía esperar animadversión, por aquel desajuste entre lo que era capaz de aceptar y lo que era capaz de inspirar. Afortunadamente nunca más volveré a

tener veinte años y los próximos que cumpla estarán cada vez más lejos. José María no, tiene una memoria misericordiosa e infiel, y se recuerda infinitamente mejorado. Yo lo recuerdo todo lo más conmovedor, pero tan irritante…

Mi dulce amigo trata de encontrar un resquicio en su calabozo y me elige como puerta de salida, ahora que ya es tarde, ahora que ya he aceptado que su estatus social y sus deberes sociales son lo primero; ahora que soy una puerta condenada y sellada para sus ansias de libertad en compañía, ahora que soy yerma y árida si la alternativa es hacer concesiones.

Mi dulce amigo tiene los ojos húmedos y me aprieta la mano hasta hacerme daño, pero yo me he clavado las uñas, cerrando los puños y me negué a llorar tantas veces, tanto tiempo, mientras le obsequiaba con frases asépticas y sonrisas civilizadas para no coartarle, para no emponzoñar su presidio escogido, que ahora el chantaje emocional me pilla sin fondos disponibles.

Para la mayoría la verdad es, ante todo, fidelidad roma y chata a la más estricta y elemental percepción abotargada. Si llevaran razón, confieso que no me importaría ni lo más mínimo la veracidad. Otra cosa sería si al menos fueran verdades divertidas, pero me aburren con su necedad y su absoluta falta de imaginación.

Para ser tristes y desgraciados no hace falta grandes dotes. Los imbéciles sufren, por lo que parece, cualitativa y cuantitativamente más que yo.

La lucidez, sin embargo, predispone a la, insatisfacción y la felicidad es un estado intermitente que subraya con toda su crudeza los logros personales, paupérrimos reflejos de las aspiraciones de perfección, pero existe. Los tontos solo conocen este adocenamiento anestesiado que describen como bienestar.

Junio, 1982

El discurso del oprimido es reiterativo, el discurso del poder es cambiante y variopinto. El lenguaje del oprimido es paupérrimo e infiel, el lenguaje del poder es policromo y ajustado como un torno de dentista.

Poseer el lenguaje no nos deja compartir el poder, pero nos aleja del desposeído. Hay quien se conforma con eso, con que no lo confundan con un don nadie.

Se supone que la maldad se paga en la otra vida, lo que es seguro es que en esta se paga la estupidez y la pusilanimidad, recae sobre sus hijos y los hijos de sus hijos, hasta, la séptima generación y es justo que así sea. Y si al menos no se multiplicaran como conejos...

Ha muerto el vecino. Sus familiares, lo que más sienten es que alguien pueda creer que no lo han sentido, y atruenan con sus lamentos al vecindario.

Víspera de San Juan

Esta noche, en la hoguera, no quemaré nada viejo, nada exorcizaré, nada quiero olvidar, si no es esta maldita sonrisita torcida que se me estampa en la cara cuando debería ser seria.

Las margaritas son flores tontas, con su sistema binario de síes y noes. Sólo el quizás tiene sentido y razón de ser, justo la única respuesta que no dan las margaritas.

Julio, 1982

No se puede decir yo sin mentir, pero decir "nosotros" es un engaño, aunque siempre quede la posibilidad de arrepentirse, cuando la lucidez tomó vacaciones y creímos haber hallado la inefable ecuación, para descubrir poco después, agazapada, nuestra soledad, siempre ella y la misma, como la única ensenada que siempre nos acoge sin hacer antesala, sin retrasos ni olvidos. Hace tiempo, constatarlo me crispó el gesto; hoy ya no hay tristeza; vivir es hermoso por eso mismo, vivir es cada vez menos hermoso.

La diferencia entre los profesionales de la moda y yo es que ellos son misóginos y tratan de obviar la feminidad de sus modelos y cosen para efebos, sintiéndose frustrados por las curvas y sinuosidades del cuerpo de la mujer, mientras que a mí me gusta coser para las mujeres, y sus cuerpos realzan siempre mi obra. Yo soy una lesbiana platónica.

Aquel amigo con quien compartí la primera vez de tantas cosas, después de tantos años, ha guardado intacta su risa y el brillo de su mirada.

La gratitud, la ternura y una rara sabiduría dispuestas en batería nos acogen, sin resquicios para el arrepentimiento por lo que fue y lo que debiera haber sido, sin nostalgia. Es verdad que alguna vez pudimos ser más jóvenes, jamás tan bellos.

Leo a Oscar Wilde, autor que había soslayado por llevar la contraria. Yo que soy "âme et pied à terre" me dejo fascinar siempre por quienes son capaces de hallarse y perderse en una gran pasión.

Dice de Hamlet: "En vez de tratar de convertirse en héroe de su propia historia, trata de ser espectador de su tragedia. No cree en nada, ni siquiera en sí mismo; pero su duda es estéril ya que no proviene de su escepticismo, sino de su voluntad dividida."

La época y sus epígonos no ofrecen demasiadas alternativas y esta agotadora escisión entre mi mente y mi peripecia, entre mis sentimientos y mis convicciones, crea un muro de silencios intencionados. Reconozcamos que mi par, mi interlocutor es una entelequia que trato de realizar con un sinnúmero de relaciones parciales, que no totalizan mis expectativas, en el caso de que fuera tan necia como para tener expectativas de relaciones totales. Como no lo soy, sé que esta aceptación no empeora mi mundo relacional, y mañana solo yo podré recrearlo, sin interferencias del modelo que reclama fidelidad con el boceto, que en mi interior contiene la tormenta de granizo que duró dos minutos y me hizo un chichón, los seres que pesan de manera indeleble, precisamente por su fugacidad y que si permanecieran romperían filas en una inmensa grisalla; las frases que no recreé fielmente porque eran defectuosas, pero fueron punto de partida para un razonamiento tan elaborado como un encaje de filtiré.

Todo es.

Esta inversión de energía será capitalizada mas tarde en forma de una arruga, un rictus, una entonación, y a eso quedará reducida esta obsoleta realidad. ¿Se puede pretender mayor gratuidad?

Un grupo de amigos expectantes le preguntaron a Alfonso Grosso sobre Alejandría,

esperando un emocionante relato de otras épocas, otras civilizaciones, otro mundo. Con su acento cerrado del sur contestó: —"¡Aquello es un polverío!". De casi todo y casi todos se puede decir lo mismo: algo o alguien pasó y dejó un puñado de tierra en los ojos.

Agosto, 1982

Me dan ganas de irme a la Gomera a silbar; aquí puedo tener el mismo intercambio de opiniones que con los zulúes, pero todo es culpa mía: me interesa apasionadamente alguien que tengo al lado, sabiendo que no tengo en cuenta el interés intrínseco de la criatura en cuestión, sino mi espíritu cotilla, y acabo esquilmada con su falta de relevancia, su vulgaridad. Justo castigo.

Mis nietos se marchan de vacaciones, los veo salir con las mochilas al hombro, con envidia y un cierto alivio, porque necesito estar sola y con ellos, que dejaron de creer en el confesor y todavía no creen en el psicoanálisis, pero tienen urgencias de confiarse sin obtener a cambio juicios de valor, mi soledad siempre está en un ay. Y es imposible saber quien es el terapeuta, si ellos que confían en mí y me obligan a ser confianzuda y receptiva o yo, que no les enjuicio y considero un valor absoluto que estén bien, que no les pase nada, que sean felices antes que buenos, generosos o valientes. Amar es no juzgar.

Peer permanece prisionero de la piedad y de la esperanza, absorto. Sí, la piedad es una sólida cadena que impide la libertad; si, la piedad obliga a tener en cuenta los deseos del otro, y el otro siempre tiene deseos casi tan sólidos y tan frágiles como el amor que te ata a sus proyectos. Siempre alguien debe olvidar su piedad, sus deseos, sus proyectos o su amor porque se excluyen.

El principio del fin suele tener el aspecto de un episodio cualquiera, en el que la obligación subraya las lealtades que crecen en un terreno baldío.

Madrid, setiembre, 1982

Trabajo en una "casa bien". Ella se identifica cuando habla por teléfono con el tendero para hacer el pedido: "Soy la marquesa de A."; y cuando responde en el

contestador automático dice “Soy Tea, déjame tu teléfono y en cuanto tenga un minuto, te llamo.” Los aristócratas distribuyen su trato igualitario e informal con la misma falta de criterio que los bolcheviques; y sólo reclaman el respeto de quienes no tenemos categoría ni damos prestigio.

Diciembre, 1982

Viaje sorpresa al infierno industrial. Había, imaginado que los años de abotargamiento y calma habrían atrofiado mis posibilidades, mi concentración, la memoria. No hay sino una ciudad desconocida, con teléfonos equivocados y direcciones de gentes que se marcharon a otra ciudad. Del socavón de la realidad surge una decisión cabezona y obcecada, que no tiene nada que ver con las posibilidades que se vislumbran. Estoy decidida a dar con el paradero de esa loca tan redicha que ha escrito una carta a "El País".

Huelva es una de las ciudades más contaminadas de España, junto con Tarragona y Avilés. A cambio de un polígono industrial y puestos de trabajo, los onubenses tienen las industrias contaminantes que ningún país europeo ha querido instalar en su territorio.

A unos cuatro kilómetros del centro, en la carretera de Sevilla, se encuentra el Hospital Psiquiátrico Provincial. Cuatro veces al día llegan y se van los autobuses de línea, que comunican con la gente normal, que respira con toda normalidad los gases de las fábricas de titanio, cloro, celulosa, ácido clorhídrico, fertilizantes...

En El País del domingo, 28 de noviembre, en la sección "Cartas al Director", Alicia de las H. J. denuncia estar internada contra, su voluntad y a petición de su padre, en este hospital, "donde me encuentro y me considero secuestrada".

Quizás haya sido ese oscuro temor ancestral, que todos tenemos a los todopoderosos psiquiatras, capaces de leer en el fondo de nosotros la anomalía, o la película del sábado en la televisión, con escenas de manicomio dignas de Dickens, el caso es que he llegado al Hospital Psiquiátrico, echando de menos aquel cursillo de supervivencia de las C.O.E.S. y todo porque me gustaría tener en mi haber el rescate y salvamento de una dama. En el viaje he imaginado los muros grises, erizados de alambre de espinos y vidrios rotos, los psiquiatras hoscos de penetrante mirada y traje oscuro, casi talar, rodeados de cuidadores, antiguos pesos pesados, y quizás algunas enfermeras de gesto enigmático. Al

llegar creo haberme equivocado de establecimiento: el camino que conduce al Psiquiátrico está bordeado de árboles y paseantes; en el vestíbulo los pacientes conversan, entran y salen sin que nadie intente impedírselo. Fingiendo un desparpajo que no siente ningún visitante, me adentro en un dédalo de pasillos hasta un patio interior, con ventanas de visillos naranjas, en busca de Don Antonio Rodríguez, el director. D. Antonio parece aquel anuncio del Pelargón con cuarenta años más y el psiquiatra que lleva el caso de nuestra victima, Don Antonio Pichardo, es un hombre joven, prematuramente serio, que quizás se muerda las uñas en secreto.

Buscamos un sitio para hablar, pero del primero nos despacha otro psiquiatra porque hay consulta externa de psicoanálisis y solo allí existen las condiciones ambientales idóneas, me explican. Así me entero de que el Hospital ofrece un servicio de consultas que en el año anterior superaron las seis mil sesiones.

Me hablan de psiquiatría preventiva, de la necesidad de sanear el medio ambiente familiar y social del enfermo, de su inserción en la sociedad, previamente concienciada para que desarrolle una comprensión y aceptación que hoy no tiene.

En mi pueblo siempre se ha protegido mucho a los tontos y los locos, pero en una sociedad masificada me parece mucho más difícil conseguir sus propósitos. Sin embargo no se lo digo, me parece un crimen quitarles las ilusiones a estos especialistas de la psique y ofrecerles, mondo y lirondo, el principio de realidad con la consiguiente lucidez amarga y desencantada, que los psiquiatras se empeñan en hacer coincidir con la salud mental; prefiero dejarles que arreglen el mundo con sus presupuestos antipsiquiátricos, con tal de que conserven ese esperanzado entusiasmo.

Pero cuando, al fin, encontramos un despacho libre y planteo el tema de Alicia, que acusa al Hospital Psiquiátrico de "secuestro", misteriosamente desaparecen los ingenuos reformadores y surgen los "psiquiatras institucionales a la defensiva.

—Primero: "El País" no debería haber publicado la carta de una enferma mental, porque si se generaliza la práctica, se desprestigia, la institución médica y su especialidad. Sonríe Antonio Pichardo irónicamente y pregunta si es costumbre publicar todas las cartas de locos contando delirios de persecución.

—Segundo; Deberían haber consultado con el Director del Hospital Psiquiátrico de Huelva. No es tan fácil ingresar y retener a alguien contra su voluntad, sin una patología, clara, eso deberíamos saberlo. Es necesario que un médico ajeno al establecimiento recomiende el ingreso, que un psiquiatra del centro lo admita, y el director confirme el diagnóstico. No es tan fácil.

Habla el director, claro, que me ha dejado sentada, en una esquina del despacho, en un sofá bajito y se ha instalado en un sillón giratorio, a tres metros de distancia, con las piernas cruzadas, agarrado al historial de Alicia de las H, una demente que ya ha sido ingresada con anterioridad en Murcia y Tenerife, que ha recibido tratamiento psiquiátrico con anterioridad, remacha triunfalmente ante mi desconcierto.

Y esto no es América, donde la gente va al dentista un par de veces al año y al psiquiatra todas las semanas —pienso—, aquí se va al dentista para que nos ponga la dentadura postiza y al psiquiatra no vamos, van los locos, o mejor dicho, los llevan. Haber recibido tratamiento psiquiátrico es simple y llanamente infamante. A esa gente no se le publican cartas en los periódicos, ni se les hace caso si protestan, y parece mentira, que yo pierda el tiempo pretendiendo investigar un asunto así si quiero llegar a hacer algo en periodismo (sic). Lo que sí sería interesante —prosiguen— es escribir sobre la labor que hace un hospital abierto, sin muros exteriores, con una Psiquiatría de talante liberal, no manicomial, eso si es serio. Y hablar de lo que piensan, quieren y opinan los psiquiatras, que se encuentran sin eco en la prensa y muchas veces enfrentados a los poderes públicos que quieren que el Hospital sea el almacén de detritus cerrado a cal y canto que no deje filtrar la anomalía.

A modo de terapia de relajamiento muestro un desmesurado interés por su peripecia, confesando, entre grandes exclamaciones, hasta qué punto ignoraba que un tema de esa magnitud periodística estuviera oculto tras su callada labor. A los diez minutos somos cuatro compinches que comentan desde la, misma perspectiva los errores de la psiquiatría clásica: Antonio Pichardo, médico encargado del caso de Alicia de las H, Antonio Rodríguez, director del Hospital Psiquiátrico de Huelva, responsable en última instancia de su internamiento, Ladislao Lara, psiquiatra recomendado como interlocutor por la izquierda onubense y apasionado investigador de la ecología de la provincia, y yo, profana que accedió a su mundo trabajando una temporada como auxiliar en un manicomio de Barcelona, donde se desbravaban los psiquiatras que salían de la Universidad con ideas raras, sacadas de Cooper, Laing y Bassaglia, para pasar tres años como residentes, y mientras se reafirmaban en sus teorías, porque López Ibor, —autor de un *best-seller* escrito por Lidia Falcón y Eliseo Bayo— iba cuesta abajo; pero en la práctica comprendían, como todo el mundo, que el arsenal de tranquilizantes, hipnóticos, antidepresores y ansiolíticos es lo más idóneo para crear un clima de tranquilidad edénica en las salas de confinamiento.

Los pacientes llegan gritando, protestando, con veleidades individualistas, y al mes son adorables vegetales que engordan y esperan con parsimonia las horas de las comidas,

la televisión, la. Laborterapia —barrer y fregar para las mujeres, y montar en cartoncitos cierres automáticos, botones, etc. si son hombres— y las raras visitas de gente apresurada, que se mantiene ojo avizor, por si acaso, y desmenuzará ante el medico cualquier manifestación del enfermo, hablando de sus "manías" y "rarezas" como única aportación a la terapia... Porque tenerlo en casa es un incordio, ya se sabe; cuando esté bien adocenado se podrá intentar, claro, pero esos son los menos: normalmente llegan a ser veteranos en la sección de crónicos, y saben más de los entresijos y secretos del centro que el director o el administrador de turno, “gente de paso'' al fin y al cabo. Esos, los veteranos, ya no se tragan las pastillas, las guardan bajo la lengua, y cuando han acumulado una buena cantidad, las venden a cambio de los enseres del que quiera suicidarse.

Se puede prever quien ha comprado una vida mejor por el discreto trasiego de pertenencias que hay de una mesilla a otra. Se puede saber quien es el proveedor habitual de la dulce y definitiva solución, por los signos exteriores de riqueza y el respeto que despierta ese curtido enfermo crónico que ya forma parte de la institución.

Un manicomio es lo más parecido a la vida real, allí como afuera el saber da poder: el poder que otorgamos al abogado, al médico, al confesor, que pueden salvarnos y condenarnos según sea su sabiduría y nuestro pecunio para alquilársela.

Pero para ellos soy una periodista, despistada a la que informar, y mis afables interlocutores me explican el a, b, c, de su credo:

—"Hablar de los fallos de la psiquiatría tradicional ya resulta hasta burdo. Se hizo un experimento en América, enviando una circular a los hospitales psiquiátricos, en la que se avisaba que se incluiría para ingreso a un porcentaje de sanos entre los pacientes realmente enfermos, para detectar la fiabilidad de diagnóstico en cada centro. De cada cien casos los psiquiatras detectaron casi setenta "falsos enfermos". Y estalla en sonoras carcajadas Antonio Rodríguez, el director, mientras lo cuenta: —"Todos los casos eran pacientes con un historial clínico de al menos diez años de trastornos graves.”

La locura es una apreciación, subjetiva del psiouiatrizador, en gran parte. Llamamos discurso ilógico o delirio a todo mensaje que escapa a nuestras coordenadas de referencia habituales, pero desde nuestra especialización creciente, estamos abocados a comprender cada vez menos al otro, que tiene su propio argot especializado y su propio mundo referencial: —“Un diagnóstico previo condiciona inconscientemente a quien observa hasta hacerle descartar cualquier dato que no sea pertinente con el "caso" que tiene que describir, y eso lo olvidan los psiquiatras tradicionales; amén de que la institución

manicomial genera psicopatías características, miméticas de la enfermedad que se le atribuye a los que permanecen internados, muchas veces más graves que los desarreglos que los llevaron allí" — comentan contentos de su perspicacia.

No son psiquiatras papanatas que, carentes de espíritu crítico colaboren con el desaguisado manícomial, es obvio.

Y llegados a este punto, como recordarles sus anteriores afirmaciones: Alicia se ha quejado, como todos los locos, no es serio poner en duda la infalibilidad de un examen de casi media hora, realizado por un psiquiatra de guardia, refrendado por el director, que ha confesado que no conoce a esta paciente personalmente, y que muchas veces, ahogado por la burocracia, administrativa, no compulsara los datos, sino que confiará en el médico, al que, por otra parte, no puede poner en causa porque así empiezan las fricciones o el abuso de poder, y cómo les recuerdo lo de la campaña a desarrollar para la comprensión del enfermo mental en el medio social y el discurso lógico o delirante. Se me olvidará también preguntar si es una práctica terapéutica negarle al loco la posibilidad, de expresarse y defenderse, porque quizás nunca llegue a ser una periodista, incisiva, no pretendo tener un historial abierto en el Psiquiátrico de Huelva, y realmente temo al poder de los psiquiatras para decretar sobre mi normalidad y mi locura desde acuella vez en que el Director del Psiquiátrico donde yo trabajaba, perteneciente al grupo de los "Setze jutges" en sus ratos libres, me comunicó, al margen de los cauces reglamentarios, que mis desafectos y reivindicaciones laborales, podían terminar el día que él decidiera rellenar uno orden de ingreso bajo su responsabilidad: —"que ni siquiera los antipsiquíatras amigos tuyos; deontológicamente pueden rebatir".

Callaré todo esto y nos despediremos de acuerdo en todo, pero me da pena, porque una vez más he descartado a alguien como interlocutor válido y decía Marco Penella que el fascismo empezó el día que alguien, por comodidad o por cansancio, no dijo que no estaba de acuerdo y calló, es especialmente triste porque, humanamente, estos psiquiatras me han parecido conmovedores.

Decido buscar a Alicia, de la que aún no sé nada, y que salió hace una semana del Psiquiátrico. Me ronda en la cabeza una frase de su psiquiatra, Antonio Pichardo:—"Es una mujer muy atractiva, joven, que alteraba gravemente a los enfermos varones y hubo que recluirla en la sección de mujeres para impedir incidentes"; y esta otra: "Su familia está muy afectada, porque hay gente que ha creído en los malos tratos, cosa absolutamente falsa", que se contradice con la del director en la cháchara cómplice final:

—"Alicia no se opuso a ser ingresada cuando Onésimo González— el médico de guardia— viendo el estado de agitación y violencia del padre y las marcas de los golpes que tenía la paciente, creyó oportuno dejarla en el Psiquiátrico, sobre todo para protegerla.”

A mí siempre me hubiera gustado creer en el periodismo objetivo e imparcial, pero cada vez que he admirado a un entrevistador, a un reportero, he tenido que admitir que mis ídolos eran un dechado de arbitrariedad y lo peor es que no me molesta que así sea. Como, además, yo no soy periodista, y sólo mi afán cotilla me ha metido en este caso, honestamente —pero con un punto de desafío—tengo que advertir que mi arbitrariedad tiene coordenadas bien precisas y delimitadas: como feminista, las mujeres siempre tienen razón, aunque a veces, hay mujeres que he de escamotear, me niego a aceptar que existan. Como antifascista finjo creer que las pulsiones coercitivas son patrimonio de mi adversario, y no pueden darse en mí. Pero demasiado a menudo constato lo contrario.

He seguido los pasos de Alicia a través de Huelva, Cádiz y Sevilla; he ido al pub donde pasa sus veladas en Cádiz, he estado en el Hotel dónde se hospedaba, he jugado a los encuentros casuales con sus familiares durante cinco días, sin apenas dinero, comiendo bocadillos, sentándome a descansar en los bancos públicos, durmiendo una noche sí y otra no a cubierto, en pensiones dignas de la Corte de los Milagros. Lo que me sostiene en pie es la convicción de que la idea que me dan de ella no puede ser cierta, esa mezcla de superficialidad, egocentrismo, inutilidad, vulgaridad y utilitarismo no puede ser veraz: es una mujer maltratada, por su marido, por su padre y por la institución psiquiátrica: una victima. Me tiene que resultar simpática, me digo.

Y en Sevilla, después de una noche en vela, tras un viaje de ida y vuelta a Cádiz, infructuoso, al fin marco el número de teléfono en el que me contesta Alicia.

Quedo citada con ella en casa de sus tíos.

Sale a mi encuentro en la calle, me abraza como si nos conociéramos de toda la vida. Lleva un abrigo, imitación de visón, una de esas maravillas de los derivados del petróleo, un vestido drapeado con una abertura lateral, que deja al descubierto un muslo a cada paso, y como las medias se le bajan, cada tres minutos se las sube dejando ver generosamente las bragas. Los zapatos la alzan diez centímetros y ponen su equilibrio en un aprieto. Su rostro se halla semioculto tras el maquillaje, el rimel y un azul eléctrico que centellea en sus párpados, pero eso apenas se nota porque la boca, delineada con un grueso trazo marrón, pintada de fucsia, atrae poderosamente la atención.

Me acompaña a casa de sus tíos, donde pernocta, y sale a mi encuentro un hombre de

unos sesenta años con un capote de guardia civil sobre el pijama; es el hermano de su madre, treinta y un años en la Benemérita, habló personalmente con Franco en una cacería, casi cinco minutos estuvo el Generalísimo a su lado, que han sido los cinco minutos, más importantes de su vida y me lo dice así, de entrada. Ya sentados, añade que yo, como periodista sé de qué va la cosa, tanto como él, y debo aconsejar a su sobrina que retire la denuncia por secuestro:

—"Cuando alguien iba protestando porque le habíamos pegado en el Cuartel, poníamos en las diligencias que se resistió y agredió a los números que llevaron a cabo su detención, de palabra y obra, profiriendo asimismo insultos. Y si seguían pasándose de listos, otra paliza y otra detención por agredir a un número y blasfemias. ¡Y no me han pillado nunca, nunca nos ha pasado nada!"— cuenta con ese aire pícaro y de superioridad de quien está en el secreto de los dioses y ha sido su correveidile.

La esposa del ex guardia civil nos sirve un café con leche, recalentado y tibio, y sujeta un bote de cocina dónde está escrito en gruesas letras "SALERO", para que me sirva a mi gusto. Pruebo una pizca y la miro sorprendida; tiene ese aire arrebolado de las mujeres que los poetas llaman sencillas y en mi pueblo calificamos de tontas.—"Es sal"— le digo. Contesta que sí, sin expresión, que no hay azúcar, y no han abierto aún la, tienda, y sigue tendiéndome el salero: —"Échale un poco, que, si no, está soso", mientras su marido me cuenta con aire triunfal que le tiene tanto cariño a la Guardia. Civil, que siempre lleva el capote en casa, desde que se levanta hasta que se acuesta. Me trago el café con leche sin azúcar, al tiempo que Alicia me va tendiendo folios y folios, escritos con una caligrafía irregular y selvática, con "poemas" —llamados así los escritos de cualquiera que no aproveche todo el renglón— y prosas con un sinfín de sucesos escatológicos, golpes, palizas y hematomas, y mucho "semen", "follar", "mamada" y el verbo "enamorar" declinado en todos los tiempos, números y personas.

Por instinto de conservación salgo de la casa, llevándome a Alicia, que en cuestión de un cuarto de hora ha llegado a la conclusión de que se viene a vivir conmigo: quiere recoger cinco maletas grandes, dos bolsos de viaje, tres muñecas y un cuadro al óleo con su retrato de ochenta por ochenta, para venirse a Madrid conmigo. No sé todavía cómo consigo que salga de la casa sin equipaje y me la llevo a una cafetería. Le explico pacientemente que sólo quiero hacerle una entrevista, que me cuente lo que ocurrió en el Hospital Psiquiátrico con una grabadora que dé testimonio de nuestra conversación, o dos si ella quiere quedarse copia, que no soy rica ni famosa, que cuando vuelva a Madrid me alojaré en casa de una amiga porque he dejado mi trabajo de chacha interna para ir a buscarla, que no tengo sitio para que viva en Madrid conmigo.

Alicia asiente a todo lo que le digo, concentrada en lanzar sonrisas y miradas incendiarias a los parroquianos. Cuando termino, después de darme la razón continúa ella:

—"Como estoy escribiendo un libro, que voy a presentar al Premio Café Gijón, me voy contigo, trabajaré contigo, firmamos las cosas a medias y luego, ya empezaré a trabajar en "Interviú" o en "El País", porque como le dije en una carta al Director de "Interviú", lo que hace falta son periodistas, savia nueva". Y me vuelve a enseñar los quince folios que ella llama modestamente "mi libro", y me pregunta que cuanto podría pedir por él. Yo insisto que no lo sé, que no soy periodista, que ha sido curiosidad, que me voy en auto-stop, que no tengo medios para sufragar su viaje ni su estancia en Madrid, que en cuanto llegue tengo que buscar otro trabajo de chacha, interna. A Alicia no le importa, me repite que vivirá en Madrid conmigo, en mi casa, trabajará conmigo y yo sólo he de pagarle la mitad de lo que cobre en "El País", no hay problema.

A la hora de este dialogo de sordos, Alicia logra extraer de mí mi peor yo. Solicita con la misma naturalidad que respira y coquetea, que resuelva por ella, porque por haber llegado la última ha decidido que sus proyectos están íntimamente unidos a mí, que he de resolver sus problemas de supervivencia.

Si es verdad que está loca, su locura consiste en llevar hasta las últimas consecuencias las características que hacen que una niña se convierta en una anciana, pasando por la madurez, sin perder jamás su inanidad esencial, llenando siempre su vacío por persona interpuesta, ya sean los padres, el marido, los hermanos , los hijos o las personas que accidentalmente se crucen en su camino, en las que delega su responsabilidad y se delega; es decir, ese tipo de mujer, soñada por el varón, que paradójicamente despierta su misoginia cuando comprende el alcance del desaguisado humano.

El padre pretende que su hija no crezca para jugar eternamente su papel de semidiós, pero de su proyecto emerge una mujer que necesita el juicio aprobatorio de los otros para seguir existiendo y utiliza sus dotes de seducción indiferenciadamente, incapaz de aguantar el rechazo de alguien con pantalones. Suele casarse embarazada del último varón ante el que desplegó su dulzura, su debilidad, su incapacidad, para sobrevivir y su absoluta disponibilidad, apelando a la firmeza, la fuerza, la territorialidad, la autosuficiencia y la autoridad del hombre que se la lleva. Pero en esta, caricatura de mujer, el hombre encuentra también su propia caricatura: dureza, violencia, sadismo, intolerancia y tiranía al sentirse acorralado en una interpelación que le obliga a tomar las riendas de si mismo y de esa amorfidad que espera todo de él y llora casi por todo,

haciendo de la queja su característica por antonomasia.

Tengo que admitirlo: seré muy feminista, seré muy antifascista, pero me identifico plenamente con el pobre marido. Estas mujeres extraen al violador que hay en el pusilánime, provocan al homicida que yace en el hombre pacífico, y una, que no es un dechado de perfecciones, siente que ese yo oculto que participa, del fascismo y de la misoginia a partes iguales, surge incontenible.

Días después Alicia mostrará otra cara conmigo. Ha venido a Madrid:

—"Me he tenido que echar nueve polvos –me dice rencorosa— para que me traigan en auto-stop..." Y con toda naturalidad pretendía quedarse en casa de mi amiga, que le diera dinero para sus gastos. Despiadadamente la he dejado en la, calle sin un céntimo, sin conocer a nadie. Luego vuelve a verme al día siguiente. Ya se ha dado cuenta de que soy pobre como una rata, desconocida como un recién nacido, sin ninguna influencia y no arrebato a los hombres ni puedo aplastar con mi presencia y mi guardarropa a las mujeres, y me dirigirá sus carcajadas y su desprecio sin disimulos:

—Tú hija mía, eres tonta perdida. Le dices a los hombres que no has comido, que tu marido te pegaba, que era alcohólico, que tu padre también te pega y cuando intentaste suicidarte porque no aguantabas más, te metieron en el manicomio... y te invitan a champagne, pagan el hotel y después de echar un polvo te dan dinero; a los hombres hay que irles así. Mira, dieciséis mil pesetas”

—"Así, como me fuiste a mí, porque me has contado lo mismo y querías sacarme dinero, pero encima sin polvo."

—"Hija, es que tú vas de prima por la vida.”

Y me enseña orgullosa el dinero recaudado en sus encuentros de hoy —la mitad de lo que yo gano en un mes con uniforme, doce horas de trabajo y sin reglamentación laboral — y me muestra las botas de ante nuevas, y el cheque para pagar una semana de hotel con baño y teléfono en la habitación, que le ha dado uno de sus protectores de hoy.

Luego el talón resultaría sin fondos, pero qué más da. Otro aluvión de hombres se expondrá a un encuentro casual con Alicia en el metro, la calle o un paso de peatones del extrarradio, y tendrán la inefable sensación de ser providenciales salvadores de una dama, sensación que no les proporcionarán las mujeres como yo.

Hoy ha venido Alicia para que le dé dinero porque ella no vuelve a una consulta pública, es humillante, y tiene que curarse: sífilis en segundo grado. E imaginando las caras de los conquistadores me da un ataque de risa. No le doy dinero, claro. Yo no soy uno de sus hombres.

Todo debería tener las proporciones y la complejidad de esta amistad de camorristas que acuerdan dedicarse toda su ternura escondida. La amistad entre mujeres siempre es indescriptible. Soy una lesbiana platónica; nunca obtuve con un hombre esta sentimiento de infinita gratitud ante la vida que me transmiten algunas mujeres. Ellos nunca modificaron mi atlas emocional, hasta encontrarme explorando nuevos registros, nuevas geografías intimas. Siempre es otra mujer, la que con su identidad me identificó y con su realidad ontológica no me agrede. Mi adorable follonera nunca sabrá cuánto le debo ni cuánto necesitaba esta complicidad afirmativa para obviar despechos y absurdos desacuerdos con la vida, haciendo antesala ya la autodestrucción...

Anuncia su llegada Víctor. Ha percibido mi señal de "détresse" o quizás sea una coincidencia, pero ahora temo ser injusta y revolcarlo en mi desapego y mi pobreza interior. Siento al hombre como un imposible referencial, ajeno a mí y tan ajena me siento de sus realidades que tengo miedo de ser cruel por omisión, en defensa propia.

20 de enero de 1983

Hoy hace cinco años que nos conocemos Bretón v yo. Ahora sólo siento por el una gran amistad, una inmensa y loca ternura; atrás quedó la infelicidad que compartimos, como un reproche continuo por ser quienes éramos. La pareja suele ser un catafalco para los sentimientos positivos; se colocan demasiadas expectativas y responsabilidades en el otro y 1a lucha de sexos arrasa con el resto, si es que queda. Ahora, sin embargo, sólo quiero que sea feliz o crea serlo, que es lo mismo, y me gustaría que riera, que fuera fuerte y degustase la vida como un gourmet, como un sibarita. Ahora Bretón me conoce más que nunca, me acepta y me quiere con una exquisita ternura que no creí conocer en el. No es una paradoja: ya no me hace responsable de sus descargas de adrenalina, ya no me siento culpable de su autodestrucción, me ha desdramatizado y me permite ser inocua en su vida, y eso no provoca rencores.

Febrero, 1983

Después de la visita de Víctor me he quedado físicamente agotada, pero qué estimulante ha sido mi viejo amigo. Con él siempre puedo vivir un paréntesis, directamente enraizado en la edad del pavo, sin las inhibiciones de la adolescencia, pero con esa sensación de ser el primer día de toda mi vida, porque es inútil ensayar mil veces si no estrenamos la vida con la correspondiente falta de referencias, seguridades, aplomo, prevenciones... Lo mejor que nos ha podido ocurrir es que ya somos viejos y sabemos que no hay futuro que reserve una oportunidad para lo que no se vive, y que sólo el presente está aquí sin dilaciones.

La amistad es un sentimiento tan irremediable que prefiero ser consecuente conmigo y hacer caso omiso de la desconfianza del amigo.

Acceder por fin a la verdadera lucidez, despojarme para llegar a lo esencial, adonde no soy nadie y soy cualquiera, llegar a ese punto en el que todo lo que inspire en el otro sepa que no me corresponde, saber que todo amor es profundamente injusto; un don y no un derecho tributario, aprender a encontrar la ternura y lo gratuito en la amistad que me ofrecen sin creer que soy digna de ella, porque es lo único que me diferencia de esos seres abotagados que reclaman amor, comprensión y hacen cursillos de autoestima a precios exorbitantes.

Barcelona, marzo, 1983

Fiebre, dolor en los costados y una infinita necesidad de desaparecer de la vida consciente, aniquilarme, bajar la guardia definitivamente. Pero sólo el dolor termina por reconciliarme con la vida: para suicidarse hace falta buena salud.

Si alguna vez creyese en Dios sería a través de la belleza, de las miradas y de las risas de la gente que amo, que me acercan al absoluto como una comulgante. que se sabe digna de vivir

Parece un sinsentido que mi verdadera seguridad ontológica se cimentara en la eliminación de mi egolatría. Cuando soy “alguien” me siento absolutamente pétrea, y sin

embargo, cuando me esfumo ante la representación y me dejo absorber por lo que ocurre, soy un purísimo animal sano que encuentra gratificante vivir y que vivan. .

Abril, 1983

Alumna aventajada de Diógenes, juego una vez más con las cartas marcadas, no toco resortes que le obliguen a replantearse su vida. Finjo que se trata de mí, pero es su tristeza la que me preocupa.

Nadie perdona a quien le obliga a ser peor de lo que es.

La estupidez y la pusilanimidad se pagan en esta vida. El infierno de la consiste en perder lo único que realmente nos merece la pena a cambio de unas seguridades mediocres que detestamos y no nos compensan, sólo subrayan la magnitud de la pérdida.

El tiempo siempre corre contra nosotros; olvidarlo, dejar que pase y no decidir, no tomar las riendas, conduce a una inevitable sucesión de contratiempos. Yo decido siempre con demasiada premura —según los reglas—, pero según yo, qué tarde, cuántas vueltas de noria, sabiendo desde el principio cuál es el escollo. Ocultas quedan las dudas, los inevitables bandazos, los momentos de desazón, porque nunca estoy segura de nada, siempre es el "como si"... O lo que es lo mismo, estoy segura de cuál es la actitud que debo mantener, pero no sé si quiero hacer lo que debo o si quiero transgredir mis propias inclinaciones.

Locamente enamorada de Miguel, que cumple hoy cuatro meses. Flechazo desde que nos vimos. Cogerlo en brazos, acunarlo y sentir su tibieza me reconcilia con la vida y con el ser humano; viéndolo tan pequeño, tan frágil, cómo perdonarme mi exagerada exigencia con quienes antes fueron un niño. Pero quizás en mi descargo esté que yo también fui una cría alguna vez, sin más futuro que el que me aseguraron los adultos. Y todavía quiero crecer.

Trabajo de chacha interna, en la plaza de la Bonanova, con un matrimonio argentino de psicoanalistas lacanianos. Su hija, Lina, tiene once años y una indefinible nostalgia

por su unigenitura. Sólo se siente feliz si no hay rivales que le obliguen a reivindicarse. Como todos nosotros.

Mis señoritos, después de interminables sobremesas intentando hallar la frase feliz para dar un pésame lacaniano, han logrado la síntesis suprema: “Morirse es *mor irse* un poco”. Tal cual, sin bromas.

La belleza del último gesto me encuentra predispuesta a la dificultad de la salida de escena, que tanto temen los actores. La entrada tiene el pretexto del recitado; la salida no se justifica con el mutismo, sino por todo lo que anteriormente se dijo y se hizo.

En este caso ya sólo me queda apostarme a mí misma en una jugada donde no confío en nadie, y menos que en nadie, en mí misma. *Ecce Homo* en este siglo y sin ninguna trascendencia, porque a Judas hay que darle la oportunidad de traicionar, hay que comprobar que el viejo drama se representa tal cual una y otra vez, y lo peor es que Cristo y Judas son una misma persona en diferentes momentos.

Mayo, 1983

Hablo con Murke por teléfono. La voz se le pega al paladar como aquellos qué usan dentadura postiza o antidepresivos en altas dosis. ¡Mi pobre Murke!

Me siento paralizada ante mi cita con Alberto. Ver la degradación humana, el cansancio de quienes compartieron conmigo la avidez por vivir es pavoroso. Quisiera encontrarlo con su sonrisa "fauve" y su humor socarrón y desazonante, y temo encontrarme con un hombre cansado, convencionalmente insatisfecho...

Para conocer algo descarto arbitrariamente todas las demás parcelas del conocimiento y en esa arbitrariedad se trasluce, paradójicamente, mi falta de libertad, mi limitación.

Inteligencia cogitativa, que sólo retiene lo esencial, la verdad última y la moraleja, lo trascendental y constante. O esa otra inteligencia acumulativa de situaciones, y de experiencias, que enumera sin juicio de valor, sin establecer categorías, en una sucesión

puramente anecdótica y que sólo obedece a la casualidad de las referencias exteriores que motivan la narración.

Una sobrevalora lo abstracto y su trascendencia, la otra tiene en cuenta lo humano con un encogimiento de hombros, como motivo de charla.

Sara y María podrían representar dos vías diferentes de evasión de la feminidad, si existiera, tal posibilidad, pero no la hay. Sólo existe ese híbridaje donde yacen en una pose digna de mejor causa, con tal de escuchar, de vez en cuando, algo que su narcisismo agradece como un cumplido: "No eres como las demás, contigo hablo como con otro hombre; eres muy inteligente para ser mujer."

Porque no importa que el noventa y nueve por ciento de los hombres sean gilipollas, la inteligencia es un atributo viril según los varones.

Me han venido a la cabeza cuando al fin he visto a Alberto, después de ocho años.

Tenía un miedo horrible de encontrarlo cansado y dimisionista. Falsa alarma. Sólo se ha convertido en un hombre convencional y eso no me asusta, me entristece.

Su mujer me dijo:

"Yo tengo un tipo de inteligencia viril."

¿Y cómo es la inteligencia femenina?—le pregunto. Se ríe a carcajadas mirando a Alberto, buscando su aprobación.

—"No existe."

—Pues yo creo que puedes decir esa melonada porque tienes un tipo de inteligencia telúrica, que es la que le presupongo a las piedras."

Y Alberto sonríe con la boca torcida, alarmado e incómodo, porque, en fin, es su mujer. Y durante un minuto le miro directamente a los ojos; baja la mirada y se va a buscar hielo para el whisky. Mientras, me despido a la francesa, cierro la puerta despacio y bajo las escaleras sin esperar al ascensor.

Madrid

Viajo para reanudar con lo que fui y me encuentro con que, efectivamente, por desgracia, somos la continuación prevista de lo que fuimos. La única sorpresa es que ya no me sorprenda. Y me hallo una vez más, aparentemente inmersa, apasionada por los

acontecimientos e interiormente me encuentro con esa lucidez fría, luminosa que todo lo vivisecciona: el momento y el interlocutor. Es la banalidad de todos los intentos de hacer trascendente la inanidad personal.

—"¡Te brillan los ojos, qué alegre estás!"

—No nos engañemos, es la fiebre, esta fiebre por saber cuando ya no importa que lo supiera de antemano, sino comprobar una vez más que es así y no de otra manera.

La taciturnidad o la incontinencia verbal. La concisión o la farragosidad. Castilla o Levante.

Madrid

Con esta fortaleza, la soledad es una opción enriquecedora. Con carencias y miedo, la soledad es un cáncer que corroe la inteligencia y limita todo crecimiento vital.

Cuando el miedo no está motivado por enemigos definidos ni peligros exteriores reales, se convierte en mantillo de la autodestrucción, trasunto del vértigo ante el vacío último.

No existen funciones fisiológicas que estén desprovistas de carga emocional: decir "psicosomático" es una redundancia.

Junio, 1983

Todos piden un lugar bajo el sol con desesperación. Entonan el himno de si mismos en el mercado de los valores cotizables de la Bolsa de la amistad. Todos tienen ese miedo oscuro, escondido en la mirada, al rechazo.

¿Y quién me salvará de esta última ternura ante la noche?

Lo literal nunca es verdad, ni siquiera es verosímil.

La verdad se esconde entre los pliegues de la mentira, de la fabulación, oculta, embozada, pero diamantina.

¿Cuándo me permitieron quererlos sin modificarse para ser lo que creyeron que yo querría de ellos? ¿Quién permaneció fiel a si mismo aún a riesgo de perderme?

Yo sólo amo a mis pares, a esa panda de intransigentes incapaz de doblegarse a cambio de aceptación, y sólo he renunciado a imbéciles que hacen concesiones, tratan de domesticarme y exigen mi disponibilidad.

Barcelona, Julio, 1983

"Reflexiones desde un cuerpo de mujer" de Magda Catalá, Editorial Anagrama, 1983.

El día que pueda controlar la risa lo contaré todo. Ese pene enhiesto, amenazante, que traspasa, clava, amenaza, lo es para las mujeres secretamente masoquistas y para esos homosexuales pasivos inconfesados, que fantasmatizan su atributo y lo proyectan al exterior.

Al menos entre las mujeres que yo frecuento, el pene es conocido como "lo que les cuelga" y no como "lo que se yergue" y todas sabemos cuan efímera es su dureza y su morbidez. Y hete aquí a las pobres psicólogas psicoanalizadas, haciendo méritos con papá-Freud y sus epígonos lacanianos, repitiendo con una seriedad asnal conmovedora, que el pene es vivenciado por la mujer como lo que le amenaza, traspasa y puede rasgarla, y su fantasmatizacion de los genitales femeninos como un agujero, lo que no es. Esa puede ser la idea que se haga un seminarista de lo que las damas guardan entre las piernas, y por extensión, lo que se imagina cualquier paranoico sexual. La grieta, la raja, la hendidura, son términos que describen su miedo a perder el pene en el intento. Y siguen, no obstante, haciendo méritos para que su psicoanalista —cualquiera de la mafia psicoanalítica— no las acuse de reprimir hacia el inconsciente sus terrores sexuales, y siguen contando lo de la envidia del pene, para que así se les considere en vías de asunción de las taras establecidas, que es indicio de curación...

Magda Cátala parte de planteamientos llenos de valentía, osados y profundos, para llegar a resoluciones pacatas y convencionales. De lo que se congratulará Lacan en su tumba y ese bluff del siglo XX, que es el psicoanálisis, pseudo ciencia especulativa que pretenden elevar a la categoría de ciencia exacta.

Debería ser desolador acunar a un niño y adivinar los rasgos de su cadáver, sin embargo apacigua encontrarse en este punto. Y abrazo con la imagen de la indiferencia

ya inscrita en mis caricias. Es un aprendizaje como otro cualquiera, pero a diferencia de otros, lo prefiero y lo busco: nunca me darán el Premio Nóbel por esta sabiduría que aboca en la nada.

Me molesta el oportunismo de alguna gente en sus amores y sus lealtades, pero es saludable ser oportunista, permite una movilidad que excluye responsabilidades a posteriori. Simplemente se deja de lado y se reestrena la amistad según se presente y siempre existe la posibilidad de hacer un copioso sumario, que permita declinar cualquier veleidad, autocrítica.

El hombre hace, actúa; la mujer es.

El hombre normal es el que desea y vive en función de ello; la mujer normal es la que desea ser deseada y actúa en función de la aceptación y del deseo que despierta. Y se conforman.

Para elegir de por vida a un testigo de nuestra cotidianidad, privilegiarlo como interlocutor, y darle permiso para interferir en nuestro entorno y nuestra intimidad, hace falta tener estructura caracterial de casados. ¡Dios me libre!

“Te lo digo por tu bien, no fumes ". Y una ronca risa exasperada señala la imposibilidad que existe para ser amigos o simplemente frecuentarnos con alguna asiduidad, pero aceptar la puñetería paternalista, el chantaje emocional, sus restricciones y sus imposiciones coercitivas, curiosamente, es lo normal. La anormal soy yo.

Si a la mujer se le acepta por cómo es, independientemente de sus logros, justo es que delegue la terrorífica responsabilidad de su identidad en quien diga amarla: su inseguridad ontológica queda así calafateada, hasta que un fallo en su vía de salvación le hunda, o le obligue a. desautorizar juicios definitivos sobre su persona.

Sólo así se explica cuantas amorfídades despersonalizadas me sublevan entre mis congéneres, y qué grado de integridad suele tener una mujer integra cuando lo consigue.

La mediocridad, la vulgaridad no hacen prosélitos; es un miasma que se incrusta

como vitriolo y todo lo corroe.

Hay que rendirse a la evidencia: las emociones son "de derechas de toda la vida"; los sentimientos y las sensaciones, dignos del hombre de Orce, aunque las ideas sean progresistas. Desde el momento en que un hombre y una mujer se relacionan como pareja, se inaugura y se renueva lo más ancestral de sus repertorios. Y el posibilismo, la intolerancia, la exclusividad, el adocenamiento arrasan.

Sigo preguntándome cómo pueden soportarlo, pero ahora también me pregunto qué mecanismo se rompió en mí para que no pueda implicarme en esa desazonante miseria en comandita.

Lo que siempre me separó de los burgueses es que opinan que la libertad consiste en que hay que aguantarse y mi idea de la libertad consiste en no aguantar a nadie.

Los burgueses de medio pelo (profesiones liberales), compran status y paz conyugal por módico precio, contratando una chacha y por eso tiene que ser bajo el salario, para que todos los que han subido de categoría y comprenden que es menos embrutecedor tener una mujer "liberada", profesíonalmente activa, puedan tener servicio domestico

Y suele ocurrir que las "emancipadas" entren insensiblemente en los presupuestos masculinos y actúen en consecuencia; la basura cotidiana es cosa de la mujer —piensan —, de la mujer de la limpieza...

El que tiene suficiente capacidad adquisitiva, dicotomiza sus necesidades y tiene una esposa y una chacha. El pobretón tiene que conformarse con una esposa-ama de casa, que si sale a trabajar fuera, hace jornada doble para "ayudar" a su marido a mantener la casa, y su marido le "ayuda" a ella en las tareas domesticas. Pero el sostén económico, el Banco de España, piensan que debe ser el marido. Cuanto mas baja sea su capacidad adquisitiva, más creerán los hombres que no poder subvenir a todas las necesidades de la familia es una falta; y la mujer que no puede dedicarse enteramente a su familia, como ama de casa, se siente injustamente tratada por la suerte.

La chacha es el resultado del desdoblamiento de un rol tradicionalmente asumido por la mujer: limpiar lo que el hombre ensucia. Pero siempre ha habido clases: las mujeres de la familia, si tienen un cierto status económico, delegan en la chacha y se suman a las prerrogativas del varón.

Agosto, 1983

Programa de televisión sobre "los nuevos curas". José María de Llanos fue el único que afrontó con honestidad su papel, y me impresionó que desde biografías tan diferentes que podríamos ser adversarios, hayamos llegado a vivencias tan similares.

Seguramente vivo como el cinco por ciento de los obreros no cualificados y mi capacidad adquisitiva es equiparable al uno por ciento de los más depauperados, pero da igual, "no soy del pueblo", que decía José María de Llanos, soy una privilegiada. Sobre mis relaciones con los de mi clase, sólo puedo asegurar que puedo ser utilizada por ellos, y eso debe bastarme; otro cantar es como utilizo a los míos sintiéndome útil.

Y el quid es tan sencillo como diabólico; la pátina de los años de soledad, la resistencia psíquica adquirida, mi biografía y mi peripecia me han dado "voz" propia e individualizada. Y hablo con el pueblo, a su favor, o por él, peros el pueblo no tiene voz: vocea. Y quizás no sea ésa su servidumbre, sino la mía y la de ese cura que quiso ser uno más y al final se descubre y se confiesa "otro","extraño al pueblo".

Optamos por permanecer con los despojados, despojándonos, pero los nuestros no optan por estar donde están y si se les diera la oportunidad de escoger, no permanecerían. Desde su miseria, la nuestra les parece un capricho sospechoso; nosotros tenemos esa extraña convicción que nos hace soportar sin rompernos, por muchas calamidades que vivamos, pero en el fondo sabemos que podemos, con mayor o menor esfuerzo, abandonar el club de los desheredados. Ellos no, y eso para los que no queremos los privilegios que se basan en la miseria de la mayoría, significa ser privilegiados: ese es nuestro drama, aunque no dramaticemos.

Y por eso mismo no podremos reposar beatíficamente en una relación igualitaria, sintiéndonos aceptados por los destinatarios de nuestros desvelos y tendremos que ser negados por los burgueses, a quienes negamos, y sólo tolerados, cuando somos utilizables, por nuestros aliados de corazón.

Quizás sea ése el reverso de los privilegios: la soledad, y hay una profunda justicia en que así sea, porque no es la suerte que nos merecemos, pero si es la que se nos asemeja.

Es dura la vivencia de la alteridad, pero ¿acaso podríamos encontrarnos en una relación, que ignore la diferencia? ¿Podríamos llegar a esa angelical miopía que impide descubrir la falta de referencias que existe en cualquier comunicación?

Dentro de mí crece y se fortalece la soledad, sin que nadie sobre ni falte en mi vida, y crece esta receptividad apasionada, desde la que me solidarizo con la peripecia ajena sin proyectarme.

Después del maratoniano Congreso , catorce horas de viaje en tren y tres horas en autobús. Galicia es un poco "postal"; a mí lo que realmente me gusta es La Mancha y Laponia. A mí el verde, la casa, la vaca, la curva, el verde, la casa, la vaca... no me entusiasma.

¡Cuánta belleza en sus ojeras y en su mirada empañada de tristeza o chispeante de risa... Y me habla de sus tobillos hinchados, miro sus manos trabajadas, percibo su melancolía oculta en un trémolo, detallo el dibujo de sus rizos despeinados y me dejo ir con ella a un universo que desconozco, a un alma que no habito

Estoy rodeada de personajes grotescos, empobrecedores, que me resultan inverosímiles, y me sumerjo en mí misma, arrebujada en mi indagación.

Últimamente, mi diario refleja esta aridez, esta dubitativa incapacidad para fijar, de una vez por todas, las ideas, las sensaciones, demasiado irrelevantes para ser transmitidas y demasiado intransferibles para reflejarlas en blanco y negro. La prudencia de la vieja zorra deja en blanco el resto.

Hoy cumpleaños de mi nieto, de Genaro, y como cada siete de noviembre, los añado a la conmemoración de la Revolución Rusa y al aniversario del nacimiento de Trotski, que me habría fusilado como aliada de la reacción si hubiéramos sido coetáneos.

Cualquiera podría creer que Genaro existe, y no, es uno más de mis personajes. Si existe un Genaro real yo no lo sé, no sé si le gusta ducharse con agua fría, si aprende con más facilidad leyendo o escuchando o es aficionado al ajedrez, ni a qué edad le salieron las muelas del juicio.

Genaro tiene los ojos zainos y brillantes, como si acabara de ponerse colirio; su mirada es un manifiesto de la más recalcitrante soledad, pero huye de ella, con citas, reuniones, quehaceres multitudinarios y compromisos ineludibles. Un día se cansó de

todo y de todos y desde entonces sigue prestando interés sin fijarse mucho en quien tiene enfrente, confunde a amigos con enemigos, y sigue relacionándose por puro hábito. Cuando descubrí su profunda inquina, me pareció un monstruo y desde aquel entonces no me acostumbro a su mirada, a su risa breve y ruidosa: tengo la sensación de asistir a un velatorio, donde se entierra al Genaro que yo conocí o que inventé, que era astuto como una serpiente e ingenuo como una paloma…

Con él inicié una fratría sin tabúes, que se fue abajo por falta de participantes, quizás porque yo necesitaba dejar de lado esta profunda extrañeza ante el ser humano. A cambio de mi descabellado plan, Genaro me ofreció al cabo del tiempo el espectáculo de un hombre cansado y convencional, que lo asemejó al resto de la humanidad.

Yo cree y acuné a un hombre grande y desmañado, infinitamente original. Tenía una rara tendencia a buscar el hilo de Ariadna, pero no para abandonar el laberinto, sino por sentirse inmerso en una búsqueda sin salidas ni ganancias; jugador nato, sólo el riesgo le interesaba y apostaba, indiferente por el resultado, sabiendo que sólo la acumulación de pérdidas nos despoja de esa inanidad esencial del triunfador.

Sin embargo, el verdadero Genaro cayó en la trampa de las certezas, que es la trampa donde caen los necios; y cambió sus preguntas que valían oro por respuestas. Todos pensaron que estaba descubriendo petróleo; yo pensé que mondaba patatas y cotizaba al alza las mondaduras con que se hacía el festín de los cerdos, en un tornajo de cinco tenedores. Porque Genaro quizás no olvidó, sino que nunca aprendió, que los descubrimientos tienen el valor de las leyes generales que vulneran, no el de las que confirman; que la peripecia, el recorrido, la dinámica que desencadena la búsqueda es lo único que a la larga puede importar.

En definitiva, Genaro me fue un día tan ajeno como cualquiera de mis conocidos y mis adláteres porque, la única norma de conducta posible, la más sólida, tiene en cuenta exclusivamente imperativos estéticos: Genaro se enfangó en laboriosas e inenarrables lides por ética y todo lo presidió con su sentido épico de la historia. En fin, algo absolutamente triste, que si bien puede apasionar como devenir individual, en un romance de ciegos, a mí me descoyuntó el invento.

No sé por qué me afectó tanto aquel intento fallido, cuando estaba cansada de apostarme en esa esquina solitaria y solidaria, dónde transcurre mi vida, pero es verdad que desde entonces me he sobrevivido como un dinosaurio demasiado pesado para mi esqueleto y mi memoria. Como homenaje, le aseguré la renta vitalicia de mi amistad sin condiciones, porque fue bello como un dios aquel eterno friolero, lleno de jerséis y con

un chaquetón de contrabandista, que despidió mi juventud.

Llegó luego la vejez y esta fría lucidez que es el umbral de la locura, y aún pienso en él, después de tantos años, con un dolor sordo que se agarra a la laringe, pero ahora, es ya un dolor que forma, parte de mi envergadura y de mis neuronas. Quizás resuma como nadie esta nostalgia de fratría sin recovecos, que tuve que abandonar en un recodo del camino para poder seguir.

Después de años he encontrado a P. Le debo la fianza que me salvó de perecer de hastío en España, le debo su ternura de viscerotónico que de nada me sirvió, le debo una señal de reconocimiento desde este exilio interior que nunca abandoné. ¡Siempre llena, de deudas, yo que nunca pedí nada que me fuera, concedido!

A veces ocurre que mis relaciones con los demás se tiñen de esa irritante y evidente extrañeza que dan los desencuentros. Las intenciones, los conceptos, lo que subyace, la óptica, los motivos son diferentes y no hay posible código que me ayude a descifrarlos, todo me remite al malentendido y al estupor.

Durango, Diciembre ,1983

Veinticuatro años; con el ímpetu y la arrogante fuerza de la juventud, ninguna cadencia, ninguna sabiduría es posible. Con la sabiduría y la paciente parsimonia adquirida con los años falta, sin embargo, el latido, el impulso, y el amor resulta algo fatigante y conocido que, a veces, es preciso obviar porque mañana hay que levantarse temprano. El joven impetuoso y apasionado resulta, todo lo más, conmovedor, pero echo de menos la pericia del conocedor. El maduro otoñal me crispa con su incapacidad para las carreras de fondo y ese olvido buscado de los resortes que la anatomía le desveló demasiado tarde, cuando ya no puede ejercer de sabio amante.

Mi periplo por la, sensualidad se ha convertido en la mueca sonriente que acuna mi polimórfica perversión: existen otros universos, y están en mí.

Barcelona, enero, 1984

Inés está en Barcelona. La miro a los ojos para redescubrir otra vez los mágicos abrevaderos, las posadas qué han cobijado mi vena trashumante, y todo, absolutamente

todo es más luminoso, nada pierdo en el cambio. Su mirada es más penetrante y, sobre todo, menos cansada que la mía: mira ávidamente, hasta el fondo; pero aún no ha aprendido a ver.

Desde esta frontera importa menos mi fracaso o mi inanidad. Importa que caminemos desacompasadas, y la felicidad se nutre de complicidades afirmativas. Inés nunca me remite a quien fui a su edad; no hay conocimiento por semejanzas, sino la apasionada sorpresa del astrónomo y su mismo silencio sobrecogido.

Todo lo que trasciende a la vida, la traiciona. Por eso, si se ama la vida sin condiciones, hay que amar lo trascendental "como si", —con condiciones—, o mejor dicho, a condición de que no nos impida vivir sin condiciones.

Y su voz me llega como una lluvia de otoño, con frío en los huesos, y mis manos reinician la consabida incursión a los bolsillos, donde no guardo nada y las briznas de tabaco me manchan las uñas. Más tarde, cuando me enternezca el humo del cigarro, brindaré mis lágrimas, mi escozor de ojos a su voz, tan bella, tan enervante, tan suya —¿y de quién podría ser ese contorno rugoso y sonoro de cristal de Bohemia?— y dejaré que las trazas del rimel rememore, hasta el momento de desmaquillarme, esta vieja, viejísima nostalgia por lo que pudo ser y fue y por lo que nunca debiera haber sido. Pero las huellas de este nudo en la garganta no las quita el desmaquillante ni las cubre el maquillaje de teatro. Por eso tengo arruguitas en las comisuras de los ojos y el músculo de la risa anuncia que pasan los años: la trama desgastada de la máscara.

Granada, marzo 1984

Permanezco agazapada en este cubil, seguro por ajeno, esperando a que ceda el aluvión de los desamores no compartidos. Yo tengo el consuelo de que ya no muero joven: cumplí años.

Barcelona- marzo, 1.984

En el fondo de todo lo épico siempre está la inanidad; el peligro es el único condimento que transforma lo anodino en trascendental.

En el Congreso confederal, Pep, arrasador, golpea una y otra vez al adversario —yo—

con su esgrima verbal, pero elude el desgarro, la impúdica chulería que tanto me harta en los oradores.

— “Me gusta —digo— lo está planteando muy bien.”

—“Es un cínico” —me contesta indignado uno de mis correligionarios. A mí, a la discípulo más golfa de Diógenes.

Barcelona, Marzo, 1984

Terminó el Congreso a las cuatro de la mañana.

Me hubiera gustado pasear, escuchar a Mozart o en silencio sentarme en Santa María del Mar, donde tal vez un día aprenda a rezar. Me gustaría tener una celda en un convento románico, con regla de silencio, en clausura, que me limpiara de impurezas, añadidos, máscaras.

Si pudiera encontrar esa otra realidad que subyace y compartirla, pero estoy tan cansada y sobre todo, estoy tan lejos. Y como guinda esta intransigencia, esta incapacidad de aceptar lo cutre, lo pequeño, lo mezquino que recubre como una losa a cualquier grupo donde hayan dos o más de acuerdo, defendiendo no sé qué mágica verdad que es preciso preservar de toda corriente de aire nuevo.

Mi querido Baroja, en ti me refugio, mi inefable gruñón, mi tiernísimo y pudoroso predecesor. Gracias por tus horas de soledad estupefacta y tu insólita manía de escribir... Si ya estuviera de vuelta de la esperanza, pero o todos o ninguno.

Abril, 1984

Los solitarios tenemos radar; los solidarios además tenemos antenas de baja frecuencia.

Como esos decorados de cine que se desmoronan a cámara lenta, donde durante algunos segundos se ven intactos los pisos superiores, así percibo a mi alrededor que lo último que se pulveriza es el superego, la superestructura ideológica, lo postizo. Pero la serenidad, la ternura, la capacidad de comunicación real y la vitalidad, quedaron destruidas irremisiblemente desde la primera andanada. Y la tentación común es drogarse con derivados sintéticos de amor al uso, sociedad comanditaria, cuyo capital social es un pasivo de miles de carencias, o la adscripción a un grupo que permita

alienarse en lo épico.

Quizás sea quijotesco eludir el fraude, pero es bella esta integridad y esta soledad de asceta licenciosa.

Detrás de todo se tejen casuales coincidencias que aseguran la verosimilitud o quizás mi percepción quedó embotada y filtro los datos de manera que casan con el cuadro general, que, sin embargo, es falso, no existe. Y según parece mi tendencia no es única, pero también podría ser que sólo percibo al que contagiado me transmite el virus, quedando insensible ante quien es portador de salud.

Estoy dispuesta a creer que todo ha sido una falsa alarma y he dado crédito a los portadores de inquietantes noticias, por debilidad, por viejas aprensiones. ¿Quién puso en marcha la impostura?

La palabra tiene la riqueza de un arco tenso rozado por Isaac Stern, pero se puede convertir en displacer si se escapa al conjuro y al conocimiento del amateur. Y quizás tras mi antipatía contra mucha gente solamente haya encono contra quien empobrece y distorsiona las palabras.

Mis allegados dicen que soy clara. Yo pienso que digo lo que quiero, pero no sé decirlo como querría, y quizás la verdad, la autenticidad de la voz y su riqueza cromática están aletargadas por ausencias de estímulos. Alrededor no existe un sólo interlocutor que me espolee, todos me empobrecen con su boca abierta y su falta de riqueza expositiva. Pero también es verdad que nada tienen que decir y regurgitan una sabiduría desgastada por el prejuicio y la pereza mental. Sentirme al margen, más que una presunción es una actitud que me salva todavía. No puedo bajar la guardia, no merece la pena.

Junio, 1984

En la víspera de San Juan en Barcelona hay tracas, bengalas, hogueras y humo, y en el ambiente está la premonición de los encuentros mágicos. A la luz de las hogueras aparece un personaje de Zurbarán o un modelo de Vermeer. Las miradas, la textura bruñida de los rostros y ese tono nacarado de la piel, que parece provenir de la noche y sus enigmas, me remontan a mis primeros asombros y mis primeras gratitudes en un universo aún por conocer.

Murke dice que, a vista de pájaro, el mundo es más hermoso. Yo creo que mi ilustre emisor de opiniones se ha dejado llevar por esa moda insidiosa que prima la misantropía y tiene su baldón de originalidad en el desencanto y el hastío, y no digo que no sea lo más fácil, pero permítaseme que no caiga en la vulgaridad del desprecio indiferenciado y el cansancio prematuro ante la realidad, porque, en fin, con mi voraz apetito no caben consideraciones de asténica, eso lo dejo para gentes que parecen tener una incoercible propensión a espiritarse.

En cuanto a mí, qué contar que no sea pura hagiografía pagana, sin que el paraíso entre en mis expectativas de futuro: sigo como siempre pecadora y franciscana, licenciosa y ascética, sin que llegue a ese virtuoso término medio que todos parecen alcanzar sin mayor dificultad en cuanto tienen veinticinco años, de lo que me congratulo por partida doble: porque lo consiguen y porque no es mi caso.

Pero esta satisfacción si me comparo, se vuelve descontento si me analizo y no siempre se puede considerar positiva tanta contradicción interna, como tampoco me puedo instalar en la honestidad radical, que degenera en el "mea culpa", así es que me dejo deslizar hacia la sonrisa de conejo, la ironía y el comentario malévolo, que es infinitamente más piadoso con mi cutis.

Una vez más me definen como "rara" y "peligrosa", inevitable percepción de los necios y los faltos de criterio qué los secundan.

Yo creo que lo único que he puesto en peligro en toda mi vida es su imagen de aventureros intrépidos, que se lleva mucho como oferta erótica. Cuando mis adorables hombres advierten que desconozco el papel de trémula fémina que frena sus impulsos, recogen velas, rememoran su tranquilo desierto consuetudinario, toman el camino hacia sus saludables certezas —de donde nunca debieron salir— y se apuntan a planes de jubilación asegurada, dejando que esas tontas veleidades adolescentes a lo Jules Verne, Conrad o Henry Miller vuelen hechas añicos, al paso que se cercioran de la proximidad de una hembra vaginal y sumisa que se ocupe del hogar. Ya me dirán quién afrontó jamás un peligro por estar cerca de mí: soy artífice de la asunción del principio de realidad y la inevitable vuelta al rebaño de más gente, que el mejor psicoanalista freudiano y en menos tiempo.

"Eres peligrosa" me dice, con un trémolo en la voz.

Y eso significa que otro aventurero deja paso a un hombre honorable y reposado, que se abrazará al ritual de las concesiones y la falta de estímulos, por mor de esas seguridades que cualquiera —menos yo— puede ofrecerle con su hastío correspondiente.

Ya ni siquiera me indigna y después del psicodrama acostumbrado, mi inicua naturaleza resurge imparable, y una determinación más feroz, más cabezona, me obliga a degustar el presente con renovadas ganas. Quizás los dioses no me hayan ofrecido los amantes que merezco, pero sí los que necesité para que no me merezca la pena compartir esa vulgaridad que es su máxima nostalgia.

Abrió la espita del gas Quintín. Ario también se ha suicidado hace un mes. Y poco a poco en mi memoria surgen ráfagas que los fijan en sus gestos, y se me hace más indefinible su vida que su muerte. Después de la noticia, casi insensiblemente se instala en mí este pesaroso "regret" porque nunca dieron la talla como enemigos y, sin embarco, tuvieron todos los números del sorteo para ser considerados como tales. Pero eso ya lo supe desde siempre, porque los tuve a mi merced. El mundo no se presta a las zarandajas filantrópicas.

Michel Foucault ha muerto en un manicomio en París. No hay paradoja; el contrasentido sería ahondar en la locura y no sumergirse en ella. Todo conocimiento, si no es simplemente teórico, produce excrecencias que modifican el cerebro y la percepción; toda profundización reduce la posibilidad de armonía con el resto porque obliga a relativizar los absolutos que rigen la conducta de la mayoría. Pero también el organismo reproduce e infiere las derrotas que se inflingen a los prejuicios, a las ancestrales certezas. La locura sólo es una de las definiciones del extrañamiento progresivo del outsider.

Ser pequeño-burgués es comprarse un sofá comodísimo, muy claro y poco apto para el uso diario, pagar a plazos una pequeña fortuna, ponerlo en un salón que no se usa más que para las visitas de cumplido, y cubrirlo con una sabana vieja para que no se manche.

No por disciplina, sino por respeto a las apariencias y al status, toda relación entre un líder político y una militante sin graduación ha de ser casta. Pero desde que mi pope me ve se le ponen los ojos vidriosos, como si un repentino glaucoma le hubiera atacado, e

inicia una extraña danza arrítmica, producto de su momento hormonal y, falto de toda lógica —como casi todos— se dedica a adoctrinarme con ortodoxos relatos sobre la labor del partido, las enseñanzas de Marx y los hechos de su modesto epígono —él, mi pope—: los comunistas son poco dados a las "bajas pasiones" sin aderezo doctrinal.

La estética de masas aprecia el símbolo-símil. La estética para ejecutivos y cuadros medios trata de trascender el símbolo y el concepto y prima la abstracción. Es la estética del sinsentido: por eso debe ser más cara, y cotizarse como un lujo.

La belleza es otra cosa., algo totalmente ajeno al burrito-palillero de plástico, a la babucha-cenicero de latón y al zueco-barómetro recuerdo de Galicia, pero también a la reproducción serigráfica, tirada limitada de quinientos ejemplares de Paul Klee o Zóbel o el inevitable "Guernika" de Picasso, la lámina del Equipo Crónica o una de esas vírgenes de Murillo, pegadas en tabla quemada, qué más da... Sólo indican a qué rebaño se apuntó el poseedor.

La belleza es otra cosa y sobre todo es unicidad.

Julio, 1984

He diezmado mi presupuesto en librerías de viejo. Vuelvo atrás y releo aquellos libros que en mi juventud fueron irremplazables hitos, y que he olvidado. Releo como autores desconocidos a aquellos que me hicieron crepitar las neuronas y me fueron más queridos que mis insulsos contemporáneos, pero, curiosamente, emboscadas en mi léxico v mi weltanschauung encuentro calcadas sus ideas y sus palabras, encuentro el mantillo transformado hasta ser irreconocible, arrastrado hasta las profundidades de la memoria, donde quedan las ideas formuladas, recreadas, con autores innominados.

Miedo a preferir una novela Somerset Maugham cuando ya no se puede escoger y estoy frente a un ser que me condiciona con su presencia y sus expectativas. Miedo a escucharme decir frases que ya me he oído antes, con un interlocutor sorprendido de mi originalidad, cuando yo sé que le estoy estafando, dándole una mercancía rancia porque primero me estafó a mí con su pobreza de miras y su falta de espíritu crítico. Miedo a la vieja zorra que observa el tierno gaznate de un polluelo que gallea. Miedo a hallarme una vez más indiferente con quien se arriesga a sentir sin cortapisas, porque sólo comparto los sentimientos con quien sabe que hay límites y condiciones y las pongo yo.

Y entonces me inhibo, prefiero preservarme, dejar que la vida discurra sin mi, para estar segura de no banalizarla, no traicionarla. Lo que no se vive siempre queda a salvo de la devastadora inanidad que corroe lo que se vive por buena educación, por no decir que no.

Eso no es miedo a amar. Y esta es la clásica melonada del *Reader's Digest* que se les puede ocurrir.

Y esto es ser vieja: saber que no es necesario ratificar una y otra vez la propia estupidez. Y eso, al menos, es bastante misericordioso para los demás, que suelen tomarse en serio los ímpetus exploratorios de un día, mi apasionado interés, para descubrirme poco mas tarde amurallada, hastiada ante la novedad. La mayoría de los seres tienen su periodo de caducidad y consumo, después de un intenso escrutinio para confirmar mi sospecha de que no me interesan, su estrella periclita, y resuelvo con una despedida apresurada, ávida por encontrarme a salvo. Sólo soy avara entregando la denominación de amigo, pero pierdo el tiempo generosamente, cerciorándome de quién es ese desconocido, no vaya a ser que sea injusta al revolcarlo en mi indiferencia. Y esto es ser vieja y es estar viva.

Gimel, julio, 1984

Suiza parece una granja modelo en época de inspección sanitaria.

Hablando de los milagros económicos, Inés argumenta: "Si te das cuenta, cuando un japonés está quieto es que está haciendo fotos."

Al quinto día de comprar yogures de sabores variados en la lechería, la dueña me pregunta cuáles me gustan, de qué sabor, para saber por fin los que me voy a llevar. Le contesto que me gustan variados. Enrojece. Deduzco que los fabrican según la demanda.

—"No, no, hay de todos y suficientes, pero es que nunca sé cuáles se va a llevar y eso es "enervante".

¡Dios de los suizos, he cometido el mayor pecado, que es no ser previsible!

Cuando un suizo suspende tres veces el examen para el carné de conducir recibe tratamiento psiquiátrico. Obligatoriamente. Esa anomalía no puede quedar tal cual.

Milán, agosto, 1984

Una vieja trama desgastada en la que apenas se ven los detalles, sólo el boceto y una ciudad desconocida que encaja... fenómeno de sobreimpresión que conjura imágenes difuminadas, comidas por la polilla, que no se donde he visto antes ni de donde me vienen. El "déja vu" es intenso y continuo; lo que descubro de Milán parece más renovación en el recuerdo que novedad.

Ferrara

En la madrugada de ayer el "Tronchetto", silencioso y desierto como un inmenso hangar-cementerio de coches. La única actividad en aquel paisaje desolado la tenían los mosquitos, pertinaces compañeros de todas mis correrías. El hedor del agua estancada que nos separa de Venecia, y la fealdad del sitio no son prestadas. A las nueve de la mañana empiezan a perfilarse las primeras casas de Venecia, desde el vaporetto, y observo con prevención tras los innumerables adoradores que han cantado su belleza.

Mis peores temores se encuentran confirmados: Venecia es un bazar ampuloso y grandilocuente, lleno de fenicios que se afanan extendiendo sus mercaderías de un nada dudoso mal gusto, con sus muchedumbres admirativas que lanzan exclamaciones en todos los idiomas. Al mediodía logro alejarme y vuelvo a la península con la indignación de quien ha sido agredida y retenida sin recibir excusas.

¿Por qué no haré más caso de mis barruntos? Si gustándole a Luis Antonio de Villena era imposible que me pudiera gustar a mí...

Profundizar en mí misma, participar de la compulsión del jugador por el riesgo, en la histriónica pretensión de hallarme en una foto fija que me defina de una vez por todas, y el resultado es una acumulación de pérdidas que, paradójicamente, me legitima, y una sucesión de instantes fugaces que nunca son percibidos con nitidez porque huyen al conjuro de la conciencia.

Saber que ocurre así y no obstante bucear, al margen de los beneficios cuantificables, con las tablas necesarias para seguir representando el papel cambiante que me asigna mi

cambiante naturaleza es casi la única demostración de amor a la vida que compartiría.

Adoro Italia, sus olores, sus recovecos, su luz y esa intensa plenitud que tiene aquí la naturaleza. Odio a los italianos, que adoran a Alemania y Japón si son ricos y a Norteamérica si son pobres.

Florencia

Y si de pronto, hablando con alguien de mi pasado, digo "¿Te acuerdas?" no sé qué oscuros lazos quiero renovar ni con quién, porque en verdad, en la memoria estoy sola, nadie recordará conmigo ni por mí aquella tibia calamidad, ni aquella sed, tan desobediente a los paliativos, y sólo yo sabré que fueron placebos los habitantes de mi pasado para mi memoria enferma de unicidad.

Europa es como aquella vieja puta que compartió el lecho y los placeres con insignes personajes y ahora resuelve ser casta y juiciosa ante sus admiradores.

Pero no es su última decisión la que atrae y obliga a sus renovados visitantes, es a ese conocimiento casi mítico del mal y del poder al que se asoman, es a su leyenda y a su historia, ya inseparables. Mientras la vieja habla de ingresos a plazo fijo, de réditos, jugadas de Bolsa prudentes y mínimas, ella, que degustó el placer exquisito de arruinar a hombres que no pudieron jamás cuantificar sus pérdidas; y descubre ante sus adoradores de hoy, con delectación ampulosa, ese pudor que nunca fue suyo, y que ahora sólo sirve para velar su devastación.

Aquella Europa de condotieros, intrigas, asesinatos por razones de Estado, y alianzas mercantiles entre súperdepredadores, de la que Maquiavelo hizo un pálido retrato, hoy argumenta a favor de las clases residuales, los derechos humanos, filantrópica sin concreción posible, aboga por el tercer mundo y la paz, mientras sus vástagos de América, con el ímpetu renovado, más fieles que ella misma a sus raíces y su origen, compran con el producto de sus rapiñas los restos de su soberanía y su capacidad de decisión, de independencia, casi aliviados de saber que la vieja enloqueció buscándose una nueva faz para sus remordimientos y su pasado y no ofrecerá ninguna resistencia, mientras ellos reestrenan la embriaguez de la sangre vertida.

Cada vez que se estrena una epidermis ajena, qué barrunto de malentendidos, del "si lo sé no vengo" que vendrá, qué patética algarada con el instinto de conservación para, al final, ceder a una curiosidad que se sabe lejos de ser colmada, porque nadie es el mismo cuando se desnuda, y el error es creer que esa percepción valga como conocimiento, porque tomamos como premisa una manifestación extrapolada que jamás se reflejará el resto del día. Y faltos de perspicacia, pretendemos relacionarnos en función de ese "yo verdadero" que es completamente falso, porque ¿quién es como cuando ama, desnudo, deseoso de asir la gratuidad del don, más allá de ese momento, cuando el límite de la propia pelleja es un argumento válido para acuartelarse? Será, curiosamente, el verdadero, aquel que se reconoce como tal en un conocimiento superficial, convencionalmente, porque las verdades ocultas, subyacentes, esenciales requieren un medio paranormal y se accede a ellas en raras ocasiones. El resto del tiempo es esa garbancera y lacerante vulgaridad que nos sostiene la que prima, porque al fin v al cabo, se trata de nuestro cimiento, que asegura un edificio quizás aéreo y desgajado del suelo, pero necesitado de basamento.

Todo lo que no es cotidianidad es erizamiento, lo que no se puede asimilar al inofensivo transcurso de lo previsto sin sobresaltos, se convierte en desconfianza y recelo. Cualquier amago de originalidad, cualquier trasgresión relacional, se vive como un peligro y quien haya sentado las bases del desbarajuste deberá justificar su presencia, sus actos y sobre todo sus intenciones; culpable de subvertir la mediocridad, ¿quien lo absolverá?

Luego descubro entre el humo de los cigarrillos su mirada fija en mí y ese terror que constato ya como un fenómeno conocido que asumiré algún día, de una vez por todas.

Milán

Todos tenemos un discurso paralelo, que expresa un mundo interior subyacente, pero no hay una única clave que sirva para descodificar todos los contenidos. El gran fallo del psicoanálisis ha sido intentar un reduccionismo simplificador y obtuso tratándose del mundo de las sensaciones y de las vivencias. En lo único que somos intercambiables y sencillos como palomas es en los horarios de las comidas; los dueños de los restaurantes así lo han comprendido.

La medida del hombre, la dimensión humana no es el absoluto y quien tome el camino de la fe no sentirá su plenitud, sino su vacío. Es heroico el combate del creyente porque en su periplo no extraerá con qué saciar su sed, sino una insatisfacción tan inconmensurable como ese Dios que no se manifiesta, ni se deja aprehender. El convicto de una ideología también hace una apuesta, pero el creyente no tiene posible crupier para aceptarla, siempre habrá bancarrota en su vida. Y esa es la suprema belleza de su fe.

Pero todo pudiera ser una infantil negativa a aceptarse en la inanidad de lo contingente, orgullosos paladines de un ideal que los sobrepasa y no los representa.

Toda relación convencional, basada en un difuso bienestar, tranquilizante y desprovista de esa autenticidad vesicante que nos modifica, es una estafa. Conocer al otro es negarse a pactar con lo consabido y para eso hace falta toda la fortaleza del mundo. ¡Ojalá nunca prefiera lo cómodo a lo verdadero, lo suave a lo fuerte, lo bonito a lo bello!

Un idioma nuevo tiene ventajas inauditas. Las necedades son universales, pero dichas en italiano ilustran sobre el empleo de un tiempo del verbo o añadan alguna palabra a mi depauperado vocabulario y eso, en según qué épocas, se agradece.

Trabajo en la casa de un joyero: hay una habitación cerrada con llave, que limpia mi patrona personalmente: al cabo de unos días descubro que esos extraños visitantes nocturnos compran "Rolex" falsos, a través de anuncios en el "segunda mano" milanés, con un número de teléfono y un contestador que se encuentra en la habitación misteriosa.

Pero lo mejor es oírlo despotricar contra la corrupción a la hora de la comida.

La obra de arte siempre es una trasgresión del modelo, de la realidad.

Dos meses en Italia, oyendo hablar de las ventajas de ser japonés o alemán, los nuevos bárbaros que admiran estos mediterráneos estragados y conflictivos como personajes de novela rusa, que no tienen sin embargo, su grandeza. Mientras trabajo interna, con mi uniforme de cuadritos para conseguir dinero e idioma. Me espera el trasunto de Mújica Lainez, que vagará en el bosque de Bomarzo y sólo él sabrá qué oscuros laberintos me

han llevado a esta peregrinación y quizás me lo diga. Por el momento crezco en edad y sabiduría, quien sabe con qué fin....

Octubre, 1984

Inés quiere venir conmigo a Bomarzo, y sin embargo, ya ha descubierto los monstruos petrificados, agigantados, que emergen de su territorio existencial como pesadillas que surgen del pasado. Pero le falta esa alegría pagana que a mí me hace considerar que todo, incluido lo peor, está permitido, porque la benevolencia con una misma es el anverso de esa estúpida piedad que desperdiciamos con el resto, y no su superación.

Atigliano-Bomarzo.

El propietario del "Bosco dei monstri" compró hace treinta años aquellas tierras, que durante siglos estuvieron en venta sin que nadie se interesase en adquirirlas.

Se le metió en la cabeza que el sitio valía la pena y que eran obras de arte aquellas gigantescas estatuas que yacían a la merced del agua y del viento que erosionaronn su superficie.

Decidió protegerlas de la única manera que se le puede ocurrir a un hombre cauto. Levantó vallas y alambradas a su alrededor y ha conseguido en poco tiempo lo que no pudieron los siglos: anular la belleza que tiene la roca musgosa emergiendo desde la misma tierra, confundida con ella; ha asesinado la desarmonía del bosque, su espíritu desajustado, con caminitos bordeados de barandillas. El tiempo y su devastación se alían a la piedra, pero los protectores del arte únicamente pueden tener la ocurrencia de pintar en color naranja los bajorrelieves, completar los epigramas con versos de su coleto, vallando el misterio y el universo de sugerencias que tiene la frase engullida por el tiempo.

El arte y yo requerimos amantes lejanos que no ofrezcan modificaciones, alambradas, caminos trazados...

Barcelona, Octubre, 1984

Mi viaje por los afectos resultó una peregrinación y una incursión. Recorrí con una sonrisa las tibias, tiernas, complejidades del amor y las crispaciones que provoca; soslayé la tentación de profundidades que no quiero bucear en compañía porque cada frase,

cada gesto, fue parte de esa consabida ceremonia de la alteridad de la que soy suma sacerdotisa. No creí merecer sus muestras de admirada sumisión, escondidas entre sus sonrisas, ni sus inquietudes de examinandos, pero comprendo ese estado de excepción que me declaran porque, efectivamente, todo lo que se refiere a mí les es ajeno o al menos eso creen.

Genaro saca de la manga sus trucos de prestidigitador y yo, que me intereso episódicamente en el mundo de la farándula, observo sus ojos, aprecio la textura de su voz y olvido qué dice y qué hace para desmenuzar cómo lo dice y cómo lo hace, llena de inquietud cuando le tiemblan las manos y descubre el montaje, los hilos que mueven el espectáculo, el ademán que deja ver el conejo escondido en el bolsillo de su frac. Y finjo mirar los carteles con el letrero de "No hay billetes" que habla de otras épocas, otros triunfos, cuando fue el mejor. Yo creo que sigue siendo el mejor, pero él no sabe en qué especialidad, en qué montaje, con qué repertorio.

Bretón, al fin depositario de la autoridad formal otorgada al varón en los gineceos, no pude por menos que guiñarme un ojo, al fin cómplice, cuando ya estamos tan lejos en nuestras trayectorias que sólo podemos lanzarnos señales de reconocimiento en salas de espera aerodinámicas de aeropuertos internacionales mientras se anuncia nuestro próximo vuelo, que nos lleva a ningún sitio, cada vez más hondo nuestro profundo extrañamiento.

Murke, arquetípico elemento intercambiable en una generación que cuenta, entre sus características la imposible individualidad más allá del documentó nacional de identidad, quedó aferrado a su suicidio consuetudinario, gris y sucio como lo que perpetua la mediocridad edulcorada con seguridades y concesiones, mínimo contable de una mezquindad vital inenarrable.

A LOS CRÍTICOS.

Siempre que tengáis ocasión, salpicad los escritos que me sean dirigidos con unas cuantas alabanzas. Mi egolatría os lo agradecerá, ya que no disfruto, con la frecuencia que desearía, de halagos hechos por gente inteligente, sutil, observadora y sensible, que es la única que logra parecerme convincente en el reconocimiento de mis méritos.

Comenzar una crítica con "es magistral" probará vuestra rara perspicacia y desapasionada objetividad y, además, pareceréis mucho más inteligentes así, si cabe mejora donde no hay comparación.

Dentro de los razonables límites de la más exquisita hipocresía, podéis hacerme participe de los juicios que os merezca y yo os nombro y conjuro para que deis referencias de mi, ya que una grosera creencia en la virtud de la verdad a secas ha dejado mi fama por los suelos. Durante muchos años he oído hablar de mi nefasta influencia y mi perversidad radical, así pues, sed originales y no caigáis en el funesto vicio de la sinceridad que tanto prolifera entre mis coetáneos.

Y por favor, no transijáis; no creáis que una crítica constructiva haría que mi prosa fuera menos árida y el contenido más enjundioso, creedme, hasta ahora sólo he lógralo sacar pedernal cuanto he tratado de alumbrar la esencia etérea de lo fugaz, y sólo bilis me ha procurado la inefable pretensión de señalarme lo erróneo de mi estilo.

Si, a pesar de todo, estáis dispuestos a ser veraces, sabed que vuestra indefendible pretensión no tiene más importancia cualitativa que la valoración cuantitativa que a fin de mes percibáis, ni más motivación que la ineludible mala baba que produce la pobreza, a la que estáis condenados por los cancerberos del capital social de la empresa editora le vuestro periódico y, en consecuencia, esa pertinaz castidad que sólo el bienaventurado Onán suaviza, que ataca con especial rigor a los que son desagradables, pobres, pestilentes y desheredados del noble arte de Petronio. Porque no me vais a convencer de que sois elegantes y os sienta bien la ropa con el sueldo que ganáis como incorruptibles.

Bien al contrario, si mimáis a las casas editoras; si de vuestra máquina le escribir sale ambrosía para las orejas del editor —y mirad bien que no pretendo que tenga alguna importancia el escritor—, si habláis con elogio de su política editorial, esos mastuerzos ignorantes que son los dueños de las editoriales sabrán recompensaros con largueza. De ahí que, en líneas generales, la dieta alimenticia os haga más lustrosos, más guapos e,

indudablemente, más deseables para mí, que contrariamente a mis congéneres, por lo general abnegadas y piadosas, soy más proclive a encontrar seductor y atractivo a un hombre satisfecho y listo que a un pobre patán, velando por la preservación de lo mejor de la especie a través de mis instintivos deseos de hacer padre a quien no tenga problemas monetarios para sufragar la adquisición de un hijo.

Por todo lo que antecede, dejo zanjada la tarea de responder civilizadamente a las críticas negativas y positivas que pudiesen aparecer.